

Juan José Saer

Lo imborrable



ESPA
PDF

A través de una prosa despojada y directa, la historia muestra al protagonista Carlos Tomatis deambulando por una ciudad fantasmal. El encuentro con dos extraños personajes Alfonso y Vilma, le plantea una serie de interrogantes que transforma al acto de leer en un gesto político: ¿Quién es Walter Bueno? ¿Qué se dice sobre su novela leída con furor? ¿Cómo se construye un *bestseller*? ¿Qué es el éxito? Como en toda la obra saeriana se despliega más que un argumento una versión cifrada

sobre el estatuto de lo real, de la percepción y de la literatura. Y si la memoria sufre parciales borraduras, ahí está la ficción para reconstruirla.

Eso que Saer llama «lo imborrable» ha dejado su impronta en el cuerpo y en el imaginario colectivo atravesado por el terror, la represión y la censura. Por eso, imborrable es tanto lo que pasó la huella histórica que no debe olvidarse bajo ningún concepto, como lo que viene sucediendo desde el origen: la presencia humana en el mundo como un acontecer único, increíble, transformador del universo.

Imborrable es el arte, el pensamiento y la palabra.



Juan José Saer

Lo imborrable

ePub r1.0

Prometeus 18.01.15

Juan José Saer, 1992

Editor digital: Prometeus

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Para Juan Pablo Renzi

*Alma, inclínate sobre los
cariños idos*

Pasaron, como venía diciendo hace un momento, veinte años: anochece. Día tras día, hora tras hora, segundo a segundo, desde que, por entre sus labios ensangrentados me expelió, inacabado, a lo exterior, esto no para, continuo y discontinuo, a la vez, el gran flujo sin nombre, sin forma y sin dirección, — pueden llamarlo como quieran, da lo mismo— en el que estoy ahora, bajo los letreros luminosos que flotan, verdes, amarillos, azules, rojos, violetas, irisando la penumbra en la altura sobre la calle, en el anochecer de invierno.

Y encima, más que seguro, en estos tiempos, casi todos son todavía reptiles. Pocos, muy pocos, aspiran a pájaro —

aquí o allá—, entre lo que reptaba, babeaba, acechaba, envenenaba, en algún rincón oscuro, y a veces sin haberlo deseado alguna causa ignorada por él mismo, alguno empieza a transformarse, a ver, con extrañeza, que le crecen plumas, un pico, alas, que ruidos no totalmente odiosos salen de su garganta y que puede, si quiere, dejar atrás todo eso, echarse a volar. Desde el aire, si mira hacia abajo, puede ver de qué condición temible proviene cuando percibe lo que a ras del suelo, como él mismo hasta hace poco, corrompe, pica, viborea. Todo eso desgarraba, mata, muere, en el susurro, el roce helado, el bisbiseo, con saña trabajosa y obtusa, sin escrúpulos y

quizás sin odio, asumiendo, en la naturalidad y hasta en el deber ni siquiera pensado o deseado, la defensa, la multiplicación, la persistencia, el territorio de la especie reptil.

—¿Tomatis? ¿Carlos Tomatis?

Me paro. Lo escruto. El tipo que, después de interrumpir mi proyecto mental de redacción —metáfora de mis contemporáneos— me intercepta en la vereda tendiéndome la mano con una sonrisa acaramelada, parece inofensivo, insignificante a decir verdad, pero por el modo en que está vestido se ve a la legua que, si tiene problemas, y un brillo afligido en los ojitos parecería traicionar que los tiene, esos problemas

no son financieros. Aparte de eso es cincuentón largo, pelado, y entre la nariz ordinaria y la boca que deja ver una dentadura amarillenta, cuando habla o se sonríe se le estremece un bigotito entrecano. El deseo más evidente que despierta su proximidad, es el de darle una cachetada. Pero esa posibilidad fatiga de antemano, porque se tiene la impresión de que el brillo afligido de los ojos aumentaría, suplicando por recibir la siguiente. De modo que, optando por una solución intermedia, me inflo un poco, enarco lo más posible las cejas, y desde mi altura supuestamente ofendida —le llevo una cabeza—, altivo y receloso, lo interrogo:

—¿Por?

Aunque parezca mentira, mi desconfianza ostentosa lo satisface. Da la impresión de haber descontado en mí esa reacción —vaya a saber qué ideas ridículas se forja sobre mi persona— pero antes de hablar mira rápido a su alrededor, convencido de que lo que está por decir es riesgoso y decisivo, y baja un poco la voz aunque la vereda, a causa del frío o de la hora, o de los tiempos que corren probablemente, está casi desierta bajo los letreros de neón de todos colores que se encienden y se apagan en el anochecer.

—Alfonso. Es mi apellido. Tenemos amigos comunes en Rosario.

—¿Qué amigos comunes?

Me lanza una lista de cuatro o cinco y, puesto que no vacila un segundo en responder, infiero que la tiene preparada. Dejo correr unos momentos para demostrarle que estoy examinando al detalle sus proposiciones —si podemos llamar proposiciones a sus frasecitas vanamente seductoras— y también porque su sonrisa, que está diciendo todo el tiempo *yo a usted lo admiro, conozco muchas de sus anécdotas por nuestros amigos comunes, etc. etc.*, incita a la severidad.

—Al pelo —le digo—. ¿Y qué se le ofrece?

—En primer lugar, el gustazo de

conocerlo y felicitarlo por sus artículos.

—Qué me estará por pedir —dijo, con desconfianza pensativa.

Se echa a reír —si podemos llamar risa al estremecimiento de su bigote entrecano y a la acentuación del brillo afligido de sus ojitos que acompañan los sacudimientos entrecortados de los hombros y la cabeza. A decir verdad, también yo me río. Los dos hemos comprendido que la expresión en voz alta de mi sospecha, formulada en estilo paródico evidente, supone un principio de aceptación, yo más a pesar de mí que el tal Alfonso, de quien no me cabe la menor duda que aprovechará la grieta que acabo de ofrecerle para colarse en

mi intimidad e instalarse, si le es posible, con todo el confort necesario en el interior. Más que seguro por otra parte que, tal como lo dije en voz alta, tiene la intención de pedirme algo por estar convencido de que yo puedo ofrecérselo, algo que, de todos modos, sea lo que fuese, si se tiene en cuenta el brillo insoportable de sus ojitos, no le servirá de nada. El hecho mismo de que venga a pedírmelo a mí prueba que ya está mal encaminado: a mí que, aunque ya no esté en el último escalón del sótano, ese contra el que viene a golpear, chirle y pesada, el agua negra, a causa de los esfuerzos que he debido hacer en los últimos meses para no

dejarme tragar, aun cuando no esté ya en el último escalón, moralmente hablando, de la especie humana, aun cuando después de la muerte de mi madre en marzo haya empezado a subir, estoy a pesar de todo todavía en el penúltimo. Debo ser modesto y reconocer el trayecto cumplido sin triunfalismo: no ya en el último escalón de la especie humana, como en Navidad por ejemplo, o en enero y febrero en que, aparte de somníferos y tranquilizantes podía tomar cuatro o cinco litros de vino por día, y en que pasaba el tiempo entero de la vigilia sentado frente al televisor mientras ella iba muriéndose de a poco en la habitación de al lado; no, de

ningún modo en el último ya, y no estoy para nada jactándome, sino en el penúltimo. Durante meses y meses estuve en el último: el agua negra barrosa me manchaba los zapatos, las medias, las botamangas del pantalón y un golpecito nomás, un soplo, me hubiese mandado al fondo. De modo que ahora mismo me estoy preguntando si no habría de mi parte cierta maldad en hacerle creer, considerando el lugar en el que me encuentro —el penúltimo escalón de la escala humana— que puede esperar algo de mí. Importa poco lo que él quiere que los otros perciban primero de sí mismo: a pesar de su ropa cara, juvenil, de su sonrisa zalamera y

de sus aires joviales de triunfador, él tal Alfonso exhala pura aflicción.

—Lo vi venir desde la ventana del bar y me atreví a cruzarme para presentarme, aunque de todos modos pensaba llamarlo mañana por teléfono. ¿Se para a tomar una copa con nosotros?

Por supuesto, no estoy dispuesto a aceptar: porque un perfecto desconocido, por más amigos comunes que pretenda tener conmigo en Rosario me aborde en la calle, en estos tiempos en que casi todos son todavía reptiles, y me proponga pagarme un trago, no voy a comportarme como una vulgar copera. Pero el *nosotros* me intriga, y lo primero que me imagino es un grupito de

viajantes de comercio, representantes de artefactos eléctricos, mayoristas de ropa de cuero, de fideos que, después de haber hecho las cuentas del día y haber despachado los formularios de venta a Rosario o Buenos Aires desde sus cuartos de hotel, se juntan entre colegas en un bar del centro a tomar el aperitivo antes de la cena.

—Francamente no puedo —le digo—. Me esperan en otro lado a las siete y ya tengo media hora de atraso.

—Crúcese un minuto. Le presento a una persona que se desvive por conocerlo y después lo dejamos en libertad. Es una de las grandes adquisiciones de Bizancio.

—Ya caigo —le digo—. El famoso Alfonso de Bizancio. No se me ocurrió que podía ser un apellido.

—¿Me reconoce ahora? —dice Alfonso.

Podría suponerse que lo dice complacido, pero hay más alivio que placer en su expresión. Como parece esperar grandes cosas de mi persona, el hecho de haber sido reconocido sin verse en la obligación de dar demasiados detalles sobre sí mismo debe simplificar su estrategia y facilitar las maniobras de aproximación. Es evidente que quiere pedirme algo, y la prueba de que no va a obtener nada es que se le haya ocurrido pedírmelo

precisamente a mí que hasta hace un par de meses nomás estaba hundido hasta los tobillos en el agua negra del fondo, y que todavía hoy llevo las manchas de barro reseco en las botamangas del pantalón. A menos, y los ojitos afligidos parecen confirmarlo, que el agua negra se lo esté tragando también a él, y a causa de haber visto en mi cara los rastros del hundimiento reciente —las manchas resecas de las botamangas—, haya decidido sacar partido de mi experiencia. La cosa es que nos quedamos inmóviles en la vereda desierta, en el anochecer de invierno, bajo los letreros luminosos de todos colores, mirándonos, ya sin total

desconfianza de mi parte quizás — tendría que pensarlo mejor— y que me cuelguen si no empieza a abrirse paso en mí la sensación abominable de que esa cara un poco blanda que incita a la crueldad, aunque no nos parezcamos en nada, es en cierto sentido la mía que se refleja en un espejo.

—Reconocer es mucho decir —le digo, con la misma severidad paródica de la que él ya sabe que no es en serio—. Pero admito que Reina y los otros lo nombran seguido.

—Bizancio siempre ha recibido a los artistas con los brazos abiertos — dice Alfonso.

—Así los estrangula mejor —le

digo.

Y la conversación se despliega, si podemos llamar a esto —su insistencia poco disimulada y ansiosa, la altanería paródica de que me valgo para ocultar mi indecisión— una conversación. Según Alfonso, tiene ganas de conocerme desde hace mucho y, cinco o seis años atrás, por el setenta y cuatro más o menos, cuando extendió la distribuidora al norte de la provincia y a Entre Ríos, pensó en proponerme la dirección de la nueva zona, con un porcentaje sobre las ventas, prebenda justificada, según él, por mi prestigio intelectual, del que debían emanar beneficios comerciales indiscutibles. Un

nombre, dice, por caro que se lo pague, siempre reeditúa. Pero las cosas se emputecieron —es la palabra que emplea—: en el setenta y cinco se descubrió que uno de los vendedores utilizaba la distribuidora como pantalla para hacer circular propaganda de una organización clandestina —Alfonso baja la voz y mira para todos lados cuando me hace estas confidencias— y en el setenta y seis el ejército secuestró a una pareja de vendedores, marido y mujer, que no tenían nada que ver con nada y que nunca más volvieron a aparecer. A él mismo lo detuvieron una semana en un regimiento, hasta que un pariente militar obtuvo que lo dejaran en libertad.

—Todo esto que me cuenta es apasionante y original —le digo.

Veo que es insensible a la desgracia ajena, dice contento de comprobar que sus confianzas confirman mi modo de ser en lugar de modificarlo en sentido negativo —también él debe pensar, sin formularlo de ese modo, que en los tiempos que corren casi todos son todavía reptiles y me excluye de esa generalidad, confiriéndome el honor dudoso de pensar que estoy *a priori* y sin error posible en su propio campo. Sobre nuestras cabezas, un tubo de neón se pone a chirriar, encendiéndose y apagándose con periodicidad rápida, a causa de un cortocircuito

probablemente, produciendo un parpadeo que tiñe de lila, intermitente, el aire de la vereda. Alfonso parece no darse cuenta; su objetivo inmediato, que excluye al resto del cosmos impensable y diverso, es inducirme a cruzar de vereda y a hacerme entrar a tomar una copa en el bar de enfrente. Toda su estrategia verbal, que él imagina secreta y sutil, del mismo modo que su posición física, ya que intercepta mi paso en la vereda, tiene ese objetivo único y, a medida que realizo algunos movimientos ínfimos, los va teniendo en cuenta de manera inconsciente, modificando la actitud de su cuerpo para impedirme avanzar.

—Bueno —le digo por fin.

—Pero un minuto nomás. Mire que voy atrasado.

Así que cruzamos y entramos en el bar. De todas maneras, puedo concederle unos minutos, porque a pesar de haber entrevisto en él, con un estremecimiento, mi propia cara, no ser enteramente él al fin de cuentas no me compromete mucho, él, de quien ya sé que no obtendrá nada por el solo hecho de haber pensado en mí para procurárselo. Pero no logro imaginarme que es lo que quiere. Apenas entramos en el bar Alfonso gira a la derecha y se para junto a la mesa que da a la ventana. Una rubia fuma sonriente y pensativa, y

por su expresión me doy cuenta que desde su silla ha estado observando, a través del vidrio, el desarrollo de nuestro encuentro en la vereda de enfrente.

—Tomatis. Vilma Lupu —dice Alfonso, exhibiendo adrede su satisfacción por haber suscitado este encuentro en la cumbre. Vilma Lupu ni siquiera me mira, pero su sonrisa se acentúa y su mirada se pierde en algún punto de la calle, en el aire por el que parpadea la luz lila del letrero luminoso, una mirada pensativa que se cuelga por los ojos entrecerrados y a la que acompañan sacudimientos lentos y afirmativos de la cabeza destinados a

expresar maravilla y admiración.

—*La idea que Walter Bueno se forja de la novela y el camino elegido por toda novela lograda son divergentes* —dice. Y, mirándome por fin a los ojos, repite, marcando un hiato entre cada sílaba, martillándola, como para que la frase penetre a fondo en mi inteligencia y se incruste en mi memoria, insistencia completamente innecesaria porque de todos modos soy yo quien la ha escrito—. *La idea que Walter Bueno se forja de la novela y el camino elegido por toda novela lograda son divergentes.*

Me inclino, rígido, y siempre de un modo paródico, ante el homenaje, no sin

observar que, en razón de la atmósfera un tanto agitada que reina en la mesa, ya deben ir por el segundo o tercer aperitivo. Me he emborrachado bastante en mi vida como para ser capaz de reconocer en otros, a pesar de mi abstinencia que dura desde hace varios meses —condición necesaria, en su momento, para pasar del último escalón al penúltimo—, la excitación de las primeras copas del anochecer, las que sacan del titubeo ronroneante del día y depositan, con la ilusión de ser más reales, en la puerta de la noche. Vilma es la asesora cultural de Bizancio, dice Alfonso y me invita a sentarme, uniendo su mirada a la de Vilma Lupo, que sigue

fija en mi persona, en una demostración sostenida de admiración y placer.

—Su homenaje es innmerecido — protestó.

—Aparte del brulote del cual usted ha sacado la frase, hace ocho años que no publico una sola línea.

—No hace falta publicar —dice Vilma.

—Yo nunca he publicado nada. Pero eso que usted llama brulote, es un verdadero manifiesto. Y, bajando la voz y asegurándose de que nadie la oye en las mesas cercanas, pregunta: —¿No tuvo problemas?

La pregunta, hecha con naturalidad y envuelta en una entonación mundana, es

en sí un problema, en estos tiempos en que la palabra «problemas» supone las contrariedades más atroces —de alguien a quien, por ejemplo, en algún baldío, una mañana, encuentran castrado, con sus propios testículos en la boca, y el cuerpo agujereado de balas, mostrando signos evidentes de tormento, se dice con discreción sublime que tuvo problemas, pero a decir verdad la franqueza de Vilma Lupo es una demostración de confianza semejante a la de Alfonso, dando a entender que me acuerda el privilegio dudoso de considerarme sin indagación previa en su propio campo. Que me cuelguen si mi reconocimiento por esa confianza no es

de lo más relativo, aunque a decir verdad la familiaridad de Vilma y Alfonso me preocupa más por ellos que por mí, a tal punto los dos parecen flotar en una nube de irrealidad agitada y permanente. Dan la impresión de ser no una pareja, sino un dispositivo, un complejo, una *gestalt* como se dice. Funcionan en dependencia recíproca como si constituyesen un sistema, y así como entre un planeta y su satélite la dependencia está hecha de distancia, de masa, de gravedad, en ellos se constituye a base de sobreentendidos, de disentimientos retóricos, de connivencias. Miradas, gestos y palabras individuales parecen por

momentos provenir de un fondo común de memoria, apetitos y experiencia. Y eso que él le lleva por lo menos veinticinco años y ni siquiera se tutean. Entre ellos, la alusión parece ser el modo ordinario de intercambio verbal, alusión en algunos casos tan pueril y transparente que inspiran más ironía que impaciencia. El supuesto entusiasmo que les despierta mi persona se convierte, después de las declaraciones preliminares, en una indiferencia inhábil que dura bastante y que se traduce por un diálogo hecho de frases crípticas e incompletas, de expresiones rituales que únicamente ellos entienden, y de bromas internas de las que me excluyen sin

ningún escrúpulo.

Cuando pienso que después de meses de ostracismo y de penuria mental emerjo de nuevo al mundo para caer en manos de estos dos personajes —de este dispositivo como decía— es natural que me pregunte si no era más conveniente no volver a salir ni nada sino más bien desaparecer por completo, «yo» o lo que quedaba de «yo». Que, vengo diciéndomelo desde hace varias semanas, me zambullí sin vacilar en la demencia autodestructiva tratando de escapar a la esquizofrenia general.

Pero algo anula mi fastidio ante Vilma y Alfonso: la gratitud por permitirme la impresión, que no he

tenido desde hace años ante nadie, de ser más cuerdo que ellos. Cuando se emerge de lo oscuro, se tiende a tomar las especies fragilizadas bajo protección, y al universo entero en tutela. «Yo» que hace unos pocos meses nomás no me atrevía a salir de mi casa para ir a tomar un café al bar de la galería por miedo de que la construcción endeble del supuesto firmamento no se desplomara, y que tres o cuatro veces, después de haber atravesado con valentía el umbral y haber dado algunos pasos por la vereda, me volvía temblando de terror a mi cuarto de la terraza, diciéndome que nunca más podría volver a salir a la calle, me

encuentro, en este anochecer de invierno, a cargo del universo y, no sin agradecimiento, de uno de sus fragmentos más expuestos que, desprendiéndose del todo ha venido, por decir así, rodando hasta mis pies: el dispositivo Vilma/Alfonso. Y todavía no sé si me agacharé o no para recogerlo.

—Vilma —dice Alfonso alzando la voz para que se oiga, pero sin mirarme — la distribuidora Bizancio le confía la delicada misión de integrar Tomatis a nuestro equipo.

—Una operación de comando — dice Vilma dirigiéndome, con los ojos entrecerrados para que no se filtre en ellos el humo de su propio cigarrillo,

una mirada llena de intenciones. Pero no hay la menor voluptuosidad en esa mirada, sino una especie de humor indolente y un aire injustificado de complicidad, de inteligibilidad mutua, el aire de estar dando a entender todo el tiempo *nosotros sabemos que usted sabe que nosotros sabemos que usted sabe que nosotros sabemos*. El pelo rubio, liso y ceniciento, recogido en desorden en la cima de la cabeza, deja ver el cuello blanco y largo, y la carita fina, que destila cierta cursilería botticelliana, pierde un poco de frescura alrededor de los ojos, donde unas arruguitas traicionan la inminencia de la treintena. No puedo saber, puesto que

está sentada, si es alta o baja, ni qué formas, angulosas o redondas, cubre la ropa cara y de lo más elegante, en tonos marrones, que viene no de Buenos Aires sino tal vez de Londres o de París, y basta echarle una mirada al tapado de piel abandonado sobre una silla para saber que es auténtico, aunque el forro descosido en la sisa muestre que no es del todo nuevo. A pesar de mi desconfianza, por no decir mi repugnancia instintiva hacia los que andan ostentado por la calle la ropa que se han comprado en Londres, en New York o en París, no logro abominar de Vilma Lupo, tal vez porque entre su ropa cara y su actitud hay un hiato, un

desfasaje, incongruencia o anacronismo, que me induce a creer que, si pudiera examinarlos de cerca, descubriría manchas de vino o de café o agujeros de cigarrillos en el tapado de piel o en el *pullover* de París, y, detrás de sus orejas blancas y delicadas que el pelo rubio recogido en la cima de la cabeza deja al descubierto, rastritos de tierra seca y lustrosa; y cuando miro las uñas de la mano que sostiene el cigarrillo cerca de la cara compruebo que si no muestran una medialuna negra es porque están recortadas y carcomidas obsesivamente a ras de las yemas. Tal vez no es en ese plano donde se manifiesta la incongruencia de Vilma y Alfonso; a

pesar de su jovialidad programática, lo negro que bulle en ellos los diferencia a primera vista de la legión de reptiles que únicamente piensa en persistir indefinidamente en el estado más placentero posible, mónadas o amebas flotando en la armonía preestablecida de las esferas audiovisuales del mejor de los programas posibles, la migaja irrisoria que les ha dejado la banda tenebrosa que con manejos turbios, y con el fin de variar para ella sola el programa según la ley de su propio deseo, del que quiere satisfacer hasta los matices más sutiles les birló, con fines comerciales, el cálculo infinitesimal.

—Como programa de seducción —
murmuro, sardónico—, me parece
singular desde el principio: hace cinco
minutos que me tienen aquí parado sin
ofrecerme una silla.

Al oírme, Alfonso se agita y se
acalora, agarra una silla de una mesa
vecina y, levantándola sin ruido, la
coloca detrás de mí, dándome un
golpecito en el codo para indicarme que
la operación ha terminado; pero sigo sin
sentarme unos segundos todavía,
observando a Vilma que, mientras
Alfonso se fatiga a nuestro alrededor, no
deja de exhibir una sonrisa distraída,
concentrada en algún pensamiento o
recuerdo que la induce a sacudir

despacio la cabeza mientras enciende un cigarrillo, antes de que el que ha estado fumando, bastante largo todavía, deje de humear, olvidado en la muesca del cenicero. Esa concentración anticipa algo de lo que está por decirme, ignorada ahora por Alfonso, el cual, tratando de corregir su negligencia, mueve para todos lados la cabeza, buscando al mozo con ostentación, mientras dice sin mirarme:

—Pensábamos que no iba a quedarse. ¿Qué toma?

—Nada, gracias —dijo sin prestarle atención mientras me siento, esperando las palabras de Vilma Lupo que no se deciden a llegar hasta mí a través del

humo de sus dos cigarrillos.

—¿Cómo nada? —dice Alfonso—, ¿no quiere un clarito o un San Martín seco? ¿Un americano?

—¿Qué toman ustedes? —le digo.

—Un batido —dice Alfonso—.

Cinzano con Pinal. ¿No quiere un jerecito? ¿Un *whisky*? ¿Por qué no toma una Hesperidina? Es buena la Hesperidina con soda. Abre el apetito. Si no el barman le hace unos cócteles de primera.

—No. Un vaso de agua —dijo, retomando mi expectativa al comprobar que la sonrisa de Vilma Lupo se acentúa y sus ojos se entrecierran más todavía y la cabeza, que ha estado haciendo

movimientos negativos, cambia brusca de ritmo —un poco más rápido— optando por la afirmación.

—Un vaso de agua para el señor — dice Alfonso, sin ocultar su decepción, al mozo que ha llegado hasta la mesa obedeciendo a sus señas insistentes. El mozo retira de la bandeja el vaso de agua que acompañaba un café, y lo deja sobre la mesa sin decir palabra. Como si hubiese estado esperando un momento de distracción general para hacerlo, Vilma empieza a hablar, pero aunque de un modo inequívoco soy yo el destinatario de sus palabras, es a Alfonso a quien las dirige.

—La operación comercial de Walter

Bueno exigía una reparación —dice—. ¡Lo del gato es genial! Yo también pienso que el gato es un animal cursi.

—El pobre gato no tiene nada que ver —trato de aclararle, sin resultado, porque ni sé si me escucha, ya que ha vuelto ligeramente el cuerpo hacia Alfonso, constituyendo de nuevo con él el dispositivo que me excluye—. Son los escritores que se hacen fotografiar con un gato los que me irritan.

—Cómo va a ponerle a una novela *La brisa en el trigo* si en el pueblo donde dice que pasa nunca hubo trigo. Una de dos, si en la novela hay trigo, no es ese pueblo. Y si el pueblo es ese, no debería haber trigo —dice Alfonso,

rumiando en voz alta pensamientos que cree guardar en su fuero interno.

—Es cierto —dice Vilma, sin dejar de dirigirse a Alfonso.

—No tienen por qué desacreditar a los gatos obligándolos a immortalizarse con ellos.

—*Yo conozco bien el pueblo* — sigue pensando Alfonso en voz alta—. En esa zona se siembra maíz y girasol, no trigo. Mucho lino en otra época, pero trigo nunca. Cómo va a ponerle *La brisa en el trigo*.

Como si la evocación de Walter Bueno y su *best-seller* los hubiese excitado un poco, y como si los comentarios que acaban de hacer les

hubiesen costado un esfuerzo desproporcionado, dejándolos exhaustos y sedientos, los dos recogen la copa con el batido y toman un trago, cuya absorción dura casi lo mismo para los dos, así que vuelven a dejar al mismo tiempo, sin de ningún modo habérselo propuesto, la copa sobre la servilletita de papel doblada cuidadosamente ante cada uno y un poco húmeda, que protege la mesa. Alfonso fija su mirada en la calle en la que parpadean los letreros luminosos, más allá de la ventana y pasándose la lengua por los labios y por el borde del bigote entrecano para lamer el último barniz de aperitivo:

—Cómo va a ponerle *La brisa en el*

trigo —dice.

Resulta evidente que Walter Bueno, el cual, dicho sea de paso, está muerto y enterrado desde hace un año y medio — un camión de hacienda lo aplastó en su coche *sport* en la ruta a Mar del Plata— tiene el poder de irritar, incluso desde más allá de la muerte, a Vilma y Alfonso. Waltercito, que era de aquí de la ciudad empezó desde muy joven a alborotar los medios literarios locales con provocaciones vanguardistas, pero terminó en Buenos Aires animando un programa de televisión, hasta que publicó su famosa novela, *La brisa en el trigo*, una inepticia que, gracias a la propaganda televisiva, se transformó en

el *best-seller* de la década —y gracias también, hay que aclararlo, al argumento de la novela, que cuenta las aventuras amorosas de un joven maestro de escuela, en un pueblo de la llanura, con una mujer casada. El libro es tan insignificante que no hubiese valido la pena ocuparse de él, si Waltercito no se hubiese convertido en el escritor oficial y, en su trabajo de periodista, en propagandista de la dictadura.

Así que una mañana en que me levanté de mal humor —ya había empezado a declinar en aquella época— me dije que una manera, por modesta que fuese, de diferenciarme de los reptiles, era escribir un brulote contra

Walter Bueno. A mí no se hubiese atrevido a denunciarme; yo había conocido a su padre, Carlos Bueno, un pintor de brocha gorda, autor de cromos regionalistas y de esculturas de plaza que, refiriéndose a su hijo, sabía decir: *Waltercito va a llegar lejos y yo espero no estar aquí para presenciarlo.*

Iba a tener que tragárselo, a mi brulote, que después de todo para él podría no ser tan grave, ya que iba a aparecer en un diario de provincia, en tanto que *La brisa en el trigo* era un acontecimiento nacional e incluso internacional. Así que me senté a la máquina y desmenucé el producto hasta dejar dos o tres huesitos pelados.

Asumí un tono de urbanidad paternalista, como dirigiéndome a un interlocutor de una especie superior, inexistente desde luego, para que Waltercito se sintiese todo el tiempo un cero a la izquierda, un impostor inconfesable, tan aplastado por los que sabíamos en qué consiste en realidad una novela, que ni siquiera le quedase el recurso de protestar para no multiplicar el oprobio. Según mi artículo, en un campo quedaba la gente inteligente, culta y honrada, y en el otro Walter Bueno con sus militares sanguinarios, sus animadores de televisión, sus obispos, y sus lectores ignorantes y sin memoria, con alusiones veladas como

para que unos pocos, únicamente, lo entendiéramos. De todos modos, el artículo no llegaría a manos de su clientela —esos burgueses y pequeños burgueses que se creen más cultos que sus sirvientas porque le ponen tres meses para leer, mientras se tuestan en el borde de una pileta de natación, las inepticias que ganaron el premio Pulitzer o el Goncourt o figuraron en las listas de *best-sellers* del New York Times, de Clarín o del Express— y a Waltercito, entre dos programas de televisión, o entre dos firmas de ejemplares en Harrod's, le quedaba el recurso de simular no estar al tanto del artículo e incluso de ignorar la existencia misma

del diario en el que, sin embargo, había publicado sus primeras imitaciones de García Lorca o de Omar Khayyam. El brulote era un mensaje velado que le mandábamos los que, por conocerlo bien, sabíamos al dedillo las traiciones que debió cometer, las antesalas que debió hacer y las cortinas de humo que debió largar para poder figurar, durante varios meses, a la cabeza de los libros más vendidos en las listas de los semanarios publicados por especuladores financieros y militares y en las revistas femeninas de gran tirada. Que di justo en el clavo lo prueba el hecho de que una tarde, en un programa para amas de casa al que había sido

invitado junto con un jugador de golf y la autora de un libro de cocina, Walter no pudo dejar de hacer una referencia a *los intelectualoides provincianos que, por impotencia y envidia, pretenden criticar las obras plebiscitadas por el gran público*. Fue mi único momento de placer durante un día entero de somnolencia: oír a Walter Bueno exaltar al gran público por televisión, al hombre común contra los *intelectualoides de provincia*, sin sospechar ni un segundo que yo podía estar escuchándolo —la televisión es la sombra en la que se amparan los mediocres para proferir sus idioteces al abrigo de oídos inteligentes— y

dándome cuenta de que con mi brulote de tres semanas antes en *La Región* había puesto el dedo en la llaga. No tengo, a decir verdad, nada contra el hombre común, salvo que si uno escarba un poco en él siempre acaba descubriendo el estercolero, un nono de lo más simpático que cruzamos de tanto en tanto en la feria y que nos cuenta su vida de ferroviario, un buen día resulta que le descubrimos un proceso por estupro; la vecina que nos saca de apuro cuando nos quedarnos sin ajo o sin harina a la hora de la cena, es tal vez la misma que nos insulta anónimamente por teléfono a la madrugada, y el comerciante que nos hace una rebaja

especial porque nuestros hijos van a la misma escuela que los suyos, soplón de la policía. Es justamente lo que el hombre común tiene de común aquello de lo que hay que desconfiar. Walter Bueno pretendía escribir para el hombre común, pero sus lugares comunes se dirigían a lo más común que tiene el hombre común, en tanto que lo que él llamaba por televisión los *intelectualoides de provincia* —basta tener dos dedos de frente y un poco de cultura para ser llamado de ese modo por los tipos de la calaña de Walter Bueno— escriben justamente para lo que el hombre común tiene de secreto. Lo que el hombre común guarda del

modo más oscuro y cuidadoso, al abrigo de toda indiscreción, alimentándolo con insistencia periódica y del modo más compulsivo, sin escrúpulo ni compasión, ni consigo mismo ni con el prójimo, hay que sacarlo a la luz del día y ponerlo sobre el tapete para que, de manejo sombrío se vuelva, bien a la vista, evidencia cegadora. Así que me di cuenta en seguida de que Waltercito había leído mi artículo; lo había leído y releído y lo que había sentido de sí mismo gracias a mi brulote no era nada que un hombre común pueda transmitir a otros hombres comunes durante un programa de televisión. Y un mes más tarde, el camión de hacienda le pasó por

encima cuando iba a ciento sesenta en su coche *sport* por la ruta a Mar del Plata.

Más que seguro: la incapacidad para toda práctica artística pertinente era hereditaria en Walter. Una vez lo oí a Bueno padre quejarse a Washington: *No hay nada que hacer. Trato de que me gusten y no me gustan. No es por mala voluntad, se lo aseguro. Pero no me gustan. Me gustaría que me gustaran, le doy mi palabra. Pero no hay forma. Picasso, Kandinsky, Klee, no me gustan.* Y sacudía con dulzura la cabeza. Washington lo escuchaba con deferencia. *No es obligatorio, le decía, por salir del paso. Sería insincero de mi parte decir que me producen algún efecto. Y mire*

que he tratado. Pero no hay nada que hacer, no me gustan, repetía Bueno padre, creyéndose en la obligación de disculparse. Y Washington, tratando de salir del paso de alguna manera: *Sería inauténtico de su parte pretender lo contrario.* Bueno padre se explicaba: *no quiero pecar de snob.* Y, a decir verdad, no pecaba: le gustaban Murillo y la Victoria de Samotracia, el Pensador de Rodin y la escultura funeraria romana, pero, por encima de todo, los cromos históricos monumentales. *Representar la realidad tal cual es resulta tan difícil, ¿qué necesidad hay de deformarla? Mire ese árbol, Washington, mire ese árbol.* Washington, que estaba posando

para un retrato —en el que salió, después de cuarenta y cinco sesiones de pose, hay que reconocerlo, bastante parecido— movía un poco rígido la cabeza hacia la ventana, para no modificar su posición, y miraba el jardín en medio del cual se levantaba el galpón donde Bueno padre había instalado su taller. *Una forma compleja,* efectivamente, concedía, moviendo apenas los labios para conservar la expresión que Bueno padre deseaba representar. Y después de esos sobresaltos teóricos, Bueno padre volvía a concentrarse en su trabajo. Pocas plazas en la ciudad prescindían de sus bronce; y en el cementerio

municipal, sus mármoles abundaban — los monumentos funerarios de los mismos industriales, ganaderos y cirujanos del corazón que, veinte años antes, se habían hecho representar al óleo, en pleno florecimiento, por el mismo artista. *De algo hay que vivir*, se justificaba. Porque su verdadera inclinación, eran los paisajes y los personajes típicos de la región, los pobres —pescadores, peones, sirvientas, mestizos, criaturas rotas y desdentadas— influido a distancia por su maestro Murillo. Los pintores de la ciudad contaban de él que una vez pintó su propio jardín, en el que había canteros, bancos y un sauce y que

después de haber estudiado el cuadro durante algunas semanas, porque había algo que no terminaba de convencerlo, decidió cambiar el color de uno de los bancos —de verde, como estaba pintado en el jardín y como él lo había reproducido en el cuadro, lo transformó en ocre, pero como había algo que no lo convencía del todo todavía cuando comparaba el cuadro con el jardín, un domingo a la mañana salió con un tarro de pintura al jardín y pintó el banco de ocre. Según los pintores —fuente, a decir verdad, de lo más sospechosa— si los bancos pintados de ocre no le disgustaban, el cuadro no le parecía terminado todavía, y después de

estudiarlo con minucia, de sopesar día y noche cada uno de sus detalles, llegó a la conclusión de que el sauce, que aparecía en el centro del cuadro, ocupaba demasiado lugar, aplastando el resto y creando una simetría artificial entre las dos mitades de la tela; de modo que después de muchas cavilaciones decidió que había que borrar el árbol y dejar en su lugar cielo abierto y un horizonte de vegetación en el fondo; se puso manos a la obra y por fin, según los pintores, se sintió realmente satisfecho, así que al día siguiente se despertó con la convicción íntima de que el cuadro estaba terminado, y sin la menor vacilación salió al jardín y arrancó el

árbol.

A pesar de esos rumores, los pintores no lo desquerían. Cubistas, abstractos, neoexpresionistas, neofigurativos, cinéticos o lo que fuese, Bueno padre les prestaba plata, los invitaba a comer, les conseguía becas o galerías, los presentaba a posibles compradores, tal vez pensando en secreto que, puesto que sus colegas se equivocaban tanto, él, que había encontrado la vía justa debía, por equidad, procurarles alguna compensación. Walter carecía de esa delicadeza; desde adolescente lo fuimos viendo venir, y sin haber hecho nada

todavía que lo justificase, prodigaba el mismo desprecio instintivo a su padre y a los que a sus espaldas difundían anécdotas tal vez falsas sobre su padre. A decir verdad, los despreciaba menos por pensar, después de haberlas examinado con minucia, que sus obras carecían de valor, que porque vivían en la provincia, por haberse abstenido de realizar lo que él consideraba el acto de arrojo por excelencia, mudarse a la capital. *Es decimonónico en eso*, sabía comentar Washington, sacudiendo irónico la cabeza, cuando le llegaban rumores de esas convicciones. Aunque ya héroes, reyes, emperadores, como ha quedado demostrado en tantos siglos de

vacuidad, hayan visto reducidas a polvo y a huesos blancos sus pretensiones, Waltercito se empecinaba en correr, quien sabe a causa de qué ilusión óptica, hacia la apariencia. Para él, todo lo que brillaba era oro; por no ser todavía jefe de redacción de algún semanario, poeta reconocido, artista de cine, vocero presidencial, ministro, estrella de la televisión o lo que fuese, siempre y cuando se hablara de él, languidecía en las calles rectas de este damero que es la ciudad, amontonada en la orilla del río. Después de sus primeras españoladas en octosílabos, cruzó el Rubicón y adoptó el verso libre; al tiempo nomás, percibiendo el

escepticismo socarrón que despertaban sus poemas publicados en el suplemento literario de *La Región*, igual que el oráculo de Delfos en tiempos de Pirro, quedó reducido a la prosa. A Bueno padre todos esos acomodamientos técnicos no lo impresionaban. Lo que él quería era que Walter terminara sus estudios de maestro y se pusiera a trabajar, considerando que con un artista en la familia bastaba, pero cuando Walter obtuvo su diploma y un nombramiento en la escuela de un pueblo cerca de Rosario, sus relaciones no mejoraron mucho: el hijo despreciaba en el padre el conformismo y el padre en el hijo la ambición. Así

que cuando Walter se instaló en el pueblo, ya casi no lo vimos por la ciudad pero un día, como al año de haberse ido, caí por casualidad sobre un cuento suyo que había aparecido en el suplemento de *La Nación*, de modo que no me sorprendí cuando Bueno padre me contó, con una sonrisita escéptica, una vez que me lo encontré en la calle, que Walter había renunciado bruscamente a su puesto de maestro y se había ido a vivir a Buenos Aires. Es posible perdonarle a Bueno padre esa sonrisita relativa a su hijo si se tiene en cuenta que, entre la gente de la ciudad, igual que otros el odio o la compasión, Walter Bueno generaba el escepticismo. Cada

una de sus tentativas e incluso de sus triunfos —que iban haciéndolo cada vez más rico y famoso— era recibido, por los que lo conocíamos desde chico, con una sonrisita incrédula que había que reprimir antes de pedir informaciones más amplias. Ese escepticismo general en medio del cual caían las noticias referentes a su persona, Walter no dejaba de percibirlo, aun antes de haberse ido de la ciudad, y es probable que haya sido la causa del aspecto sombrío, retraído e incluso un poco solemne de su carácter. No únicamente se estimaba mucho a sí mismo, sino que se estimaba con gravedad. Las mujeres lo encontraban buen mozo porque era

alto, de pelo oscuro, atlético, y desde el fin de la adolescencia exhibía un bigote tupido, bien argentino, pero a mi modo de ver, y no lo digo por envidia, su virilidad excesiva era sospechosa. Que me cuelguen si virilidad o femineidad llegan a importarme tres pepinos: es cuando quieren hacerme pasar gato por liebre que me empiezo a irritar — aunque, es justo reconocerlo, desde ese punto de vista cada cual es como es, ya que lo que está en todos cristaliza en cada uno, por razones misteriosas, en figuras, en cantidades, en proporciones diferentes. Lo cierto es que el ascenso de Walter, después de un eclipse de un par de años del que quedan, en tanto que

rastró visible, algunos cuentos deslavados en el suplemento de *La Nación*, fue volviéndose inexorable y patente gracias al periodismo, a los viajes al extranjero y, por último, a la televisión. A su programa *Entre nosotros*, los avisos que lo publicitaban en los diarios lo presentaban de la siguiente manera: *Charlas de nivel para todos*. Cada semana, cuatro o cinco imbéciles, verdaderos canallas la mayoría, y todos oportunistas sin la menor duda, se sentaban en sillones de cuero a perorar de lo que ellos llamaban la actualidad cultural, cuidándose muy bien de no nombrar a nadie pasible de figurar en las listas negras de los

servicios de inteligencia ni de tratar ningún tema decretado tabú por algún militar sanguinario —la actualidad cultural, metiendo en la misma bolsa el cine, la gastronomía, el *jet set*, la literatura, y eso a la misma hora en que iban a sacar a la gente de sus casas o de los campos de concentración clandestinos para cargarla en los helicópteros de la marina y tirarla viva en plena noche en el océano. Para ocuparse del boletín meteorológico en un canal de televisión ya es condición necesaria haber vendido toda clase de escrúpulos al mejor postor, así que es fácil imaginar el tipo de maquinaciones de las que tuvo que valerse Waltercito

para ser el animador, en el canal oficial, de la cortina de humo cultural del régimen terrorista, y prueba de que no exagero es que una noche entré a un café y vi en el televisor que en el programa *Entre nosotros*, que estaban pasando en ese momento, el invitado especial era el general Negri —el carnicero del Paraná como le dicen—, jefe del distrito militar regional, que platicaba con Waltercito en *tête-à-tête* sobre problemas culturales. Hay un nombre clínico en psiquiatría para la impresión de sinceridad que emanaba de la charla entre Walter Bueno y el general —se llama la entonación verídica del paranoico.

El general estaba vestido de *sport*, con muy buen gusto —apenas si tiene cincuenta años y aparenta cuarenta, y según dicen tres o cuatro estrellitas de cine que representan la producción nacional en los festivales internacionales se vuelven locas por salir con él— y la conversación se desarrollaba en forma intimista, entrecortada de silencios pensativos, abordando toda clase de temas, la tradición nacional y occidental por ejemplo, o la ecología, o el desarrollo tecnológico, o el psicoanálisis, o Salvador Dalí, o don Quijote de la Mancha —el libro preferido del general—, o el porvenir de la humanidad,

intercambiando miradas francas, irónicas y civilizadas, y sorbiendo de tanto en tanto un trago de jugo de naranja mientras proferían con toda calma y urbanidad las frases ya enlatadas sin duda desde la semana anterior y escritas por los consejeros audiovisuales del general que le están preparando su carrera política. Hay dos clases de homicidas desequilibrados entre los que gobiernan actualmente: los que tienen una erección cuando mandan a cometer a terceros los crímenes que planifican, y los que solo pueden tenerla si sacrifican a sus semejantes con sus propias manos. Va de cajón que el general Negri pertenece a la segunda categoría, la del

homicida que extrae un placer suplementario de la superioridad numérica, de la supremacía técnica, de la impunidad, de la clandestinidad total en la que somete a sus víctimas al tormento, e incluso de los rastros bien individualizados que deja en ellas, de modo tal que a sus pares y a la opinión pública no les quede ninguna duda sobre la paternidad de la operación. La decapitación, por ejemplo, es una de sus señales, así como la emasculación, el collar de quemaduras de cigarrillo en las mujeres, o la ablación de los pechos, lo cual mostraría que el goce no está del todo ausente de la cosa. No me ocuparía de estos detalles poco interesantes —ya

lo eran en Los *120 días de Sodoma*— si no sirviesen para despabilarnos acerca del tipo de gente que acostumbraba frecuentar Walter Bueno durante sus *charlas de nivel para todos* y ponernos al tanto acerca de lo que es necesario hacer para no vegetar hasta la muerte en la legión sombría y casi infinita de los perdedores —y esto vale tanto para Waltercito como para el general.

Ese diálogo íntimo entre dos comprovincianos civilizados que los clientes del bar parecían escuchar con profundo interés, fotografiado en primeros planos cálidos y confidenciales, era perturbado de tanto en tanto por una interferencia ínfima, que

parecía pasar desapercibida para todo el mundo y contra la que los consejeros audiovisuales debían carecer de los medios eficaces para luchar, y era un tic del general que desmentía, obstinado, la puesta en escena tan cuidadosa: sin poder contenerse, el general tenía la costumbre de tocarse, con la punta de la lengua, la pared interior de la mejilla derecha, manteniendo la boca cerrada y abriendo al mismo tiempo los ojos de un modo desmesurado durante un par de segundos, resquebrajando la pátina de jovialidad modernista y bonachona con una mueca que dejaba entrever la negrura turbulenta en la que nacía. Era, supongo, al salir de esas conversaciones

que Waltercito se iba a su quinta de Martínez a pulir la prosa de *La brisa en el trigo*, el *best-seller* de la década. Había llegado lejos sin duda, mucho más lejos de lo que hubiese podido imaginar Bueno padre, que por suerte para esa época ya había esculpido su propio mármol funerario y había ido a enterrarse debajo en el cementerio privado, llamado *Oasis de paz*, para el que había estado trabajando en los últimos años.

—Cómo le va a poner ese nombre si en el pueblo en el que se supone que pasa nunca ha habido trigo —insiste Alfonso, dejando de murmurar consigo mismo y espetándome como si yo fuese

responsable. A decir verdad, hay algo que me incomoda en su insistencia, la cual parece revelar que toma a Walter y a su novela más en serio de lo que se merecen. Si escribí al brulote, no es porque Walter sea digno de que alguien se ocupe de él como escritor, sino porque a través de su persona, en tanto que figura de oportunista, era contra el régimen que me despachaba. Pero Vilma y Alfonso, denostándolo con tanta obstinación, dan la impresión de sentirse inferiores a él, de creer más en su talento de lo que se atreven a admitir. Escribir un brulote contra Walter Bueno no tuvo para mí más significación estética y moral que el pisotón mecánico

con el que, pensando en otra cosa, se aplasta a una cucaracha que atraviesa el mosaico de la cocina.

—Ni vale la pena ocuparse de eso —y por esquivar la mirada insistente de Alfonso, me tomo de un solo trago el vaso de agua y me paro de golpe—. No quiero retrasarme más de lo que estoy.

—No lo demoramos —dice Vilma absteniéndose, como de costumbre, de mirarme, pero ampliando un poco su sonrisa introvertida.

—Vilma —dice Alfonso— dele al amigo Tomatis una carpeta completa de Bizancio.

Apretando el cigarrillo con los labios para mantener las manos libres,

lo que la hace muequear un poco y entrecerrar más todavía los ojos para evitar los efectos del humo, Vilma abre un portafolio y después de hurgar en su interior me extiende una carpeta amarilla de cartulina satinada sobre la que aparece, junto al borde inferior derecho, bajo una viñeta que reproduce un mosaico bizantino, la inscripción

BIZANCIO LIBROS

—Gracias —dijo, absteniéndome de abrir la carpeta para exhibir el carácter convencional de mi agradecimiento. Pero Vilma ni siquiera me escucha, ocupada como está en cerrar el

portafolio, y Alfonso menos todavía, ya que su preocupación principal es hacerme una descripción detallada, destacando sus méritos principales y justificando las razones de sus carencias provisionales, del contenido de la carpeta, y que me cuelguen con un gancho del prepucio y me hagan girar si el tan contenido llega a interesarme lo que se dice un rábano.

—Con esto va tener una visión panorámica de nuestras colecciones. Las fotocopias actualizan cada tanto los precios y las condiciones de venta. Pero a usted le va a interesar más el contenido, estoy seguro —agrega Alfonso parándose despacio y

aceptando dar por terminada la entrevista con ese elogio supremo para causar en mí la impresión más favorable, lo cual constituye un esfuerzo inútil, ya que su lustrada de zapatos no únicamente no causa en mí ninguna impresión favorable sino que, lo que es peor todavía, ninguna impresión. A decir verdad, en el momento en que he recibido la carpeta amarilla, por una impresión súbita y paradójica, Alfonso y Vilma, el bar entero con sus sillas, sus mesas, su mostrador, el ir y venir de los mozos, el rumor de las voces mezclado al ruido de pasos y al entrechocarse de copas, bandejas, platos y pocillos, los globos blancos que cuelgan del techo

iluminando el local, lo presente a mis sentidos —lo que llamo presente a lo que llamo mis sentidos—, se ha vuelto más presente que de costumbre, a causa de quién sabe qué interrupción que se ha producido en mi interior, más presente de lo que la noción misma de presente, que sin duda nunca se ha referido a la impresión que estoy teniendo, es capaz de expresar; y tan presente que, de extraña que era al principio, la impresión se vuelve ligeramente aterradora, y lo inmediato remoto, insondable, igual que si lo que estoy percibiendo fuesen no las sensaciones que me mandan los sentidos sino sus residuos fosilizados. Un grumo en el

fluir imperceptible y transparente que muestra, igual que una burbuja solidificada en el vidrio de una ventana, una imagen reducida y deformada de lo mismo que la ventana entera deja ver, en tamaño natural, de un modo directo y común. Lo que percibo puede estar sucediendo ahora o en cualquier lugar del «tiempo» y del «espacio»; no tengo ninguna prueba de que es «ahora», ninguna referencia ni ninguna noción que identifique lo que está pasando, de modo que la voz de Alfonso es ruido y las presencias que se mueven, incomprensibles, en el bar, rugosidades brutas, masas sin origen, que por alguna razón desconocida se mueven, palpitan,

permanecen, cruce casual de transparencia, de magma material, de radiaciones. Más allá del borde hasta el que llegan las palabras, todo esto no parece tener ninguna explicación a menos que, por una de esas casualidades haya acabado de trasponer, desde hace un par de segundos, y por unos segundos solamente, algún umbral que me ha hecho acceder al exterior de mí mismo, a la zona impensable en la que transcurren, arcaicos y remotos en el instante mismo en que suceden, independientes de toda conciencia, los acontecimientos. Que me cuelguen entonces si las zalamerías de Alfonso pueden llegar a causarme algún efecto.

Pero estos ruidos y manchas sin origen ni sentido, especie de duración disecada y sin vida, es lo bastante singular como para hacerme desear el retorno a la conversación banal de Vilma y Alfonso, que no parecen darse cuenta de nada de lo que me está pasando, o sea que desde hace unos segundos hay un abismo entre eso en lo que ellos están y mis percepciones; y la carpeta amarilla, que he aferrado con el índice y el pulgar, y el resto de los dedos desplegados debajo para servirle de apoyo, tiene ahora la existencia híbrida del objeto que, por provenir de esa exterioridad remota y fósil, sigue semihundido en ella al mismo tiempo que va incorporándose

a mí, por otra cualidad distinta de su color, a través de la yema de los dedos. Me la pongo bajo el brazo, sacudo la cabeza dos o tres veces para hacer ver que saludo antes de irme, y salgo del bar.

La calle está casi desierta, a causa del frío, o de la hora, o de los tiempos que corren probablemente. Los habitantes de la ciudad, conscientes de la amenaza que representan aquellos por los que pretenden sentirse protegidos, me dejan la noche libre para atravesarla a mis anchas. El aire frío en mi cara — las manos están ahora al abrigo en los bolsillos del sobretodo, el brazo

izquierdo apretado contra el costado izquierdo para sostener la carpeta amarilla— pone todo de golpe otra vez en el campo ordinario de mis percepciones, de modo que estoy de nuevo en el mundo conocido hecho de memoria, de olvido, de vaguedad, de somnolencia. En lugar de cielo hay letreros luminosos, artefactos ya viejos que pasan de moda en el momento mismo de su instalación, parpadeando signos convencionales de colores, escritura de neón irrisoria y repetitiva que trata de entrecortar la negrura siniestra de la ciudad tirada en el espacio indiferente, flotando entre las calles rectas y sin gracia y el cielo

nublado en el que no son visibles, desde hace días, ni sol, ni luna, ni ninguna estrella. En la vereda de enfrente, el cortocircuito en el letrero luminoso produce un chirrido entrecortado y una titilación lila que empalidece, intermitente, el aire a su alrededor. Antes de empezar a caminar, alzo las solapas del sobretodo para que me cubran las orejas, la parte inferior de las mejillas, el cuello y, arqueando un poco la carpeta amarilla para darle la forma de un semicilindro, la deslizo en el bolsillo exterior del sobretodo. En el trapecio de luz que arroja la ventana del bar a la vereda, el vapor de mi aliento sale en un chorro blanquecino y se

disipa. Vilma y Alfonso me observan a través del vidrio, sonriendo con curiosidad cohibida, de modo que me despido de ellos otra vez, insinuando un nuevo sacudimiento de cabeza, más distante que el primero, en el que el hundimiento en lo impensable me hizo poner, para salir de la impresión de abismo, un poco más de energía: porque un par de perfectos desconocidos me aborde en la calle para arrastrarme después a un bar con el fin de sobarme con sus elogios injustificados, no voy a andar deshaciéndome en reverencias. Las gotitas que empezaron a caer no han sido más que un amago inobsecuente de lluvia; el aire está seco, helado, y se

adhiera al borde superior de las orejas, a la frente, a la punta de la nariz y, por entre el pelo un poco revuelto, al cuero cabelludo, las únicas partes expuestas al frío que deja mi puesto de observación móvil, protegido por las capas sucesivas de lana que lo cubren, las medias, el pantalón, la camisa, el *pullover*, el sobretodo con las solapas levantadas hasta la mitad de las mejillas y cruzadas a la altura de la nariz —el punto de observación móvil en el que algo incierto que en otras épocas se me daba por llamar «yo», igual que los letreros luminosos, y no menos intermitente y repetitivo, signo indigente del mecanismo que lo instaló flotando

irrisorio en la negrura, colorido, parpadea. Me desplazo, ni lento ni rápido, por la calle desierta en la que sin duda mañana a la mañana, con la primera luz gris, los otros puestos móviles de observación, apenas reales para sí mismos y fantasmas para los otros —o al contrario tal vez, personajes inequívocos desde el exterior y negrura sin fondo adentro—, empezarán a emerger, atravesando el aire gélido, tratando de no resbalar en la escarcha azulada o dando saltitos en el mismo lugar para mantenerse en calor mientras esperan, en alguna esquina, el colectivo. Cuando llego a la esquina, me paro un momento: un hombre sale con

paso rápido de un bar y, soplándose los nudillos, entra de un salto en el bar de enfrente —no es «yo», «él», sino algo semejante en el que quizás también se encienden, con intermitencia propia, letreros luminosos. Una vez dentro del bar, vacila un momento detrás de las puertas de vidrio —¿qué mesa elegir?, ¿ir derecho a la caja?, ¿al mostrador?, ¿hacia el teléfono?— en el bar iluminado y casi vacío, a menos que, del mismo modo que los pensamientos que le atribuyo son imaginarios, también lo sean el hombre, la calle, el bar iluminado y vacío, e incluso mis propios pensamientos: porque esta alternancia de transparencia y opacidad, de

inmovilidad y movimiento, de frío y de calor, de sonido y silencio, de aspereza y lisura, que el punto móvil de observación dentro del que floto atraviesa, aspire, continua, a la veracidad, no voy a pisar el palito porque sí ni a tragarme la píldora como si nada. Más vale cruzo la calle y me apuro un poco; atravieso San Martín, camino una cuadra, y doblo por la paralela más oscura.

Aquí ya es plena noche, y no son ni las ocho todavía. Dos o tres cuadras más adelante, por encima de las luces débiles de las esquinas, hay un solo letrero luminoso, el del hotel Conquistador, con la enorme silueta de

un conquistador tautológico en neón verde pálido, la visera del casco que sobresale de la línea superior del rectángulo de neón rojo que lo enmarca, y las manos aferrando la empuñadura ancha de neón cuya punta se apoya, entre las piernas abiertas en actitud dominadora, en la base del rectángulo. La silueta verde pálido flota en el aire negro, más como un fantasma entre las torres brumosas de Elsinor que como un artefacto publicitario en la ciudad vacía.

De tanto en tanto, un auto cruza alguna transversal, más improbable en la noche de invierno que las masas pétreas de Elsinor, que vi una vez desde un *ferry*, envueltas en la niebla, y más

improbable incluso que el fantasma que las visita. Cruza demasiado lejos, demasiado rápido, demasiado silencioso la transversal, como para ser capaz de evocar alguna sensación directa, algo más consistente que un vago automatismo asociativo. Doblo otra vez por la primera transversal, en dirección al parque del Palomar, hacia las masas negras de los árboles, más negros que la negrura general contra la que se recortan —veníamos con Haydée a este parque cuando todavía estábamos casados cada uno por nuestro lado, y nos sentábamos siempre en ese banco más o menos a esta hora, hablando de «temas intelectuales» y analizando en detalle,

con mucha fineza psicológica como se dice y terminología no coloquial, el carácter de nuestras parejas respectivas, percibiéndonos mutuamente como verdaderas «almas gemelas», pero cuando yo le pasaba el brazo por encima de los hombros y trataba de atraerla hacia mí para besarla, ella se ponía rígida y decía de un modo cortante *Nunca mientras yo siga viviendo con Carlos y vos con Martita*. Debí darme cuenta de que me traería problemas — incluso debo habérmelo dicho para mis adentros alguna vez— por el modo insistente con que se mordisqueaba, y sigue haciéndolo desde luego, el labio inferior cerca de la comisura derecha, a

tal punto que en ese lugar lo tiene un poco más protuberante, detalle morfológico que en los primeros tiempos de nuestras relaciones, sabía excitarme, «Eso», sexualmente digo, de un modo especial. Moral más que curiosa en una psicoanalista, acostumbrada a los imperativos de «eso» en sus pacientes, sobre todo si tenemos en cuenta que, a causa de una supuesta depresión, y siempre según Haydée, Carlos tenía lo que él mismo llamaba la dispensa de la papesa Juana para los deberes conyugales. «Eso» tenía bastante autonomía como para obligarla a mordisquearse todo el tiempo el labio inferior, pero no para

permitirle darse de tanto en tanto un gusto después de un año de abstinencia. «Eso» encontró en Haydée un adversario de peso, y puedo atestiguarlo por haberlo experimentado en carne propia, ya que cuando se separó por fin de Carlos y traté de atraerla hacia mí para besarla un anochecer en que estábamos sentados en el banco de costumbre, se mantuvo tan rígida como siempre y dijo con determinación *No mientras sigas viviendo con Martita.* Que me la corten en rebanadas si Martita me importaba un rábano en esos días, y a no ser porque, justamente, ya no podía pasar más nada entre Martita y yo, no hubiese tenido ningún

inconveniente en llevármelas a las dos juntas al dormitorio. Pero Haydée se ponía rígida, en ese mismo banco, más o menos a esta misma hora, cuando iba a buscarla a la salida de sus cursos de yoga, y esperando con paciencia algún silencio prolongado durante la conversación, le pasaba el brazo por los hombros y trataba de inclinarla hacia mí para besarla en la boca. «Eso» parecía estar dotado en ella de principios morales bien establecidos, organizados en un sistema armonioso del que la monogamia estricta era la columna vertebral; Haydée me daba un beso amistoso en la mejilla cuando nos separábamos y, a juzgar por su

expresión plácida, «eso», en la sombra, parecía satisfecho de nuestros encuentros platónicos como se dice en el parque del Palomar.

Después que nos casamos, me fui dando cuenta de que «eso» en Haydée tenía la desdichada tendencia a coincidir con las opiniones de su madre, y digo «eso» y no Haydée, porque Haydée está convencida todavía hoy de que es ella quien educa a su madre, un ser, a decir verdad, ingobernable a quien, en los meses que precedieron la separación, estuve a punto veces de hacerle saltar a bofetadas los collares de perlas, los aros de oro y los anteojos diseñados por Pierre Cardin —el recuerdo de sus

valijas Vuitton y de sus perfumes Chanel comprados en París en uno de sus numerosos Eurotours me sigue dando náuseas, y cuando pienso que mi hija de ocho años ha quedado en sus manos tengo, no únicamente escalofríos, sino también remordimientos. Las maquinaciones de ese escorpión calculador, sus conceptos demenciales sobre el universo y la sociedad, están enquistados en «eso» de Haydée, y el hecho de haber querido hacerse especialista en la materia fue tal vez en ella el último estremecimiento de rebelión. Basta ver a su madre cinco minutos en su farmacia para comprender de inmediato el modo en que se

relaciona con el mundo —su manera de medicar, por ejemplo, a los que vienen a pedirle un consejo, los ademanes y expresiones con los que asume su papel de farmacéutica poseedora de una supuesta ciencia, son suficientes para despertar odio en cualquier persona sensible. Basta no usar *pulloveres* Benetton o camisas Yves Saint Laurent para merecer su desprecio; con no haber hecho nunca un Eurotour, ya se forma parte para ella del magma fangoso de lo inexistente. Apenas aparece y abre la boca uno entiende que el marido se haya muerto de un ataque a los treinta y cinco años dejándole la farmacia —una mina de oro como se dice—, aunque ella

pretenda todavía que tuvo que *luchar sola en la vida para educar a la nena*; la nena, obviamente, es su hija psicoanalista, a la que todavía sigue llamando de ese modo. Esa mujer es mi tercera suegra; la primera era un ama de casa insignificante y la segunda, que no conocí, una persona bastante inteligente según parece, de modo que no generalizo para nada ni caigo en una vulgar historia de suegras como las que se cuentan por televisión; se trata de un caso auténtico de maldad constitutiva, y los rastros de esa naturaleza se reflejan en Haydée, sin que ella se dé cuenta desde luego, ya que como especialista de «eso», pretende estar al abrigo de lo

que dictamina en sus pacientes; «eso» oscuro y sin forma, sin siquiera lugar preciso en el cuerpo, ni otro nombre que el que señala una presencia cierta pero sin definición, está en ella entrelazada con las consignas mortíferas de su madre, y tan poco a sabiendas que a veces suelo tener la impresión de estar en presencia de un *zombie* o de un *robot*. De lo más racional en apariencia, y con bastante sentido común la mayoría de las veces, bondadosa por añadidura, capaz de sacrificios sublimes, un rostro de ángel en un cuerpo de diosa como se dice, con quien todo va a las mil maravillas hasta que de pronto suena el llamado que la sumerge en una especie

de sueño durante el cual todos sus actos son lo opuesto de lo que deberían ser.

A causa del relumbrón apagado de su cúpula de tejas, el palomar atrae mi mirada, de modo que giro hacia la izquierda y abandonando el camino principal de lajas que se abre entre los canteros, subo despacio los tres escalones que llevan a la pequeña construcción de alambre, cemento y tejas, rodeadas de matas de ligustro, en la que dormitan las palomas. El ruido de mis suelas, al deslizarse sobre el cemento blanqueado, despierta una inquietud confusa en los cuerpiños emplumados que adivino agitándose en

la negrura: aleteos indecisos, sacudimientos, el vuelo tal vez de alguna paloma un poco más ansiosa o más despierta que las otras, y a medida que voy acercándome al alambre que aísla a las palomas del exterior, el murmullo crece, desplegándose un poco en variedad y aumentando en agitación, pero es unos segundos después que me paro, a dos metros del alambre, tratando de escrutar el interior que, todas a la vez, las palomas, en un sobresalto brusco, se echan a volar en círculo, llenando el aire negro con el rumor de sus alas y de sus palpitaciones veloces, en las que me parece adivinar la descarga mecánica de los borbotones de

pánico que genera, en sus cerebros diminutos, la presencia inesperada y extranjera, «mi» presencia, que no es para mí mismo, en la oscuridad del parque, menos incomprensible y extraña. Trazan, todas juntas, un vuelo circular alrededor de la columna central que contiene sus nidos, se asientan y levantan vuelo de nuevo, varias veces, hasta que, intrigadas a causa de mi inmovilidad, pero seguras todavía de mi presencia, se asientan otra vez y, sin dejar de moverse en su lugar, siguen vigilándome a distancia, desconfiadas y alertas. Hormiguean en un tumulto apagado, pero tan intenso, imprevisible y variado en su multiplicidad oscura,

con movimientos autónomos respecto de cualquier plan o finalidad, inesperados y repetitivos que, borrando la distancia entre lo interno y lo exterior, se vuelven poco a poco íntimas o inmediatas y se confunden con mis propios pensamientos. Son, a decir verdad, mis propios pensamientos, ya que estamos dentro del mismo mundo y toda mirada exterior a nosotros, capaz de distinguirnos es, no me cabe la menor duda, impensable. Y, de repente, me doy cuenta de que sigo todavía vivo: no es que me acuerde o que lo sepa, o lo pretenda, como de costumbre, no: lo experimento, con un poco de asombro y cierta aprehensión incluso diciéndome

que tal vez no va a durar, que ser que estoy siendo en este momento, la certidumbre extrañada, frágil y sin embargo clara que flota y ondula dentro del puesto compacto de observación, va a apagarse por fin, empastándose en la negrura que la rodea. Aunque parezca mentira, soy yo y estoy aquí, en lo que fluye continuo y discontinuo a la vez, por decirlo de algún modo, el desenvolvimiento o la expansión que no para, adentro puro o pura exterioridad, pero único y continuo y discontinuo a la vez sobre todo, de lo que no alcanzo a ver más que lo fragmentario, lo periódico, con leyes que describen al observador y no al fenómeno, medidas

que se refieren a sí mismas y no a la extensión que querrían calcular, relojes que dan cuenta de otros relojes y no del tiempo. Continuo y discontinuo a la vez, y lo que quiere abrirse paso hasta mi pensamiento es tan arduo y desmedido que las dos palabras con que lo llamo continuo y discontinuo se adelgazan, se esfuman, se vuelven ruido o vestigios inconexos que entran con los demás, sin significación, en el magma expansivo y material que las arrastra y, sin saña ni razón particular, cada vez que las trazo o las pronuncio, con solo ser, las desintegra. Me doy vuelta y empiezo a bajar los escalones, alejándome del palomar no únicamente en el espacio

sino también en el tiempo, sintiendo que ya estaba alejándome en el tiempo mientras seguía inmóvil frente al tejido de alambre que me separaba de los cuerpecitos inquietos y palpitantes que ahora, tal vez para saludar mi alejamiento, para exorcizar mi posible regreso quizás, por alivio o por impaciencia probablemente, dan, todos juntos, un par de vueltas veloces por su territorio, a juzgar por el tumulto tenso de alas que llega a mis oídos mientras bajo los escalones.

De lo que acabo de experimentar, me queda un beneficio de percepción clara, igual que si hubiese frotado un vidrio empañado dejándolo bien limpio para

mirar afuera, las ramas deshojadas de los árboles, filigrana negra un poco más negra que la noche, y las frondas perennes, grumos de noche mal diluidos en el resto de la negrura.

Al final del sendero ancho de lajas, cuando llego a la vereda propiamente dicha, donde termina el parque, doblo hacia la izquierda por la calle recta y vacía, hacia la línea de puntos luminosos del alumbrado público, en la que cada punto denota el cruce de una transversal. Las formas geométricas de las casas, cuadrados de fachadas laterales, rectángulos de ventanas, paralelepípedos semiimaginarios de balcones, rombos o círculos de

tragaluces, conos, pirámides o poliedros de torrecitas o de salientes ornamentales, contrastan con las formas irregulares de los árboles de los que la semejanza repetitiva evoca menos un plan que la coincidencia ciega que habiendo obtenido el resultado que le permite, estúpidamente, persistir, terca, se reproduce. Y por encima de todo, el cielo negro, de un negro reconcentrado, bajo, al que el resplandor de las luces, elevándose un poco por encima de la ciudad, no alcanza a iluminar. No se ve, desde luego, una sola estrella, y la capa de nubes que oculta al firmamento es demasiado oscura y pareja como para que algún reborde un poco más espeso

sobresalga de la negrura introduciendo en ella algún accidente. Nada.

Nos aplasta a decir verdad en nuestro reparo exiguo esta ausencia de estrellas, privándonos del espacio enjorado que, aunque inaccesible e incluso indiferente, nos depara al menos noche a noche la vista de algo que el aliento humano, por ahora al menos, no empaña ni contamina. Lo que a no pocos espanta puede en otros ser motivo de exaltación, de apoyo en el que se descansa de las fatigas horizontales, el fárrago del mercado, los debates en la plaza pública, el pánico de las escaramuzas, los malentendidos del dormitorio, la prolijidad un poco vana

de la ecuación, del silogismo y del arabesco, y que me cuelguen si no es preferible el brillo gélido, sin razón alguna, al delirio animal de tantas razones.

En la esquina, el letrero luminoso de la farmacia ya está apagado, de modo que la farmacéutica debe estar ya en la planta alta, frotando con su verborrea convencional las orejas de mi hija. Si Haydée ya ha viajado a Buenos Aires a someterse a su control como lo llaman, Alicia debe estar jugando en su pieza mientras esa mujer revolotea a su alrededor discurrendo todo el tiempo sobre lo que es decente y normal, sobre lo que se usa esta temporada en Europa,

sobre lo tranquilo que está todo desde que las fuerzas armadas se hicieron cargo del gobierno quizás, sobre los mejores hoteles en Punta del Este o en Bariloche, pero cuando toco el timbre y casi de inmediato se enciende la luz de la entrada, es Haydée la que se asoma en lo alto de la escalera. Para que suba, me hace unas señas que simulo no ver, igual que los sacudimientos contrariados de cabeza que realiza mientras viene bajando las escaleras. De perfil a la puerta, trato de darle la impresión de no haber advertido ni sus gestos de impaciencia ni la exasperación irónica de su mirada.

—Es de lo más infantil negarse —

dice al abrir la puerta—. ¿No viste que te hacía señas para que subieras?

—No vi —digo.

—Lo viste perfectamente —dice Haydée.

—Te digo que no vi —le digo—. Pero si hubiese visto, igual no hubiese subido.

—Perfectamente. Lo viste perfectamente —dice Haydée. Y después, sacudiendo de un modo fugaz los hombros—. En fin, como te plazca.

Me inclino un poco hacia el espacio vacío que hay entre el costado de su cuerpo y el marco de la puerta y, igual que si estuviera oliendo algo, aspiro varias veces por la nariz.

—Hay demasiado tufo a decencia burguesa ahí adentro —digo.

Haydée se echa a reír, estremeciéndose toda.

—Miren quién habla —dice. Y se pone seria otra vez.

Está vestida de «entrecasa simple», sin maquillaje, con un *pullover* grueso de cuello alto, unos pantalones de franela ajustados y zapatos sin taco, pero como está parada en el escalón del umbral y erguida a causa del aire de desafío bien connotado que adopta en mi presencia, del tipo *estoy dispuesta a defender como una fiera el equilibrio emocional de mi hija*, me lleva una cabeza y puede mirarme con comodidad

desde arriba. Pero enmarcada por el pelo negro, suelto, que le cae encrespado sobre los hombros, su cara oval, reconcentrada, destila, a pesar de su severidad, esa expresión ausente tan habitual en ella a la que se asocian de inmediato la bondad y la dulzura. Tiene un pañuelito apretado en la mano izquierda. La protuberancia en el labio inferior irradia como siempre sensualidad; muy pocos conocemos su origen, más connatural de la vacilación que de la entrega, y puesto que son sus propios dientes los que la han trabajado fruto tal vez, puedo aventurarlo sin miedo de caer en la facilidad, de un remordimiento anticipado. A causa de

una especie de disociación entre su expresión ausente y su cuerpo lleno de redondeces y poses autónomas es, óptimo, un animal sexual, abundante y grave. Desearía poder verla otra vez, como al principio, desde fuera, desembarazarme durante algunos segundos del eclipse pantanoso en el que chapoteamos desde hace años, de la circulación intersubjetiva de reproches, sospechas y previsibilidad que desalienta, desde su fuente misma, al deseo.

Verla como es sin duda para el desconocido que la cruza en la calle, que trata de encontrar sin resultado su mirada, y que se da vuelta para

contemplarla mientras se aleja, inaccesible después de haber sido, durante los segundos que duró su aparición, intensa y súbita, promesa, enigma y llamado.

La nostalgia de que vuelva a ser ese imán cálido de cuando, incapaces de proyectarnos en ella, buscábamos, con esperanza y con furia, no lo que podría identificarnos, sino lo que la diferenciaba de nosotros. Pero las ondas animales que emite ahora —cuyos efectos, por haberlos sentido en otras épocas, puedo adivinar en otros— son remotas y apagadas igual que si, a pesar de nuestra proximidad física, estuviésemos parados en dos espacios

diferentes. El rechazo, tan ilusorio como la atracción, viene de creer en un exceso de conocimiento, cuando, a decir verdad, seguimos siendo desconocidos, no únicamente uno respecto del otro, sino cada uno respecto de sí mismo; el famoso «yo» del que los clientes de Bueno padre le pagaban para que hiciese una representación fija de la parte externa, resultó ser un telón pintado al que la menor chispa consume, dejando en su lugar un agujero negro del que las fosforescencias que lo atraviesan, las luciérnagas lentas, los neones periódicos y repetitivos, las explosiones coloridas, son tan inmotivados y casuales como la negrura

que los acoge.

—Al final no viajo, y Alicia ya está en la cama —dice Haydée.

—¿En la cama? ¿En el *boudoir* rosa que le ha instalado tu madre? ¿Adoctrinándola para entregársela a algún escribano o a algún militar? —dijo, simulando una cólera fría que de ningún modo parece perturbar a Haydée —. Esto es un secuestro caracterizado.

—Por empezar —dice Haydée— tenías que venir a buscarla a las siete y son las ocho y veinte. Y no es culpa mía si mi analista se fue a Francia. Pero puedes venir a buscarla el viernes a la noche para pasar con ella el fin de semana. Tu hermana está totalmente de

acuerdo conmigo.

—No les basta con haber sido cómplices de un secuestro —digo—. Tenían que ejecutar uno directamente.

—Tu cuota de sordidez ya había alcanzado el máximo. No hace falta seguir alimentándola —dice Haydée, sin demostrar la menor impaciencia.

—Toda pretensión moral que salga de esta casa queda invalidada de antemano en razón de las personas que la habitan.

Haydée mira a su alrededor, como buscando a alguien en la calle desierta.

—Ningún público a la vista —dice—. No vale la pena que gastes los últimos cartuchos de tu retórica. Y

terminemos: hoy Alicia no sale. El viernes a la noche está a tu disposición por todo el fin de semana.

Después de una pausa, con entonación conciliadora, pregunta:

—¿Querés subir a saludarla?

—¿Cómo sé que el general Negri no está esperándome allá arriba? —digo, fingiendo un aire confidencial.

—Hijo de mil putas —susurra Haydée—. Hijo de mil putas.

Y, girando brusca y dando un portazo, sube a toda velocidad las escaleras. Quedo un momento inmóvil en la vereda, contemplando la escalera iluminada y vacía, hasta que, de golpe, la luz se apaga, sin que yo decida

moverme todavía —segundos muertos durante los que no pienso nada ni ningún sentimiento o emoción me visitan, sin siquiera conciencia de estar aquí ni recordar las frases que he pronunciado, igual que si hubiesen sido dichas por algún otro y flotasen por lo tanto en su propia memoria y no en la mía. Hasta que por fin me doy vuelta, cruzo la calle, y me interno en la transversal oscura —tramos negros interrumpidos con regularidad por la sempiterna escansión de los puntos luminosos del alumbrado público.

La dispensa temporaria de la papesa Juana, obtenida hace una década por mi tocayo Carlos: quién iba a decir en los

anocheceres del parque, cuando trataba de atraer a Haydée por los hombros para besarla en la boca, que después de acogerme a sus beneficios parciales, a cada crisis y a veces sin razón, por mero desgano, iba a terminar optando por la eximición definitiva.

Yo despreciaba un poco a su marido porque no la deseaba; me parecía imposible que la protuberancia inferior, el aire ausente y bondadoso que parecía abandonar al capricho ajeno el cuerpo abundante y autónomo no despertaran, sin opción posible, el impulso de pasar horas enteras aricándose contra la carne mate y caliente, imposible que, de ese tumulto masculino constante que

despertaba su proximidad, no hubiesen quedado, después de cierto tiempo, los fragmentos del deseo que apetecía, más que el cuerpo carnoso y la interioridad flotante y evasiva, el universo entero a través de él, sino meras reliquias enmohecidas de alma, fósiles de emoción, huesos dispersos y resecaos de sentimiento. Que me la corten en rebanadas si se me ocurre algo acerca de qué cuernos puede ser el deseo, y sin embargo sé todavía menos por qué razón se extingue. Si es la disponibilidad del objeto como dicen lo que lo apaga, es lo imposible entonces lo que atrae —nunca está demás lo que sirve para pisotear la economía— y lo aceptaría de buena

gana si no estuviese seguro, lo que por otra parte me importa un rábano, de que imposibilidad y posesión se contagian, recíprocas, la inexistencia. Por transferencia como dicen a otro objeto es que desaparece tal vez —lo que cambia el objeto, pero no el problema. Tal vez lo que llamamos deseo es análogo al brillo de una estrella muerta —el espasmo de algo inhumano que deja de existir en el momento mismo en que se encama y cuyos últimos sacudimientos en su lugar de paso, nosotros, nos inducen, maquinales, a descargarlo en lo exterior. De modo que son aquellos que creen poseer los poseídos, y los buscadores de objeto el

objeto por excelencia. El caso es que de todo ese rompecabezas me desperté una mañana con la dispensa definitiva de la papasa Juana. Los peces voladores, que al principio no dejaban el aire y parecían flotar en miríada, con su aleteo plateado y múltiple, más en levitación que en vuelo, suspendidos en la luz por sobre el gran fondo oscuro y frío del mar, retomaron un buen día el camino de la negrura, y volvieron a su modalidad banal de reaparición periódica, un tiempo en la oscuridad helada y sin límites, y una salida brusca a la evidencia, para atravesar rápidos el aire y volverse a sumergir, saliendo y entrando en el océano, hasta que sus

apariciones fueron haciéndose más espaciadas y más cortas, sus aleteos más opacos y exangües, de modo que, si durante un tiempo me puse a espiar por el mar vacío sus apariciones, no sin ansiedad ni nostalgia, al cabo de un momento dejé de esperarlos, sabiendo que ya no volverían a salir. Dejé de esperar: porque en el pasado, o lo que llamo así digamos, haya encontrado un abrigo en esos estremecimientos cálidos, de lo más agradables a decir verdad, no voy a andar corriéndome a cada rato hasta la esquina para ver si llueve.

Dejo de lado que una vez amasó ñoquis con azúcar impalpable en vez de

harina, que, con el pretexto de que había muchas legumbres, otra vez puso una sola papa en el puchero para ocho comensales, la carne salada un día sí un día no, la obstinación en querer ser ama de casa a toda costa, sobre todo desde el nacimiento de Alicia, en razón de quién sabe qué teorías tiradas de los pelos entre ella y sus colegas sobre la importancia de la madre nutricia para el equilibrio mental de la familia —yo, que terminaba mucho más temprano en el diario, la hubiese esperado con gusto con la comida lista y la mesa puesta o, mejor todavía, la hubiese llevado todas las noches al *restaurant*, eso es más que seguro, pero aún así puedo no tomar en

cuenta ese aspecto de las cosas y darle la importancia que tiene, es decir, para ser francos, ninguna.

Pero que me cuelguen si sumando lo secundario de todos mis casamientos el resultado no es un bulto demasiado pesado como dicen para ser arrastrado por un solo hombre. Mi primer matrimonio —el único legal a decir verdad— duró ocho meses, aunque puedo decir que cuando le estaba poniendo la alianza en el Registro Civil a mi mujer, en el mismo momento en que el aro de oro entraba en su dedito de porcelana, ya estaba percibiendo la irrealidad de la cosa, con su familia y la mía bien trajeadas, igual que los

compañeros de facultad —mi madre y mi hermana más que seguro más que escépticas, mi padre no muy convencido tampoco de verme en el Registro Civil dos meses después de haber conocido a Graciela en el bar de la facultad, y la familia de Graciela menos todavía a causa de nuestra decisión de casarnos directamente por civil sin pasar por la iglesia. Hace más de veinte años de esto; yo todavía flotaba entre el vasto mundo exterior que me llamaba a su intemperie y la familia dispuesta a acordarme confort y protección a cambio de la promesa de no innovar, a caballo entre lo abierto y lo cerrado todavía, y el hecho de que Graciela,

sentada sola en la mesa del bar de la Facultad, haya respondido con una sonrisa al movimiento significativo de cabeza que le hice al entrar al bar y verla, me llevó en línea recta desde la mesa del bar hasta la impresión nítida de irrealidad que me asaltó en el momento en que le metía la alianza en el dedo de porcelana —esa aceptación rápida de mi persona por parte de una chica de lo más bonita, de buena familia como dicen, por añadidura, y tal vez por encima de todo un poco más buena familia que la mía levantó, más que seguro, el espejismo. Los juegos de cubiertos, los veladores en falso rococó, las cobijas, expuestos en el salón

durante la fiesta lo empezaron a disipar. Y cuando nos encerramos en el hotel más lujoso de la ciudad para pasar la noche de bodas antes de viajar a Bariloche al día siguiente, ya se había disuelto el sortilegio. No hubo modo de penetrarla —ni esa noche ni las siguientes—. Al cabo de unos diez días, harto del lago Nahuel Huapí, del bosque petrificado y la hostería bávara en la que nos alojábamos, atendida por una familia de refugiados nazis, y que me cuelguen si me equivoco, le sugerí que acortáramos el viaje de modo que, aterrorizada ante la perspectiva de tener que explicarle a la familia su primera desavenencia conyugal en pleno viaje de

bodas, accedió a mantener la piernas abiertas y a abstenerse de esquivar la penetración con el movimiento instintivo de las nalgas que venía haciendo cada noche apenas sentía la punta de mi sexo en su hendidura. Que lo corten ahora mismo en rebanadas ese sexo al que me refiero si tenía la intención de hacerle el menor daño y si desde la primera noche no actué en todo momento con la mayor delicadeza y dulzura —no era miedo ni nada lo que tenía sino que le habían machacado tanto y durante tantos años con medias palabras y sobreentendidos desde luego que su virginidad era la carta máxima con que contaba en la lucha por la vida, que más que seguro se

había identificado con ella y tenía miedo de perderse ella misma en lo indiferenciado si la perdía, de modo que mantenía su hendidura vertical bien obturada por dentro, por control remoto podría decirse, y aún con toda la buena voluntad que puso al final, y creo que cada vez que hizo el amor, conmigo en todo caso, era una verdadera tortura entrar en ella y yo terminaba, incluso ocho meses más tarde todavía, con la punta de la verga toda lastimada. En los ocho meses, fue incapaz de decidir si había tenido un orgasmo o no, ni si le gustaba o le disgustaba lo que hacíamos — hasta percibir que la manteca está rancia o el tiempo un poco más fresco

que ayer hay que tener vida interior. Y a pesar de eso, a la semana siguiente de nuestra vuelta de Bariloche empezó a preparar un cuarto para los niños y almacenar ropa de bebé. A decir verdad no me hubiese importado mucho que no hiciésemos el amor si ella tenía miedo o no le gustaba —hubiese podido arreglármelas de otra manera si ella hubiese sido capaz de discutir conmigo la cuestión, pero el problema era que ella misma no sabía si tenía miedo o no le gustaba; probablemente pensaba que al cabo de nueve meses de matrimonio la cigüeña deposita en una cama preparada para esta eventualidad el bebé comprado en París y que el papel

de una buena madre consiste exclusivamente en comprar esa cama y tejer durante nueve meses ropita para el nene, del mismo modo que en la transformación de una de las habitaciones de la casa en un lugar de ensueño como dicen destinado a procurarle el máximo de felicidad a la personita adorable que la cigüeña dejará caer por la chimenea en forma inminente. Lo que el nacimiento podía implicar de sangre, esperma, pelos, gritos, garras, muerte, lágrimas se le escapaba y era inútil tratar de explicárselo —más de una vez, hablando con ella, a causa de la fijeza de su expresión, tuve la impresión

extraña de estar hablándole a una muñeca, y ahora que pienso en ella veinte años más tarde, no puedo dejar de representármela como tal, el pelo rubio demasiado «pelo rubio», los ojos azules demasiado «ojos azules», la carne regordeta y dura a la vez, de un rosa demasiado «rosa», liso y brillante, sobre todo, aparte de la boca entreabierta en una sonrisa convencional, que a decir verdad acababa en los dientes blancos demasiado «dientes blancos», ningún orificio, ni poros, ni vagina, ni ano, ni orejas, ni fosas nasales, para permitirle algún tipo de relación orgánica con lo exterior. De tan convencional, se volvía

inaccesible, inhumana, misteriosa, igual que si hubiese sido *maciza*, por dentro, de una sola pieza como se dice, sin la complejidad oscura de los órganos que orquestan, con su funcionamiento polirrítmico, para bien o para mal, la imprevisibilidad y la riqueza de las especies vivas.

Desde luego que no esperé la separación para procurarme en otra parte lo que buscaba en vano en ella cuando me concedía, con la expresión de estar diciéndome todo el tiempo *No te preocupes, no voy a molestarte para nada mientras estés adentro*, algún acto sexual, un cuerpo caliente que se estremeciese de verdad contra el mío o

que, por lo menos, por razones profesionales o por pura cortesía, lo simulara. La voluptuosidad bien simulada es por otra parte mucho más gratificante que la genuina cuando a la genuina no se la expresa como es debido ya que, de todos modos, del goce ajeno no percibimos más que los signos exteriores, y solo podemos tener teorías acerca de su existencia, igual que de los pensamientos de un perro —mi primera mujer podía muy bien ser una hoguera como se dice, pero los amoríos pasajeros obtenidos en los bailes de carnaval e incluso en la calle connotaban de un modo más inequívoco su combustión posible en la penumbra

roja de los hoteles alojamiento. Y, hay que reconocerlo, es mucho más agradable ir a leer algo bien escrito o a comer una parrillada después de fornicar, que quedarse a esperar nueve meses a ver qué sale del lugar en el que uno ha entrado. La multiplicidad de parejas por otra parte disminuye la pobreza de este acto único, que muy pocas combinaciones y el cambio continuo de objeto puede procurar experiencias sensoriales comparativas, análogas a las justas poéticas en las que, a partir de un tema impuesto por el jurado, los distintos participantes nos deleitan no por la originalidad del tema, sino por el tratamiento singular a que lo

someten. El interés viene de lo circunstancial —cosa que también puede suceder, no lo niego, aunque es más raro, si se lo hace siempre con la misma persona. La multiplicidad pone de relieve lo individual de cada una de las parejas ocasionales, los detalles que la vuelven única, momento irrepetible en el flujo perenne de la especie, concreción material individuada más presente, según los casos, a un sentido que a otro, dándole un tono diferenciado a las sensaciones. Forma, estímulos, sensaciones, emoción bien diferenciadas: la memoria los requiere para poder crear, por lo que dura una vida, la ilusión de un pasado empírico.

A veces un solo acto sexual basta para fijarlos, a veces son necesarios muchos, y a veces, incluso, el deseo no satisfecho incrusta en la memoria experiencias imaginarias, apetecidas pero no realizadas, más imborrables que las verdaderas.

Que me cuelguen si para procurarse esa multiplicidad la condición de divorciado no deja de tener sus ventajas, en primer lugar porque aleja a «las chicas de buena familia que quieren constituir un hogar» como se dice, sin pasar por un poco de perversión, como Graciela por ejemplo, y después porque la búsqueda de la variación puede ser atribuida por los demás no al libertinaje,

lo que me importaría a decir verdad tres pepinos, sino a las vacilaciones comprensibles del que «ha fracasado en un primer matrimonio», lo que puede estimular la curiosidad. Si podemos decir que la relación amorosa como la llaman es un intento de escribir de manera más satisfactoria la historia de la propia familia, puedo asegurar que en mi caso, refractario durante un buen tiempo a la novela-río, frecuenté a y durante años el género breve, la anécdota, el brochazo, el cuento con final sorprendente, la fábula, el interludio cómico, e incluso el aforismo. Como en muchas otras disciplinas, la extensión media sin embargo es la que

otorga más satisfacciones.

Que me la corten en rebanadas si hay la menor jactancia en todo esto: la actividad sexual está al alcance de todo el mundo —hombre o mujer, rico o pobre, feo o hermoso, joven o viejo— a condición de que se la desee, y nadie es responsable de su deseo, así que es igual de meritorio haber tenido muchas experiencias o no haber tenido ninguna —igual de meritorio que para la cebra ser rayada y para un planeta, pongamos el ejemplo aunque solo lo conozcamos de oídas, girar. A causa de mi opción, misteriosa para mí mismo, por la cantidad, puede decirse que mi segundo matrimonio, siete años después del

primero, resultó un efecto ineluctable de la estadística.

Marta fue en mi vida una distracción prolongada —lo primero que se me ocurre siempre de ella es que era un caballero. Distante, afable y un poco irónica hacia mi persona desde la mañana en que, después de una fiesta, nos despertamos en la misma cama, tenía la característica de no mostrar nunca sus emociones, de restarles importancia, lo que yo atribuí siempre a un equilibrio superior y a una cortesía desmesurada, hasta que su suicidio, por desavenencias con un imbécil, tres o cuatro años después de nuestra separación, me dejó entrever lo que

hervía detrás de su expresión delicada.

Cuando se tiró bajo un tren, uno de nuestros amigos, ya no recuerdo cuál, lanzó el *mot d'auteur* como se dice, más wildeano que dostoyevskiano, de que el reverso de la ironía wildeana de Marta era de orden dostoyevskiano. En los cuatro años que vivimos juntos, no dejé de considerar ni un momento que era alguien que yo estimaba demasiado como para confesarle todas las traiciones, mezquindades y ambivalencia que reservaba para su persona, hasta que el día de nuestra separación caí en la cuenta de que a ella le ocurría exactamente lo mismo respecto de mí. Lo que yo atribuí a su

ceguera, a su tolerancia y a su bondad, era a su culpabilidad que se lo debía. Todo esto sería cómico —lo es sin duda y, visto de cierta altura, ridículo e incluso inexistente— si no tuviese la certeza de que el hundimiento en plena existencia, la caída escaleras abajo, el agua negra y helada empapándome las botamangas del pantalón, empezó el día mismo de mi nacimiento, con el primer vagido ciego, la certeza de que cada uno de los malentendidos que, sin siquiera ser tenidos en cuenta, darían montones de argumentos de operetas y de comedias americanas, son como martillazos en la cabeza del candidato a hombre, a tal punto que, más que seguro,

el estado natural termina siendo el aturdimiento, la somnolencia atravesada de tanto en tanto por manotazos de pánico, la neuralgia. A Marta le debo no únicamente esa lección, sino también mi matrimonio con Haydée.

Eran amigas de infancia —provenían de la misma cuadra y del mismo magma sociológico, en el que sus familias tenían funciones complementarias, ya que el padre de Marta ejercía la medicina dos casas más allá de la farmacia, a la que los enfermos que salían del consultorio se dirigían del modo más espontáneo, sin siquiera haber tenido tiempo de guardarse la receta en el bolsillo. Fueron juntas a la

misma escuela primaria, a la misma escuela secundaria y alquilaron juntas un departamento cuando se instalaron en Rosario para entrar en la universidad. En la distribución de roles, Haydée era la «seria» y Marta la «aventurera», Haydée la «idealista reformadora» y Marta la «escéptica»; desde chicas, habían decidido que Haydée estudiaría medicina para especializarse en enfermedades tropicales y Marta etnología, y que apenas obtuviesen sus diplomas se embarcarían para el África, pero al final de sus estudios universitarios Haydée había descubierto su vocación por la especialidad médica de la zona templada, el psicoanálisis, y

Marta un campo de investigación no desprovisto de interés para un etnólogo, la literatura francesa. Simone de Beauvoir e incluso María Bonaparte, y más tarde Jacques Lacan, les servían de vasos comunicantes y siguieron juntas en Buenos Aires, hasta que Marta se fue a París —mariposa nocturna atraída por la luz centrípeta de l'Ecole Practique— y Haydée instaló su consultorio en Belgrano. No únicamente el correo, sino también la farmacéutica, en sus viajes periódicos al viejo continente, les servían de enlace. Hacia el norte, los bolsos Vuitton iban cargados de dulce de leche, de yerba, de chismes sobre excompañeros de facultad, de flores

secas de paraíso, y cuando volvían al hemisferio austral como le dicen, los *textos* estructuralistas —únicamente las grandes marcas— se frotaban en ellos con los pañuelos de Dior y los perfumes de Nina Ricci. Pero como al cabo de un tiempo sus padres murieron en un accidente, Marta se volvió a la ciudad. Y es ahí donde hago como se dice mi aparición.

La herencia familiar le permitía pretender que vivía de sus traducciones —la noche que la conocí había terminado un libro de Nathalie Sarraute que, lo supimos más tarde, ya había salido varios meses antes en una edición española. *Al menos, que no me la*

conviertan en una especie de Pardo Bazán, se quejaba, riéndose resignada, con esa expresión tan suya que, me di cuenta después de su suicidio, no significaba como yo creía *Al mal tiempo buena cara* sino más bien *No soy digna de otra cosa*. Pensándolo bien ahora, el respeto distante hacia su modo de ser era de mi parte una crueldad, pero que me cuelguen si no hacía más que plegarme a una especie de pacto tácito al que ella misma me había inducido y según el cual, no únicamente para los demás, sino sobre todo para nosotros mismos, debíamos ser «divertidos», «cultos» e «independientes». Nos inscribíamos en la categoría

«conscientes de la complejidad de las cosas», diferentes de lo que llamábamos, y los que sobrevivimos seguimos llamando, la horda o la conspiración religioso-liberalo-estaliniano-audiovisualo-tecnocrático-disneylandiana. De no haber existido Haydée, tal vez todavía hoy hubiésemos seguido juntos.

Antes de conocerla a través de las referencias de Marta y de algunas fotografías, ya tenía la certidumbre de que iba a acostarme con Haydée, por carácter transitivo quizás de la intimidad que había entre Marta y ella.

Había incluso empezado a desearla antes de haber visto sus fotografías, y

cuando por fin vi una de ellas, la protuberancia en el labio inferior me inculcó una idea errónea, aunque persistente, de su moral sexual.

La inercia de la mía me hacía concebir su persona como un punto a alcanzar, atravesar y dejar atrás, por el movimiento uniforme conque mi deseo se desplazaba en línea recta hacia el infinito. Pero la primera vez que la vi, el movimiento se atascó y, de un modo inesperado, me enamoré, como se dice, de ella. Que me cuelguen con un gancho del prepucio y me hagan girar si después de los treinta años me esperaba semejante accidente, y en tanto que las razones de mi primer matrimonio fueron

de orden sociológico, ya que la familia de Graciela era desde un punto de vista social más acomodada que la mía, y los de mi segundo de orden estadístico, ya que a fuerza de cambiar de pareja debía por la ley de la diversidad quedarme enredado con una de ellas durante cierto tiempo —con cada pareja se produce una especificidad y con Marta me toco la de la duración—, las razones de mi tercer y, esperemos, último matrimonio, se confunden en un magma borroso y se pasan al campo de su contrario, lo irracional, dejándome, tengo que reconocerlo, bastante maltrecho.

Todo esto forma —hay que darlo por seguro— un buen amasijo. La

indiferencia aparente de Haydée, durante los primeros encuentros, en los que estábamos siempre acompañados de Carlos y de Marta, volvía, en razón de la imposibilidad de manifestarlo, mi interés exorbitante: más ella parecía ignorarme, más yo deseaba que reparara en mi presencia.

El delirio como lo llaman es lujoso en sus manifestaciones y, en comparación con el sentido común, abundante, y algo debe tener de bueno puesto que también pisotea como decía hace un momento la economía.

En las noches de verano que pasábamos los cuatro charlando y fumando en la oscuridad bajo los

árboles, estaba todo el tiempo al acecho, tratando de percibir, en la silueta calma de Haydée, de la que adivinaba la boca por la brasa de su cigarrillo que se intensificaba a cada chupada, algún signo mudo, onda o estremecimiento, de connivencia. Y cuando nos separábamos, el beso convencional en la mejilla, que solía reforzar con una palmadita supuestamente prescindente en el brazo, buscaba, de un modo discreto, calculando casi cada milímetro de piel, la proximidad de la boca. No podía sacármela de la cabeza, imaginándomela a veces en actitudes diferentes y a veces en una misma estampa repetitiva que se interponía

entre «yo» y mis pensamientos, y debo decir que, si esa imagen estimulaba el amor como se dice, no pocas veces generaba también, tan inmotivado como el primero y bien fuerte, el odio. A veces me imaginaba dominándola, moral y sexualmente, pero otras el desprecio de mí mismo me incapacitaba para todo sentimiento de supremacía. Me felicitaba por conocerla, incluso sin el provecho de la posesión, pero al minuto siguiente abominaba el haber nacido. Me la representaba por momentos casta y por momentos ramera. Y sin sospechar que ya para esa época Carlos había pedido y, para su satisfacción, obtenido la dispensa definitiva de la papasa

Juana, me parecía que la lascivia más repugnante era la de acostarse con su marido. Tenía urgencia por acostarme con ella y al mismo tiempo tomaba la decisión de no hacer nada para conseguirlo. En momentos de exaltación celebraba el universo porque la contenía, pero unos segundos más tarde me la imaginaba muerta, desfigurada, en estado de putrefacción. En público acostumbraba a ironizar sobre su persona y sobre todo, sobre su profesión, pero en mis ensoñaciones me veía recostado en su diván, contándole mi vida íntima con docilidad. Me la representaba fornicando en las posiciones más viciosas, pero me

costaba comunicar esas postales al plano genital, y si quería masturbarme por ella por más que me toqueteaba tenía dificultades para mantener mi erección, aunque cuando hacía el amor con otra, Marta o algún encuentro ocasional, era imaginármela a ella en su lugar lo que multiplicaba mi excitación. Algunas mañanas, al despertarme, hacía una especie de voto de castidad, que mantenía durante todo el día, lo que me daba un estado placentero y una opinión elevada de ella, del mundo y de mí mismo, pero a la noche, después de las primeras copas, terminaba, lleno de sensaciones turbulentas, en la cama de un hotel con la primera puta barata que

se presentaba. Me sentía todo el tiempo observado por ella, juzgado en cada uno de mis actos en el momento mismo en que los realizaba, igual que si estuviese presente, y mantenía diálogos imaginarios con ella, componiendo mis frases y las suyas, una serie de *sketchs*, siempre los mismos, que iba puliendo durante semanas, así como algunas frases que pensaba decir en su presencia, construidas con cuidado, para producir en ella un efecto profundo, del que únicamente nosotros dos estaríamos al tanto, pero cuando llegaba el momento de pronunciarlas se me enredaba la lengua y me ponía a balbucear o me equivocaba en los

términos, o no producía en ella ningún efecto, o ella no la oía o simulaba que no la oía. Dos o tres veces encontré algún pretexto para ir a Buenos Aires — ellos venían seguido a la ciudad para ver a esa mujer, la farmacéutica— pensando en llamarla por teléfono, pero las veces en que tuve el coraje de discar colgué apenas levantaron el tubo del otro lado y me pasaba dos o tres días esperándola en los lugares que me imaginaba que ella podía frecuentar, sin el menor resultado desde luego.

Su actitud impenetrable, por otra parte, me obligaba todo el tiempo al trabajo interpretativo: cualquier gesto, palabra o acto suyo podía significar

cualquier cosa o contrario; el silencio con que recibía alguna de mis frases, en vez de ser neutro o vacío de significado desbordaba, más bien, de una multiplicidad de sentidos diferentes, complementarios o contradictorios que yo iba atribuyéndole sin decidirme en favor de ninguno.

Ciertas cosas que ella decía eran sometidas también a un análisis minucioso, palabra por palabra, aislando cada una del contexto y sopesándola con meticulosidad, tratando de penetrar su sentido último como se dice, y, después de haberlo encontrado, o de creerlo así, percatándome de un modo súbito que la frase en realidad

estaba compuesta de otra manera y que era necesario recomenzar el examen. La entonación de un saludo, la dirección de una mirada, el modo de vestirse o de encender un cigarrillo, no escapaban al desmantelamiento analítico y mandaban siempre, por debajo de su apariencia contingente, algún mensaje secreto. Todo lo relativo a su persona me parecía, aún en los casos menos probables, intencional. El más inesperado de los encuentros por ejemplo, tenía a mi juicio las características evidentes de un hecho provocado. Toda circunstancia que nos ponía en relación, en contigüidad o en contacto, era la revelación de una afinidad segura entre la disponibilidad

de Haydée, los pliegues espacio-temporales y mi propia voluntad. Durante un buen período tuve a la casualidad, piedra fundamental de mi filosofía por decirlo de algún modo, abandonada, en suspenso. Si Haydée llamaba por teléfono cuando Marta estaba ausente, eso se explicaba a mi juicio porque Marta no era más que un pretexto y yo el verdadero destinatario de la llamada, pero si al volver a casa una noche me enteraba de que Haydée había llamado a Marta mientras yo estaba fuera, no podía abstenerme de pensar que lo había hecho con la intención de no dar conmigo, por lealtad para con Marta o por miedo a

traicionarse durante la conversación. No pocas de estas especulaciones se hacían a distancia, porque Haydée vivía todavía en Buenos Aires y pasaban muchas semanas entre cada encuentro. Un día bruscamente, Haydée se instaló en la ciudad y Carlos, mi tocayo, por razones de trabajo adujeron, siguió en Buenos Aires. Aunque viajaban todo el tiempo, los dos y en los dos sentidos, percibí con facilidad que como se dice se me hacía el campo orégano y, desde luego, la instalación de Haydée en la ciudad no presentaba desde mi punto de vista mayores problemas interpretativos —gracias a esa impresión durante un tiempo me pareció haberme liberado de

ella, dándome por satisfecho con la confesión implícita que representaba su mudanza, pero al poco tiempo nomás las emociones recomenzarán, más fuertes que al principio ya que, con mudanza y todo, Haydée se volvía cada día más impenetrable. Nos veíamos todo el tiempo, pero siempre de a tres o, cuando Carlos estaba en la ciudad, de a cuatro, y de: a muchos también en reuniones más amplias.

El factor principal de mi táctica era encontrármela sola; me parecía que de esa situación, que, desde los orígenes del universo y según una concepción anticíclica y de expansión indefinida — si es infinita o no que lo afirmen los que

puedan comprobarlo empíricamente— y puramente azarosa como es la mía, según la cual a los fenómenos casuales que duran un poco nos parece descubrirles leyes inmutables, todavía no se había producido, de esa situación digo a la pasión mutua y desencadenada no había, como se dice, más que un paso.

Todo se reducía entonces, según mi concepción casualista del universo, a provocar con ella un encuentro casual, una coincidencia gracias a la cual, de entre los trescientos mil cuerpos errantes que pueden entrecruzarse formando una gama indefinida de combinaciones, en distintos puntos de la

ciudad, el suyo y el mío se encontrasen frente a frente y se pusiesen a caminar uno junto al otro durante un trecho o se sentasen, poniéndose a conversar, con una mesa de café de por medio por ejemplo o, mejor todavía, coincidiesen, desembarazados de todo objeto intermediario y en especial de toda vestimenta, sobre el rectángulo blanco, aislado por sus límites mágicos del mundo exterior, de una cama de matrimonio en un hotel alojamiento. La tierra gira sobre su eje y alrededor del sol en forma provisoria únicamente — todo eso va a resolverse alguna vez de modo centrífugo o centrípeto, da lo mismo— así que considerándonos a los

dos como dos partículas diminutas atrapadas en una red extremadamente enredada de coincidencias, podía atribuirle a ese período de nuestras vidas una estabilidad relativa y, en el interior de esa regularidad, intentar un encuentro provocado, dándole la apariencia de la casualidad —el mundo es lo bastante engañoso como para que percibamos, en casi toda ocasión, lo contrario de lo que realmente sucede. Así que una mañana, un sábado de abril en que justo Carlos estaba en Buenos Aires y Marta en Rosario, el encuentro se produjo.

Fue en una esquina del centro, donde me había apostado durante meses con la

esperanza de provocar la casualidad, pero cuando ella apareció de repente y me dirigió la palabra yo estaba tan distraído pensando en otra cosa —nada que ver con Haydée ni con el deseo o el sexo en general o en particular— que al verla frente a mí me sobresalté, me asusté incluso, de modo que pegué un salto hacia atrás por no haberla reconocido de inmediato, y mi expresión debe haber sido bastante singular porque Haydée, que en general es más bien retraída, se echó a reír. Como su aparición fue inesperada, mi concepción del universo se vio corroborada una vez más ya que, a pesar de mi preparación minuciosa, nuestro encuentro no se

produjo en ninguna de las tantas situaciones premeditadas por mí, sino de un modo casual, durante uno de los pocos momentos en que después de meses de ocuparlas de un modo continuo, Haydée estaba completamente ausente de mis representaciones —sin contar con la comprobación complementaria de que, cuando se actualiza, y que me la corten en rebanadas si me equivoco, el porvenir no es nunca como lo habíamos previsto.

La idea de que el mundo es real es tal vez una consecuencia del principio de placer, no del principio de realidad: teniendo en cuenta el estado lastimoso de nuestras relaciones actuales me

cuesta creer que la delicia intensa de ese sábado de otoño, con su sol tibio a la mañana y el aire que fue enfriándose sutilmente hacia el anochecer, tuvo de verdad lugar. Nos encontramos antes de mediodía y nos separamos recién a las cinco de la mañana del día siguiente. Como era sábado, ella no trabajaba, pero yo tuve que pasar por el diario para cerrar el suplemento literario del domingo, y ni aún así nos separamos, porque ella me acompañó al diario a la tarde y me esperó en mi despacho mientras yo bajaba al taller para armar la página con el tipógrafo —y cuando se hizo de noche, como pensábamos ir a un *restaurant*, porque a mediodía nos

habíamos contentado con un *sandwich* en un bar del centro, y ella decidió pasar por su casa a cambiarse, yo la esperé en el bar de la esquina tomando un *vermouth* mientras ella se daba una ducha y se vestía.

Me acuerdo patente de ese bar modesto al anochecer —un despacho de bebidas contiguo a un almacén en realidad— en el que, parado junto al mostrador, tomaba despacio mi *vermouth* con soda comiendo lupines y cubitos de mortadela, y asomándome de tanto en tanto a la calle para ver si ella volvía.

Lo que después es un recuerdo no siempre, en el momento en que entra en

la memoria, tenemos la aspiración de que lo sea, y que la voluntad y la memoria solas no bastan para formarlo, lo prueba el hecho de que, de nuestro pasado innumerable, la más de las veces nos queda lo esencial, como de ese anochecer en el despacho de bebidas por ejemplo del que persiste, no el momento feliz en que ella llegó, sino los desagradables y muertos que se estiraban en el almacén sombrío mientras la esperaba. Lo más real no es lo que queremos que lo sea, sino un orden material de nuestra experiencia que es indiferente a las emociones y a los deseos. Nuestros sentidos alimentan más nuestra memoria que nuestros

afectos —y ni siquiera nuestros sentidos tal vez, sino una organización de nuestras vidas ignorada por nosotros mismos, para la que tiene más significado, sin que sepamos por qué, el recinto sombrío de un almacén que las emociones intensas de un amor naciente o de una separación intolerable. A los recuerdos que vuelven por sí solos únicamente por costumbre o por resignación los llamamos nuestros, y si se nos diese por yuxtaponerlos igual que a una tira de diapositivas, la sucesión no solo sería inconexa desde un punto de vista temporal sino que no contaría, en ningún orden lógico, ninguna historia inteligible o, mejor todavía, ninguna

historia —estampas en las que, igual que en los sueños, el rememorador puede estar presente o ausente, y en muchos casos representando lugares, cosas o personas, escenas o palabras, a los que el conocimiento o, como se lo llame, no les conferiría ningún sentido ni le reconocería ningún origen empírico. Es nuestra capacidad de abstracción la que se los otorga, o sea que es lo menos personal de todo lo que poseemos lo que organiza nuestras representaciones íntimas. Así que de «ese» sábado tengo, muchos años mis tarde, no un recuerdo sino un relato, compuesto hasta en sus detalles más mínimos, organizado según una sucesión lógica, y tan separado de

mi experiencia como podría serlo una película en colores —imágenes discontinuas pegadas una después de la otra y a las que una intriga de esencia diferente a las imágenes mismas, y agregada con posterioridad, les suministra, artificial, un sentido. Un relato tan improbable como nítido, de existencia autónoma, que, en vez de recordar verdaderamente, hemos; aprendido de memoria, igual que una tabla de multiplicar, y que, únicamente cuando activa nuestras emociones podemos equiparar a una obra de arte o, mejor todavía, a un mito.

Me acuerdo que nos pusimos a caminar. Me acuerdo que, como todos

los sábados a la mañana en que hace buen tiempo, San Martín estaba llena de gente. Me acuerdo que ella llevaba un vestido verde, tejido, de lana liviana, bastante ajustado, y un saco de sarga blanca. Parecía limpia, fresca, descansada. Me acuerdo que conversábamos sin parar y que, me acuerdo, coincidíamos en casi todo. Me acuerdo que yo a veces silenciaba mis propias opiniones no por hipocresía, sino porque, a causa de mis sentimientos, tendía a relativizarlas o porque, gracias a una sensación fuerte de la alteridad de Haydée, me venía un gusto nuevo de la realidad propia de lo que, independiente de mí mismo, existía

en lo exterior. Después me acuerdo que volvió a buscarme al despacho de bebidas y nos fuimos a caminar por la orilla del río. Me acuerdo que fue refrescando con el anochecer y que, a partir de cierto momento, empezamos a sentir frío en la penumbra de la costanera pero, a decir verdad, desde que tengo memoria, ¿cuántos sábados soleados de otoño no terminaron refrescando al anochecer, y cuántas veces, en la penumbra de la costanera, paseando incluso con Haydée, no tuvimos frío al cabo de un momento? También me acuerdo que fuimos a cenar a un *restaurant* de las afueras, en un reservado al que el mozo nos condujo de

un modo espontáneo, suponiendo que éramos una pareja adúltera que prefería una mesa discreta, y pensando que después de la cena nos disponíamos a ir a un hotel alojamiento de las cercanías. Que me cuelguen si se equivocaba en cuanto a mis intenciones, pero como lo supe un poco más tarde, cuando fuimos a uno por primera vez, Haydée nunca había estado en esos hoteles, a diferencia de Marta, que conocía todos los de la ciudad y todos los de Rosario incluso y, según ella, los prefería a los departamentos. Me acuerdo que desde luego no fuimos esa noche al hotel y que ni siquiera lo sugerí, pero que me sorprendió que aceptara sin vacilar,

incluso con entusiasmo, cuando propuse que fuéramos a bailar a un *night club*.

El tiempo pasaba rápido me acuerdo. Y, desde las once de la mañana, la conversación no languidecía. Me acuerdo. Pero me acuerdo que cuando la saqué a bailar, si bien no dijo nada y permitió, en la penumbra, que apoyara mi mejilla en su sien y hundiera la nariz en su cabello, cuando sintió que yo pegaba la parte inferior de mi cuerpo al suyo, para poder frotar mi verga contra sus muslos, se puso tensa y se separó un poco, sin proferir todavía el estribillo con que se zafaría durante meses de mis intentos de abrazos en el banco del parque del Palomar: *No*

mientras yo siga viviendo con Carlos y vos con Martita.

Carlos asumió, unos meses más tarde, las conclusiones que se imponían con la obtención de la dispensa definitiva de la papesa Juana, como él decía, de modo que las idas y venidas a Buenos Aires fueron haciéndose cada vez más espaciadas hasta que cesaron por completo. Y, con Marta, la cortesía distante, el desgano y la indiferencia fueron alternando hasta la explicación final en la que, cosa curiosa, tanto en el uno como en el otro, el perdón llegaba, como si hubiera apuro por terminar, antes que la confesión de la falta.

Durante algunas semanas de libertad

recobrada no pasó nada. De golpe, lo que hasta ese momento se presentaba como imposible pareció volverse, a causa de esa libertad, obligatorio. Nos llamábamos por teléfono pero siempre nos faltaba tiempo para vernos. Después de mi separación, yo había vuelto a vivir a casa de mi madre, en mi cuarto de la terraza, entre los libros de mi primera biblioteca y mi ventana que da al oeste, a las terrazas de baldosas color ladrillo, a los parapetos ennegrecidos por la intemperie entre los que se abren, aquí y allá, los patios traseros de los que emergen las copas de los nísperos, de los gomeros, de las acacias, de las higueras o de los naranjos gigantes.

También Haydée, desde su vuelta de Buenos Aires, vivía en lo de la farmacéutica —todavía no sospechaba hasta qué punto «eso» en «Haydée» estaba bajo su influjo. Estábamos otra vez en el punto de partida igual que si, girando en círculo y sin avanzar, pasáramos por una etapa antigua, ya vivida, a la que una fuerza regresiva se aferraba antes del salto hacia adelante. Hasta que un día, «otro» sábado, de primavera esta vez, decidimos vemos. Pasamos la tarde en el hotel de las afueras, salimos a comer, y después nos volvimos al hotel hasta la mañana siguiente. De tanto fornicar, quedamos llenos de moretones, de raspaduras, de

contracciones musculares, de lastimaduras y, durante una semana, por lo menos, me siguió ardiendo la punta de la verga. Pero fuimos accediendo al placer de modo progresivo, al cabo de horas, igual que si muchos pliegues de dudas, de anestesia e incluso de autodesprecio, nos hubiesen separado durante años de nuestros cuerpos sensitivos. Cuando decidimos, en la siesta cálida, ir al hotel, lo hicimos como si se tratara de una determinación racional y de un desafío, y me llamó la atención que apenas estuvimos dentro de la pieza, Haydée se desnudó con aplicación, doblando y colgando la ropa con cuidado y que después se echó en la

cama boca arriba y se instaló a esperarme, sin tocarme ni dejarse tocar hasta que yo también estuve desnudo y me acosté a su lado en la cama. Ella tomaba las cosas, sobre todo las caricias preliminares, en forma humorística, como es habitual en nuestra época, y aunque yo había recibido de varias de mis parejas felicitaciones agradecidas a causa del humor con que ejercía mis actividades sexuales y, por supuesto, asumí también con Haydée una actividad irónica e incluso cómica para mostrarme civilizado, el hecho de tener junto a mí ese cuerpo desnudo y estar yo mismo desnudo a su lado, me hacían temblar y estremecerme por dentro. La

evidencia y la inmediatez de su cuerpo me hacían desear algo impreciso y sin nombre, que presentía de antemano como inalcanzable pero que de todos modos intentaría poseer, con la dificultad suplementaria de que aunque ese deseo me incitaba a urgencias brutales, el amor no físico requería también la dulzura. Recién a medianoche, cuando volvimos al hotel para quedarnos hasta la mañana, fuimos encontrando el ritmo común, más allá de lo convencional de nuestros sentidos civilizados, en regiones de nuestra carne y de nuestros órganos en las que, entre brutalidad y dulzura, desaparecía la contradicción. El orgasmo, si no nos

daba la certidumbre de una meta alcanzada, nos apaciguaba y nos adormecía durante cierto tiempo, pero al rato nomás, en la circulación silenciosa de la sangre, en la sensibilización brusca de la piel, en el endurecimiento progresivo de las partes blandas de nuestros cuerpos y en la distensión lenta de los poros y de los esfínteres, el deseo, de esencia incontrovertiblemente distinta a la de nuestra carne, se ponía en movimiento otra vez, ubicuo y anónimo, más íntimo que los pliegues más íntimos del propio ser, y más inexplicable que el origen, la presencia y la finalidad de las estrellas. Que me cuelguen del pobre aditamento ya casi

inexistente y me dejen colgado el resto de mis días si podía imaginarme, esa noche y las que siguieron, durante dos o tres años por lo menos, que todo eso iba a terminar del modo lamentable en que terminó, con la dispensa definitiva de la papesa Juana y rodando escaleras abajo hasta quedar con los tobillos metidos en el agua negra y helada, el agua viscosa y sin fondo chapoteando y tirándome hacia abajo, de tal manera que todavía, en que ya no estoy en el último escalón sino en el penúltimo, sin atreverme a mirar hacia abajo aunque de todos modos la oscuridad es tan densa que no vería nada, todavía digo, tengo la sensación pringosa y helada en los tobillos y las

costras grisáceas y reseca en las botamangas del pantalón.

El puesto de observación móvil, arropado en capas superpuestas de lana, que en otras épocas sabía llamar «yo», se desplaza en la calle oscura, y los puntos luminosos que señalan cada esquina y se pierden hacia el fondo de la calle, no parecen haber disminuido en cantidad a pesar de que he dejado atrás tres de ellos, cuando doblo la esquina para volver en dirección al centro.

En la altura, unos doscientos metros más adelante, la silueta de neón verde pálido del hotel Conquistador revela, vista desde atrás, su carácter monstruoso de criatura doble, hecha de dos partes

delanteras de cuerpo, sin ninguna parte trasera, ya que la misma figura enmarcada en el rectángulo de neón rojo que miraba hacia el sur vigila también el norte, en la visera que sobresale en el lado superior del rectángulo y las mismas manos aferrando la empuñadura de la espada ancha de neón verde pálido cuya punta se apoya, entre las piernas abiertas en actitud dominadora, en la base del rectángulo rojo, parece observarme, desde lo alto, mientras avanzo en dirección a él, y cuando paso debajo y comienzo a alejarme, su otra cara sigue observándome de modo que, para ponerme al abrigo de su vigilancia amenazadora, cruzo de vereda, ya que la

silueta de neón verde, demasiado rígida y estática, es incapaz de girar la cabeza para ver lo que pasa en la vereda de enfrente.

—Haydée volvió a llamar para explicarme lo de Alicia —dice mi hermana cuando llego al living, jadeando un poco a causa de las escaleras, y empiezo a desabrocharme el sobretodo.

—Pretextos —dijo, sabiendo que, desde luego, no está de acuerdo conmigo y confía más en la explicación de Haydée que en la mía.

Pero hablamos sin miramos, con la vista fija en la pantalla del televisor en el que señales luminosas que forman

figuras coloreadas de apariencia humana y de tamaño reducido, peroran en forma falsamente llana para simular realidad —es un «abuelo bueno» el que habla ahora explicándole a «un nietito que lo quiere» por qué la naturaleza debe ser protegida. Están vestidos de «lejano oeste en el siglo diecinueve», sentados en el superior de una serie de postes horizontales que representan un «corral», vestidos con camisas a cuadros y vaqueros impecables, para connotar que son los personajes decentes de la serie. También «mi hermana y yo» estamos vestidos con ropa limpia y de bastante buena calidad, y hemos intercambiado nuestras frases

con urbanidad, en el living amueblado con corrección, según las normas más generales de estilo y los costos habituales para la clase de muebles que se acostumbra comprar en el caso de gente como nosotros. A pesar de que la serie transcurre en los «Estados Unidos», el «abuelo bueno» habla español con acento mejicano, y aunque apenas si se entiende lo que dice, a causa de fluctuaciones de sonido, de problemas acústicos y de la usura de la banda sonora, comprendemos lo más bien su mensaje, que ya conocíamos de antemano, no por haberlo pensado nunca —a mí en todo caso me importa lo que se dice tres pepinos que la naturaleza

sea o no preservada, porque de todos modos todo esto es transitorio y tarde o temprano, se lo preserve o no, se va a acabar—, sino por haberlo leído mil veces en los diarios y en las revistas y escuchado otras tantas por radio o por televisión, sin que sepamos muy bien por qué hay que proteger la naturaleza, a cuál de los instigadores del complot religioso-liberalo-estalino-audiovisualo-tecnocrático-disneylandiano se le ocurrió lanzar la consigna con el fin de sacar qué provecho, ya que nadie es capaz de decir si en efecto es necesario protegerla, si al basural cósmico y a todo lo que reptaba y pululaba en su

superficie, como consecuencia del estúpido tic repetitivo de esa misma naturaleza a la que hay que salvase guardar, no les convendría más desde todo punto de vista volver al silencio y al caos de los que provienen. Y, por otra parte, porque hayan estado repartiendo como quien dice universo gratis no soy tan tonto como para creer que la cosa va a prolongarse *sine die*. Lo cierto es que mi hermana y yo hemos intercambiado las frases precedentes sin mirarnos, con los ojos fijos en el cuadrado de ángulos curvos donde se agitan las imágenes coloreadas, y yo voy sacándome el sobretodo por etapas, inmovilizándome cuando termino de desabotonarlo,

retomando después cuando lo traigo hacia los costados del cuerpo para contraer los hombros y hacer deslizar las mangas hacia abajo, y deteniéndome de nuevo, hasta que retomo por fin y me lo saco, inmóvil en mi lugar, siempre con la vista fija en el televisor hasta que, de golpe, una tanda publicitaria escamotea de un modo mágico al «abuelo bueno» y al «nietito que lo quiere» y los suplanta por la propaganda de un banco.

—Guarda que se te cae —dice mi hermana, reteniendo la carpeta amarilla de Bizancio Libros que, a causa de las distorsiones a que someto al sobretodo para sacármelo, ha comenzado a

deslizarse fuera del bolsillo. La saca del sobretodo y me la extiende.

—No creo que haya nada importante adentro —le digo y agarrándola, la dejo, junto al sobretodo, en un sillón vacío.

—La cena está lista —dice mi hermana. Pasamos a la cocina iluminada. Sobre el mantel azul, los platos blancos, frente a frente, rodeado por los cubiertos y las copas, separados por la panera llena de óvalos de pan y el botellón de agua, brillan desde hace un buen rato sin duda, a la luz blanca del fluorescente.

—Se me hizo tarde —digo.

—No hay ningún apuro —dice mi hermana—, la película es a las diez.

—Deberías salir más en vez de estar todo el día pendiente de la televisión —le digo.

—Hace demasiado frío —dice mi hermana—. Hasta la primavera, no saco la nariz a la calle.

Lo dice riéndose, pero es posible que el mismo desgano, y después el mismo terror que hasta hace poco me impidieron, durante meses, atravesar el umbral para ir siquiera a tomar un café al bar de la galería, estén haciendo ahora presión sobre ella para mantenerla encerrada, a causa de la muerte de nuestra madre quizás, que desde hada años estaba inválida y ciega en la cama, impidiéndole salir cuando lo deseaba

justamente, o a causa de ninguna razón pasible de ser conocida, un no desear salir para otra cosa que para resolver problemas materiales, inexplicable, o un no desear general más bien, un atascamiento temporario, a los cincuenta años, de sus apetitos, tan razonable o provechoso como el hambre misma. Lo cierto es que cuando saca la tapa de la olla la sopa humea y expande su olor familiar en la cocina, y que cuando vierte un cucharón en mi plato, la superficie verde pálido de la sopa — arvejas partidas probablemente— y borde blanco del plato forman dos círculos concéntricos, un disco verde pálido en el interior, y un aro ancho y

blanco enmarcándolo. Antes de levantar la cuchara, espero que ella misma se sirva y venga a sentarse frente a mí, del otro lado de la panera y del botellón de agua. El color verde pálido de la sopa me intriga —son probablemente arvejas partidas— y una rugosidad en la superficie me induce a pensar que otras legumbres han sido molidas también para darle espesor. Y la primera cucharada, que soplo dos o tres veces para que se enfríe antes de ponérmela en la boca, no revela la identidad de esas sustancias molidas y hervidas en la misma agua que no obstante tienen gusto a sopa, que reconozco en todo caso como «sopa» —al fin y al cabo, a

aquello de lo que se tiene un conocimiento aproximativo, se lo llama por lo general una sopa: al origen del universo por ejemplo, le dan el nombre de «sopa cosmogónica», lo cual pasado en limpio significa *que nos cuelguen con un gancho del prepucio y nos exhiban durante años en el Departamento de Física de Princeton si sabemos algo de cómo cuernos empezó la cosa*, o, para el origen de la vida, la «sopa de Haldane», un menjurje imaginado en Cambridge para justificar el presupuesto anual de los laboratorios; lo arreglan todo con una sopa como decía y al que no está de acuerdo lo mandan, apenas se descuida, a la sopa

popular.

—Arvejas —dijo, sacudiendo la cabeza para mostrar mi aprobación.

—Un poco de todo —dice mi hermana con expresión misteriosa, aunque orgullosa de mi aire complacido —. Hice sopa pensando que Alicia iba a venir, porque le gusta la sopa.

—Papas molidas también —dijo, absteniéndome de hacerle notar que, en invierno por lo menos, esté o no por venir Alicia, hace sopa casi todos los días.

—Lo que encontré, sin ninguna receta. Ya no me acuerdo —dice mi hermana.

Sacudo, afirmativo pero escéptico,

la cabeza, y sigo tomando, cucharada tras cucharada, la sopa. Desde el living, el sonido artificial de la televisión manda, sin pausa, música, ruido, y voces falsamente eufóricas, las mismas desde hace años, varias veces por día, todos los días, fantasmales y llenas de ecos. La muerte de nuestra madre paró, durante algunos días, su flujo, igual que si el hálito, débil al final, que la mantenía en vida, hubiese estado alimentándolo todos estos años, pero después que la enterramos recomenzó, mostrando de ese modo su carácter autónomo, a menos que no haya adquirido esa autonomía absorbiéndola a ella, igual que a todos nosotros por

otra parte, su substancia. Yo mismo sin ir más lejos me pasé el verano último sentado en el living mirándola, más bien sin verla a decir verdad, desde mediodía hasta las dos de la mañana, durante tres meses por lo menos —ella iba muriéndose de a poco en la pieza de al lado, ciega y senil, a causa de la diabetis como le dicen, y únicamente cuando el soplo paró, volví a sacar la cabeza a la superficie tratando de respirar hondo, dejé de tomar alcohol, y subí a mi cuarto de la terraza, pero cuando me di un baño y me puse ropa limpia disponiéndome a ir a tomar un café al bar de la galería, a tres cuadras de mi casa, me di cuenta de que no

podía salir a la calle, me daban vértigos, temblores y estaba, por decirlo de algún modo, aterrorizado. No podía recorrer los trescientos metros que me separaban del bar al que, mientras estuve en la ciudad, he estado yendo a tomar un café todos los días durante más de veinte años. Y eso después de haberme pasado tres meses sentado frente al televisor, tomando vino tinto al mismo tiempo que toda clase de somníferos y tranquilizantes, —no digo que haya sido a causa de eso, sino más bien que el hecho de haber estado sentado en el living durante tres meses con una damajuana de vino al lado del sillón, era el síntoma inequívoco de que había

llegado al último escalón, con el agua negruzca y gélida ciñéndome los tobillos, lista ya para tragarme, y para que los últimos restos maltrechos del propio ser se disgreguen en la masa chirle y viscosa.

En el último escalón después de haber venido rodando escaleras abajo, con distintas velocidades, a veces viendo venir la cosa y otras sin siquiera darme cuenta, desde muy atrás probablemente, durante un tiempo difícil de calcular, a partir del nacimiento tal vez. Más que seguro que los que se pasan el día sentados delante denotan con eso que están ya en el último escalón, ya sea porque no quisieron o no

podieron o no los dejaron subir un poco más arriba, ya sea porque si lograron subir un poco, hasta cualquier otro, desde el penúltimo al infinito, a partir de cierto momento empezaron a rodar escaleras abajo otra vez, y ahí quedaron chapaleando, la parte superior dando manotazos en la oscuridad y la inferior metida hasta los tobillos, o las rodillas, o el pecho, o incluso el mentón en el agua negra.

Que no hayan podido o no los hayan dejado es frecuente —basta atiborrarlos de «sopa cosmogónica» o de «sopa de Haldane» o de sopa popular incluso, para que ya no puedan moverse y subir, uno o dos escalones aunque más no sea

— pero que no hayan querido también lo es, y hasta es comprensible como argumento mantenerse lo más cerca posible de lo negro, no obrar, no despegarse mucho de lo indistinto, ser latido débil, estremecimiento apagado, no caer, por entre sus mandíbulas que nos trituran con mil muertes, en la red de la esperanza, diciéndose, en un susurro hecho no de palabras, sino de filtraciones sin nombre que recorren en ondas ínfimas y constantes las entrañas recónditas del propio ser: *Porque agiten allá afuera esas chafalonías sin valor que llaman mundo no voy a cometer el error para verlo desde más cerca o para tocarlo en nombre de lo*

que llaman experiencia de dejar aunque más no fuese un momento esta cama negra en la que estoy tan cómodo. Que me cuelguen de donde les plazca o que me la corten si quieren en rebanadas si estoy dispuesto a desplazarme de un milímetro para ir a rozar con la yema de los dedos eso a lo que le dicen lo real o como quiera que lo llamen. Las señales luminosas que cuajan en la pantalla de bordes curvos formando sombras coloreadas que dan la ilusión de moverse y de hablar, con ligeros ecos electrónicos y acústicos, diciendo para nadie en particular lo que todos parecíamos saber de antemano, lo que creemos haber ya pensado alguna

vez, son materia suficiente, fragmentos reconstituidos de un modo aproximativo con los restos de lo que podríamos llamar nuestro naufragio, si hubiese habido alguno entre nosotros que, antes de concluir en ese sopor hechizado hubiese de verdad atravesado, después de aventurarse en lo exterior, algún mar desconocido. Hay muchas maneras de entrar en ese sopor, y del modo más inesperado. Pichón Garay, por ejemplo, que vive en París desde hace años —un día me escribió una carta que empezaba diciendo *Ocupo un puesto subalterno en un lugar subalterno: soy profesor en la Sorbona*, y después, durante dieciocho meses, no supe más nada de

él. Su propia madre, su hermano mellizo incluso, con los que se carteaba en forma regular, quedaron sin noticias. Pero fue por ellos que me enteré más tarde de que había obtenido un año sabático, se había encerrado en su departamento sin leer, sin ver a nadie, sin responder las cartas que recibía, y se había dedicado exclusivamente a hacer palabras cruzadas.

Un año entero haciendo palabras cruzadas —y colijo, más que seguro, ya que nunca hablamos de la cuestión, que si desviaba durante unos segundos la vista del rectángulo cuadriculado, empezaría a volverse visible en borbotones, la textura, en chorros

áridos, en manchas incandescentes, lo incesante, y la mirada, sin la pantalla benévola de los cuadraditos blancos y negros ni el bálsamo de las definiciones ya elaboradas, podría toparse, a su alrededor, en lo exterior, con la evidencia, o tal vez, cerrando los ojos, verse obligado a divagar por lo interno y, descubrir en ello, con espanto, su raíz. Pero qué necesidad de ir hasta París; basta cruzar de vereda para ver en qué estado se encuentra mi amigo de infancia, Mauricio —en fin, lo que queda de «Mauricio». Debí imaginármelo cuando a los quince años lo veía ganar sus partidas simultáneas contra cuatro, seis y hasta ocho

adversarios, se paseaba, orondo, entre ellos, que sudaban sobre los tableros, alto, buen mozo, con una sonrisa indulgente, y los iba eliminando uno por uno con delicadeza y precisión. En la escuela primaria había sido siempre el primero, lo mismo que en la secundaria y en la universidad.

Apenas se recibió, aparte de las ofertas de trabajo que le venían de la industria privada como le dicen, le propusieron la cátedra de Estática en la facultad de Ingeniería —más tarde me diría que era una ironía del destino que él se ocupase de explicarles a los demás las leyes que rigen el equilibrio. A los treinta años tenía todo como se dice,

mujer, hijos, amantes, dinero, prestigio, inteligencia; y un buen día, poco a poco, se empezó a desintegrar. Durante los primeros meses no noté nada; a decir verdad, nos veíamos de tanto en tanto, porque él viajaba mucho a Córdoba y a Rosario, donde era consejero técnico de varias empresas, y también a Buenos Aires y a Europa, siempre en negocios y en coloquios científicos, y yo venía poco aquí a casa de mi madre en ese entonces —en pleno idilio con mi psicoanalista y su farmacéutica. Él había heredado la casa de sus padres y se había instalado a vivir en ella, enfrente de la mía. Mi hermana y Berta, su mujer, son también amigas de infancia. Cuando

se enteraban de que yo estaba en lo de mi madre, se cruzaban a charlar, y fue en esas ocasiones en que empecé a darme cuenta, en forma retrospectiva, de sus rarezas. Lo primera que me llamó la atención fue el modo insistente que tenía de intercalar en la conversación una frase de Montaigne, directamente en francés —su idioma profesional era el inglés, que dominaba desde la infancia, en tanto que el francés, que nunca había estudiado en forma metódica, representaba uno de los fragmentos del saber caleidoscópico que había adquirido con su picoteo de diletante. Nunca decía nada en francés de modo que oírlo, cada vez que nos

encontrábamos, introducir varias veces en francés la frase de Montaigne, dicha en forma lenta y llena de sobreentendidos, con una sonrisa algo sarcástica y desengañada, mirándome fijo a los ojos igual que si hubiese habido entre nosotros alguna complicidad, terminó por intrigarme, máxime que esa mirada de complicidad me incomodaba en razón de ciertas discusiones que sabíamos tener. *La constance mesme n'est autre chose qu'un branle plus languissant*, repetía Mauricio, o lo que estaba empezando a quedar de él, cada vez que nos encontrábamos, mirándome derecho a los ojos, mientras en los suyos aparecían

los destellos de su sonrisa sarcástica y desengañada y los atisbos de complicidad que me ponían incómodo, de un modo oscuro al principio, hasta que, cuando la cosa fue empeorando, empecé a acordarme de ciertas conversaciones que habíamos tenido unos años atrás, en la época de sus comienzos brillantes en la vida profesional. Cuando me enteré de que dictaba la cátedra de Estática en la universidad le dije, por pura broma, si no consideraba que era robar al estado cobrar por enseñar estática, cuando es sabido que todo está en movimiento, y que las cosas que parecen inmóviles muestran una falsa fijeza, una ilusión, y

que todo está desplazándose y dispersándose en todo momento —*el tiempo es dispersión*, le decía.

Una idea poética interesante, me contestaba lo que todavía era «Mauricio», un poco amoscado ya por mis objeciones, *pero ayer nomás pasamos en colectivo por el puente sobre el Carcarañá, viniendo desde Rosario, que por otra parte sigue en el mismo lugar, y felizmente no nos precipitamos al vacío ni tuvimos que colgar a secar nuestros pantalones cuando llegamos a la otra orilla*. Yo le preguntaba si cada vez que se había levantado para ir a servirse un café en el fondo del colectivo estaba convencido

de que el colectivo seguía en el mismo lugar y él contestaba que, cuando tenía ganas de tomar un café bien instalado en su asiento leyendo una novela de Chandler por ejemplo, le importaba un rábano dónde se encontraba el colectivo, siempre y cuando el asiento, la cafetera y el libro estuviesen en el lugar donde pensaba encontrarlos. *Parecerías muy seguro de cuál es ese lugar*, le contestaba yo, aventurando lo siguiente, que si lo que todavía era «Mauricio», instalado lo más tranquilo con el café humeante en su vaso de papel en una mano y la novela de Chandler en la otra, alzaba la cabeza para echar un vistazo a su alrededor,

hubiese podido comprobar que, entre los demás pasajeros, ninguno leía una novela de Chandler sino *La Razón* o *El Gráfico*, por ejemplo, o un ensayo político como los llaman, o un *best-seller* internacional, o aún en el mejor de los casos, improbable por cierto, un libro de Gadda o de Svevo, o suponiendo que él hubiese estado sentado en el medio del colectivo, los otros estaban sentados adelante o atrás de él, que cada uno tenía, apañe de un punto de observación diferente, pasillo o ventanilla, a la izquierda o a la derecha del conductor, etc., una historia personal propia que influía en su percepción, de modo que «Mauricio» no

podía jactarse de decir en qué lugar se encontraba en ese momento, porque no conocía más que un fragmento del lugar en cuestión, y que si le interesaban únicamente el asiento, el café humeante y el libro, despreocupándose por completo del resto del colectivo y del hecho de que no había dos pasajeros que viajasen en el mismo colectivo, yo suponía que también le era indiferente que la tierra girase alrededor del sol o el sol alrededor de la tierra. A lo cual Mauricio respondía: *Mientras la facultad cuya cohesión, efectivamente, es provisoria, se mantenga en su lugar hasta que yo me jubile, todo seguirá yendo al pelo.*

Que me cuelguen si me importaba, me importa o me importará alguna vez, uno, dos, tres o equis pepinos que el tiempo corra para adelante o atrás, que el universo se expanda o se contraiga, y la tierra gire alrededor del sol o viceversa, que él suba lento iluminando la superficie accidentada, a causa de que ella gira ante su ojo único para rendirle pleitesía —Salomé haciendo espejear su vientre por nuestras cabezas como salario a su obscenidad de copera— o ella esté echada inmóvil, abierta de piernas y rezumando humedad, mientras él gira a su alrededor con la obsecuencia, el brillo ostentoso, y la rigidez torva del zángano, que las

partículas tienden al divorcio o al acoplamiento — todos esos manejos putañeros me resbalan a decir verdad, pero era por hablar de algo con él que lo toreaba un poco a Mauricio cuando se cruzaba a casa de mi madre, y nunca me hubiese imaginado en ese entonces que sus convicciones científicas eran tan frágiles. Más todavía, sin duda era él el que tenía razón durante nuestras discusiones y era de lo más sano decirse en su fuero íntimo *porque todo esté desintegrándose de un modo continuo desde el principio si de verdad hubo un principio, no voy a privarme ahora en que la ilusión de inmovilidad me lo permite de tomar mi café caliente y de*

instalarme con la novela de Chandler en el asiento del colectivo. Era para darle la ocasión de brillar que lo incitaba a las discusiones, y también porque los buenos razonamientos pragmáticos, si para ser francos nunca convencen demasiado y siempre traducen un eclecticismo menos que mediocre, pueden producir a veces cierta satisfacción de orden estético—una especie de euforia discreta que da la impresión, falsa desde cualquier punto de vista que se la considere, de un universo racionalmente organizado. Y al cabo de cierto tiempo, empecé a percatarme de que era yo el que lo convencía, primero a causa de la mirada

de connivencia cuando pronunciaba, varias veces en la conversación, y sin que tuviese nada que ver lo que estábamos discutiendo, la frase de Montaigne —*La constance mesme n'est autre chose qu'un branle plus languissant*— y después en razón de los silencios, de los sacudimientos de cabeza inmotivados, y de los suspiros sin fin que distribuía entre sus frases cada vez más deshilvanadas.

Más tarde me enteré por mi hermana de que tomaba tranquilizantes, y un día en que pasaba a visitar a mi madre, mientras iba subiendo las escaleras, oí que Berta, excedida, aullaba de indignación: *Me tiene harta con su*

dichoso fotón polarizado. Yo me casé con un hombre, o con un fotón polarizado. No habla de otra cosa. Ah, aquí está Carlitos. ¿No tengo razón, Carlitos? ¿Viste en qué se ha convertido mi marido? Mi hermana, paciente, sacudía la cabeza y trataba de calmarla mientras Berta, que había agarrado la costumbre de cruzarse todos los atardeceres a tomar el aperitivo, volvía a servirse un poco de *whisky* y unos cubitos de hielo, haciéndolos repiquetear en el vaso con sacudidas nerviosas. Desde luego, lo del fotón polarizado era un ejemplo entre muchos otros, un detalle adverso que le servía para desvalorizar a la vez al mundo y a

su propia persona. Cada uno de esos detalles, deduje de los reproches exasperados de Berta, le confirmaba a Mauricio, o a lo que estaba empezando a quedar de él, la futilidad sórdida y al mismo tiempo enigmática de las cosas. Desde luego, al tiempo dejó de trabajar, y de no haber sido por Berta, que tenía una perfumería, hubiesen terminado en la miseria. Al anochecer, después de cerrar el negocio, y de comprobar que todo estaba en orden en su casa —que «Mauricio» no se había suicidado por ejemplo, o no había provocado un incendio en un momento de depresión— Berta se cruzaba a casa de mi madre para tomar un par de *whiskies* con mi

hermana y tenernos al tanto de la evolución de Mauricio. Lo que iba quedando de «Mauricio» ya casi ni salía a la calle y, peor todavía, ni siquiera se lavaba ni se vestía; apenas si lograba salir de la cama a media mañana para pasearse por la casa en pijama, chancletas y una barba de cinco o seis días, suspirando y sacudiendo la cabeza con desaliento, espiando la calle por la franjita vertical de vidrio desnudo que quedaba entre el marco y la cortina blanca un poco más angosta que la ventana. Da lo mismo ser gordo o flaco, joven o viejo, lindo o feo, hombre o mujer, accidentes que no tienen la menor importancia, pero una tarde iba por San

Martín hace dos o tres años, y me topé con un gordo todo sucio, bastante pelado, y con una barba de por lo menos cinco días, que llevaba en la mano un portafolio raído y que me encaraba en la vereda con movimientos indecisos y lentos, y una sonrisa apagada en los ojitos enterrados en grasa. Demoré un buen rato en darme cuenta de que tenía ante mí lo que quedaba de Mauricio, y que las capas adiposas que lo envolvían parecían la acumulación malsana de las sustancias mortales que, desintegrándose, su propio ser secretaba. Con una voz que se había vuelto aflautada y muchos movimientos injustificados de entrecejo, me largó

durante diez minutos una serie de incoherencias y sobreentendidos, un naufragio de conversación del que quedaron flotando, igual que astillas inconexas de sentido, expresiones tales como *fotón polarizado*, *principio de identidad*, *relación causa-efecto*, *organización superior nouménica en oposición a la ilusión fenoménica*, *materia* y *antimateria*, *complementariedad de contrarios*, *protocolo experimental*, *conjuntos borrosos*, que a veces subrayaba con un golpecito al portafolio raído, para sugerir que en el interior se encontraban las pruebas de sus afirmaciones. Lo más molesto no eran sus incoherencias, sino

los sobreentendidos que las acompañaban, las frases entrecortadas que nunca llegaban al final y de las que el predicado parecía ser la mirada de connivencia ansiosa que me dirigía. Cuando por fin decidió irse me quedé un momento parado en la vereda, un poco perplejo por su aparición extraña, de la que todavía quedaba como un residuo impalpable en la vereda vacía, tratando de reconstruir, por debajo de su obesidad actual, espesa y deforme, debida a la acumulación sebácea que sin duda se infiltraba también por los intersticios de su cerebro, el «Mauricio» que creía conocer y que, sin dudar un segundo de que el puente del Carcarañá

estaría en su lugar cuando el colectivo verde de Rosario tuviese que pasar por encima, se calaba en su asiento con el café dulce y caliente en una mano y la novela de Chandler en la otra. Que tenía como se dice una baldosa floja no presentaba la menor duda, aunque una vez más habría que ponerse de acuerdo sobre el vocabulario, ya que en todo caso entre «Mauricio» y lo que quedaba de él había cierta continuidad, cierta persistencia en el orden de sus preocupaciones, que lo volvía un poco más respetable que tantos otros que, en este mismo momento, consideran como enemigos públicos o como adscriptos al no ser a los que no usan pañuelos de

Cacharel o no son capaces, para que a nadie le quepa la menor duda de que han sido ellos, de hacerle un collar de quemaduras de cigarrillos a una mujer embarazada, antes de violarla y tirarla viva al río desde un helicóptero. Lo cierto es que unos meses más tarde «lo que quedaba de Mauricio» empezó sus temporadas en el manicomio. Berta, a la hora del aperitivo, que duraba cada vez más y que al cabo de un tiempo terminó obligándola a una cura de desintoxicación, le iba contando los detalles a mi hermana que, cuando yo iba a visitarla, me los transmitía. Berta le había dicho, me dijo mi hermana, que con Mauricio en el manicomio se sentía

más tranquila por los chicos, y que durante años no se había dado cuenta de nada, aparte de que siempre estaba preocupado y melancólico y tenía ideas fijas, como la del fotón polarizado o la de los conjuntos borrosos por ejemplo, o había que obligarlo a afeitarse y a bañarse y a salir a la calle —que me cuelguen si no conozco el problema. Nada iba como Berta hubiese deseado que fuera cuando se casó con él, y ya jugar al ajedrez con cuatro adversarios a la vez era una rareza según mi hermana; *qué necesidad tenía de andar demostrando que era tan inteligente,* me dijo, y cuando le contesté que Mauricio lo hacía tal vez con

intenciones pedagógicas, para enseñarle el juego a los que lo dominaban menos que él, mi hermana no pareció demasiado convencida de que se trataba de eso; nada iba como debía andar, según ella, pero Berta decidió hacerlo internar cuando se enteró de lo más grave: Mauricio pretendía que ciertos personajes de las series televisivas americanas le hablaban directamente a él, con un código secreto.

Si hay algo en este mundo que nunca despertó el menor interés en Mauricio, ese algo es el cine y más tarde la televisión; cuando éramos chicos, no había forma de hacerlo ir al cine, y las

veces que lo lográbamos debíamos soportar sus resoplidos impacientes y sus comentarios escépticos durante toda la proyección —él, que leía montones de novelas de aventuras, policiales y de *cowboys*, no aguantaba las mismas peripecias en versión cinematográfica. Todo el mundo conocía su aversión por las imágenes y Berta más que nadie que, si quena ir al cine de tanto en tanto, tenía que venir a pedirle a mi hermana que la acompañara, y que tuvo que comprar ella misma, contra la oposición obstinada de Mauricio, un televisor para ella y los chicos, de modo que cuando empezó a notar que Mauricio se interesaba de manera evidente por dos o

tres series americanas se alegró, pensando que el interés de Mauricio por el mundo renacía —Berta, igual que muchos otros, es incapaz de hacer una distinción clara entre el mundo y la televisión. La impaciencia con que Mauricio esperaba sus series americanas, consultando todo el tiempo el reloj y agitándose por temor de perdérselas o de agarrarlas empezadas, acrecentó en Berta la esperanza de que Mauricio volviese a la normalidad según mi hermana, y cuando observó que miraba las series con un lápiz y un cuaderno en el que hacía anotaciones misteriosas, pensó que la inteligencia de Mauricio, siempre atenta a las cosas

más diversas e inesperadas y que pasaban desapercibidas para el resto de los mortales, estaba otra vez en funcionamiento, como cuando ella lo había conocido. Una de las series que miraba con mayor interés pasaba en una comisaría de Nueva York, según mi hermana, una comisaría en la que había policías blancos y negros que se querían mucho entre ellos y se hacían bromas todo el tiempo —a los que fabrican esas series les importa un rábano que revienten todos los negros, si son blancos, y todos los blancos, si son negros, o la humanidad entera sea cual fuere su color si su existencia podría impedirle a ellos llenarse los bolsillos,

pero si hay al mismo tiempo negros y blancos en una serie tienen la posibilidad de duplicar el número de consumidores— y a Berta, según mi hermana, empezó a intrigarla el hecho de que Mauricio prestaba mucha atención y anotaba con cuidado lo que decían dos personajes secundarios, uno blanco y otro negro, del tipo «de los que discuten siempre y se llevan mal en apariencia pero en el fondo se quieren mucho y estarían dispuestos a sacrificarlo todo uno por el otro». Según mi hermana Berta pensó al principio que Mauricio, o lo que iba quedando más bien, que en los tiempos en que era todavía «Mauricio» tenía mucha habilidad

manual y admiraba a los inventores, estaba trabajando en algún proyecto destinado a mejorar desde un punto de vista técnico los televisores, pero un día en que Mauricio dormía la siesta y ella estaba limpiando el escritorio, se topó con el cuaderno guardado en un cajón y no pudo abstenerse de echarle una ojeada, esperando encontrarse con anotaciones de orden técnico o con ecuaciones, pero únicamente halló un montón de frases inconexas, de lo más banales, que poco a poco empezó a reconocer como las réplicas clásicas de los personajes de la serie, que usaban siempre fórmulas estereotipadas para diferenciarse unos de otros, algunas de

las cuales se habían hecho célebres y todo el mundo las conocía y las repetía y que, sometidas en el cuaderno de Mauricio a una serie de marcas, cortes, divisiones silábicas, eran después transpuestas entre paréntesis y analizadas en largos desarrollos explicativos, perfectamente incomprensibles, de los que sobresalían, de tanto en tanto, el sempiterno *fotón polarizado*, *la organización superior nouménica en oposición a la ilusión fenoménica*, y *los conjuntos borrosos*. Igual de furiosa que si hubiese descubierto en su bolsillo una serie de postales pornográficas, me contó mi hermana, Berta fue derecho a sacudir a

Mauricio para pedirle explicaciones, obligándolo a despertarse y a salir de la cama, lo cual no debe haber sido fácil si se tiene en cuenta la cantidad de somníferos y tranquilizantes que Mauricio, o lo que quedaba de él, venía tomando desde hacía años. Me dijo mi hermana que Mauricio, antes de contestar a las preguntas de Berta, fue a la ventana —viven en una planta alta— que da a la calle, miró un poco los alrededores y después fue hacia la puerta del dormitorio que daba a un pasillo y luego de verificar que nadie escuchaba la cerró y le contó a Berta, en voz baja y haciéndole prometer que guardaría su secreto, que los dos

personajes de la serie recibían instrucciones secretas de Nicolás Bournaki, una asociación secreta francesa con ramificaciones internacionales y que, habiendo elaborado un código hecho de frases aparentemente banales, transmitían a los especialistas del mundo entero los últimos descubrimientos relativos a los principios fundamentales del universo, tales como la *relación causa-efecto*, los *conjuntos borrosos*, *la materia y la antimateria* y, sobre todo, me dijo mi hermana que le dijo Berta, en razón del comportamiento extraño de *los fotones polarizados*, de *la organización superior nouménica en oposición a la*

ilusión fenoménica. Estas revelaciones son las que llevaron a lo que quedaba de Mauricio a la primera de una larga serie de temporadas en el manicomio, lo que hizo sentir a Berta, según mi hermana, *más tranquila por los chicos.*

—Queda un poco de postre de hoy a mediodía —dice mi hermana, empezando a juntar los platos.

—Yo junto —dijo, levantándose—. Vas a perderte el principio de la película.

—A ver —dice mi hermana y, dejando los platos en la pileta, va a espiar en el living la pantalla—. Falta todavía —dice, con una voz distraída que muestra que ya se ha dejado captar

por las imágenes.

—No importa, junto igual —le digo mientras sigo levantando la mesa.

—Junto más tarde —dice, sin gran convicción, ya totalmente absorta por las imágenes y dispuesta a sentarse en su sillón.

—Ya trabajaste bastante —le digo.

Cuando he amontonado la vajilla sucia en la pileta y recogido, sacudido sobre la vajilla y doblado en cuatro el mantel, busco mi sobretodo en el living, interceptando durante una fracción de segundo el campo visual de mi hermana y, recogiendo el sobretodo y la carpeta amarilla, salgo al patiecito embaldosado de atrás y comienzo a subir las escaleras

hacia mi cuarto de la terraza. La noche helada y negra parece deslizarse sobre la piel de mi cara y de mis manos, sin poder adherir todavía a causa del calor que traigo en reserva desde el interior caldeado, la noche es negra y helada sin luna, sin una sola estrella, y con únicamente lo que creo ser «yo» que me representó, sin ninguna razón, como algo luminoso, encendido apenas en la oscuridad sin medida. Cuando llego a la punta de la escalera, despliego el sobretodo, que traigo doblado en el brazo, y lo coloco sobre mis hombros, sin abotonarlo, manteniéndolo cerrado a la altura del vientre con la misma mano con la que aferró la carpeta, cuya

cartulina amarilla empieza a enfriarse un poco y, a causa de mi acostumbramiento gradual a la oscuridad, a relumbrar apagada.

Aparte de ese resplandor débil, el puesto móvil de observación envuelto en capas superpuestas de lana, no tiene, por el momento, en la negrura pareja, nada que observar, y se desplaza lento pero ágil en el espacio invisible aunque familiar.

Y ahora que me paro en medio de la terraza —de lo que calculo, después en numerosos pasajes sucesivos, que es más o menos el medio— el cuerpo mismo se disemina en la negrura, y no queda más que la luminosidad de la que

ya no sé si es externa o interna flotando, procesión de imágenes, de tamaño, formas y duración diferentes, apariciones de esencia paradójica en un espacio-tiempo abolido y del que la sucesión es un modo entre muchos otros de manifestarse, su pertenencia al pasado una convención y su origen empírico una explicación demasiado pobre respecto de su complejidad — imágenes, palabras o meros estremecimientos incoloros, superposiciones rápidas de opuestos y rupturas de complementarios, paisajes bien dibujados y retratos de individuos y de multitudes, pero también, e incluso al mismo tiempo, manchas cambiantes de

color, igual que fuegos artificiales, apagones bruscos, voces gárrulas y sin embargo silenciosas, universo flotante regido por leyes propias y más vasto que todos los otros, red fantasmal de neón multicolor encendiéndose y apagándose, muda y continua, sin otro orden que el de los torbellinos de la hoja seca en el viento frío del anochecer.

Me doy vuelta y, en la oscuridad, me encamino hacia mi cuarto; abro la puerta y, antes de entrar, enciendo la luz, el vapor de agua, como lo llaman, que sale de mi boca entreabierta, forma, al condensarse a causa del frío, unas nubecitas que la luz de la habitación

vuelve visibles pero cuando entro, dejando la carpeta amarilla sobre el escritorio y el sobretodo en el respaldo del sillón, se desvanecen.

En la pieza helada y limpia los ruidos, ínfimos y fugaces sin embargo — deslizamiento de la cartulina sobre la madera del escritorio, choque apagado de la lana del sobretodo contra el respaldo del sillón, tintineo remoto de llaves y monedas en mi bolsillo, crujido del sillón, frote acolchado de mis pasos sobre las baldosas— se demoran un poco circulando por la dimensión inconmensurable que forman, en su entrelazamiento fluido, el acontecer, la percepción y el recuerdo.

Cuando me instalo ante el escritorio, después de haber enchufado la estufa a resistencia y de haber encendido un cigarrillo, la figura sobre la inscripción, en letras de imprenta,

BIZANCIO LIBROS,

adquiere sentido por primera vez: es una cabeza femenina, reproducida en tinta negra, en pequeños cuadraditos discontinuos que se agrupan imitando la disposición de un mosaico, y van formando los rasgos de la imagen —una cara de un par de centímetros en la que lo primero que sobresale son los grandes ojos ovalados que miran fijo un

punto del espacio que está más allá de quien los contempla, de modo que a pesar del tamaño de las pupilas negras es imposible encontrar la mirada y a pesar de la insignificancia y del carácter sumario del dibujo es, por alguna razón difícil de precisar, el observador quien se siente, durante una fracción de segundo, traslúcido, inexistente.

Lo que Alfonso llamó en el bar la carpeta completa de Bizancio, o sea el rectángulo amarillo contiene una serie de impresos de formas variadas, que van del folleto multicolor en papel satinado plegado en cuatro a la simple fotocopia de una presentación hecha a máquina, pasando por el catálogo en papel biblia,

el formulario impreso con la reproducción, en el ángulo superior izquierdo, del «mosaico» de la tapa — logotipo inequívoco de BIZANCIO LIBROS—, y la presentación mimeografiada. Los folletos más lujosos provienen, sin duda, de las editoriales españolas que Bizancio representa, pero un sello borroso, que adhiere mal al papel satinado, los personaliza gracias a la reproducción de la cara femenina de grandes ojos ovales, dibujada con cuadraditos discontinuos que se agrupan para sugerir un mosaico; algunos son meros angulitos rectos que insinúan el cuadrado sin representarlo por completo, y, a causa de la mala

adherencia del sello, debida a la absorción escasa de papel satinado, la tinta está corrida. Uno de los folletos de lujo, plegado en cuatro, simula en su cara exterior la tapa de un libro en cuerina azul en el que está escrito, en la parte superior, en letras de imprenta doradas: *A. J. Cronin, Obras escogidas, Tomo I*, y en la parte inferior, en una faja roja bastante ancha, *Grandes Escritores Ingleses*. Desplegado, el folleto muestra los lomos de una serie de libros azules, igualmente decorados por las mismas letras doradas, bajo una presentación en letras negras *Los maestros de la literatura inglesa en diez volúmenes*. El asterisco en la palabra diez remite al pie

de la hoja, donde en letras diminutas figura la aclaración: *La compra de la colección completa da derecho a un descuento del 20% deducido de la última cuota.* Entre la presentación y la nota al pie, hay una serie de textos de extensión diferente impresos en cursivas, derechas o negritas de tamaños variados.

El primero, en derechas, es una lista de nombres anglosajones, *W. Somerset Maugham, Evelyn Waugh, John Knittel, Graham Greene, John Galsworthy*, etc., y más abajo, en cursiva de tamaño un poco mayor *los nombres más eminentes del relato inglés reunidos por fin en*

colección. Primicia absoluta en nuestro idioma. Después de un espacio en derechas mayúsculas: **INDISPENSABLE.** Y después de un nuevo espacio, y de la inscripción *Algunos juicios críticos* en derechas minúsculas, una serie de textos entrecomillados en cursiva «*Coherencia ejemplar en la elección de obras y autores*» (ABC, Madrid). «*Volúmenes cuidados, artísticos, tipografía agradable, de fácil lectura, encuadernación refinada. Un acontecimiento editorial*» (La Vanguardia, Barcelona). «*Esta colección reúne los grandes maestros de la literatura inglesa de nuestro*

*siglo» (La Nación, Buenos Aires). Otro de los folletos de lujo, impreso también en papel satinado y plegado en cuatro, muestra, cuando se lo despliega, un anaquel en el que aparecen, bien alineados, varios volúmenes en cuerina roja: en medio de la hilera de lomos rojos hay un espacio vacío correspondiente al libro, que, salido del conjunto, flota cerca del anaquel, apoyado en una superficie invisible, para permitir leer las infaltables letras doradas de la tapa «*André Maurois Biografías selectas*». Y debajo del libro flotante, en grandes letras negras sobre el fondo verde claro del papel satinado «MAESTROS FRANCESES DE HOY*

Y DE SIEMPRE». Una lista de nombres franceses despliega en forma analítica la generalización del título «André Maurois, Hervé Bazin, Henri Troyat, Marcel Aymé, Francois Nourrisier, André Soubiran, etc.». Más abajo: «*Los mayores éxitos mundiales de la literatura francesa*». Después de la presentación en mayúsculas, ECOS DE PRENSA, las frases entrecomilladas en cursiva, separadas unas de otras por un espacio destinado a individualizarlas: «*Acertada selección*» (El País, Madrid). «*Tantos nombres prestigiosos reunidos en una sola colección demuestran el seguro instinto de sus conceptores*» (El Nacional, Caracas).

«*Combinación equilibrada de biografías y de obras de ficción*». (Unomásuno, Méjico). «*El hombre culto de hoy no podría ignorar sin prejuicio ni perjuicio esta colección*» (Clarín, Buenos Aires). Después de estas frases entrecomilladas hay un círculo rojo, impreso en el margen izquierdo para que sobresalga bien del resto, anunciando la frase que sigue en cursiva: ¡NUEVA PRESENTACIÓN! «*Un anaquel de pinotea, elegante y funcional, adaptado a los doce volúmenes, es entregado sin cargo a todo comprador de la colección completa*». Otro folleto de lujo, en papel satinado amarillento, plegable como los dos primeros,

anuncia en grandes letras negras y bajo una guarda de banderitas de los Estados Unidos «Novelistas norteamericanos». Los volúmenes en cuerina del interior son de un verde esmeralda, adornados en la tapa y en el lomo con letras y filetes dorados. Dibujados en perspectiva, únicamente la tapa del primero y los lomos de los dos que lo siguen son legibles Arthur Hailey, Obras, figura en la tapa del primero, así como en el lomo, y en los dos lomos que siguen, Morris West, Obras escogidas, Truman Capote, Obras escogidas; en los lomos siguientes, bastoncitos y trazos dorados imitan las letras de los tres primeros, desdibujando de un modo

deliberado los signos para que no constituyan ninguna leyenda en particular. Abajo de la hilera de libros, suspendida en el espacio satinado y amarillento, figura la lista de autores «James Jones, Norman Mailer, Morris West, Truman Capote, Arthur Hailey etc.». *«Quince títulos publicados. Volúmenes de novecientas páginas en papel biblia en elegante y sobria cuerina verde repujada, presentando un panorama sin par de la actual literatura norteamericana. Diez nuevos títulos en preparación»*. Entre las hojas escritas a máquina, mimeografiadas o fotocopiadas, que voy dando vuelta, leo algunos renglones sueltos, sin detenerme

demasiado en cada una «*Obras Escogidas de Pearl S. Buck*», «*Los Thibault, ocho volúmenes encuadernados en tela*», «*La obra cumbre de la literatura soviética, El Don Apacible de M. Sholojov*», «*Humoristas del siglo XX dos volúmenes en cuerina, Jerome K. Jerome, Enrique Jardiel Poncela, Conrado Nalé Roxlo (Chamico), Fierre Dañinos, Pitigrilli, James Thurby, etc.*». Del catálogo en papel biblia que hojeo rápidamente, sobresalen, fugaces, algunos nombres que desaparecen de un modo instantáneo, substituidos por los que los siguen en el orden alfabético... «*Jorge Amado... Jacinto Benavente...*

Lucien Bodard... Joyce Cary...
Marguerite Duras... Manuel Calvez...
Gabriel García Márquez... James
Hadley Chase...». En una hoja suelta
escrita a máquina *«Joyas del erotismo
mundial»*. Apuleyo, Longo, Boccaccio,
Pablo Arettno, Restif de la Bretonne,
Carlos Baudelaire, etc. *«Páginas
selectas de los grandes clásicos del
erotismo universal»*, presentadas en un
delicado volumen categoría bolsillo de
lujo. Tela. 600 páginas. Esta obra,
fuera de catálogo, será obsequiada a
todo comprador de cinco o más
volúmenes de las tres grandes
colecciones de novela moderna. (Aviso
a los vendedores. Como obsequio

opcional a los clientes que no deseen recibir esta obra, pueden proponerse las siguientes «Enigmas anglosajones, selección de cuentos policiales», tela, 550 páginas, «Antología universal de la poesía amatoria», rústica, 698 páginas, «Los animales domésticos en la literatura», páginas selectas, tela, bolsillo lujo, 600 páginas. «El diablo en el cuerpo», de R. Radiguet, lujo. Hago deslizar las hojas que quedan —«Lista de precios» «Condiciones de venta», etc.— sobre las que ya he examinado, tomo el paquete de hojas, sacudiéndolo y golpeándolo por el borde inferior contra el escritorio para emparejarlo, y cuando está bien

acomodado lo deposito en el interior de la cartulina amarilla y cierro la carpeta los ojos ovalados del logotipo, cuando los busco con la mirada, me atraviesan de nuevo, fijos en un punto impreciso del espacio y me vuelven, más que inexistente, fantasmal.

Ahora estoy metido entre las sábanas frías, bajo una pila de frazadas, con los ojos abiertos en la penumbra rojiza a causa de la estufa a resistencia y, como de costumbre, no ocurre nada en el presente, nada que no sea el presente mismo, desplazado en el instante mismo de su manifestación por la manifestación de lo indescriptible, continuo y discontinuo a la vez, borbotón o fluido

que me tiene en vilo o me transporta; a menos que, de la miríada de fragmentos dispersos y flotantes, sin fondo, sin origen, sin destino, sin fin específico, «yo» sea, confinado en la fábula, la única conexión.

Pero si me desembarazo del presente, donde no ocurre nada, y me concentro en lo exterior, no únicamente en la penumbra rojiza del cuarto, donde en los contornos de las cosas flota una especie de bruma rojiza, sino en lo que, inaccesible a los sentidos se extiende, indefinidamente, a mi alrededor, puedo darme cuenta de cómo, en el silencio y la inmovilidad aparente de la noche, el conjunto vive, trabaja, se modifica:

árboles, desnudos como se dice por afuera se preparan, por dentro, a reverdecer, las piedras se corroen, la luz cambia, las estrellas, invisibles, nacen y mueren, la máquina complicada y arcaica toda hecha de tumultos, de hogueras, de curvas heladas, de restos triturados y vueltos a remodelar, de palpitaciones —y «yo» en medio de todo eso ciego en lo relativo a saber qué cosa es la vista e inhábil para dirigir los miembros preprogramados que manotean.

Igual que los instantes que se desplazan unos a otros sin que parezca haber ningún hiato entre ellos, tal vez el mismo chorro de sangre circula por

arterias intercambiables, de las que los latidos lánguidos levantan, en el espacio interno por el que, fluctuantes, transitan las imágenes, el espejismo de lo único. Lo cierto es que ahora me veo, con esfuerzos penosos, arrastrándome para escalar una montaña de sal gruesa, grisácea, húmeda y apelmazada, parejamente cónica, por la que aferrándome a la superficie rugosa de la ladera, trepo no únicamente sin esperanza sino también sin razón conocida. No lejos de la cúspide cuya circunferencia podría, si quisiese, abarcar con los brazos bien abiertos, el cielo vacío, incoloro, de una palidez inhumana, rodea la mole cónica y

grisácea por cuya superficie rugosa, sin haberlo deseado y sin saber cómo he llegado hasta ahí, con desaliento, me arrastro. Es un paisaje lívido, desierto y silencioso, e inconcebible también, sin cabida en el universo físico, en ningún mundo posible, como no sea en los pliegues remotos del propio ser al que no llegan, rebajadas a ruido puro, las palabras, imagen trabajosa pero nítida del desaliento anónimo en que se ha convertido tal vez lo que, por costumbre, solía llamar «yo». Indeciso, un poco aterrado, pegado a la ladera húmeda y rugosa, no lejos de la cúspide trunca del cono, alzo la cabeza hacia el paisaje incoloro en el que únicamente el

gris de la sal apelmazada introduce un matiz, incapaz de avanzar o de retroceder, expelido de todo lo familiar, y aún después de haber abierto los ojos y ver las rayas grises que se cuelan por los postigos detrás de los vidrios de la ventana, me cuesta unos segundos comprender que acabo de despertarme porque ya es la mañana. La luminosidad grisácea diluye un poco la penumbra rojiza que expande, entre el escritorio y la biblioteca, la triple resistencia horizontal de la estufa eléctrica. La nostalgia de no haber nacido, gracias a la lucidez que crece y al cuerpo que va desentumeciéndose, reclamando alimento y espacio, el hambre de lo

familiar, igual que la penumbra rojiza, poco a poco, se disipa.

Que me cuelguen si cuando entreabro la puerta y veo la luz gris en la terraza, no me dan ganas de echarme atrás y de volver a meterme en la cama, taparme hasta la cabeza y quedarme encerrado el día. Es únicamente el recuerdo del último escalón, la sensación del agua negra y viscosa ciñéndome los tobillos, el chapoteo al borde del definitivo, lo que me hace atravesar, a paso rápido, el aire frío y gris de la terraza que, paradójico, a medida que avanza la mañana se ennegrece en vez de aclararse. La ciudad entera parece envuelta en un

capullo estrecho de algodón gris; únicamente hacia el este, bastante alta, hay una llaga verdosa, más clara, por la que supura una luminosidad lívida, resplandor anacrónico de un sol ya extinto quizás, charco pálido que irá cerrándose sin duda a medida que avance el día para que quede, confinándonos en lo horizontal, una grisura homogénea.

—¡Teléfono! —grita mi hermana abriendo la puerta de la cocina, justo en el momento en que empiezo a bajar las escaleras.

—¿Tomatis? —dice una voz masculina cuando mi hermana me pasa el tubo y gruño una señal ininteligible

para mostrar que estoy dispuesto a escuchar—. Habla Alfonso. Alfonso de Bizancio.

—El famoso Alfonso de Bizancio —dijo, con tono neutro y, por pura parodia, ligeramente reprobatorio.

—Menos famosos que el famoso Carlos Tomatis —dice Alfonso—. ¿Durmió bien?

—Tengo la conciencia tranquila —le digo.

—Yo más o menos —dice él—. Me permito llamarlo, maestro, porque a Vilma y a mí se nos ha ocurrido una idea sensacional. ¿No le gustaría asistir como invitado especial al seminario de Bizancio en el salón Capri del hotel

Iguazú? Es nuestro congreso anual de vendedores y vamos a anunciar también la próxima inauguración de nuestra sucursal local. Pasado mañana terminamos con un cóctel monstruo.

—Toda esa movilización como pretexto para emborracharse en un cóctel —le digo, y oigo la risa satisfecha de Alfonso que considera mis serenidades paródicas como un modo retórico de familiaridad.

—¿Contamos con usted? —dice.

—Déjeme pensarlo —le digo—. El honor es aplastante.

—Las sesiones son de 10 a 13 y de 15 a 18 —dice Alfonso—. Vilma que está aquí al lado mío le suplica que

venga. Espere que se la paso.

Estoy por contestar que no vale la pena pero me doy cuenta, por los murmullos que me llegan de que ya está pasándole el tubo a Vilma Lupo.

—Qué dice. Cómo le va —dice Vilma—. Se nos escapó medio rápido anoche.

—Tenía un compromiso —le digo.

—¿Va a venir? —dice Vilma, con melodiosidad calculada—. Mire que únicamente usted puede darle un suplemento de alma a esta manga de mercachifles.

La risotada de Alfonso, en las cercanías del teléfono, quiere demostrarme que no es a sus espaldas

que Vilma ha calificado el semanario de Bizancio.

—No le digo que no —dijo—. Tal vez me dé una vuelta esta mañana.

—Lo esperamos —dice Vilma—. Hasta luego.

Y cuelga. Me quedo un momento inmóvil, indeciso, con el tubo en la mano, y cuelgo a mi vez. Busco un número en mi libreta de direcciones, lo marco, y oigo cinco llamadas antes de que atiendan.

—Reina —digo—. Habla Tomatis.

—Carlitos. Qué sorpresa —dice la voz soñolienta de Reina; pero lo inesperado de mi llamada la despabila en el acto—. ¿Qué pasa?

—No —lo tranquilizo riéndome—.

¿Cómo anda todo por Rosario?

—Mucho frío —dice Reina.

—¿Algún problema?

—No, no —digo—. Todo bien.

Bueno, más o menos.

—Sí, por aquí también más o menos.

Mucho frío —dice Reina.

—Tu mujer y los chicos bien supongo —digo.

—Bien. Ningún problema. ¿Y vos?
—dice Reina.

—Yo algunos —digo—. Me separé de Haydée. Deje el diario. Y murió mi madre también.

—Supe algo de todo eso, sí. Un buen paquete —dice Reina. Me hablaron de

depresión también. Pero por la voz, me doy cuenta de que ya estás saliendo.

—Más o menos —le digo.

—Sí, sí —dice Reina—. Nunca se sale del todo. No se es el mismo después. En cierto sentido se es mejor.

—Llamo al hombre —le digo—, y me topo con el psiquiatra.

—Deformación profesional —dice Reina—. Pero no te preocupes, no te cobro nada. Saberte bien es mi mejor salario —Y después de un silencio—. Y al hombre ¿para qué lo llamabas?

—No —dijo—. Nada grave. Resulta que anoche me abordó un rosarino que dice ser amigo tuyo, y en estos tiempos nunca se sabe. Un tal Alfonso, de la

distribuidora Bizancio.

—¿El pelado Alfonso? —dice Reina —. Un tiro al aire. Pero buena persona. Es un amigo. Mucha plata y muchos problemas.

—Me llama maestro —le digo. Reina lanza una carcajada, la primera desde que empezó la conversación.

—Es el primer posmoderno —dice —. Ahora que me acuerdo, me dijo la vez pasada que te iba a llamar. Te respeta mucho, sobre todo desde que leyó tu brulote contra el imbécil de Bueno. ¿Cómo era? *La idea que Walter Bueno se forja de la novela y el camino elegido por toda novela lograda son divergentes.* Divirtió mucho aquí en

Rosario ese artículo.

—¿Lo que gusta en Rosario es necesariamente pertinente y aplicable a la realidad en su conjunto? —digo.

—¿Por qué no? —dice Reina—. Lo que le cuadra a la parte, le cuadra también al todo.

—Me dejo convencer —dijo— para volver a Alfonso. Anoche estuve hojeando sus catálogos. Aparte de algunos clásicos servidos en tajadas, todos sus autores son de segundo orden.

—Algunos de tercer y cuarto también —dice Reina.

—Pero es buena persona. Muchos problemas. Se le suicidó la mujer hace unos años.

—La victoria no da derechos —
digo.

—Veo que estás completamente
curado Carlitos —dice Reina.

—Lo acompaña una rubia, Vilma
Lupo —digo.

—Pronto, pronto. Cuando afloje el
frío —digo.

—Esperemos que afloje entonces.
Tengo que colgar Se me hace tarde.
Atiendo en el psiquiátrico esta mañana.
Un abrazo —dice Reina.

—Chau, digo y cuelgo.

Cuando cierro la puerta de calle
detrás de mí, y empiezo a caminar
decidido en dirección al centro, me
acuerdo de cómo hasta hace una semana

nomás, me era imposible transponer el umbral para ir a tomar un café en el bar de la galería, como lo venía haciendo todos los días desde hacía más de veinte años. Únicamente después de su muerte, la agitación del agua negra, por las mismas razones misteriosas que la hicieron sacudirse, se fue calmando y una mañana en que, como hoy, me di una ducha y me puse ropa limpia con la intención de salir a la calle, tres o cuatro días después de haberla dejado bajo el pasto del cementerio, una fuerza interna probablemente me paralizaba en la punta de la escalera, y tuve que volver a mi «cuarto de trabajo» en el que me quedaba sentado el día entero, inmóvil,

con la puerta abierta, mirando, sin verlo desde luego, y sin pensar en nada, el cielo vacío.

Dos o tres días después logré llegar hasta la puerta de calle sin decidirme a abrirla, y a la mañana siguiente, cuando lo conseguí, me quedé parado un buen rato en el umbral pero no bajé a la vereda.

Me daba lástima a mí mismo, limpio, recién afeitado, con la ropa impecable como hacía tiempo que no la llevaba, los zapatos bien lustrados, deshinchado gracias a la abstinencia de alcohol, el aspecto exterior de lo más saludable, pero incapaz de dar un paso hacia la vereda, desde el umbral de la

casa de mi madre a la que había vuelto unos meses antes, pasados los cuarenta años, después de tentativas nupciales, de engendrar mi propia descendencia, de encuentros, de descubrimientos y de separaciones. Esa misma tarde llegué hasta la esquina —a unos veinte metros de la puerta—, pero no crucé la calle; la fuerza que había venido paralizándome mostraba ahora, inequívoca, su verdadera esencia: un terror puro, abstracto, sin contenido, respecto del cual la existencia efectiva del peligro era un dato secundario, por no decir irrisorio y, por esa misma razón, omnipresente, diseminado en la jungla de lo exterior y consubstanciado con

ella. No actuar era, por lejos, la mejor solución —la inmovilidad vacía, entre voluptuosa y amarga, de una imagen interna recién restaurada, un poco frágil todavía. Únicamente cuando me movía el terror recomenzaba, prueba de que, igual que mi sombra, era indisociable de mí mismo, de modo que si quería seguir viviendo, tenía que habituarme a su compañía, aprender a reconocerlo en toda circunstancia y, sobre todo, para evitar la demencia, extraerlo del campo del delirio y ponerlo en el de la realidad, diciéndome casi a cada instante de los días vacíos y exhaustos que flotaban, igual que detritus, podría decirse, hacia las playas petrificadas del

pasado. *No me he vuelto loco todavía, porque el peligro es en efecto imaginario, pero el terror, en cambio, es bien real, y es del terror de lo que hay que ocuparse y no del peligro.*

Todo eso por los trescientos metros que me separaban del bar de la galería al que quería ir para tomar un café. Había tres o cuatro itinerarios posibles, y algunas veces los intenté pero siempre terminaba por volverme a mitad de camino, o apenas había salido de mi casa, o cuando estaba llegando a las proximidades del bar, hasta que una mañana me dije que, de todas maneras, inmóvil o en movimiento, el terror me acompañaría, así que me levanté de la

cama, me vestí y salí a la calle concentrándome, no en el trayecto sino en el terror, y llegué al bar y me senté en una mesa, y cuando el guardapolvo verde de la chica que servía se apostó, paciente, a mi lado, levanté la cabeza y, tratando de que no me temblara la voz, le pedí que me trajera un café. Exactamente como en este mismo momento por otra parte, en que, parado junto al bar, le hago una seña a la misma chica que está preparando los expresos en su máquina italiana y me dirige una mirada interrogativa cuando me ve llegar— y la prueba de que era lo más fácil venir a tomar un café al bar de la galería, y de que lo era en especial para

mí, es que, con un movimiento rápido y diestro, inclinándose hacia el mostrador, sin dejar de manipular la máquina, la chica deposita ante mí la primera taza de la serie que está preparando, cuando es evidente que no únicamente en las mesas del patio o de la galería sino también junto al mostrador, hay varios clientes que han pedido su café antes que yo.

En la mañana gris y helada —el reloj circular de pared marca las 10 y 27— reales únicamente para sí mismos y fantasmas para los otros, o al revés quizás —que me cuelguen si sería capaz de expedirme sobre la cuestión— mis conciudadanos, en las actitudes más convencionales, despliegan actividades

ordinarias en las que, aún a distancia, no es difícil proyectarse: un hombre, por ejemplo, sentado en un taburete cerca de mí, acodado al mostrador, estudia los programas de la televisión nacional para esta noche; la cajera, durante unos minutos de inactividad, se ha quedado pensativa con los ojos bien abiertos, la mano derecha apoyada contra el cajón entreabierto de la registradora, la izquierda metida en el bolsillo de su guardapolvo verde, inmóvil, abstrayéndose por completo del exterior y, entre preocupada y melancólica, hurga quizás imágenes claras y llenas de detalles en su interior. Dos hombres maduros conversan en voz baja, pero

con muchas gesticulaciones, en una mesa del patio, de negocios o de fútbol, o de historias sentimentales o sexuales probablemente, o quizás de política, aunque esto es menos seguro a causa de los tiempos que corren, en los que todo el mundo parece haber aceptado la consigna secreta de los tiranos, según la cual la culpa es siempre anterior al crimen.

Lo cierto es que —puedo comprobarlo cuando salgo de la galería a San Martín—, la mañana de invierno se ennegrece en vez de ir aclarándose. La llaga verdosa que supuraba, en el este, una luz lívida, persistencia fósil de un sol extinto, parece haberse obturado

desde hace rato, a tal punto la uniformidad gris humo, cuyo único accidente son unos bulbos de rebordes de un gris todavía más oscuro, cubre estacionaria y baja la totalidad del cielo.

El verde pálido, químico, de cloro diluido que supuraba la llaga en el este, ha dejado un verdor oscuro, subacuático, diseminado en el aire —la impresión exacta es la de un mundo cerrado en el que el espacio y las cosas han adquirido una especie de intimidad y los movimientos del propio cuerpo, en un frío que se atenúa ligeramente, algo parecido a la gracia que, en medio de tantos desastres, me procura, como hacía

meses que no la sentía, una felicidad instantánea, inexplicable, que aunque no dura más que unos pocos segundos en la conciencia, se propaga por todo el cuerpo dándole cohesión y vigor.

Un portero negro, bajo la entrada embanderada del hotel Iguazú, me abre la puerta de vidrio, inclinándose un poco, tratando quizás de no descoser su uniforme marrón oscuro un poco estrecho. Aunque no haya un solo negro en mil kilómetros a la redonda, la dirección del hotel ha sin duda preferido contratar a un negro como portero para subrayar, igual que con la multiplicidad de banderas, el carácter internacional del hotel, puesto que casi siempre en las

películas —sobre todo si vienen de Norteamérica, donde sí hay muchos negros, y en las capas bajas de la sociedad, de modo que no tienen más remedio que trabajar como porteros—, cuando aparece un hotel internacional, el portero es negro. A decir verdad, no contrataron un portero, sino un «portero negro» que es, cuando me abre la puerta, obsequioso y jovial, contento de ser «portero negro», como corresponde con los rasgos del estereotipo. La atmósfera es agradable en el interior calefaccionado y el conserje, de traje oscuro y corbata, me espera solemne y atento del otro lado del mostrador, tan «conserje amable» como el portero

negro que me ha abierto la puerta es «portero negro».

—Buenos días. El salón Capri — digo.

—Cómo no —dice el conserje. Y a un adolescente de uniforme marrón—. Conduzca al señor hasta el salón Capri.

—Por aquí por favor —dice el muchachito, y después de cruzar el hall y de costear el bar, me guía a través de un pasillo oscuro recubierto de una *moquette* color mostaza. Tardo en darme cuenta lo que tiene de agradable el adolescente que me guía y es que, obligado desde la pubertad por la pobreza a entrar en el mercado laboral, como lo llaman no se ha adaptado

todavía a un estereotipo y camina delante mío por el pasillo con la indiferencia y la vivacidad de un gorrión o de una comadreja. Al final del pasillo, una escalera nos lleva al entresuelo donde, detrás de una puerta, se abre un pasillo ancho con una pared de un lado y un ventanal a todo lo largo del otro, pasillo al final del cual cerca de una puerta doble tapizada de cuero claro, vestido con una campera de cuero casi del mismo color que la puerta, Alfonso fuma un cigarrillo conversando con un señor bien trajeado. Adosada a la pared, bajo un espejo, hay una mesita de patas torneadas cubierta de papeles, entre los que sobresalen varias carpetas amarillas

de Bizancio Libros.

—El salón Capri, señor —me dice el muchachito, sin dirigirme siquiera una mirada sino contemplando más bien, con cierta distracción, a través del ventanal, la mañana oscura. Saco un billete del bolsillo y se lo pongo en la mano, ya preparada para recibirlo a pesar de la distracción aparente, mientras Alfonso, que nos ha visto desembocar de la escalera, se da vuelta con una sonrisa y avanza hacia mí con paso decidido.

—Maestro —dice y, aferrando el cigarrillo con los labios, agarra mi mano derecha entre las suyas y la sacude con energía blanda. Pero los ojos, igual que anoche, sonrían menos que la boca y la

aflicción que, por curioso que parezca, incita más a la crueldad que a la compasión, asoma en ellos formando dos llamas fijas y húmedas, idénticas.

—Si yo fuera su maestro —le digo—, usted no pasaría de grado.

Se ríe. El señor trajeado se ríe también, un poco sorprendido por la devoción ligeramente exagerada de Alfonso y la insolencia familiar de mi respuesta —es evidente que, después de haber franqueado la entrada embanderada que da acceso al reino de estereotipo el señor trajeado, de quien estoy enterándome por la presentación de Alfonso, que es el gerente del hotel, y por lo tanto el monarca de ese reino, no

logra representarse bien las relaciones que existen entre Alfonso y yo, aunque la venta de libros a crédito convierta a Alfonso en un comerciante próspero y mi ascesis posdepresiva —abstinencia de alcohol, ducha tibia todas las mañanas y paseos cotidianos por la ciudad llueve o truene— me gratifiquen de cierta presencia física no exenta sin embargo, todavía, de rigidez. Ayudado por el tumulto de mi llegada, el gerente aprovecha para desaparecer. Alfonso me señala la mesita cubierta de folletos.

—¿Tuvo tiempo de hojear nuestra carpeta? —dice.

—Anoche antes de acostarme —y para evitar un juicio directo, recojo un

folleto y simulo mirarlo con interés—. ¡Ah, Somerset Maugham! Sabía decir de sí mismo que era el primero entre los de segundo orden, pero me parece que se juzgaba generosamente.

—*El filo de la navaja* —dice Alfonso, sin comprender mi crítica, no por estupidez, sino por no haberla escuchado—. Una obra maestra.

—¿Y qué pasa ahí adentro? —dijo cuando, sin entender lo que dice, oigo una voz que se eleva un poco a través de un micrófono.

—Hay un curso de formación para vendedores —dice Alfonso—. Pase, pase. Le va a interesar.

Entramos en el salón Capri. Unas

veinticinco personas, jóvenes en su mayor parte, hombres y mujeres, dispersas en una pequeña platea, escuchan o toman notas asumiendo las poses más diversas, con las piernas cruzadas por ejemplo, un codo apoyado en el muslo y la mandíbula en la palma de la mano, o el estirado sobre el respaldo de una silla vacía y la cabeza echada para atrás con los ojos entrecerrados, o inclinadas hacia adelante con los antebrazos apoyados en los muslos y las manos colgando entre las piernas abiertas o, expresando la más profunda atención, como si escucharan mejor con un solo oído que con los dos, vueltas un poco de perfil

hacia el estrado en el que, flanqueado por Vilma Lupo y por una señora pensativa, un hombre habla con soltura y vivacidad; los tres están sentados frente a sendos micrófonos, una jarra de agua tres vasos, y dos o tres grabadores portátiles, puestos sin duda en el borde de la mesa por algunos de los oyentes. Cuando me ve entrar, Vilma me dirige una sonrisa y un saludo discreto pero familiar con la mano que sostiene el cigarrillo, lo que motiva un instante de distracción en el conferenciante que me echa una mirada rápida sin dejar de hablar, y en algunos de sus oyentes, que giran la cabeza con curiosidad pasajera y vuelven a adoptar casi de inmediato

sus posturas atentas.

—Es Julio César Parola, el especialista en marketing de Buenos Aires —dice Alfonso en voz baja y orgullosa.

La voz del «especialista en marketing de Buenos Aires», como acaba de llamarlo Alfonso, llega a través de los amplificadores, de modo que hay una cesura infinitesimal entre el momento en que la profiere y el momento en que nosotros, que estamos en el fondo del salón, la escuchamos, una desconexión perceptible entre sus gestos de conferenciante y la materialidad oral de la conferencia que, por añadidura, al pasar por los circuitos

de amplificación, adquiere resonancias metálicas, eléctricas que la vuelven, contradiciendo los objetivos de la instalación, remota y artificial.

—Resumiendo —dice la voz por los amplificadores— afirmar que a pesar de la crisis el comprador de libros —al menos el de nuestro sector— sigue comprando. Existe una verdadera tipología de compradores: está por ejemplo el que cree en el libro como medio de perfeccionamiento y de ascenso social, el que padece una dependencia del libro como de una droga, el que considera que una biblioteca de libros caros es una marca de prestigio —el conocido comprador

de colecciones por metro— e incluso — el conferenciante dice esta frase riéndose, con lo que induce algunas risas de la audiencia, y sobre todo de Alfonso, que lanza una carcajada ahogada para que únicamente yo la perciba— el que, incapacitado por la crisis de comprar al contado en las librerías, se resigna a comprar a crédito con la intención de no pagar más que la primera cuota o, si es posible, ninguna. La experiencia y un buen olfato permiten detectar este tipo de comprador. Y por último, está también el cliente que compra atraído no por el libro, sino por el crédito. Un sector importante de la clientela potencial pertenece a esa

categoría. Es posible afirmar que en nuestra época, para amplias capas de la sociedad, el crédito estimula más la imaginación que el contenido de la oferta y ocupa, en la ensoñación colectiva, la función que en épocas anteriores solía ocupar el libro.

Mientras pronuncia la última frase, el conferenciante ha venido modificando la entonación de su discurso y los gestos y ademanes que lo acompañaban, poniéndose a recoger sus papeles y levantándose a medias de su asiento, para que el público comprenda que la conferencia está a punto de terminar, de modo que ya en *ensoñación colectiva* empiezan a escucharse los primeros

aplausos, y en el punto final de *solía ocupar el libro*, cuando el conferenciante, decidido, se levanta, la sala entera, menos yo, naturalmente, aplaude al unísono mientras Alfonso, que mima un aplauso golpeando con delicadeza y sin producir el menor ruido, la yema de dos dedos de la mano derecha contra la protuberancia de la palma izquierda, pasea su mirada satisfecha por la sala en la que a medida que los aplausos van haciéndose más escasos, los oyentes se levantan de sus sillas y empiezan a dispersarse, formando grupitos animados que conversan diseminados en el salón o encaminándose despacio hacia la puerta

de salida. Algunos rodean al conferenciante haciéndole preguntas, mientras los propietarios de los grabadores los recogen de sobre la mesa y los observan con atención para verificar si han funcionado o no durante la conferencia. En ese ambiente de voluntades flotantes, únicamente Vilma Lupo parece tener objetivos claros, porque apenas termina la conferencia se levanta y, bajando del estrado, se encamina rápido hacia nosotros, que hemos quedado parados en el fondo de la sala, junto a la doble puerta tapizada de cuero claro, observando lo que pasa a nuestro alrededor, Alfonso con satisfacción ostentosa y yo con

indiferencia exagerada. Bajo el traje sastre gris claro las formas de Vilma son más opulentas de lo que permitía vislumbrar la languidez botticelliana de su cara y, debido quizás a los tacos altos, parece más grande de lo que me imaginaba —y que me cuelguen si, cuando nuestras miradas se cruzan, en el momento en que está llegando junto a nosotros, Vilma no reconoce el contenido exacto de mis pensamientos.

—Gracias por haber venido —dice, estrechándome la mano, pero sin volver a mirarme a los ojos, dirigiéndose a Alfonso mientras pronuncia las frases de las que yo soy el verdadero destinatario. La mirada de complicidad, llena de

sobreentendidos, que intercambian todo el tiempo y que, en vez de disimular, parecen, apenas están juntos, o juntos en mi presencia por lo menos hacer evidente e incluso demostrativa, me deja afuera durante unos segundos, como si me hubiese vuelto de piedra o transparente. El matiz compulsivo, un poco exhibicionista de la cosa, es demasiado grosero como para ser ofensivo, y al mismo tiempo todo ese teatro puede estar dirigido exclusivamente a mi persona —de todos modos, aún sin la confirmación telefónica de Reina, a pesar de que es la segunda vez que nos vemos y que la mirada de Alfonso incita más a la

crueldad que a la compasión, ya han pasado, por razones misteriosas, en el aura de mi experiencia, a ese estadio de familiaridad que en general está reservado a entidades más íntimamente conocidas. Tal vez se conocen desde hace poco tiempo y tal vez sus relaciones —cuya naturaleza es difícil de precisar— son superficiales y efímeras, pero me resulta imposible concebirlas por separado. Parecen poseer una esencia común, no como la que evoca una pareja, sino por ejemplo la de los dos socios de un comercio, o la de un dúo artístico o deportivo, igual que un prestidigitador y su ayudante tal vez, o dos animales no tanto de la misma

especie como de especies afines que, habiendo descubierto su afinidad, la exageran ante los demás para que no se perciban sus diferencias. La jovialidad permanente que exhiben, y que probablemente ellos mismo son los primeros, y quizás los únicos, en creerla sincera, no logra ocultar del todo en él esa especie de aflicción que le humedece los ojos, por momentos demasiados erráticos, y en ella algo entre ingenuo y turbio pero de todos modos indefinible —y de nuevo la impresión de anoche en el bar, de lo más desagradable, de estar contemplando en ellos zonas oscuras de mí mismo que únicamente a través de otros adquieren

alguna evidencia. A decir verdad, actúan para mí igual que si quisiesen ser considerados responsables de algún complot indolente y cínico, pero únicamente logran darme la impresión de que si de verdad ha habido un complot en sus vidas ellos han sido, inequívocos, las víctimas.

—¿Tomamos un café? —dice Alfonso.

—El debate empieza dentro de quince minutos —dice Vilma.

—Aquí en el hotel nomás —dice Alfonso—. El café es muy bueno.

Vilma baja un poco la voz y mira a su alrededor para verificar que nadie la escucha.

—Podemos ir adelantándole a Tomatis algunos detalles del gran proyecto —dice.

—¿Piensan empezar a vender libros como la gente? —dijo, y Vilma se echa a reír, a diferencia de Alfonso, que ha visto al conferenciante bajar del estrado, y se aleja de nosotros para ir a su encuentro. Da la impresión de no oír ciertas alusiones, como si su percepción auditiva se cerrara al contacto de ellas, semejante a esos artefactos que dejan de funcionar de un modo automático cuando el aire alcanza determinada temperatura o esas lámparas que se encienden y se apagan solas de acuerdo con la luminosidad que las rodea.

—Espérenme en el bar. Bajo en seguida —dice. Vilma me da unos golpecitos en el pecho con los nudillos y acerca su cara rubia a la mía.

—Nos escapamos —dice.

Cuando empuja la doble puerta de cuero claro, la sigo con circunspección no exenta sin embargo de docilidad. La sensación de familiaridad es más fuerte que mis reticencias de las cuales ellos parecen, o simulan a la perfección por lo menos, no tener la menor sospecha. Ahora que la sigo a través del pasillo ancho, bordeado por el ventanal que deja ver la mañana oscura, soy consciente de la naturalidad ineluctable con que conciben nuestras relaciones, y

que se expresa a cada momento en sus aspectos más diversos: la manera en que Alfonso salió anoche del bar para interceptarme en la vereda de enfrente, la atención reconcentrada con que Vilma pareció haber observado nuestro encuentro, los golpecitos de nudillos en el pecho que acaba de darme en el salón Capri, el aire satisfecho que ha adoptado para precederme a través de los pasillos en dirección al bar, el dispositivo teatral de que se valen para envolverme en un ir y venir atenuado pero continuo de sobreentendidos, de promesas y de alusiones. El bar está vacío, pero cuando el mozo se aleja para buscarnos los cafés y encendemos

nuestros cigarrillos, dos o tres grupitos de asistentes al seminario se instalan en mesas alejadas unas de otras, como si quisieran conversar al abrigo de posibles indiscreciones, lo que es de todos modos la norma en estos tiempos, ya que también Vilma y yo bajamos un poco la voz y echamos miradas discretas a nuestro alrededor cuando nos ponemos a hablar.

—Estamos reclutando vendedores para todo el norte del litoral —dice Vilma y, durante unos segundos, se queda seria y se inmoviliza. También su mirada se inmoviliza, sin fijarse en nada en particular, con los ojos bien abiertos a los que ni siquiera el humo que sube

de su cigarrillo hace pestañear, y a los que los míos buscan infructuosos, sin lograr encontrarlos a pesar de su inmovilidad, de modo que, igual que los ojos ovalados del logotipo de Bizancio en el ángulo inferior derecho de la carpeta amarilla, me hacen sentir de golpe inexistente, translúcido o fantasmal. El rectángulo de cartulina amarilla por otra parte, denominado anoche por Alfonso, sin repugnancia por la rima interna, *la carpeta completa de Bizancio*, ha reaparecido esta mañana en el recinto del hotel, portería, bar, mesita, salón Capri, en la mano, bajo el brazo, o en forma de semicilindro y aún de cilindro en los bolsillos de los

asistentes al seminario, reconciliando lo uno y lo múltiple gracias a los dones de ubicuidad de su profusión geométrica y amarilla. Cuando Vilma se despabila y empieza a sonreír, sus ojos me ven de nuevo, pero resbalan rápido por mi cara y encuentran otra mirada detrás, por encima de mi cabeza, la de Alfonso que llega desde el salón Capri con paso rápido y, desplazando una silla, se sienta a la mesa con nosotros.

—Parola está literalmente sitiado por sus oyentes —dice. Y a Vilma, bajando un poco la voz—. ¿Le adelantó algo a Tomatis de nuestro proyecto?

—Lo estábamos esperando —dice Vilma.

Que me cuelguen si me importa lo que se dice un rábano su dichoso proyecto y si él se decidía o no a venir para exponérmelo, pero después de pedir un tercer café, Alfonso se inclina un poco hacia mí y, siempre en voz baja, me explica: ya desde antes del golpe de estado, la cultura argentina —son sus propias palabras— estaba en descomposición. La dictadura militar no hizo más que precipitar la decadencia. Los valores intelectuales —sigo reproduciendo textualmente la terminología alfonsiana— son desalentados, reprimidos, proscriptos. Un vasto plan de liquidación de nuestra tradición cultural, la que desde

Sarmiento y Hernández, desde Alberdi y Echeverría, ha dado siempre un amplio espacio al debate y a la crítica, pretende desde hace varios años, valiéndose de la censura por una parte y también del estímulo a subproductos culturales que ocupan la escena pública nacional, aplastar toda resistencia artística, científica y ética. Sin la hipótesis de un plan minuciosamente preparado — prosigue Alfonso haciéndose a un lado para permitir al mozo depositar los cafés sobre la mesa—, ¿cómo interpretar el éxito de una serie de obrasseudoliterarias sin ningún valor intrínseco? Solo un apoyo oficial, una política bien orquestada desde arriba,

tendiente a arrancar de cuajo los valores auténticos de la cultura nacional — léxico alfonsiano por excelencia a juzgar por su frecuencia de aparición en el discurso— explicaría el éxito sin precedentes de ciertos productos como por ejemplo y sin ir más lejos *La brisa en el trigo* de Walter Bueno. No es un secreto para nadie por otra parte, dice Alfonso, que Bueno era uno de los propagandistas oficiales de la dictadura y que, si no hubiese muerto en ese accidente, estaría ocupando en este momento un puesto oficial en el régimen, portavoz de la junta militar o embajador en París, en Madrid o en la Unesco. Un libro como *La brisa en el trigo*, en el

que no hay un solo elemento verídico, que es de una falsedad premeditada de una punta a la otra, empezando por el título que habla de trigo en una región donde únicamente se cultivan maíz y girasol y que a pesar de eso ha sido el libro más vendido de la década, no podría de ninguna manera ocupar el lugar que ocupa si no formase parte de un complot destinado a aniquilar la auténtica cultura nacional.

¿Qué otra explicación? ¿Cómo un libro semejante, un subproducto de esa naturaleza podría substituir a esa escala la verdadera creación artística? Alfonso se acalora y, casi de inmediato, después

de revolver pensativo y lento su café, se calma y prosigue: alguna gente de Rosario, Vilma entre otros, por supuesto, después de una serie de reuniones, piensa que el momento de reaccionar ante semejante situación ha llegado y que, después del desmantelamiento sangriento —otra rima interna— de la suspensión del estado de derecho y la anulación de las libertades públicas, un reagrupamiento de las fuerzas culturales que están por la libertad de expresión y por la soberanía del pensamiento se vuelve más y más necesario. Él, Alfonso, piensa en un movimiento amplio, sin coloración política definida, capaz de aglutinar los

intelectuales del litoral al principio pero, dice, buscando un espacio de proyección nacional. Mientras Alfonso habla, Vilma que, inclinada sobre su café, lo toma de a cucharaditas lentas y distraídas, mueve todo el tiempo los ojos con curiosidad, pasando de la cara de Alfonso a la mía, para ir verificando el efecto que me causan las palabras de Alfonso, y lo que llama sobre todo la atención, ante la exposición de un proyecto de semejante envergadura, anunciada por ella unos momentos antes en el salón Capri con cierto entusiasmo cívico, es que su cara, en vez de reflejar como dicen la gravedad de la hora, expresa una especie de escepticismo

burlón, tan transparente que me pongo a observar a Alfonso con la sospecha de que tal vez me está tomando el pelo. Pero la calvicie brillante, los ojitos húmedos, el bigote entrecano que se estremece a causa de los movimientos del labio superior exhiben, o aparentan por lo menos, una gravedad que mi inspección minuciosa no puede menos que catalogar de genuina. Tal vez el aire burlón de Vilma proviene de una incredulidad involuntaria, a pesar de su adhesión, en cuanto a la pertinencia del gran proyecto o tal vez, por proyección empática, un automatismo mimético respecto del escepticismo que, por anticipado, me atribuye. Pero Alfonso

parece inconsciente de la expresión de Vilma, lo que no es curioso, ya que ella misma da la impresión de serlo, de modo que, terminando de un sorbo su taza de café y echando una mirada furtiva a su alrededor, continúa: en Rosario ya se han hecho algunas reuniones públicas, de lo más legales por otra parte, así que no se trata de ninguna manera de volver a caer en los errores de hace algunos años. Los temas de discusión no tienen en apariencia nada de subversivo; hubo un panel sobre Martín Fierro, otro sobre Güiraldes, un tercero sobre la pintura rosarina de Schiavoni a Juan Pablo Rengi, como desde luego viene poca gente, a pesar de

que salen avisos en los diarios, las discusiones son más libres. El mejor modo de pasar inadvertido, dice Alfonso con una risita, es ponerse bien en evidencia. Ahora bueno, el núcleo de organizadores ha decidido pasar a otra etapa, en primer lugar para alcanzar una audiencia más grande —según la terminología alfonsiana— y también con el fin de fijar los debates de modo que no se pierdan después de las sesiones efímeras de discusión, además de abrir una tribuna de proyección nacional. En una palabra, en la etapa actual el objetivo es crear una revista cuatrimestral, de tipo monográfico, de dimensiones considerables, unas cien

páginas para empezar, de la cual Bizancio Libros asumiría la responsabilidad legal y la financiación. Aquí Alfonso para de hablar y me escruta durante algunos segundos, para ver el efecto que me han causado sus palabras, dando por sentado que debe admirarme la manera en que Bizancio Libros y personalmente él, Alfonso, propietario y sin duda director gerente de la distribuidora, han decidido afrontar en primer lugar los riesgos económicos que supone la financiación de una revista literaria y en segundo los riesgos físicos, ya que, en estos tiempos en que casi todos son todavía reptiles, aparecer en primera línea apadrinando

alguna tentativa, por tímida que sea, de pensamiento independiente, puede llegar a ser de lo más peligroso. Mantengo ante la mirada de Alfonso una impassibilidad perfecta.

Que me cuelguen una y mil veces si es con una revista literaria cuatrimestral que yo le arreglaría las cuentas a las víboras que reptan en el gobierno y si es empleando sutilezas de una publicación monográfica de nivel que, si pudiese, le daría su merecido al general Negri. Ellos tiran viva a gente en el océano, desde sus helicópteros, en plena noche, y yo voy a perder mi tiempo valiéndome de conceptos ponderados con el fin de mostrarles la vigencia crítica de la

tradición nacional. De modo que ni un músculo de mi cara se mueve cuando la mirada de Alfonso, con las chispas de aflicción que persisten bajo su orgullo discreto, busca en mis ojos inmóviles una confirmación. Un giro breve, casi imperceptible de la cabeza calva y un estremecimiento suplementario de su bigote entrecano denotan un instante su perplejidad ante mi falta de reacción, pero en seguida, y no sin inclinarse un poco más hacia mí y echar una mirada furtiva a su alrededor para estar seguro de que nadie escucha desde las otras mesas, continúa: de esa revista él mismo como decía será el responsable legal y financiero y el sector rosarino del

comité —quieren ampliarlo también con gente de la ciudad y con un par de representantes de Buenos Aires— ya se ha puesto más o menos de acuerdo sobre la persona que asumiría la secretaría de redacción: la simpática y talentosa y no por eso menos atractiva a decir verdad —y Alfonso extiende sonriendo la mano abierta hacia Vilma Lupo— señorita aquí presente.

—Ya le he dicho mil veces que señora. Por lo menos en otros tiempos —corrige Vilma devolviéndole la sonrisa.

—Pongamos señora —dice Alfonso.

El comité, en cambio, sigue diciendo Alfonso después de su digresión festiva,

viene debatiendo desde hace semanas la identidad, más problemática, del posible director. Varios nombres fueron barajados y descartados; es verdad que en eso, según Alfonso, el comité se ha venido mostrando particularmente cauteloso, y exigente también ya que anhela —vocablo alfonsiano— que el candidato demuestre una serie de aptitudes intelectuales y morales difíciles de reunir en una sola persona— obviamente, su oposición total a la dictadura militar es condición, dice Alfonso, *sine qua non*, del mismo modo que una larga trayectoria intelectual, y un arraigo indiscutible en el terreno cultural regional, profiriendo una serie

transitiva de rimas internas. Todo eso desde luego no basta; la internalización de la cultura y de los medios de comunicación, con la manipulación de la opinión que eso implica y la dependencia cultural de los países del tercer mundo que resulta de la situación, requieren la presencia de una persona de formación humanista universal, con una concepción moderna, amplia y actualizada de todos esos problemas. Una inteligencia crítica, vivaz, y una simpatía natural que hagan de su titular un comunicador eficaz. Alfonso dice que la cosa no fue fácil, pero que después de largas discusiones se fue perfilando — transcribo de modo textual— una

convergencia.

—No me diga que han pensado en Superman —digo.

Alfonso y Vilma lanzan al unísono una carcajada, mirándose a los ojos durante un momento y mandándose, en el vaivén de la mirada, ondas rápidas y poco discretas de sobreentendidos.

—Tibio, tibio —dice Vilma.

—La verdad, no caigo —le digo.

Adopto una pose pensativa frunciendo el entrecejo, abriendo un poco los ojos, sacudiendo despacio la cabeza y mirando a los costados, igual que si buscara a mi alrededor, sin resultado, la solución del enigma, bajo la sonrisa expectante, desde detrás del

humo de sus cigarrillos, de Vilma y Alfonso.

—Me doy por vencido —dijo, suspirando.

—Usted, maestro. Usted. Por aclamación —dice Alfonso.

El nombre de Carlos Tomatis despertó el entusiasmo de todas las tendencias y obtuvo inmediatamente la unanimidad.

—Yo sabía que los rosarinos tienen un gusto excesivo por las bromas pesadas —dijo—, pero nunca pensé que podrían llegar tan lejos.

Viéndolos reírse, comprendo que, por más que me esfuerce, ninguna de mis actitudes desdeñosas y cortantes,

ligeramente paródicas a decir verdad, les parecerá un rechazo verídico, ya que me cristalizan en la imagen de un hombre ingenioso, con un sentido del humor un poco cínico, que afecta todo el tiempo una insolencia calculada, pero que en realidad «tiene un corazón de oro» y que, a pesar de su ironía prescindente y superficial, es en el fondo «consciente de sus responsabilidades y capaz de asumirlas sin vacilar». Nada de lo que haga de ahora en adelante va a sacarme de ese diseño y todo desvío o contradicción respecto de él será sin duda considerado por ellos como una confirmación indirecta, un modo de perfeccionar mi

arquetipo con indicios cuya excepcionalidad será para ellos una prueba suplementaria de pertinencia. Contra la parte exterior de lo sin fondo, pegan una figurita coloreada que presenta una mueca fija, lo bastante ambigua como para que, desde cualquier ángulo que se la observe, da siempre la ilusión de un significado; una lápida bien pulida en la que parece estar grabada una inscripción clara y llena de sentido, pero a la que bastaría dar vuelta con el pie para comprobar cómo, arracimados en el reverso, hierven en agitación ciega, enloquecidos, los gusanos.

—De todos modos, no está obligado

a responder en seguida. Le dejamos unos meses de reflexión —dice Alfonso.

—Si rechazo su oferta —le digo— va a pensar que no quiero comprometerme. Me pone en situación difícil. Si quiere que le sea franco, me interesa tanto dirigir una revista literaria, y discúlpeme señora, como que me retuerzan los testículos. Pero no puedo decirle que no. En todo caso, llegado el momento veremos.

—Comprendemos su posición —dice Alfonso.

—Debo decirle que su artículo contra Walter Bueno fue un elemento determinante en la decisión del comité.

—¿Una cosa relativa a Walter Bueno

puede ser determinante de algo? Primera noticia —digo.

—Su artículo expresaba el sentimiento de muchos —dice Alfonso.

—Fíjese.

Y metiendo la mano en el bolsillo de su campera, con rapidez brusca y un poco inhábil, igual que si, habiendo estado buscando desde un buen rato antes la oportunidad de hacerlo, hubiese aprovechado de un modo furtivo y vergonzante el primer pretexto, demasiado vago como para garantizar la espontaneidad de su gesto, saca un ejemplar ajado en la tapa y en lomo y ennegrecido en los bordes de una de las innumerables ediciones de bolsillo de

La brisa en el trigo. Cuando estiro la mano para agarrarlo, ya que Alfonso me lo extiende con energía casi perentoria, noto que en las mejillas pálidas de Vilma aparecen, de golpe, dos manchitas de rubor, accidente del que, me doy cuenta ahora, la creía al abrigo, y la semisonrisa constante con que había venido siguiendo la conversación se esfuma, dejando en su lugar una expresión grave, expectante, un poco en suspenso, una curiosidad preocupada y soñadora podría decirse, muy semejante quizás a la que, sin darse cuenta, debe mostrar el chico de cuatro años cuando, fascinado, se pregunta si su hermanito de dos, que lo va acercando lentamente, va

o no a meter el tenedor en el enchufe. Alfonso no parece notar nada, removiéndose un poco en su silla, entre la duda y la ofuscación.

—Usted lo ha demolido desde el punto de vista literario —dice—. Yo pongo en evidencia una por una todas sus inexactitudes. Desgraciadamente, no tengo el talento suyo para escribir un artículo.

Un poco abrumado por la vivacidad súbita de Alfonso y, con la intención de inducirlo a callarse simulando concentrarme, abro el libro en la portada bajo el nombre del autor y en el título, LA BRISA EN EL TRIGO, en grandes letras de imprenta, la palabra,

TRIGO está inscripta en un óvalo verde que se prolonga hacia abajo en una flecha, bajo cuya punta la frase aparece escrita con la misma birome verde, en letras de imprenta irregulares, trazadas sin duda a toda velocidad y encerradas por un triple signo de admiración.

Algo turbio, obsceno, ligeramente demencial emana de los trazos, de obnubilación o furor, que me estremece un poco y sobre todo me avergüenza, a tal punto que no me atrevo a alzar la vista para no toparme con la mirada de Vilma y Alfonso, de modo que, para ganar tiempo, y tratando de mantener la más perfecta impasibilidad, simulo un interés convencional y bien educado, y

me pongo a hojear el libro.

Las hojas que van deslizándose bajo mi pulgar permiten ver que, por encima del texto impreso y en los márgenes, a cada página, sin ninguna excepción, rayas, llaves, círculos, óvalos, hechos con biromes de diferentes colores cubren casi todo el espacio blanco que dejan las letras de imprenta y que si la frase verde de la portada me ha dado la impresión de haber sido hecha con violencia repentina, los signos que se acumulan en cada página parecen aplicados, metódicos, hechos con una escritura diminuta pero clara y legible, con subrayados de varios colores —una paciencia razonada para señalar, sin

dejar pasar ninguno, todos los errores del libro, con un trabajo minucioso que debió insumir meses y que, justamente a causa de esa minucia, delata la apuesta descabellada de quien lo emprendió, ya que la insignificancia del libro entero, su inexistencia en tanto que literatura, define la tarea de ponerse a refutar sus detalles como mero delirio. Que me cuelguen si tengo ganas de leer las anotaciones que sin embargo, a pesar de la pequeñez de la escritura, son claras y fáciles de comprender, aunque a veces se acumulan tanto en el margen que únicamente gracias a los diferentes colores pueden ser individualizadas, pero que me cuelguen más alto todavía o

me la corten en rebanadas si, por el contrario, me gustaría encontrar ahora la mirada de Vilma y sobre todo la de Alfonso. Pero cuando después de diferir el movimiento de cabeza que me topará con ellas, simulando estudiar con atención las anotaciones, cierro por fin el libro y alzo la vista, descubro, no sin cierta satisfacción, que el dispositivo Vilma/Alfonso se ha puesto otra vez en funcionamiento, reactivando los signos de inteligencia que me excluyen, las sonrisas llenas de sobreentendidos, las formas exteriores del complot del que pretenden ser los artífices cuando yo apostaría que son las víctimas, y mi alivio perdura a pesar de que, de una

manera indiscreta, casi ostentosa, la mirada que intercambian, si pudiera traducirse en palabras significaría más o menos *Nos dio trabajo pero ya logramos meter al león en la jaula así que ahora podemos ir a fumar tranquilamente un cigarrillo a la sombra esperando que se calme.*

Me quedo inmóvil, con el libro cerrado en la mano, confiando en que, dentro de algunos segundos, Vilma y Alfonso van a desmantelar el dispositivo que ponen en funcionamiento cada vez que estoy en su presencia, pero antes de que eso suceda son ellos los que, casi sin transición, se vuelven a la vez nítidos y remotos, en tanto que lo

que era «yo», con sensaciones, imágenes, recuerdos, después de flotar unos instantes en una especie de inconsciencia, desaparece dando paso a la exterioridad bien definida del bar del hotel, con cada uno de los ruidos que se superponen y que resuenan para nadie, paradójicos, puesto que son percibidos, porque no basta que resuenen y que sean percibidos si la duda de ser «yo» quien los percibe continúa, y no bastan, por incontrovertibles que parezcan, para probar, sin contradicción posible, mi presencia. «Yo» pareciera haber traspuesto ya la entrada embanderada, pasando junto al «portero negro», olvidando sobre la silla un envoltorio de

sí mismo lo bastante independiente y aéreo como para que, volviendo desde el mediodía oscuro a atravesar la entrada embanderada a instalarse otra vez dentro de su envoltorio, «yo» deba alzar la mano y tocarse la mejilla para asegurarse de que lo ha recuperado. Ahora Vilma y Alfonso, que me habían parecido nítidos y remotos, se han vuelto cercanos pero turbios nuevamente y, desmantelando por completo el dispositivo, me encaran sonriendo otra vez.

—Veo que lo ha leído con cuidado —le digo a Alfonso, extendiéndole el libro.

—No, no —dice Alfonso—.

Guárdelo unos días. Échele una mirada. Va a descubrir muchas cosas sobre ese señor Bueno.

—Alfonso —le digo—. Lo que caracteriza a la novela de Walter Bueno es que, justamente, no hay nada que descubrir en ella.

—No importa. Téngala unos días. Le aseguro que se va a sorprender —dice Alfonso.

Intrigado por su obstinación, que quisiera mostrarse indolente y objetiva, pero en la que noto un matiz perentorio, me vuelvo, en busca de informaciones suplementarias, hacia Vilma Lupo, esperando que en sus facciones aparezca la explicación de tanta insistencia, pero

la sonrisa neutra, un poco abstraída, que me devuelve, y que ni siquiera se acentúa cuando nuestras miradas se encuentran de un modo fugaz, me despoja de mi ilusión irrazonable: lo que los une, sin que se sepa bien qué es, parece funcionar sin interrupciones.

—Cómo hago para devolvérselo — le digo, antes de meter el libro en el bolsillo del sobretodo, esperando que, por haber realizado una fijación afectiva con el fruto de su trabajo como se dice, Alfonso tenga la intención de conservarlo y tema dejarlo en manos de alguien que, después de todo, apenas si ha visto dos veces en su vida.

—No se preocupe —dice—. Nos

vamos a ver seguido espero. Todo Rosario quiere que usted dirija nuestra revista. Y no se olvide que estamos abriendo una sucursal en la ciudad.

—No me olvido —dijo, y guardando por fin el libro en el bolsillo, me levanto—. Ha sido un placer.

—¿Come con nosotros? —dice Alfonso.

—Gracias, no. Tengo un almuerzo en familia —le digo.

—Entiendo que lo aburran los debates —dice Vilma—. Pero no nos va a fallar para el cóctel el viernes a mediodía.

—Nos vemos —digo.

Y atravesando despacio el bar

mientras me abrocho el sobretodo, cruzo el hall, paso bajo la entrada embanderada, junto al «portero negro», y salgo del hotel internándome en la penumbra de la mañana. Estacionario. El cielo gris uniforme, con sus bulbos de un gris todavía más denso y más bajo, encapota la ciudad en este mediodía de invierno. Cuando meto las manos en los bolsillos para protegerlas del frío, la izquierda se topa, olvidado en el fondo después de unos minutos, con el libro de Walter Bueno. Las yemas de los dedos palpan el borde rugoso de las hojas que se separan con facilidad a causa de las masas de escritura apretada que las espesan y de las ajaduras verticales que

se han formado en el lomo debido a las lecturas frecuentes y cuidadosas de Alfonso. Como si hubiesen puesto en funcionamiento un sistema de proyección al rozar los bordes del libro, las yemas de los dedos encienden, en algún lugar impalpable y móvil detrás de la frente, imágenes coloreadas que representan, además de la escritura densa y las líneas de color que subrayan páginas enteras, la textura quebradiza y llena de anfractuosidades diminutas que, a causa de las anotaciones, tendrían esas páginas si las yemas del pulgar y el índice, abriendo el libro en el fondo del bolsillo, se pusiesen a frotarlas con suavidad. Pero el contacto del papel y

de la cartulina ajada suscita algo más que las imágenes de su espesor y de su textura; igual que una escritura para ciegos que pudiese descifrar lo incorpóreo encerrado en las rugosidades de la materia, igual que el humo en una botella, los dedos van desplegando la historia misma que los signos convencionales impresos en tinta negra, capaces de combinaciones sin fin formaron haciendo aparecer *La brisa en el trigo*, la novela más vendida de la última década que, en unos pocos relámpagos sucesivos, aparece entera detrás de la frente y si debiese resumir otra vez en palabras ese encastramiento de líneas claras, podría hacerlo de la

siguiente manera: *un muchacho joven, inteligente, buen mozo, se recibe de maestro en una ciudad de provincias y va a ejercer por primera vez en un pueblo de la llanura, no lejos de Rosario. El muchacho joven —Wilfredo— tiene una fuerte vocación literaria, se nos cuenta, en primera persona, su llegada, su instalación, sus primeras clases, se nos describen el campo, los ambientes, los problemas escolares, los personajes secundarios, los paisajes. En el tercero aparece Alba, otra maestra que, por problemas de salud (alguien sugiere una tentativa de suicidio) ha comenzado la escuela un poco más tarde. Atracción mutua. Algo*

mayor que Wilfredo, es casada, no puede tener hijos y lleva una vida triste en el pueblo con su marido, un comerciante en artesanías que viaja mucho a causa de su trabajo. Paseos por el campo. Descripción de los medios rurales. Pasión erótica. Eufemismos en profusión para describir los distintos aspectos de la actividad sexual. Largas fornicaciones pseudopoéticas. Mensaje social: el campo no debe ser dejado al abandono, por ser lo más auténtico de todo lo nuestro. Imprudencias de la pareja. Murmuraciones pueblerinas. El marido, sin sospechar nada, brinda su amistad. El desenlace se prepara. En el

papel del destino, el jefe de redacción de un gran matutino de Buenos Aires que, entusiasmado por los cuentos que Wilfredo le envía con regularidad, lo invita a incorporarse al plantel de periodistas. Adiases desgarradores. En el último capítulo, unos meses más tarde, Wilfredo, que ha pasado la noche en una fiesta mundana, al regresar a su casa encuentra una carta llegada la tarde anterior, y en cuyo sobre reconoce la escritura del marido. La cana le informa del suicidio de Alba quince días antes. Wilfredo se queda pensativo en el balcón. Amanece en el Río de la Plata.

Va de cajón que de todas las

inepcias que vienen publicándose en nombre del arte literario desde la invención de la escritura *La brisa en el trigo* es la más torpe y la más insignificante y que su éxito comercial entre las amas de casa semianalfabetas fue el resultado de una campaña orquestada como diría Alfonso por la televisión y los semanarios de gran tirada, y que si yo me molesté en demoler el libro en un artículo, fue para de algún modo recordarle a Walter Bueno que si él creía que podía actuar con impunidad al amparo de fuerzas tenebrosas, algunos seguíamos todavía vigilantes —advertencia que dio en el blanco, puesto que un poco más tarde oí

a Waltercito referirse por televisión a *los intelectualoides provincianos que, por impotencia y envidia, pretenden criticar las obras plebiscitadas por el gran público.* El género al que pertenece mi artículo no es la crítica literaria sino la carta de amenazas; leído entre líneas no significa *Henos aquí ante otra tentativa desgraciadamente fallida de nuestra indigente actualidad literaria* sino *Es mejor que te andes con cuidado porque desde hace tiempo venimos siguiendo tus manejos de modo que si esto continúa puede que se nos termine la paciencia y nos decidamos a tomar los recaudos necesarios para hacértelo pagar muy*

caro. El único elemento verídico del libro es que suministra, de un modo involuntario, un retrato excelente de su autor, que el lector percibe de inmediato como un sujeto inculto, superficial, vanidoso y, a juzgar por errores persistentes que no pueden atribuirse ni a los tipógrafos ni a los correctores, bastante flojo en sintaxis y en ortografía. Nadie con dos dedos de frente y un mínimo de gusto literario podría perder cinco minutos de su vida en hacer una crítica seria de ese libro. Que Alfonso se haya tomado el trabajo de refutarlo frase por frase, señalando sus inexactitudes y sus contradicciones demuestra, no la inconsistencia del

libro, del que basta una lectura rápida para verificaría, sino, con efectos desalentadores, la del propio Alfonso.

—Papá. Eh, papá —dice la voz de Alicia a mis espaldas, mientras siento que se ha aferrado de mi sobretodo y lo tira para llamar mi atención—. ¿Vas dormido, o qué?

—Iba pensando —le digo, mientras me inclino para besarla en la mejilla viendo, por encima de su hombro, el grupo de chicos y la maestra que la esperan en la esquina, mirando en nuestra dirección.

—Venimos del museo de ciencias naturales —dice Alicia.

—Me parece muy bien —le digo.

Amontonados cerca del cordón de la vereda, esperando para cruzar, abrigados, por encima de sus guardapolvos, con tapados y sobretodos, bufandas, gorros y guantes de lana de todos los colores, inflados bajo el guardapolvo por sus camperas y sus *pulloveres* gruesos y sus camisetas de frisa, las mejillas y las narices enrojecidas por el frío, muchos de ellos sorbiéndose los mocos o incluso dejándolos colgar sobre el labio superior, los cachetes hinchados por los bombones duros que chupan o las mandíbulas, con la boca entreabierta, moviéndose sin pausa en razón de los chicles que mascan sin parar, sus

compañeros de clase nos observan curiosos, indiscretos y desapasionados. La maestra, parada en el cordón, no mucho más alta que ellos, me saluda de lejos y sacude la cabeza con «aire de comprensión», para mostrar que no la incomoda esperar unos segundos que Alicia y yo crucemos algunas frases. Le devuelvo, de un modo mecánico, una sonrisa no menos convencional que la suya.

—Había una arañas grandes así — dice Alicia, bosquejando en el aire un óvalo exagerado con sus manos enguantadas. Y después baja las manos y se queda mirándome. En el aire ennegrecido de mediodía, veinticinco

pares de ojos abiertos y fijos aunque inescrutables y vacíos me contemplan— las veinticinco imágenes de mi envoltura exterior, invisible para mí en su mayor parte, estampadas detrás de las frentecitas lisas que emergen apenas bajo los gorros de lana de colores, han de estar flotando, repetidas e idénticas, fosforescencia espontánea —«el padre de Alicia en sobretodo negro»— de la que ni siquiera son conscientes, exterioridad cruda y fragmento de realidad más irrefutable para ellos que para mí mismo. Durante unos segundos las veinticinco imágenes de tamaño reducido que adivino flotando en el revés de las miradas fijas, me dan la

impresión de ser, no el reflejo simultáneo de mi presencia en el mundo, sino veinticinco reliquias estilizadas de mi propio ser presente, expuestas en una dimensión autónoma y remota.

—No subiste a verme anoche —dice Alicia.

—No quería toparme con esa vieja —le digo.

—No le digas vieja a la nona —dice Alicia, con una reprobación neutra, de la que no sé si es una defensa de su abuela, una exhortación que me dirige para incitarme a moderar mi lenguaje, o un tono desapasionado y convencional del que ella piensa que debe usar una nena de su edad bien educada cuando habla

con su padre. Trato de develar la explicación correcta pero en su cara lisa y enrojecida por el frío, entre el gorro de lana y la bufanda, ningún indicio lo autoriza: como el resto de lo externo y lo exterior, su cara es al mismo tiempo insondable y familiar.

—De acuerdo —le digo—. El viernes a la noche te busco para que pases con nosotros el fin de semana.

—Regio —dice y, poniéndose en puntas de pie, gira un poco la cabeza y me presenta la mejilla para significar que el encuentro ha terminado. Inclinándome, rozo la mejilla con los labios y ella se vuelve rápido con la clase.

Arracimados contra el cordón de la vereda, los primeros frotándose a la espalda de la maestra que, con los brazos bien abiertos, mientras vigila el tránsito, los contiene para que no desborden sobre la calle, los chicos forman un tumulto ondulante y nervioso de cabezas encasquetadas del que rayas, flecos y borlas de lana multicolor, constituyen la culminación agitada. Antes de mezclarse con el grupo, Alicia se da vuelta y me dirige una sonrisa fugaz, de connivencia tal vez, o de complicidad, que contrarresta su reproche de hace un momento, una concesión condescendiente de su yo presunto y mítico, impermeable todavía

a lo relativo, con expresión semejante a la de una princesa que, encaminándose con su séquito hacia una fiesta en los jardines del palacio, se cruza con un condenado a muerte y, con una mirada breve, antes de evacuarlo para siempre de su memoria le dice, sin necesidad de palabras y más como homenaje a su propia magnanimidad que por compasión: *importa poco lo que hayas hecho; yo, por ser yo, te perdono*. Por fin la maestra baja a la calle y, alzando el brazo para inducir a los automovilistas, que vienen despacio y en profusión a causa de la hora, a aminorar y a detenerse, empieza a cruzar seguida por los chicos que forman una doble fila

irregular detrás de ella. Me quedo mirándolos hasta que desaparecen a la vuelta de la esquina, en la somnolencia de la penumbra matinal y del frío, ya substraídos por la esencia misteriosa del espacio a la experiencia, e improbables y aún inaccesibles para el recuerdo.

—¿Sopa otra vez? —le digo, con ironía calculada, a mi hermana, cuando llena mi plato hondo con el líquido humeante, entre naranja y ladrillo, que podría estar compuesto de zanahoria o de zapallo o de calabaza, y mi hermana asume la actitud misteriosa de anoche, con orgullo reprimido por haber logrado, en unas pocas horas, presentar un redondel humeante de color

completamente distinto en nuestros platos hondos, bajo el fluorescente de la cocina, sobre el mantel cuadriculado verde y blanco. El gusto impreciso, ligeramente azucarado, no revela nada inequívoco, a no ser un equivalente, en la imaginación, de la tonalidad anaranjada del líquido y, en la lengua, la textura al mismo tiempo rugosa y blanda de las partículas de legumbres que se vuelven por fin una sustancia homogénea en la boca. Tal vez por contraste con la cocina iluminada la penumbra invernal del exterior da la impresión de haber aumentado, adquiriendo un tinte verdoso de tormenta; y estoy observándolo a través

de la ventana que da al patiecito cuando un trueno, uno solo, señal única y anacrónica que manda, después de días y días de oscurecimiento gradual, el cielo encapotado, hace vibrar la casa, la cocina, los muebles, la vajilla que reluce en la luz artificial y demasiado blanca del fluorescente. Alarmada, mi hermana se incorpora dejando caer la cuchara en el plato semivacío, pero se inmoviliza al cruzar la mirada interrogativa que le dirijo por encima de la cuchara que estoy elevando hacia la boca.

—Voy a desenchufar el televisor — dice, un poco indecisa ahora, a causa de mi falta de reacción.

—No vale la pena —le digo.

Brusco, el ruido de la lluvia se superpone a mis palabras y, más convincente que ellas, induce a mi hermana a sentarse otra vez y a retomar, recuperando la calma, la cuchara.

—Si se corta la luz —dice después de un momento— me quedo sin la novela.

—El tipo que vi esta mañana —le digo— me parece que lo conoció a Walter Bueno.

—¿El que se mató en la ruta a Mar del Plata? —dice mi hermana.

—El mismo hijo de su madre —le digo.

—No —dice mi hermana—. Si era

tan simpático. Y qué buen mozo. Dicen que estaba drogado cuando se mató.

—Es posible —le digo—. Por esnobismo, hacía cualquier cosa.

—No quieren a nadie ustedes —dice mi hermana. El «ustedes» un poco amargo que profiere, esquivando mi mirada, tan errática como la suya por otra parte, a pesar de que sería incapaz de formularlo con las mismas palabras, y a pesar también de la solicitud sincera con que se ocupa de mí desde mi infancia, significa, sin la menor duda posible, hasta tal punto sus convicciones coinciden sin darse cuenta con las que propala, incesante, y de un modo tácito, la televisión, *los intelectualoides*

provincianos que, por impotencia y envidia, pretenden criticar las obras plebiscitadas por el gran público.

Fingiendo no darme cuenta, intuyo que se siente un poco culpable por la agresión, mientras el ruido de la lluvia, que ha estado resonando durante nuestro diálogo, sin que sin embargo la oscuridad disminuya, se acrecienta. No se oye otra cosa, ni siquiera nuestra respiración, ni siquiera el crujido de los muebles o el de las sillas en las que estamos sentados; únicamente el ruido, extraordinariamente denso, a la vez uniforme y múltiple del agua que cae en torrentes y, de tanto en tanto, nuestras voces intermitentes y apagadas y el

tintineo, en dos tiempos diferentes, de las cucharas contra la loza blanca de los platos.

Estoy seguro de que también ella, en los tejidos y en las vísceras, en los músculos y en la circulación remota de la sangre más que en las emociones y en el pensamiento, siente como yo hasta qué punto estamos aislados, cortados del mundo improbable del que nos separan capas y capas de lluvia densa y oscura, y ahora que subo por la escalera que lleva a la terraza, protegiéndome sin mucha eficacia con el diario de la víspera desplegado sobre mi cabeza y me paro un momento bajo el techo del lavadero, antes de entrar a mi cuarto,

para contemplar la lluvia, compruebo que las masas espesas de agua gris verdosa reducen lo visible a un horizonte estrecho, borroso y sombrío.

La edición anotada de *La brisa en el trigo* aterriza sobre la carpeta amarilla de Bizancio, en el borde izquierdo del escritorio: en el cuarto iluminado, encastrado en la penumbra paradójica del día, en el envoltorio ruidoso del agua helada, mi propio cuerpo, inverosímil y extraño se inmoviliza unos segundos antes de que la mano derecha abra por fin el primer cajón del escritorio, saque la carpeta color ladrillo y vuelva a cerrar con suavidad el cajón. Las cinco o seis hojas manuscritas, un poco ajadas y arrugadas, llenas de tachaduras y de correcciones se deslizan con más facilidad que el montón liso y regular de hojas blancas

sobre el que se apoyan. De los cinco sonetos que he escrito hasta ahora, únicamente dos, *Lucy* y *The black hole* están completos, aunque todavía en borrador; en los tres otros, *La mañana*, *Eco* y *Narciso* y el que todavía no tiene título, faltan versos, incluso estrofas enteras, y lo ya escrito está demasiado recubierto de correcciones, variantes y tachaduras, más desalentadoras que estimulantes, como para decidirme a seguir trabajando en ellos, de modo que me resigno a pasar en limpio lo que ya está más o menos terminado. Así que en una de las hojas blancas, con una birome verde, empiezo a copiar:

Lucy

*Por los cincuenta y dos huesos de
tu esqueleto*

*y por tus diecinueve mayos en la
sabana*

*dejo el fósil de mí mismo en este
soneto:*

*tan insondablemente lejos y tan
arcana*

*y más antigua que el cotorreo
indiscreto*

*de dioses y de tríadas, cómo te oigo
cercana.*

De antemano todo ese rumor era

obsoleto.

*Mucho antes que Afrodita saliste a
la mañana.*

*Lucy en la tierra con enigmas y
pesares,
el estúpido sol que hoy calienta a
tus pares
ya venía a abrigarse dócil en tu
regazo.*

*De un gesto apañó dioses, mundos y
emperadores,
cuando te oigo llegar flotando en
mis humores
para la eternidad muda de nuestro
abrazo.*

Sabana es una licencia poética y *tríada*, por trinidad, un galicismo, pero lo importante es llegar a la forma, constituir un todo primero y recién después empezar a pulirle los bordes y las anfractuosidades.

Que me cuelguen si hace seis meses nomás hubiese sido capaz de concebirme a mí mismo llevando una carpeta de sonetos, igual que un almacenero un libro de contabilidad, pero había que elegir entre eso o el agua negra sin fondo, empezar de nuevo todo a partir de cero como dicen —cero es sin la menor duda la expresión apropiada— cuando empecé a darme

cuenta de que ante mis propias narices lo que desde hacía tanto tiempo tenía la costumbre de llamar «yo», volaba en pedazos dispersándose igual que bestias ciegas en estampida, dejando en el lugar que había ocupado desde el principio un agujero arcaico y carcomido. Los pedazos que quedaron flotando a la deriva después de la explosión, se asomaban de tanto en tanto al borde verdoso y húmedo del pozo negro, tratando de ver si la mirada encontraba algún indicio de fondo, pero terminaba perdiéndose en un océano de tinieblas, sacudido por estremecimientos orgánicos y atravesado sin ninguna ley inteligible por automatismos

caprichosos y sin sentido. Un día que estaba mirando una obra de teatro por la televisión, en plena catatonia, una de esas obras características financiadas por el complot religioso-liberalo-estaliniano-audiovisualo-tecnocrático-disneylandiano, como *Boeing-Boeing* o *La Jaula de las locas*, o la enésima versión de ese vómito llamado *La mujer del Panadero*, ya ni me acuerdo, me descubrí de golpe sintiendo envidia por esos comicastros lamentables, porque eran capaces de aprender un texto de memoria y decirlo todas las noches durante dos horas en un escenario. Poder ser durante dos horas un piloto de avión que tiene una amante en varias capitales

européas o un panadero cornudo podía salvarme de la demencia si me quedaban fuerzas suficientes como para intentarlo: va de cajón que era una mera fantasía causada por la depresión alcohólica y que mi total incapacidad de actuar me impediría utilizar ese método para obtener mi reconstitución mental, pero la idea siguió abriéndose camino y después de la muerte de mi madre cuando decidí el programa de higiene —ducha tibia, abstinencia de alcohol, paseo cotidiano por la ciudad llueve o truene—, me pareció que algún trabajo intelectual tenía que acompañar mi recuperación física y únicamente después de vacilar durante varios días terminé

decidiéndome por el soneto. Durante la adolescencia, escribir sonetos había sido para mí una actividad casi tan frecuente como la masturbación: podía hacerlo varias veces por semana e incluso varias veces por día, hasta que, de un modo brusco, al final de la adolescencia, mi evolución estética lo rechazó y durante veinticinco años no volví a escribir ni uno solo. Había escrito tantos, la mayoría de los cuales habían ido a parar al fuego, que alrededor de los dieciocho años ya solo podía hacerlo de un modo paródico, y a veces no solamente mandaba cartas en forma de sonetos, dípticos o trípticos, sino que incluso podía llegar a

improvisarlos en medio de una conversación lo cual significaba para mí que el soneto estaba desprovisto de toda legitimidad poética.

Después de eso, ya ni en broma los componía. Se había vuelto una forma muerta, como lo son ciertas lenguas, tan diferente de una verdadera forma poética como lo son de un ser humano los pilotos de *Boeing-Boeing* o el panadero cornudo del vómito marsellés. Intentar darle vida a esa forma, tener en cuenta sus leyes, manipular la materia que la constituye, podía ser para mí un modo de medirme con lo exterior, y alinearlos catorce versos diseminando en ellos alguna idea, extendida como un

punto frágil sobre el agujero negro, un trabajo de concentración semejante al que requiere memorizar y decir con la entonación exacta las frases enteramente ajenas de un personaje, por burdo que sea, que realiza gestos calculados en un escenario.

Cualquier cosa era preferible a la disgregación que, sin que yo lo supiese, venía tal vez desde la infancia, desde el nacimiento probablemente, y que, acelerándose de a poco, se había ido volviendo en los últimos tiempos cada vez más vertiginosa, hasta depositarme en el último peldaño de la escala humana, tan abajo que podía sentir el agua negra, helada y viscosa

empapándome las botamangas del pantalón —todavía siento los cuajarones resecos— y que un tincazo nomás hubiese bastado para mandarme sin ninguna posibilidad de regreso al fondo.

Concentrándome en la hoja blanca, el torbellino se atenúa: la explosión silenciosa y centrífuga se vuelve más lenta, y los pedazos que quedan flotando a la deriva, arrastrados por el reflujo que provoca el agujero negro atrayéndolos hacia el vacío sin límites, resisten en el borde, y algo semejante a lo que era «yo» en otros tiempos, pero mucho más endeble, remoto, y un poco extraño, los recoge uno a uno como a los fragmentos de una carta hecha mil

pedazos, tratando de reconstituirla, sin lograrlo del todo, recorriendo el mensaje maltrecho con una lucecita frágil que no alcanza para descifrarlo. La medida, el verso, la rima, la estrofa, la idea pescada en alguna parte de la negrura y que hace surgir, ondular, plegarse el vocabulario, acumulado misteriosamente en los pliegues orgánicos, se vuelven rastro en la página, forma autónoma en lo exterior, floración cristalina que centellea y, que, por haber puesto un freno a la dispersión, a causa del prestigio heroico de toda medida, ya imborrable, me apacigua.

Después de acomodar los

manuscritos sobre la pila de hojas blancas, cierro la carpeta color ladrillo y la vuelvo a guardar en el cajón. Como la superficie del ejemplar de *La brisa en el trigo*, ajado y anotado de puño y letra por Alfonso, es mucho más reducida que la de la *carpeta completa de Bizancio* cuando los hago deslizar hacia el centro del escritorio, la imagen femenina impresa en el ángulo inferior derecho, dibujada en pequeños cuadraditos discontinuos que se agrupan imitando las partículas yuxtapuestas de un mosaico, sobre la inscripción BIZANCIO LIBROS, la cara de no más de un par de centímetros, vuelve a atravesarme con sus ojos ovalados,

grandes en relación con el resto del dibujo, y que parecen fijos en un punto del espacio que está más allá del que los contempla, de modo que, a pesar del tamaño de las pupilas, es imposible encontrar su mirada, y no obstante la tosquedad sumaria del dibujo, es el observador quien se siente, durante una fracción de segundo, translúcido, inexistente o fantasmal.

El libro ajado y la carpeta amarilla, contienen, más que seguro, y que me la corten en rebanadas si me equivoco, más que el *best-seller* de la década y el fondo editorial completo, incluidas la lista de precio actualizada y las condiciones de venta, de la distribuidora

Bizancio Libros. El fondo de la aflicción en la mirada de Alfonso y los sobreentendidos de Vilma flotan en el aire tibio del cuarto iluminado no menos que en el interior de mi cabeza, que hago girar para contemplar la lluvia helada que chorrea por los vidrios de la ventana, antes de decidirme a buscar, de entre las pilas de libros que se acumulan contra la pared, en el borde opuesto del escritorio, el suplemento literario de *La Región*, de dos o tres años atrás, donde está mi artículo sobre el libro de Walter Bueno.

Cuando lo encuentro, lo sacudo un poco para limpiar el polvo que lo cubre en partes delimitadas geométricamente

por la protección del libro, más estrecho y más corto, que lo tenía aplastado contra la madera del escritorio y, sin siquiera echarle una mirada, lo tiro sobre el libro ajado y la carpeta amarilla, con la impresión de estar agregando un documento decisivo a las actas secretas de un acontecimiento del que ignoro hasta el último detalle y en el que sin embargo desde ayer al anochecer tengo el sentimiento de estar implicado.

La tentación de abrir el libro anotado, y aún la carpeta amarilla de Bizancio, es más débil que el desaliento que parece ganarme de antemano cuando me dispongo a hacerlo; y cuando me

pongo a buscar, de manera infructuosa, la mirada en los ojos ovales del logotipo, me parece encontrar, con una certidumbre sin contenido que se esfuma enseguida, la explicación del secreto en las pupilas fijas que me atraviesan y que me ignoran. Así que me levanto y salgo al aire frío y oscuro del lavadero que precede a la terraza abierta.

Tan espesos, constantes, regulares son las masas de agua gris verdosa y el rumor que provocan al caer, que ya pasan, a pesar de que parecen ocupar el universo entero, por algún plano retirado de la percepción, almacenados en algún pasadizo remoto, no de la percepción misma, sino de la memoria,

igual que si estuviesen transcurriendo, nomás en la actualidad del acontecer, que en un pasado simultáneo y parasitario del presente.

Un fantasma de ciudad flota en el rumor de la lluvia, un fantasma inmóvil y borroso que inspira más compasión que inquietud, los monoblocs, los techos y las terrazas que chorrean agua y ni siquiera brillan, anarquía opaca sin gusto ni proporciones, corroída por la intemperie, deleznable como un decorado salido de las manos de un artista de cuarto orden. La penumbra subacuática de la tarde de invierno se propaga en mí mismo, en el envoltorio de lana, piel adormecida y órganos, y

también en la punta de claridad mortecina que las engloba y que, si desapareciese, arrastraría consigo todo hasta el centro de la más negra oscuridad. Las masas de los edificios pierden a causa de la lluvia espesor y cohesión, y las aristas de las fachadas se vuelven inestables y ondulantes, como un reflejo en el agua, mientras las copas de los árboles que emergen de algunos patios, ennegrecidas por la penumbra, apenas si conservan el verdor viscoso de una sustancia ni líquida ni sólida, como si la fluidez del agua cuajara por momentos en grumos que la inmovilizan; y entre la tierra, el cielo, y el aire saturado de lluvia que circula entre los

dos, la misma tonalidad gris verdosa, propia de un sueño confuso o de un recuerdo incierto, cubre con igual prolijidad la superficie de las cosas y el vacío que las separa.

En lo continuo, en lo homogéneo, a pesar de la multiplicidad aparente, sigue estando todavía la punta de claridad mortecina —«yo»—, la fragilidad impensable que sin embargo dura y dura, en una especie de somnolencia turbia y monótona de la que a veces, sin ninguna razón, de un modo súbito, se despierta, para percibir, durante una fracción de segundo, la persistencia de lo que fluye, adviene y desaparece, cristalizando y pulverizándose casi al mismo tiempo,

dándole la impresión a los sentidos engañosos, de estar regido por leyes, dividido en períodos, con sus repeticiones insensatas y casuales que se dan aires de plan, sus millones de moscas idénticas y de estrellas pasajeras, sus planetas girando porque sí y sus quarks obstinadamente indivisibles, que no se llaman moscas, estrellas, planetas, quarks, por otra parte, ni responden, hasta nuevo aviso, a ningún nombre conocido. Da lo mismo que los llamen moscas o quarks: es evidente que no responden a ningún nombre y que no obedecen a ninguna ley; provisoriamente, los quarks son indivisibles, los planetas giran en su

órbita, y las moscas pululan y, sobre todo, provisoriamente se llaman quark, mosca y planeta. Da lo mismo que a ese chisporroteo tantos lo llamen mundo.

Recién cuando vuelvo a cerrar detrás de mí la puerta del cuarto iluminado, acercándome otra vez al escritorio, percibo, por contraste con el aire caldeado por la estufa a resistencia eléctrica, el frío en las manos, en la frente, en las orejas, en las mejillas y en la punta de la nariz, que traigo en mi piel desde la terraza, y durante un minuto más o menos, mientras me siento y empiezo a hojear el *best-seller* de la década, la sensación contradictoria de frío y la tibieza parecen simultáneas,

como si el calor de la habitación, sin poder penetrar en los tejidos contraídos, resbalara por una superficie helada. Abriendo el libro al azar, me detengo en una página cubierta de rayas, de círculos y de anotaciones en los márgenes que sepultan, con su abundancia meticulosa, el texto impreso. Algunas de las frases manuscritas están construidas en forma interrogativa o exclamativa, y al final de una de ellas, escrita horizontalmente en el margen superior, después del punto final, hay una acotación lacónica entre paréntesis: *Ver página 98*. Sin leer ninguna de las frases, busco la página 98. Cinco líneas de texto impreso, encerradas en un óvalo irregular hecho

con birome verde, remiten mediante una flecha a un comentario extenso, en letra diminuta y negra, que, como una guarda regular, comienza en el margen superior, continúa por el lateral derecho, se prolonga por el margen inferior, culmina en el margen lateral izquierdo, encuadrando toda la página y terminando con otra acotación entre paréntesis: *(Remitirse a la pág. 33)*.

El párrafo de cinco líneas encerrado en un óvalo verde dice:

«Alba, distendida y alegre, más bella que nunca, sintiéndose por primera vez mucho tiempo al abrigo de la indiscreción pueblerina en el

bosquecillo de las afueras, después de correr sin ton ni son, como una niña excitada, cono muchas flores del paraíso, y con un hilo de coser que traía consigo, fabricó hábilmente un collar de florecillas lilas. Mirándome con ternura, me tendió la humilde ofrenda».

Comentario manuscrito:

«¿En el mes de diciembre? Cualquier buen observador de nuestra flora regional sabe que ya a fines de octubre las flores del paraíso dejan paso a los frutos de dicho árbol, las características bolillitas verdes

agrupadas en racimo, no comestibles, de gusto amargo, que persisten en las ramas aún después de la caída de las hojas, bajo un aspecto un poco achicharrado, y habiendo perdido el verde lozano que ostentaban en el momento de la maduración, de un color beige o té con leche. En repetidas ocasiones, el autor se toma sin el menor tapujo toda clase de libertades en lo relativo al clima, la fauna, la flora y las costumbres de la zona, que evidencian un desconocimiento flagrante de los mismos. ¿Dónde va a parar el pretendido realismo tan mentado por la crítica académica u

oficial? Tal vez en la procacidad a la moda que so pretexto de sensualismo, linda con la pornografía. Hay que hacer notar también que la heroína, se anda paseando con hilo de coser en el bolsillo, para poder enhebrar en el mes de diciembre, flores de paraíso que brotan de los eucaliptus (Remitirse a la pág. 33)». En la página treinta y tres, un comienzo de frase subrayado, con la misma birome negra de la página 98, entre varias anotaciones y marcas hechas en otro color: «Nos dimos cita en un bosquecillo de eucaliptos de las afueras, que según Alba», se conecta

con la frase escrita en el margen superior, con la misma letra firme, diminuta y aplicada: *«En el pueblo en el que pretende transcurrir la novela, no existe dicho bosquecillo. Estos supuestos eucaliptus se transformarán más adelante gracias a un golpe de varita mágica del autor, en paraísos»*. (Ver página 98).

En la página 52, el comienzo del capítulo V, un párrafo de varias líneas, aparece enteramente subrayado de verde: *«El monótono paso de los trenes, representa la única distracción pueblerina. Al poco tiempo de llegar, tuve que resignarme a participar en esos ritos*

inmemoriales. El tren de las dos, que venía de Rosario, presentaba mayores atractivos que el de las cuatro, que provenía del norte, de Santiago del Estero y de Tucumán, y venía cargado de campesinos silenciosos que emigraban a Rosario, o a Buenos Aires, para afrontarse con un nuevo destino en la gran ciudad. A veces nos dábamos cita con Alba en la estación, para esperar el tren de las dos, ya que nuestra condición de colegas nos permitía conversar tranquilamente en público sin despertar sospechas sobre el verdadero carácter de nuestras relaciones, que para esa

época se habían vuelto íntimas. Pero esos encuentros clandestinos que ocurrían a la vista de todos, aumentaban nuestra frustración, porque no era raro que algún conocido se uniera a nosotros, sin darse cuenta de su indiscreción, y no nos quedaba más remedio que soportar estoicamente sus banalidades».

Gracias a que el principio de capítulo desplaza hasta casi la mitad de la página el comienzo del texto impreso, Alfonso disponía de un espacio blanco mucho más amplio en el margen superior, lo que le ha permitido exponer

a sus anchas, con su escritura firme y legible y sus frases rectas que parecen asentadas sobre renglones invisibles, su ristra metódica de objeciones:

«La máquina a vapor aparece durante la Revolución Industrial, los primeros ferrocarriles hacia 1830; ¿acaso eso nos autoriza a calificar de inmemorial la costumbre de ir a la estación a ver pasar los trenes? En lo tocante al pueblo de marras, cualquiera de sus habitantes sabe que es el tren de las cuatro el que viene desde Rosario y no el de las dos, y que el paseo en la estación, que tanta ironía despreciativa parece

despertar en el autor, y que es una simpática costumbre en los pueblos de la llanura, se realiza cuando pasa el tren de las siete proveniente de Rosario, por haber terminado ya los habitantes sus actividades cotidianas, a más de los fines utilitarios del mencionado paseo, tales como la recepción de comisionistas, diarios y todo tipo de publicaciones, o bienvenida a algún familiar que ha pasado el día en la gran ciudad habiendo tomado el tren de las 8 y 35 de la mañana para dirigirse a ella. Cabe preguntarse también cómo estos supuestos adúlteros, maestros ambos, podían

ausentarse de la escuela sin que nadie notase su ausencia, ya que en todos los establecimientos de la provincia el turno de tarde comienza exactamente a las 13:30». Diez páginas más adelante, una frase que ocupa varias líneas está subrayada de verde en los primeros dos renglones y de rojo en los últimos: «*Al crepúsculo, el canto de una torcaza nos sacó de nuestro adormecimiento voluptuoso, haciéndonos removernos un poco bajo las frazadas, pero cuando le advertí que pronto anochecería* (fin del subrayado verde y comienzo del rojo) *Alba apretó todavía más contra el mío su cuerpo*

caliente y húmedo, en uno de esos arrebatos de sensualidad tan característicos en ella, y durante los cuales sus deseos desbordantes la hacían perder toda noción de realidad, hasta tal punto que si yo no hubiese estado a su lado para impedirselo hubiese sido capaz de cometer las más descabelladas imprudencias».

Una flecha envía hacia el margen superior, donde está escrito el comentario al miembro de frase subrayado de verde:

«La torcaza no canta sino que

arrulla; nunca lo hace al anocheecer sino en las horas más cálidas de la mañana y principios de la tarde, en general en primavera y verano. La frazada, que ubica la escena en invierno, agrava el anacronismo».

Las líneas subrayadas en rojo están agrupadas por una llave vertical que se abre sobre el margen derecho, indicando una anotación escrita lateralmente, de modo que tengo que hacer girar el libro para leerla:

«Ignorancia crasa de la psicología femenina. Varios autores han señalado la frigidez natural de la

mujer, salvo en casos comprobados de alienación mental, y su tendencia a sublimar los impulsos eróticos transformándolos en instinto materno y creatividad artesanal. Cf. el adagio latino: calidissima mulier frigidior est frigidissimo viro».

En el capítulo siguiente, la frecuencia de las frases subrayadas de rojo aumenta hasta desplazar casi por completo las de otros colores, y su proliferación es tan grande que hacia el final del capítulo dos páginas enteras están, no ya subrayadas, sino directamente enmarcadas en un rectángulo rojo tan regular que es

evidente que Alfonso se ha valido de una regla para trazarlo. Los grafismos negros de los comentarios marginales, firmes y prolijos, no disminuyen en nada la impresión. He trabajo limpio, aplicado, geométrico, por no decir decorativo, que sugiere el conjunto. Las frases manuscritas, sin errores ni abreviaturas, sin una sola palabra tachada, así como la precisión milimétrica de los subrayados, también trazados con regla, demuestran que Alfonso ha debido pasar meses enteros anotando el texto, haciendo probablemente primero los comentarios en borrador, y pasándolos después en limpio con laboriosidad puntillosa en

los márgenes blancos del libro. Hasta los signos de admiración y de pregunta, que puestos en los márgenes traducen en general las emociones súbitas y esporádicas que va produciendo la lectura, parecen dibujados con lentitud y premeditación a los costados del texto. Los subrayados que cambian de color en medio de una frase, o que van alternando, durante páginas y páginas, hasta que un color empieza a predominar o a desaparecer durante una buena porción del texto, también denotan un trabajo metódico y racional y me hacen sospechar que a cada color debe corresponder algún aspecto específico del libro, línea temática, problemas de

representación, o cualquier otro dislate analítico establecido por las distinciones obcecadas del comentarista. El predominio del rojo en las dos páginas enmarcadas con un solo rectángulo que tengo a la vista, me permitiría sin duda verificarlo, pero como la perspectiva de leer dos páginas enteras de *La brisa en el trigo* me desalienta de antemano, opto por volver hacia atrás, donde comienza a insinuarse la proliferación roja, y elijo, entre las frases subrayadas, una de las más cortas:

Entrando en la habitación, descalza, cubierta únicamente con la salida de

baño, retorciéndose los cabellos mojados con una toalla, Alba se sentó en el borde de la cama y simulando repararen mi presencia por primera vez, realizó unos cómicos gestos de exagerado pudor.

Comentario: «*Jovialidad que no condice con las supuestas tendencias depresivas del personaje. Contradicción de fondo en todo el relato*». En la página siguiente, nuevos subrayados rojos: «*Alba dejó caer la toalla en el suelo y, desembarazándose de la salida de baño, la tiró ante sus pies, pisoteándola con obstinación distraída, quizás para secárselos antes*

de entrar en la cama». Objeción alfonsiana: *«Luego de habernos pintado a Alba como una mujer un poco tímida, pero de gestos mesurados y elegante y cuidadosa en el vestir, nos la muestra en flagrante delito de negligencia y vulgaridad».* Dos páginas más adelante, dos líneas subrayadas de azul, resaltan entre tantas horizontales rojas: *«El retrato de Antonio, con su eterna sonrisa un poco obtusa, contemplaba nuestros cuerpos desnudos desde la mesa de luz».* Apostilla moralizante de Alfonso: *«El mismo que en los primeros capítulos le brindara su hospitalidad, prestándole incluso dinero en varias oportunidades, ante la demora*

ministerial para el pago de sus primeros meses de sueldo». Una frase, la única quizás de todo el capítulo, tiene para el comentarista suficiente importancia como para merecer un subrayado doble, único rasgo que delata cierta vehemencia, porque las paralelas rojas que se prolongan durante varios renglones tienen el trazado limpio y milimétrico de un diseño industrial: *«Los labios ávidos de Alba recorrían mi cuerpo expectante y tenso; entreabiertos, iban dejando sobre mi piel un rastro de saliva, como si una babosa caliente y húmeda estuviese arrastrándose por ella; a veces se detenían un instante en la dureza de los*

músculos, pero después continuaban su deslizamiento frenético, en busca quizás de la turgencia más exuberante que terminaron por encontrar, aferrándose a ella en un tumulto de dientes, lengua, mucosa y cabellos». La brevedad del comentario contrasta con la importancia del doble subrayado, pero su tono apodíctico, al que se suma la coda irónica, la justifican: «*Las prácticas sexuales aberrantes son poco frecuentes en la mujer argentina. ¿Al señor le habrá tocado la mosca blanca?»*».

Analizándolas a lo largo del texto, puede verificarse con facilidad que las

distinciones cromáticas de los subrayados de Alfonso obedecen a un plan: el verde y el rojo, que son los más abundantes, corresponden respectivamente a los elementos de ambientación realista, fauna, flora, lugares, costumbres, personajes secundarios (verde), y a los elementos relativos a la heroína, Alba más los detalles de la relación amorosa con el narrador, Wilfredo (rojo). Los subrayados azules, un poco menos frecuentes que los dos primeros, señalan todo lo referente a Antonio, el marido de Alba, no únicamente en cuanto a sus rasgos psicológicos, sino también a su trabajo, su vestimenta, su actitud en tal o

cual situación de la trama. Por ejemplo, en una escena en que el trío viaja una noche en auto a Rosario, con un personaje secundario que los acompaña, Alfonso se indigna contra el autor porque describe a Antonio y al personaje secundario sentados adelante y a Alba y Wilfredo juntos en el asiento de atrás, aprovechando la oscuridad del coche para acariciarse subrepticamente durante todo el viaje, mientras simulan participar en la conversación. La indignación de Alfonso no es de tipo moral, sino lógico: *«Siendo el cuarto personaje femenino, lo lógico sería que ocupara el asiento trasero en compañía de la esposa del conductor, ocupando*

su lugar habitual el invitado masculino o viceversa». A diferencia del verde y del rojo, que varias veces merecen la aplicación del subrayado doble, el azul recurre a esa vehemencia una sola vez en todo el libro: *«Alba me contó que desde la noche misma de su casamiento, había comprendido que la vida en compañía de su marido sería monótona y sin sentido. Antonio era un hombre sin grandes defectos, pero sin ningún atributo excepcional tampoco; un mediocre en suma. A decir verdad, ella no tenía ningún reproche que hacerle, aparte de su esterilidad de la que el pobre, al fin de cuentas, no era responsable, pero al cabo de cieno*

tiempo, su sola presencia, le resultaba insoportable. Alba agradecía al cielo que la profesión de Antonio lo obligara a estar la mayor parte del tiempo ausente del pueblo. Su obsecuencia perruna, su incapacidad de ver la realidad, la autosatisfacción pueril que le otorgaba su relativa fortuna la desesperaban. Sus relaciones físicas habían cesado después del primer año de casados, lo que era un consuelo para Alba y, según ella, también un alivio para su marido, en quien sospechaba ciertas rarezas constitutivas que le impedían una vida conyugal normal. Y lo que más parecía irritar a Alba de la conducta de

Antonio, era la obstinación de este último por querer conservar ante los demás las apariencias de un matrimonio perfecto». Además del doble subrayado azul, varios signos de admiración negros y derechos como bastones acompañan lateralmente el párrafo, mientras que en el margen opuesto se despliega la caligrafía diminuta, regular y serena del comentario: «Nuestro Donjuán de pacotilla carga las tintas: ¿no nos había dicho en la página 41 que el personaje femenino era sumamente discreto acerca de su vida conyugal? En cuanto a las supuestas rarezas constitutivas, cabe preguntarse cómo

permitieron que durante el primer año se concretara satisfactoriamente el himeneo. Aquí lo que parecería ser constitutivo son las incoherencias y arbitrariedades del autor».

El color menos frecuente apenas si aparece cinco o seis veces en todo el libro, pero me basta leer dos o tres frases destacadas por las líneas violetas que las subrayan para darme cuenta de la significación fúnebre del tono elegido, cuando el inenarrable Wilfredo llega a la escuela del pueblo, a principios de año, Alba está con licencia por enfermedad, y empieza su trabajo un mes más tarde, pero la novela deja entrever poco a poco, por los

rumores que corren, que la supuesta enfermedad ha sido en realidad una tentativa de suicidio. Todos los párrafos que contienen la palabra suicidio están subrayados de violeta y acompañados de Comentarios marginales que discuten detalles relativos a la verosimilitud de los rumores, a las contradicciones del texto sobre las diferentes versiones que transmite e incluso al método empleado por la heroína para su tentativa fallida, y el suicidio final, gracias al amplio espacio blanco que queda libre después de la palabra FIN, impresa en mayúsculas, estimula en Alfonso su doble inclinación por la refutación de los detalles y por las consideraciones

generales. Encerrada en un cuádruple rectángulo vertical, verde, rojo, azul y violeta, que ocupa cuatro quintos de la página blanca, la prosa de Alfonso adquiere un tono demostrativo y conclusivo no exento ni de solemnidad doctoral ni de cierta pedantería.

«Hemos asistido atónitos a una serie de tergiversaciones de todo tipo, ya sea morales, intelectuales o artísticas. La entelequia que José Ingenieros llamara con acierto el hombre mediocre se encarna en este autor tan festejado por el nuevo vulgo surgido de la entidad hombre-masa, en conjunción con el bestsellerismo internacional. Nos hallamos en las

antípodas del verismo de un Manuel Calvez, de la aristocracia espiritual de un Somerset Maugham, o de la precisión clínica para la pintura de las pasiones de la literatura francesa. Por donde se la mire, esta obra no escapa a dos gravísimas acusaciones, la primera literaria, la segunda moral, si el pueblo en que transcurre la novela es copia fiel de la aldea pampeana que se pretende representar, el autor comete innumerables errores de transcripción relativos a lugares, paisajes, personajes, etc., pero incurre igualmente en transgresiones morales al revelar la identidad de personas o instituciones contemporáneas, o peor

aún, deformando a su gusto los hechos y la psicología, haciéndolo frisar con la calumnia. Un libro que transforma honestos ciudadanos en calumniadores que se escudan en el anonimato, el apostolado sarmientino en desidia e irresponsabilidad, la inestabilidad nerviosa hereditaria (clínicamente comprobada) en ninfomanía, que por culto de la personalidad propia transforma en suicidio un desgraciado accidente doméstico, no puede aspirar a la veracidad ni a ocupar un lugar de privilegio en las más sublimes cimas del arte. Todavía no ha llegado el cronista actual de nuestra vida pueblerina, capaz de captar fielmente

nuestra idiosincrasia, sin falsos pudores pero también sin efectismos ni por vía del escándalo destinado a halagar los bajos instintos del hombre-masa. La proverbial hospitalidad criolla, la convivialidad probada del hombre de la calle, la dignidad de la mujer argentina, merecían un estilo más elevado que los devaneos calenturientos de un plumífero embebido de soberbia capitalina».

Que me cuelguen y me dejen caer para volverme a colgar y así sucesivamente hasta darme mil muertes si ahora que cierro el libro de golpe y lo tiro sobre la carpeta amarilla de

Bizancio no me tiemblan un poco las manos, de indignación probablemente, o de vergüenza, o de odio, o de todo eso a la vez, o de horror de mí mismo quizás, por estar vislumbrando la causa del malestar que empezó a abrirse paso esta mañana cuando hojeé por primera vez el libro en el bar del hotel Iguazú y caí en la red de esa escritura aplicada y regular, recta como si estuviese apoyada sobre renglones invisibles, de los óvalos trazados con birome y de las rayas rojas, azules, verdes, violetas más limpias y milimetradas que las de un diseño industrial, de los signos de interrogación firmes como ganchos de carnicería o de admiración derechos

como bastones, de toda esa proliferación segregada igual que un veneno por la escritura de Alfonso, arracimándose alrededor del texto impreso como pólipos secos, como un cáncer, o como una selva oscura mejor, hasta que el temblor que, a decir verdad, es más interno que exterior, empieza a calmarse un poco cuando enciendo un cigarrillo, sacudiendo dos o tres veces la cabeza y emitiendo la risita sarcástica de antes de la explosión, pero cuando apoyo la frente en el vidrio helado de la ventana que chorrea agua, durante varios minutos me quedo pensativo sin ver, como tantas otras veces, ni el vidrio ni el exterior.

Las decenas miles de ejemplares de *La brisa en el trigo* se presentan de golpe a mi imaginación, la primera edición agotada en tres días, las reimpressiones sucesivas de tiraje cada vez mayor, y también las ediciones de bolsillo, la edición del Club de Lectores, la edición de lujo en tela, ilustrada por algún dibujante cotizado, la edición española y la edición mejicana, la edición polaca y la edición portuguesa (25 000 ejemplares en el Brasil), el guión de la adaptación televisiva en coproducción con Venezuela y el de la adaptación cinematográfica en vías de montaje financiero, la multiplicación de

volúmenes dispersos por el mundo, reactivándose en el subterráneo, en las playas, en los dormitorios, gracias a la lectura de secretarias, de profesores de literatura, de periodistas, de veraneantes, o esperando en una biblioteca, igual que un escorpión en el hueco de un muro, que una mano desprevenida venga a sacarlos para empezar a destilar otra vez su pestilencia, la medusa de ciento treinta y cinco mil cabezas cuyo contacto hiela y petrifica y a cuyo encuentro Alfonso, que no ignora que la lucha está por encima de sus fuerzas, quiere mandarme con mi pluma acerada como única arma, para que la enfrente, la hiera y la

aniquile. El monstruo que la engendró, gracias al camión de ganado que destruyó enteramente su coche *sport* en la ruta a Mar del Plata, está desde hace un año y medio pudriéndose en la tumba pero su criatura, su Frankenstein viscoso multiplicado hasta la náusea sigue todavía asolando al mundo, en reactivación permanente, y seguramente cuando Alfonso y yo no seamos más que polvo anónimo, seguirá irradiando un flujo repugnante a su alrededor, en algún coloquio universitario, en alguna reedición prolongada por un investigador americano o en alguna nueva adaptación cinematográfica cuando los derechos hayan entrado en el

dominio público, y mejor aún desde algún ejemplar dedicado de la primera edición, amarillo y quebradizo, sepultado bajo el polvo de un desván que, en una tarde de lluvia, un adolescente aburrido empezará a leer, y poco a poco el pueblo, el bosque de eucaliptos-paraísos, las torcazas anacrónicas que, en vez de arrullar, cantan en los anocheceres de invierno, mientras dos adúlteros de opereta copulan en una cama de matrimonio bajo el retrato del marido ausente, el pueblo tirado en la pampa y dividido en dos por las vías del ferrocarril, inexistentes pero definitivos, se agitarán otra vez para perpetuar el asco, el desprecio y la

vergüenza.

Soy totalmente sincero: que la tierra sea esférica o plana, que el hombre descienda del mono o de la ardilla canadiense, que la energía se consuma o se conserve, que el porvenir de la humanidad esté todavía saltando en mis testículos, que el mundo acabe en fuego o en hielo, todo eso me parece pura casualidad y, a decir verdad, me importa lo que se dice tres pepinos, por mí la luna podría precipitarse ahora mismo contra esta ridícula costra reseca a la que tantos reptiles se adhieren sin saber por qué, haciéndola estallar en mil pedazos, que no se me movería más que seguro ni un pelo, ni uno solo: porque al

universo se le haya ocurrido ser, y después por puro capricho no ser, lo que por otra parte es su problema y no el mío, no voy a andar perdiendo los estribos ni dejando de ponerle queso rallado a la sopa, y sin embargo a pesar de todo el hecho de que a Walter Bueno le haya pasado por encima un camión de ganado en la ruta a Mar del Plata, aunque más de un imbécil atribuya el acontecimiento a la divina providencia, me enceguece de furia porque me priva del placer de hacer justicia con mis propias manos.

El monstruo múltiple que engendró, irradiante y ubicuo, contamina hasta el aire que respiramos, incluso después

que la casualidad, tal vez para acentuar todavía más la autonomía de su criatura, haya suprimido al genitor enterrándolo bajo las chapas retorcidas de su convertible.

La ecuación walterbuenamente simple —ser ganador a cualquier precio el mayor tiempo posible— nos relega a los demás a la penumbra confusa de los perdedores, a la culpa, a la humillación y a la impotencia, a lo vago y a lo inacabado, al fango mortal de las transacciones con uno mismo, a las chicanas del remordimiento y del deseo de un mundo alfonosamente complicado.

Waltercito ya estaba lo más tranquilo en su tumba el año pasado,

walterbuenamente satisfecho, mientras «yo», o como quiera llamárselo de ahora en adelante, que sin embargo no había escrito *La brisa en el trigo* ni nada equivalente, lo cual, descalifica toda creencia en la justicia divina, seguía debatiéndome con Alicia, Haydée, la farmacéutica, en orden creciente o decreciente, como se prefiera: sería cómodo excluir a Alicia del complejo interrelacional, como se dice ahora, considerando que es una criatura de ocho años, pero la evidencia es cegadora: la quinta columna sutil de la farmacéutica, que mantiene a la hija, por control remoto, en contradicción permanente consigo misma, ejerce el

mismo influjo a distancia en la nieta, de modo que, aún cuando durante ocho años Haydée y Alicia hayan podido comprobar que la convivencia con «Carlos Tomatis» —es decir «yo»— resultaba al fin de cuentas de lo más agradable, la influencia de esa mujer ha sido tan grande que mi propia hija y mi mujer no pueden evitar un tinte reprobatorio, desconfiado o escéptico en la opinión que tienen sobre mi persona. La madre de Haydée es la inventora de un concepto que se opone al buen sentido jurídico mundial y que ella aplica al universo entero, la presunción de culpabilidad, del que obviamente está exceptuada la gente

bien, o sea todos aquellos que compran las grandes marcas, Chanel, Vuitton, Harrod's, etc., o los que han hecho varios *tours* europeos —en ese sentido no es para nada racista y un juicio que haya estado en Miami o en Londres y que lleve puesta una camisa de Ivés Saint Laurent le parecerá digno de pertenecer a la minoría de los que tienen derecho a juzgar negativamente a los demás. Al cabo de seis o siete años de matrimonio con la hija única de esa entidad indescriptible, me empecé a dar cuenta de que yo mismo, considerado hasta ese momento por la opinión de mis amigos como una personalidad sólida y equilibrada, estaba entrando en el

campo gravitatorio de ese astro viscoso y oscuro, no porque haya empezado a pasearme por las capitales europeas con una valija Vuitton o a pasar mis vacaciones en Punta del Este, sino porque a través de la hija y de la nieta, teledirigidas con discreción y exactitud desde la farmacia, los efluvios mortales de esa mujer me iban contaminado poco a poco. Yo que había pasado mi vida pensando en Cervantes y en Faulkner, en Quevedo y en Vallejo y en Dostoievsky, me descubrí a los cuarenta años, rumiando para conmigo mismo todo el santo día historias de suegras. Por carácter transitivo, las emanaciones corruptoras, a través de la hija y de la

nieta, ya enteramente robotizadas, incesantes, me alcanzaban. Al abrigo de la transmisión lisa y llanamente genética, me insurgía contra esa penetración extranjera, sumergiéndome en una especie de agitación, que cuando era de poca intensidad me inducía a la deambulacion rumiatoria y cuando llegaba a la temperatura máxima, al furor, pero Haydée y Alicia, más vulnerables a causa, más que seguro y que me la corten en rebanadas si no estoy en lo cierto, de un terreno propicio de origen hereditario, obedecían sin darse cuenta a la programación a distancia, a tal punto que a veces me daban la impresión de actuar, hablar o

pensar en estado hipnótico, igual que autómatas o sonámbulas.

Del mismo modo que el adolescente idealista que ha decidido estudiar derecho para desterrar las injusticias del mundo termina a los cuarenta años abogado de la mafia, Haydée eligió confusamente el psicoanálisis para luchar contra ese fluido malsano que venía irrigando sus pensamientos y sus nervios desde la infancia, para encontrarse en la edad adulta en estado tal de sumisión que es incapaz de reconocer que ha sido enteramente recuperada por el enemigo. Por supuesto que la farmacéutica puso el grito en el cielo cuando se enteró de que su hija

quería ser psicoanalista, ya que hubiese preferido alguna otra especialidad, más rentable probablemente, cirujano por ejemplo, lo que permite cobrar dinero negro por cada operación, o cirugía estética, pero cuando vio que el psicoanálisis ponía al alcance de su hija todos los *tailleurs* Cacharel que se le antojaran, empezó a respetar su especialidad, y me juego la cabeza que lo hizo con la convicción de que lo que su hija aportaba a sus pacientes les era tan necesario como los remedios dudosos que ella vendía en la farmacia a su propia clientela.

Haydée que, desde que la conozco, no dejó pasar sin interpretarlo uno solo

de mis lapsus, es completamente ciega en lo que se refiere a la madre, lo que me indujo un día a susurrarle la reflexión siguiente: *Que yo sepa, ningún texto de Freud excluye explícitamente a esa mujer de sus teorías.* Como respuesta a mis observaciones frecuentes sobre la amoralidad y la suficiencia dañina de su madre, la respuesta invariable de Haydée es de un modo aproximativo la siguiente: *Es mi problema, y únicamente a mí me incumbe administrar esa relación.* Lo que no le impide por cierto amasar los ñoquis con azúcar impalpable, poner una sola papa en un puchero para ocho invitados o tolerar que a su hija de dos

meses un cura le eche encima con sus dedos malolientes —la higiene corporal le ha parecido siempre sospechosa a la iglesia católica— un agua inmunda en la que han estado metiendo las manos, después de haberlas paseado quién sabe por dónde, todos los mojigatos de la parroquia. Y que me cuelguen si no había estado enamorado de ella a tal punto que, en los primeros tiempos de nuestra relación, me sentía imperfecto, equivocado, oscuro y pervertido en su compañía, ella la estrella radiante y yo la larva inacabada y untuosa, hasta ponerme a reconsiderar mi vida pasada como una mancha informe y repugnante de la que únicamente podrían rescatarme

por completo su equilibrio emocional sublime, su inteligencia serena y el envoltorio corporal perfecto que los contenía. No sé cómo no me alertó el hecho de que su primer marido, haya decidido, después de obtener la dispensa de la papesa Juana, como él decía, separarse definitivamente e irse a vivir a Buenos Aires, poner quinientos kilómetros de distancia entre él y las radiaciones malignas que emanaban de la farmacia, cuando al fin de cuentas sus relaciones con Haydée, después del divorcio, en público por lo menos, parecían de lo más cordiales, aunque pensándolo mejor ahora me doy cuenta de que la cordialidad jovial con que

siempre evocaba sus relaciones con Haydée podrían traducirse más o menos de la siguiente manera: *Es verdad que visto desde aquí de la orilla el río en el que ayer estuve a punto de ahogarme es de una indiscutible belleza pero que me cuelguen con un gancho del prepucio y me hagan girar si en el resto de mi putísima vida vuelvo a meterme otra vez en el agua.*

Entre el apetito y la náusea, entre el entusiasmo y la apatía, entre el deseo y el rechazo, la línea de separación es tan delgada, que uno y otro se entremezclan todo el tiempo, una rayita inestable, fluctuante, como un reflejo luminoso en el agua oscura que la menor turbulencia

despedaza: podría inscribir una lista interminable de razones, la habitación de Alicia decorada enteramente de rosa por ejemplo, o el almuerzo obligado de los domingos con la farmacéutica *para no dejarla sola a mamá*, o la educación religiosa clandestina de Alicia, o las continuas intromisiones en las decisiones vestimentarias de Haydée, e incluso la influencia evidente de la *Weltanschauung*

farmacéutico-cachareliana, microclima ideológico en el interior del complot religioso-liberalo-estalino-audiovisualo-tecnocrático-disneylandiano, en las opiniones, los sentimientos y los comportamientos de

mi hija y de mi mujer, e incluso hasta en la práctica y los diagnósticos de Haydée, para no hablar una vez más del trabajo incesante y subrepticio de esa mujer destinado a desintegrar no únicamente mi imagen, sino también y principalmente mi persona.

Va de cajón que mis defectos principales según ella, desprecio por todo comportamiento convencional, gusto por los juegos de azar, la crudeza verbal, noctambulismo y manía ambulatoria, sin contar mis ideas subversivas acerca del hombre y la sociedad, el sexo y el dinero, igual que mi desprecio por toda veleidad religiosa, serían considerados por una

asamblea de sabios como los atributos imprescindibles de todo hombre verdadero, y que cuando más esa mujer insinuaba que yo los tenía, más me obstinaba en exagerarlos, sobre todo en su presencia, y cuanto más ella persistía en la negación de mi ser —directamente o en forma teledirigida a través de Haydée y Alicia— más yo me rebelaba con terquedad afirmativa, pero después de cierto tiempo me di cuenta de que me había embarcado en una lucha desigual, en escaramuzas inciertas que fueron dejando, sobre todo en los últimos años, y sobre todo el año pasado, de lo que había sido «yo», los retazos colgantes, irrecuperables y retorcidos.

Probablemente, todo esto venía ya desde el nacimiento, o desde antes quizás, desde cruces casuales e inmemoriales que me depositaron, sin prevenirme, en la luz de este mundo, y la concatenación infinita de acontecimientos igualmente deleznableles que trajeron primero al mundo y después me metieron a mí en el interior de ese mundo, agregaron las formas exquisitas de Haydée más el suplemento de su indescriptible madre más todos los aficionados a los Eurotours para dar la ilusión de causas precisas y circunstanciadas a lo que no es más que perdición pura, ser llegado porque sí para enseguida disgregarse en medio de los más atroces dolores y

desaparecer, de modo que aún sin todo eso hubiese terminado por encontrarme como me encontré, el año pasado, en el último peldaño de la escala humana, hecho añicos por dentro y por fuera, con el agua negra y viscosa empapándome las botamangas pantalón, tan cerca ya del fango oscuro que en este momento en que, gracias a esfuerzos sobrehumanos, he logrado subir hasta el penúltimo escalón, todavía incierto y tan frágil que el menor soplo podría mandarme de nuevo al fondo, puedo sentir sin embargo que quedaba algo vivo en mí.

Algo es más que seguro en todo esto: mis relaciones con Haydée, sexuales quiero decir, que habían andado tan bien

y durante tantos años, empezaron a echarse a perder, haciéndose cada vez más espaciadas, hasta que dejaron de existir por completo. *Mire joven, me dijo una madrugada un viejo en un cabaret, usted se la mete una vez a una mujer, una vez sola nomás póngale la firma, y ella no se lo perdonará nunca, le hará la vida imposible y no se quedará tranquila hasta no verlo bien en el fondo de la tumba.* Por supuesto que exageraba y me reí cuando me lo decía desde la mesa de al lado en la que estaba tomando *champagne* con dos o tres coperas, pero desde que las cosas empezaron a andar mal más de una vez me pregunté si no podía haber algo de

cierto en su observación, tanto me parecía que Haydée, con su estúpida sumisión a la farmacéutica, se las arreglaba para envenenar nuestras relaciones.

Hay un punto que tiene que quedar claro y es el siguiente: es universalmente sabido que la erección del pene representa en general para el portador de dicho aditamento un estado agradable, a partir del cual el placer puede ir en aumento hasta alcanzar, durante el orgasmo, su punto culminante, y que el portador del aditamento, por razones desde luego casuales y que el mismo ignora, a causa de la repetición insensata que como ya lo he dicho

pareciera ser la ocupación exclusiva de lo que llamamos naturaleza, puede recomenzar hasta el hartazgo el mismo proceso, con frecuencia mayor o menor según su constitución física y psicológica, a lo que hay que agregar la contribución más o menos favorable de las circunstancias. Es evidente que no hay ningún mérito personal en ese proceso, y que el aditamento sea grande, mediano o chico, es un dato que no reviste la menor importancia, del mismo modo que la frecuencia, la intensidad, y la duración de la erección: obedeciendo al estímulo sensorial o puramente imaginario —por reflejo condicionado probablemente— la sangre afluye por lo

que los fisiólogos llaman la arteria de la vergüenza, el aditamento se infla y se pone duro y punto. A unos dos mil quinientos millones de individuos de sexo masculino que andan vivos respirando el aire de este lugar que llamamos mundo les ocurre eso varias veces por día en el mejor de los casos, y jactarse o sobre todo hacerse ilusiones acerca de algo a causa de eso sería pura y simplemente un desvarío. Ahora bien, precisamente en mi caso, frecuencia, intensidad y duración, que siempre representaron un cociente elevado, en los primeros años de mi relación con Haydée alcanzaron su punto culminante manteniéndose por encima de mi término

medio habitual durante años, incluso aún después que las cosas empezaron a echarse a perder, de modo tal que las peores discusiones terminaban siempre en la cama, lo que me llevó a preguntarme si no había empezado a padecer lo que a falta de un nombre mejor se me ocurrió llamar erecciones nerviosas, como quien dice risa nerviosa, es decir una reacción contraria a la que razonablemente hubiese debido esperarse de las circunstancias, como el condenado a muerte que, en vez de llorar y suplicar, se echa a reír sin poder controlarse ni explicarse por qué cuando lo sientan en la silla eléctrica. Pero hasta esas reacciones nerviosas pasaron

y a partir de cierto momento, no solo ya no hubo más discusiones ni posesión, sino ni siquiera deseo, no únicamente deseo de ella, sino deseo en general, esa alerta de todo el ser, inesperada y misteriosa que, aunque sin que nos demos cuenta nos mantiene enhiestos y palpitantes del nacimiento a la muerte, a veces prolifera tanto en nosotros que ocupa, además de los pliegues más secretos de nuestra carne, nuestra memoria, nuestra imaginación y nuestros pensamientos. Ningún deseo, nada. Saliendo a cabalgar al alba, el día de mi nacimiento probablemente, demorado una y otra vez por obstáculos imprevistos, atravesando regiones

desconocidas, extraviándose en bosques, en callejones sin salida, en pantanos, cambiando infinidad de veces sus caballos exhaustos, el correo secreto de la papesa Juana logró por fin golpear a mi puerta y, sin decir palabra, me entregó el papel que me acordaba la dispensa definitiva.

El famoso aditamento desapareció de un día para otro entre mis piernas y *desapareció* está puesto literalmente, porque aún para orinar debía buscarlo un buen rato con dedos distraídos entre los pliegues de piel arrugada y fría que colgaban bajo los testículos. Me importaba lo que se dice tres pepinos puesto que, habiéndose retirado el deseo

en general, sus manifestaciones secundarias naufragaban en la inexistencia, igual que, cuando una casa está ardiendo, a nadie le preocupa que a causa del fuego se esté marchitando un ramo de flores en el florero de la sala. Una vez retirado el deseo fue instalándose, cada día menos lenta, la disgregación. Ahora me resulta difícil saber si mi vida familiar como dicen en la televisión fue, con el coadyuvante de un mundo enteramente invadido por los reptiles, la causa principal de mi desintegración, o viceversa como diría Alfonso, pero lo cierto es que lo que mi suegra llama mis defectos, alcoholismo, juegos de azar, ideas subversivas

relativas al sexo y al dinero expresadas crudamente, noctambulismo y manía ambulatoria, fueron agravándose durante el año pasado, hasta que, en el *music-hall* colorido que había sido mi tercer matrimonio, el número final, grandioso, clausuró el espectáculo: una noche, para ser exactos, serían las dos o tres de la mañana, descubrí que contrariamente a su costumbre, Haydée estaba todavía levantada, leyendo o simulando leer en su despacho, con la puerta abierta, de modo *que me* di cuenta enseguida que me estaba esperando, primicia absoluta desde hacía por lo menos un año ya que apenas si intercambiábamos dos o tres frases a

la mañana, antes de que yo saliera para el diario, y cuando volvía, generalmente a la madrugada, ella ya dormía o simulaba dormir, así que yo me desvestía en la oscuridad, y después de buscar un buen rato en el baño, entre pliegues de piel flácida, el aditamento ya prácticamente inexistente desde hacía meses, me metía en la cama y me dormía de inmediato hasta la mañana siguiente. Como estaba seguro de que Haydée se había quedado levantada con el fin de interpelarme con una de esas frases clásicas, copiadas del cine o de la televisión, que intercambian las parejas, pasé por la cocina para servirme la última ginebra con hielo, como suelen

hacer por otra parte los personajes de las series televisivas antes de comenzar una discusión, y entré al despacho de Haydée con el vaso en la mano, ostentando esa jovialidad convencional en medio de las situaciones más dramáticas que según mi suegra es uno de los aspectos más desagradables de mi comportamiento no convencional. Pero cuando estuve en el despacho, me di cuenta de que Haydée no tenía la expresión calma conque sabe analizar, de un modo ni comprensivo ni severo, sino aparentemente científico, los móviles ocultos de mi conducta. Cuando encendió un cigarrillo después de responder a mi saludo, le temblaba un

poco la mano en la que aferraba, no solamente el encendedor, accionándolo con el pulgar y el índice, sino también un pañuelito estrujado contra la palma por tres los tres dedos restantes.

Sin la menor duda había estado llorando, lo que me intrigó, ya que una de sus virtudes suplementarias es que no tiene el llanto fácil, y en la expresión movediza de su cara, en sus rasgos un poco blandos y en las fluctuaciones errabundas de su mirada, me di cuenta en seguida de que algo la atormentaba, que por una vez no eran los móviles ocultos de mi comportamiento, como solía decir, sino los del suyo propio lo que la había puesto en ese estado. Por

cortesía tal vez, o quizás para iniciar de algún modo la conversación, me preguntó dónde había estado, con dulzura inhabitual, pero después de haber empezado a detallarle la lista de bares de mala muerte, con o sin coperas, por los que venía arrastrándome casi todas las noches desde hacía por lo menos un año, sin importármeme un pepino ni los soplones del ejército ni el toque de queda, me callé de golpe, porque me di cuenta de que no me escuchaba y de que se había echado otra vez a llorar. Pensé que alguien podía haberse muerto en la familia pero, en ese caso, por la expresión de culpa que podía percibirse en su mirada, era ella

la que debía haberlo asesinado. Después me pidió un trago de ginebra y cuando me devolvió el vaso empezó a hablar de la Tacuara, una chica del barrio, mucho más joven que nosotros, que habíamos visto crecer como se dice, un tiro al aire a decir verdad, un carácter imposible, que tenía problemas con su propia familia desde la pubertad —los padres eran ricos, católicos, patricios, insoportables.

Le decían la Tacuara desde la infancia porque era flaca, menuda y nerviosa igual que un pajarito, y desde los doce o trece años había empezado a fugarse de la casa, y a hacer en forma

sistemática todo lo que su familia consideraba inadecuado; se fugaba, la encontraban en Buenos Aires o en Salta o donde fuere a los dos o tres meses, la traían de vuelta a la casa para reintegrarla a la vida de la familia hasta que al cabo de cierto tiempo se volvía a fugar. Era el verdadero estereotipo de la adolescente con problemas —cualquier persona sensata los hubiese tenido habiendo nacido en el seno de esa familia— y cuatro o cinco años antes, como sabía que Haydée era psicoanalista, venía a verla de tanto en tanto, fuera de las horas de consultorio, para conversar con ella de sus dichosos problemas —Haydée le había

recomendado a un colega en Buenos Aires, pero ella prefería las conversaciones con Haydée, que no conducían a nada desde luego, pero que le daban la ilusión de haber encontrado una especie de guía espiritual para orientarla durante su crisis de adolescencia, supongo que según el modelo de esas educadoras buenas que aparecen en los *telefilms* americanos destinados a la juventud y que se proyectan en todas las televisiones del mundo occidental entre las cinco y las siete de la tarde. Para ser totalmente francos, la Tacuara tenía un carácter insoportable y la cabeza más dura que una pared, sin contar sus caprichos de

hija de ricos de prosapia —ladrones de ganado, asesinos de indios y escamoteadores de fondos públicos y de terrenos fiscales en su inmensa mayoría —, y sus entusiasmos excluyentes, que hoy podían adherir al yoga, mañana a la cocina mejicana y pasado mañana al monofisismo, se sucedían según la periodicidad de sus fugas, y a cada regreso a la casa paterna traía una convicción diferente que sostenía, igual que todas las anteriores, con la misma agresividad dogmática. Durante sus fases afirmativas, era hasta un poco cómico oírle discutir, insultante y refractaria a cualquier argumento que pudiese venir de su interlocutor, o verla

por la calle, flaca y nerviosa, con el pelo negro y lacio cortado a lo varón, menuda y frágil en apariencia a causa de sus miembros de pajarito, chata y de hombros derechos como una tabla, dándose aires de hombrecito y echándole miradas negras y despectivas a quienquiera hubiese tenido la mala suerte de cruzarse con ella en la vereda. Lo cierto es que, después de tantos vaivenes, terminó apasionándose por la política y, como era de esperarse, que me cuelguen si como por casualidad no optó por la posición simétricamente opuesta a la de todos los miembros de su familia: puesto que su familia era conservadora, ella se hizo

revolucionaria, y puesto que su familia era católica, ella se hizo materialista dialéctica; puesto que su padre tenía negocios con algunas compañías americanas, ella se hizo antiimperialista, y puesto que su madre, durante una discusión la había tratado de lesbiana, ella encontró un compañero, como lo llamaba, entre los que tenían fama de ser los hombres más viriles de la época, los guerrilleros. Hay que reconocer que la Tacuara pareció haber encontrado su camino no únicamente con sus ocupaciones políticas, sino también con su guerrillero, un muchacho afable y más bien callado, que le llevaba cuatro o cinco años, y que parecía disponer para

con ella de recursos de infinita paciencia y de dulzura. Los avalares de la política los obligaban a entrar y salir periódicamente de la clandestinidad y más de una vez nos preguntamos con Haydée si tenían algún domicilio fijo, pero en los tiempos tranquilos la Tacuara y su compañero reaparecían de tanto en tanto en el barrio y venían a vernos, y otras veces ella venía sola a pasar unos días con su familia, para terminar peleándose con todos sus miembros antes de volver a desaparecer. A los dos o tres años quedó embarazada y estaba tan flaca y tenía un vientre tan reducido y puntiagudo, que apenas se estaba en presencia de ella se tenía la

tentación de preguntarle, igual que en el viejo chiste malo, si se había tragado un carozo de aceituna. Cuando el nene nació, las cosas empeoraron en política de modo que tuvieron que pasar a la clandestinidad y dejar al bebé con la familia de la Tacuara. De tanto en tanto ella venía a buscarlo y se lo llevaba unos días al padre, que tenía la entrada prohibida en la casa, y a veces venía, pasaba una tarde o un día entero con él y después desaparecía.

Tranquilizándose un poco y dándole unas chupadas interminables al cigarrillo, Haydée balbuceaba cosas incomprensibles sobre la Tacuara, mientras yo, perplejo, trataba de

entender lo que me decía. Al principio pensé que había tenido la confirmación de un rumor que venía circulando en la ciudad desde hacía una semana más o menos, según el cual la Tacuara había sido secuestrada en la calle, en pleno día, por los hombres del general Negri, pero entre las frases entrecortadas que murmuraba me pareció escuchar que Haydée se estaba acusando a sí misma de ese secuestro, lo que parecía tan absurdo que empecé a preguntarme si no estaba borracha —cosa que podía ocurrirle de tanto en tanto, para Año Nuevo o para algún aniversario, como cualquier hijo de vecino—, hasta que poco a poco empecé a entender lo que

me decía, sin decidirme a admitirlo todavía, cuando de golpe ocurrió lo increíble, lo incalificable, y que me cuelguen mil veces si me lo esperaba, si ahora mismo que me acuerdo puedo soportarlo y si hay la más mínima posibilidad de que pueda olvidármelo algún día: la diosa lacano-vuittoniana cayó de rodillas sobre la alfombra y empezó a golpear el suelo con los puños y a aullar histéricamente, para venir después en cuatro patas a agarrarse de mis piernas y tironearme los pantalones suplicándome que la perdone, sin obtener otra cosa de mí, que es otro término para designar lo que en las viejas épocas solía llamar «yo», cuando

alzó la cabeza para encontrar mi mirada, que el contenido de mi copa de ginebra en plena cara: a causa de haber entendido de golpe —después cuando se calmó un poco me lo contó en detalle— lo que me estaba tratando de decir: que la semana anterior la Tacuara había efectivamente venido a la ciudad para ver a su hijo, y que no había podido acercarse hasta la casa de su familia porque la casa estaba bajo vigilancia policial, pero como le había dado cita a su marido a las ocho de la noche y no podía andar por la calle hasta esa hora por miedo de ser reconocida, y como no tenía un solo lugar donde pasar el día hasta la hora de la cita, ni un solo lugar

en toda la ciudad dónde ir, se le había ocurrido venir a pedirle a Haydée que le permitiera pasar las horas que le faltaban para la cita en nuestra casa — yo estaba en el diario en ese momento —, y que Haydée había aceptado, pero que al parecer no era un día de suene para la Tacuara, porque a eso de la media hora de estar instalada en casa, en la pieza de Alicia, que en ese momento estaba en la escuela, llegó la farmacéutica. Según Haydée, que cuando empezó a darme los detalles ya había dejado de aullar y había vuelto a sentarse en su mesa de trabajo y a hablar en voz baja sin que sus ojos, de lo más móviles sin embargo, se encontraran una

vez sola con los míos, pasándose de tanto en tanto la mano por el vestido, a la altura del pecho, tratando infructuosamente de secar la ginebra que le había chorreado de la cara por el cuello o goteado directamente de la mandíbula, según Haydée decía, la farmacéutica había abierto por casualidad la puerta de la pieza de Alicia y había visto a la Tacuara sentada en el borde de la cama leyendo un libro de Alicia, *Pinocho* probablemente, algún libro de ese tipo, y había vuelto a cerrar la puerta sin dirigirle la palabra, pero de un vistazo nomás había entendido perfectamente la situación, de modo que sin ningún apuro se había

encaminado hasta el despacho, donde Haydée estaba sentada en el sillón en que una semana más tarde me lo estaría contando, y le había, no exigido, sino aconsejado, como podía ser su estilo en ciertos casos, obligar a la Tacuara a irse inmediatamente de casa. Haydée pretende haber resistido un buen rato, pero el argumento decisivo de la farmacéutica, que había que hacerlo por Alicia, *por la nena*, terminó por convencerla, así que diez minutos más tarde la Tacuara estaba en la calle. Al día siguiente nomás empezó a correr el rumor de que los hombres de Negri la habían secuestrado en las inmediaciones de la Terminal de Ómnibus, y desde

entonces no se había vuelto a saber más nada de ella. Haydée había estado reprochándoselo durante una semana, sin atreverse a decírmelo: cuando por fin se calló la boca, sin levantar la mirada, secándose las lágrimas de tanto en tanto con el pañuelito estrujado, también yo me quedé inmóvil durante un momento y después, sin decir palabra, fui caminando despacio hasta la cocina, eché una buena cantidad de ginebra en el vaso, lo llené de hielo, y volví al despacho. A esa calma no correspondía ninguna ebullición interna, como suele decirse, ningún sentimiento o emoción no ya pasibles de ser repertoriados, sino ni siquiera lo bastante intensos como

para ser percibidos; si había algo, era semejante a los residuos infinitesimales de las operaciones matemáticas, tan insignificantes que ni siquiera son tenidos en cuenta; era igual que si todo lo que había sido hasta ese momento, la ductilidad interna, sus tironeos contradictorios, los cambios súbitos, exaltantes o dolorosos, los matices cromáticos y dinámicos semejantes a los de una masa líquida, hubiesen coagulado de golpe, petrificándose, y sometidos a una presión tan intensa que, como iba a poder verificarlo dentro de poco, terminarían por estallar en mil pedazos. Me acerqué a Haydée y le extendí el vaso de ginebra; ella lo agarró con

docilidad, tomó un trago lento y largo, y me lo devolvió. Yo estaba tomando a mi vez un trago cuando advertí que Haydée había alzado los ojos para toparse al fin con los míos, pero en lugar de la mirada suplicante y llorosa que había tenido hasta ese momento, tenía los dientes apretados, que podían verse por entre los labios que se fruncían, terribles, sin dejar de moverse, reuniéndose en una especie de círculo arrugado, más parecidos a un ano que a una boca, y que su expresión hacía pensar en una mancha incandescente de odio.

Todo eso no tenía la menor importancia desde luego, y ya el deseo

había sido devorado con tanta minucia, por tantas mandíbulas que sería cansador ponerse a enumerarlas, que era como si la masa de odio incandescente ardiera en algún astro perdido de la más remota de las constelaciones y sus llamas hubieran estado tratando de alcanzar, infructuosas, un tronco petrificado en el planeta Tierra. No, únicamente no existía ninguna posibilidad de que las llamas alcanzaran el tronco, sino peor todavía: en el tronco ya no quedaba una sola fibra que no hubiese estado petrificada y por ende insensible al fuego, desde millones de años atrás. Como ella estaba sentada en el sillón y yo parado a cincuenta

centímetros de ella más o menos, con el puño en el que apretujaba un pañuelo me aplicó sin mucha fuerza un golpe en los testículos que, por suerte, y gracias al viejo postulado de que la función hace al órgano, habían casi desaparecido junto con el aditamento que pretende capitanearlos, detrás del vértice piloso del pubis, vegetación apenas un poco más exuberante en la selva enrulada del delta hacia el que convergen, para diseminarse en el océano del acontecer, los ríos incesantes y misteriosos de todos los deseos y de todos los delirios. Cuando empezó a darme puñetazos, la mayor parte inhábiles y blandos y que casi nunca llegaban a destino, Haydée,

modulando sus frases al ritmo de los golpes que me daba y que yo, después de dejar el vaso sobre el escritorio paraba con los antebrazos, me dijo que si todo eso había sucedido, la culpa era mía, únicamente mía, por una serie de razones que enumeraba dando grititos ahogados, para no despertar a Alicia probablemente o porque, como hacía mucho calor y la ventana estaba abierta, no quería que la oyeran los vecinos tal vez, o quizás, y esta me parece la explicación más plausible, ya que diez minutos antes se había puesto a aullar sin importársele tres pepinos, porque solo podía emitir esa voz entrecortada y susurrante, al mismo tiempo ronca y

aguda, a través de una garganta estrangulada de odio. Por mí podía acusarme de haber largado la bomba atómica en Nagasaki o de haber violado a la Virgen María, me daba lo mismo: de todos modos yo ya sabía que la voz ronca y aguda conque me lanzaba todas sus acusaciones no era la suya y que, igual que un ventrílocuo, la entidad que por control remoto la dirigía desde su infancia, obligándola a chapalear en redondo en el fango arcaico del que no se libraría hasta la muerte, escupía su odio descabellado a través de su garganta. Por fin se calmó, volvió a su sillón, encendió un cigarrillo, y se quedó fumando, pensativa. Yo tomaba mi

ginebra helada también en silencio, parado cerca del escritorio, sintiendo el sudor que me corría por la frente, por los pómulos, por las mejillas, que goteaba por el mentón y por las mandíbulas, que chorreaba desde la nuca por los omóplatos y que brotaba directamente en la espalda, de tal modo que tenía la camisa empapada y pegada a la piel. Al cabo de un rato, una voz que tampoco era la mía, empezó a mascullar entre dientes, abriéndose paso por entre las vísceras petrificadas, acompañada de resoplidos y de contracciones faciales excesivas. *¡Por la nena! ¡Por la nena!*, y, sin que haya habido la menor deliberación de mi

parte el vaso salió volando, chocó contra la oreja de Haydée y, sin romperse, rebotó varias veces en el suelo hasta que se detuvo cerca de la pared. Haydée apenas si desvió un poco la cabeza al recibir el vaso en la oreja y después de echarme una mirada distraída, siguió fumando ensimismada, frotándose de tanto en tanto la oreja con los nudillos, al parecer sin oír mis resoplidos que duraron hasta que sin que «yo», que ya había desertado el puesto de comando, le haya sugerido ninguna orden, «mi» cuerpo compacto, de una pieza, envuelto en piel sudorosa recubierta a su vez por ropas estivales claras y livianas, se dirigió a la cocina

en busca de un tercer vaso de ginebra. Entre las muchas cosas ridículas a las que la superstición atribuye generalmente existencia, tales como el hombre, la sociedad, el mundo cuatridimensional, las reencarnaciones de Buda y el campo electromagnético, el carácter es probablemente la más ridícula, puesto que hete aquí como se dice que la diosa estructuro-cacharelo-kleiniana, el amor de mi vida en una palabra, el centro luminoso en cuya compañía durante años estuve sintiéndome, a causa de sus perfecciones, larva, viscosidad y negrura, acababa de mandar al suplicio quizás, a la muerte más que seguro, a

una vecina de veinticinco años — arrogante y todo lo que se quiera y capaz de mandarnos al pelotón de fusilamiento el día que por desgracia el poder hubiese caído en sus manos, pero ese es su problema—, por sumisión a los designios turbios de su madre, y con el pretexto infame de que lo hacía por la nena, por mi propia hija, hete aquí como se dice que eso había ocurrido en mi propia casa, después de meses, de años de impotencia y de desprecio, y que cuando Haydée me lo dijo ya no había más nadie dentro de mí capaz de tomar la decisión de hacer o pensar algo un poco más sensato que tirarle el vaso contra la oreja, mascullar sin cesar ¡Por

la nena! ¡Por la nena!, e ir por fin hasta la cocina a buscar un tercer vaso de ginebra con hielo. Que me cuelguen si hubiese podido prever que, después de cuarenta años de derivar, incierto pero viviente, debatiéndome en las redes del tiempo fútil y del espacio irrisorio, iba a encontrarme una madrugada de diciembre forcejeando en la cocina con una cubetera bajo el chorro de agua de la canilla, y enteramente vacío, o pétreo, o desertificado por dentro, en el centro de un mundo hirviendo de reptiles a mi alrededor.

Pero todo esto es historia antigua, pasó hace siete meses más o menos, de modo que porque la madre de mi hija,

psicoanalista reputada por otra parte, brillante y hermosísima, excelente esposa y de lo más viciosa en la cama cuando tiene realmente ganas, lo cual nunca viene mal, mande al suplicio y a la muerte más que seguro a una vecina de veinticinco años que sabíamos tener en las rodillas cuando tenía la edad de nuestra hija, no voy a pasarme el santo día rememorando la cosa tratando de entender como se dice dónde estuvo la falla en nuestra pareja ni rompiéndome la cabeza para saber de qué modo reconstruir como dicen en las revistas femeninas, nuestra relación. Después de dos o tres días de borrachera, me hice una valija y me vine a la casa de mi

madre. Podía haber venido nomás con lo puesto porque de todos modos me bañaba una vez cada quince días y durante tres meses no salí una sola vez a la calle. Mi madre, ciega a causa de la diabetes, se estaba muriendo en su dormitorio, en la cama de matrimonio que mi padre había desertado veinte años atrás por otra menos exigente, la tumba. Cuando entraba en la pieza a verla, ella me palpaba las mejillas con sus manos ya casi transparentes y me llamaba su bebé; sentada en la cama sin siquiera apoyarse contra la pila de almohadas aplastadas en el respaldar, flaca, blanca y gris y un poco evanescente, reducida a sus nervios ya

casi insensibles, a sus órganos en su mayor parte inactivos, a sus reflejos mudos, que se obstinaban en persistir en un espacio-tiempo del que ella se había ausentado desde hacía años.

Para elaborar como se dice la ruptura, Haydée se llevó a Alicia a pasar el verano en Punta del Este —en enero la farmacéutica vino a juntárseles — mezclándose a la muchedumbre indolente y bronceada de los ganadores, psicoanalistas y cardiólogos presentes en todos los congresos internacionales, ejecutivos de agencias publicitarias o de empresas extranjeras, pintores que lograron entrar en el mercado americano o japonés, estrellas de cine o de

televisión, escritores que, siguiendo los consejos de sus agentes, escribieron un *best-seller*, editores que obtuvieron los derechos por la autobiografía de algún expresidente americano, ejecutivos de casas de discos, militares, especuladores, hombres políticos, financistas especializados en el blanqueo de capitales, directores de diarios, corredores de autos, jugadores de *tennis* o futbolistas, y hasta guerrilleros arrepentidos que, a cambio de una autocrítica, pudieron conservar en sus cuentas suizas los millones de dólares obtenidos unos años antes mediante secuestros y asaltos que ellos llamaban expropiaciones hechas en

nombre de la clase trabajadora. Hacía un calor matador. Yo me levantaba a las dos o tres de la tarde, a causa de los somníferos, de los tranquilizantes, y de los varios litros de vino diarios que me servía directamente de la damajuana, cuando me sentaba a mirar la televisión a eso de las cuatro de la tarde, de modo que al emerger del sillón a las dos de la mañana podía irme tranquilo para la cama, seguro de que apenas me echase resoplando sobre la sábana tibia me quedaría dormido. A decir verdad, aunque me quedaba sentado todos los días durante diez horas a tres metros del televisor, no miraba nada en especial, y las imágenes que desfilaban en la

pantalla y los sonidos envasados que resonaban en la pieza, parecían las representaciones inconexas, fugaces y arbitrarias, por no decir recónditas y fantasmales, de mi propia conciencia en disgregación, pero el hecho de tenerlas delante, en lo exterior y no entre los pliegues del cerebro entumecido, en las puntas nerviosas hipersensibilizadas o en las emanaciones intolerables y súbitas de la memoria, me permitía llegar hasta la noche no enteramente destrozado. A veces me despertaba a la mañana, habiendo decidido arrancarme del marasmo, y entonces me afeitaba, me daba una ducha, me ponía ropa limpia, y me volvía a meter en la cama. Un

médico amigo me dio un certificado, de modo que obtuve licencia en el diario por tres meses —el director estaba lo más contento de no verme durante un tiempo—, y durante los tres meses no me asomé al balcón ni a la terraza ni salí una sola vez a la calle. Cada tres o cuatro días, recibía una tarjeta de Alicia, con una vista en colores de Punta del Este, que, sin leer, iba apilando junto con las anteriores en el rincón de la correspondencia sin abrir, incluidas las cartas de Pichón Garay desde París y las del Matemático desde Suecia, en un estante de la biblioteca.

Algo es más que seguro: desde el primer vagido ciego que dio mi cuerpito

flojo y ensangrentado al salir a la luz del día por entre los labios rugosos que ahora estaban cerrándose definitivamente en la habitación de al lado, desde el primer latido, empecé a rodar otra vez de vuelta hacia la oscuridad de la que provenía, y el año pasado llegué por fin al último escalón, húmedo y resbaloso a causa de la masa informe que, desde un infinito de negrura, día a día, lo carcome. Hasta que una mañana, en marzo, mi madre amaneció muerta. Las entrañas que mantuvieron durante nueve meses en la ilusión la masa de cartílagos y nervios que no pretendía otra cosa que perdurar indefinidamente en el paraíso tibio de lo

idéntico, y la dejaron caer, todavía inacabada e inhábil en el torbellino de lo exterior, se paralizaron por completo y empezaron a fundirse y a confundirse otra vez en el Del mismo modo que ella me expelió de su vientre al mundo, el mundo la expelió a ella del suyo, exactamente igual a como, cualquiera de estos días a pesar de las ilusiones y de los espejismos en los que se acuna, el mundo mismo será expelido a su vez del vientre del ser para ahogarse en su propia nada. Lo cierto es que la enterramos a la mañana siguiente y que un par de días después, recién bañado y afeitado, habiendo interrumpido, por decisión propia, la ingestión de alcohol,

somníferos y tranquilizantes, salí a la terraza y empecé a pasearme despacio, frágil y todavía tembloroso, bajo el sol de otoño.

Aunque todavía falta un poco para que anochezca, los letreros luminosos ya brillan duplicándose, invertidos en el suelo mojado por la lluvia. Cuando cierro detrás de mí la puerta de calle y me dispongo a abrir el paraguas, advierto que, durante los cinco minutos de conversación que acabo de tener con mi hermana sentada frente al televisor, la lluvia ha parado. A causa probablemente de la noche que se avecina, pero también de las nubes que siguen acumulándose, el cielo está tan

negro como a mediodía, pero gracias a la lluvia la temperatura ha subido un poco, lo que promete más lluvia para dentro de un rato y al mismo tiempo me permite salir de impermeable, bastante más liviano que el sobretodo, y dejar los guantes en reserva en los bolsillos del impermeable. A pesar de la hora —las seis y media más o menos— la calle está bastante de la tiranía quizás, las telenovelas probablemente, retienen a la gente en sus casas, en las que ya se ven, a través de las ventanas, las luces encendidas. Los autos, los colectivos, pasan rápido levantando con sus cubiertas que adhieren al asfalto un rumor de agua. Junto a los cordones

corre un agua rugosa hacia los desagües de las esquinas. En los sectores rotos de las veredas, donde faltan las baldosas, la lluvia se ha acumulado formando estanques cuadrados, rectangulares, oblongos, en forma de T o de L, según la cantidad de baldosas que faltan y el orden en el que se han despegado, y las cosas que se reflejan en esos charcos, fachadas de casas, fragmentos de árboles, o de vidrieras, o de cielo, yo mismo en contra picado cuando me detengo un momento a contemplarlos, ganan, a pesar de que la oscuridad del aire también se adensa al duplicarse, en nitidez, en contraste y en cohesión, ganando también realidad al aislarse

durante unos segundos, en los límites estrictos de su propia imagen, del vasto mundo amorfo, incierto y contradictorio al que pertenecen. El letrero luminoso lila, en la vereda de enfrente del bar, sigue en cortocircuito, y me paro a mirarlo un momento, en medio de la vereda casi vacía, las grandes letras de neón lila que anuncian ZAPATOS y que parpadean rápidas, chirriando un poco y sacando algunas chispas a la altura de la Z y de la primera A, de modo tal que un resplandor lila un poco más vivo se enciende y se apaga, rápido pero discontinuo, sobre la vereda.

Cuando me cruzo para mirar de más cerca, deduzco que Vilma y Alfonso no

están en el bar, porque las mesas pegadas a la vidriera están vacías, pero para asegurarme empujo la puerta encortinada y entro: la decena de clientes no parece notar mi presencia cuando me paseo un poco entre las mesas, saludo al cajero alzando la mano, y vuelvo a salir a la calle.

Ni rastro de Vilma y Alfonso, a quienes me imagino todavía en el salón Capri o en el bar del hotel Iguazú distribuyendo carpetas amarillas a los futuros vendedores y tomando los primeros cócteles de la noche, y cuando empiezo a alejarme del bar, no puedo menos que asombrarme de un levísimo sentimiento de decepción, tanto la

lectura de los comentarios de Alfonso a *La brisa en el trigo* ha despertado en mí la curiosidad, e incluso una especie de intimidad con el comentarista y su pequeño mundo.

El deseo de saber más sobre el intríngulis como se dice, aunque ya me parece presentirlo todo, me hace vacilar un momento cuando llego a San Martín, más iluminada que el resto de la ciudad en el anochecer de invierno, y estoy a punto de tomar el rumbo del hotel Iguazú, pero después de unos segundos me decido por la dirección contraria y, dejando atrás San Martín, me interno en una lateral más oscura en dirección al Parque del Palomar; al cruzar una

bocacalle dividido, una cuadra y media hacia el norte, la silueta del Conquistador en neón verde, las piernas abiertas, las manos aferradas a la empuñadura de la espada ancha de neón igualmente verde cuya punta se apoya en la base del rectángulo de neón rojo que enmarca toda la figura, el monstruo de neón verde sin espalda, sin reverso y que, constituido de dos partes delanteras vigila desde la altura, apoyado en su espada ancha, al mismo tiempo del norte y el sur.

Con su presencia amenazadora y muda, el gigante de neón parece desaprobarme mi interés por lo irrazonable, el lado turbio de las cosas

que, por el hecho mismo de trabajar contra lo establecido, las vuelve mucho más interesantes. Por separado, el *best-seller* de la década y sus marionetas inconsistentes son, y esto es más que seguro, la inepticia integral, pero, introduciendo lo irrazonable, los comentarios de puño y letra de Alfonso los reintegran al espesor contradictorio del mundo real; lo irrazonable es más excitante no únicamente para mí, sino incluso para el propio Alfonso, y en cierto sentido hasta el incoloro Walter Bueno sale ganando en la operación.

A quince metros del palomar, sumergido ahora en la oscuridad, las primeras gotas de lluvia me sorprenden,

frías y gruesas, picándome de refilón en la frente, en el filo de la nariz, y estrellándose apagadamente contra la coronilla de la cabeza y los hombros protegidos por el impermeable; en vez de abrir el paraguas, apuro un poco el paso y subo los tres escalones que conducen a la jaula, refregando a propósito los zapatos contra el suelo de portland para excitar los cuerpiitos tensos que, más que seguro, deben ya estar alertas en la oscuridad, pero por más que intento sacudirlos con el ruido de mis zapatos, del que la suela de goma contribuye a reducir la intensidad, y hasta con la punta del paraguas que golpeo varias veces contra el piso, las

palomas siguen inmóviles, y a no ser por algunos aleteos aislados, semejantes al temblor autónomo de un párpado o de un músculo secundario en un cuerpo en reposo, ningún signo de excitación general, aparte de un fluido indefinible de desconfianza o de extrañeza tal vez, me llega desde el recinto oscuro. Es cierto que la lluvia, adensándose, se ha puesto a repicar sobre el techo de tejas del palomar, y que quizás las palomas, incapaces de reaccionar a dos estímulos diferentes a la vez, están tratando de elaborar el rumor que rodea ahora su morada, la lluvia banal que, a causa de su interrupción de algunas horas, adquiere, como cada vez que

recomienza, la novedad de lo insólito, llenando de estupor y de ansiedad sus sesitos sin memoria.

En vez de correr para protegerme del agua, opto por caminar despacio, pegándome a la pared en la vereda desierta, de tan cerca que por momentos el paraguas, contra el que el tableteo de la lluvia es incesante, a veces roza o choca alguna saliente de las fachadas, balcones de planta baja, molduras, letreros bajos que sobresalen de las paredes, al costado de las puertas, anunciando alguna profesión o un comercio. De tanto en tanto, algún paseante refugiado en el umbral de una puerta me mira pasar más con

desconfianza que con curiosidad. El agua, sacudida por la lluvia que sigue cayendo, corre en torrentes hacia los desagües de las esquinas, que ya empiezan a saturarse, y la claridad que proyecta en las bocacalles el alumbrado público está enteramente atravesada de masas líquidas que, substituidas instantáneamente, al precipitarse, por nuevas masas líquidas, parecen una miríada discontinua y en suspensión, agitándose en una órbita fija, únicos elementos móviles en el interior de un sistema regido por la más perfecta inmovilidad, como un simulacro de nieve sacudiéndose dentro de una bola de cristal. En la esquina iluminada, el

agua me impide seguir avanzando, no únicamente la que cae del cielo negro, sino sobre todo la que cubre la calle, y que de un momento a otro desbordará los cordones para cubrir también las veredas, de modo que en la entrada profunda de un negocio que ocupa toda la ochava, entre dos vidrieras iluminadas llenas de prendas femeninas, polleras, vestidos, sacos de cuero y de piel, corpiños y bombachas blancas y negras festoneadas de puntilla, saltos de cama transparentes, cinturones de piel de víbora o de yacaré, lo que hasta no hace mucho tenía la costumbre de llamar «yo», la llamita increíble y frágil que sigue ardiendo a pesar de los torbellinos

de agua y de noche que se sacuden en lo exterior, espera apoyándose con las dos manos en el mango del paraguas que he vuelto a cerrar, y que chorrea agua, que la lluvia amaine para continuar su caminata.

Aunque no deben ser ni las siete y media, ya es noche cerrada y no se ve, como se dice, ni un alma en la calle. Desde el lugar en el que estoy parado, lo que cae ya no son masas líquidas y fijas, en suspensión en el mismo punto, sino, hecha visible por la incidencia de la luz, lluvia verdadera, es decir varas líquidas, transparentes y parcialmente brillantes que, cuando chocan contra el pavimento abovedado y contra la

superficie líquida que se expande en la calle, levantan, cada una, una especie de corola lisa y fugaz, surgiendo del pequeño tumulto que producen las gotas al estrellarse, de modo que todo el suelo visible está continuamente lleno de esas formaciones idénticas, pasajeras y vivaces.

Durante unos minutos, aparte de la lluvia y de la impresión que me asalta, súbita, de estar todavía vivo, en el lugar en el que estoy y en ningún otro, diciéndome a mí mismo con calma pero con obstinación *estar vivo es esto, esto, y ninguna otra cosa*, aparte de estar otra vez bien encastrado, tenue y frágil, en el presente, no pasa nada, hasta que,

alzando la cabeza, habiendo adivinado su presencia antes de captarlo con los sentidos, veo un coche que avanza, despacio, por la transversal a oscuras, a una cuadra y media más o menos, de modo que cuando pasa por la bocacalle iluminada para internarse otra vez en la calle oscura, su lentitud se confirma, de igual modo que el modelo, de los más recientes, que ya había adivinado por la altura y por la separación relativamente grande de los faros que antes de llegar a la bocacalle mandaron una señal para anunciar su presencia, y después descendieron otra vez a una posición más atenuada.

El color cereza del auto me

tranquiliza: es en coches del mismo modelo de color verde oliva, que los hombres del general Negri suelen pasearse por la ciudad y parándose de tanto en tanto ante alguna casa, o en plena calle, junto al cordón de la vereda, sin detener el motor, bajan armados y meten a los golpes en el asiento trasero a algún paseante desprevenido, del que nunca más se vuelven a tener noticias, a menos que no aparezcan sus restos mutilados —los testículos en la boca y los senos cortados al ras revelan el estilo del general Negri— una mañana cualquiera, en algún baldío o flotando aguas abajo, devuelto por el río después de varios

días de inmersión. Si el color cereza me tranquiliza, la lentitud me intriga un poco, ya que evoca menos un avance prudente a causa del agua que cubre la calle, que un aire de indolencia, casi de pereza, e incluso de anacronismo teniendo en cuenta la potencia evidente del motor, que gira tal vez en segunda velocidad, y el tiempo desproporcionadamente largo que le lleva a la máquina color cereza recorrer los cien metros de distancia entre la última bocacalle iluminada que acaba de cruzar y esta en la que estoy parado entre las dos vidrieras llenas de prendas femeninas, observándolo cuando llega a la esquina, aminora todavía más, con la

intención de doblar, ya que, casi a paso de hombre, el auto rojo comienza la maniobra, pero cuando empieza a bordear la esquina para encaminarse hacia el sur, frena, sin parar el motor, recula unos metros, y atraviesa la bocacalle, con tanta lentitud inhábil, que mi mirada baja hacia la patente sin alcanzar a descifrarla ni aun cuando, con la torpeza orgánica de un escarabajo, viene a detenerse junto al cordón a tres metros de donde estoy parado, haciendo desbordar hacia la vereda el agua de la calle. Los ocupantes se mueven deformes silenciosos y confusos detrás de los vidrios empañados por dentro y chorreando agua por fuera, y los

limpiaparabrisas, funcionando continuamente, no logran despejar los chorros de agua que vienen a estrellarse contra los vidrios. Pero por fin la ventanilla delantera, con la misma lentitud propia del auto entero, comienza a bajar, y que me la corten en rebanadas si no es Alfonso en persona quien aparece por el rectángulo y sacude el brazo en mi dirección.

—Ni más ni menos que el maestro Tomatis —grita, riéndose.

Sacudiendo el paraguas en el aire para secarlo un poco en vez de abrirlo, avanzo unos pasos por la vereda y me inclino hacia él.

—Alfonso —le dijo con jovialidad

melancólica, pero alzando la voz a causa del estruendo de la lluvia—. Cuanto más grande más zonzo.

La voz de Vilma Lupo me grita algo desde el asiento trasero en penumbra, y como no le entiendo, me inclino un poco más hacia la ventanilla abierta, comprobando que Julio César Parola, el especialista en marketing de Buenos Aires, está sentado al lado de Alfonso, y que la cabeza rubia de Vilma, proyectándose hacia adelante, parece flotar sobre el respaldo del asiento delantero entre las dos cabezas masculinas.

—¿Cómo? —le digo.

—Le pregunto si está estudiando

para mojarrita —dice Vilma.

—Suba, suba. Lo secuestramos — dice Alfonso. Haciendo girar el paraguas cerrado en el aire para referirme al auto color cereza le digo:

—¿Esta máquina impresionante se la debemos a Somerset Maugham?

Parola mira su reloj pulsera, impaciente, en vez de reírse, pero Vilma y Alfonso, como de costumbre, al unísono, lanzan una carcajada.

—Las ruedas son una contribución de André Maurois —dice Vilma, y desapareciendo de entre las dos cabezas masculinas, se inclina en la penumbra y abre la puerta trasera. Cuando me instalo junto a ella, me empieza a palpar

el impermeable, las mejillas —tiene las manos tibias— y la cabeza.

—Está todo mojado —dice.

—Lo llevamos al amigo Parola al aeropuerto, y después volvemos a la ciudad. Media hora —dice Alfonso.

—Bueno —le digo—. Pero preste atención al volante que morir en su compañía puede resultar sumamente comprometedor.

—La gente diría —dice Vilma— tuvo una muerte horrible: murió conversando con Alfonso.

Y que me cuelguen si tenía proyectado encontrarme a las ocho de la noche, en medio de una lluvia torrencial como se dice, rodando en el auto de

Alfonso, prácticamente a paso de hombre, en dirección al aeropuerto. Mi sistema filosófico, el casualismo, demuestra una vez su pertinencia: es obvio que la lluvia, por fuerte que sea, no puede impedirme realizar el paseo del anochecer, uno de los tres elementos, junto con la higiene corporal y la abstinencia de alcohol, de mi reconstitución física y mental, pero una lluvia un poco fuerte no hubiese bastado para obligarme a buscar refugio en ese negocio, y debo por lo tanto mi viaje al aeropuerto al empeoramiento imprevisible de las condiciones climáticas: por otra parte, si acaban de salir del Hotel Iguazú, me pregunto

cómo diablos pudo hacer Alfonso para pasar por la esquina en la que yo estaba parado, ya que se encuentra al norte y no al sur del hotel, es decir en dirección opuesta al aeropuerto. Si el determinismo y no la casualidad rigiesen el mundo, yo tendría que estar en este momento en la cocina de mi casa, tomando la sopa frente a mi hermana, y oyendo el ronroneo de la televisión, antes de subir a leer un rato en mi cuarto para meterme después en la cama.

La aparición del sistema solar no es menos casual que la del auto cereza, y las masas de materia que se dispersaron después de una explosión cualquiera sin duda, quedaron girando, por cuestiones

de masa, de velocidad, de inercia, de gravedad —todas palabras que no tienen el menor sentido por otra parte, *flatus vocis* como se dice—, alrededor de un cuerpo que llaman el sol, el cual por casualidad también, a causa de una distancia que nadie dispuso, alumbra y calienta la tierra. Todo esto es un fenómeno aleatorio y está ocurriendo por ahora —a decir verdad la cuestión me importa tres pepinos— y hace falta una mentalidad de pequeño propietario para pensar de otra manera: entiendo que si se ha comprado un terreno en Córdoba, se aspire a la eternidad de lo creado, aunque más no sea para no tener la impresión, después de años de

sacrificios, de haber hecho un mal negocio.

Cualquier hecho o cosa que se analice muestra de inmediato su origen casual, el imperativo categórico kantiano por ejemplo, las pirámides de Egipto, o la forma de las nubes. Basta tener un poco de imaginación para encontrar la casualidad en algún punto del recorrido.

A propósito de Egipto, mi concepción del universo da la siguiente definición de Napoleón: un pedo que la casualidad se tiró en Córcega, y, siguiendo la misma concepción, obtenemos para el imperio romano: puesto que en esos tiempos el mundo era

considerado plano, podemos imaginarlo como una bosta de vaca, chata y circular, con Augusto transformado en mosca verde, asentado en el centro y royendo sin descanso hacia la periferia.

—Usted me dice Tomatis si le estoy errando al camino —dice Alfonso, que se ha puesto grave de golpe, concentrándose en el volante.

—Por ahora va bien —le digo—. Apenas llegamos a la avenida de circunvalación, el aeropuerto está indicado.

—No se ve un cuerno con esta lluvia —dice Vilma, con un tono más bien despreocupado a tal punto que, desinteresándose de la cosa, se recuesta

suspirando contra el respaldar del asiento.

—¿Le parece que vamos a horario?

—dice Parola.

—Son veinte minutos de auto más o menos —digo.

El tal Parola ni siquiera juzga necesario responderme. Estoy por repetir la frase, pensando que no me ha escuchado, cuando siento la mano de Vilma que se aferra a mi muslo y lo aprieta, con la intención evidente de sugerirme que me calle. Trato de encontrar su mirada en la penumbra del automóvil, y Vilma sacude la cabeza y se encoge de hombros, queriendo significar más o menos *No vale la pena*

que pierda el tiempo tratando de ser amable con este plumazo, y después, inclinándose hacia el asiento delantero, con la más melodiosa y falsa de las entonaciones, seleccionada de entre la vasta gama de la que la creo capaz, se dirige al especialista de marketing de Buenos Aires.

—Parola —dice—. Estuvo regia la conferencia de esta mañana. Yo pude comprobarlo esta tarde en los seminarios de grupo.

—Lo importante es que la gente se sienta motivada —dice Parola.

—Tengo el palpito de que de aquí va a salir un lindo equipo de vendedores —dice Alfonso, y después, echándose un

poco hacia atrás en el asiento, dirigiéndose a mí pero sin dar vuelta la cabeza, para seguir vigilando el camino —. Esta es la parte menos romántica del asunto, aunque trabajar con material humano es siempre apasionante. Espero que no lo aburramos.

—Al contrario —le digo—. Me tienen fascinado. Únicamente Vilma y Alfonso se ríen. El tal Parola sigue ignorándome.

—Hay un mercado casi virgen para conquistar en el norte. Santiago del Estero, el Chaco, Formosa, Corrientes y Misiones —dice.

—Incluso el Paraguay —dice Alfonso—. Es uno de mis viejos sueños

el Paraguay.

—No se nos ponga romántico usted también, Alfonso —dice Vilma.

—Mi viejo sueño después de usted, señora —dice Alfonso.

Siguiendo una serie de carteles indicadores, Alfonso entra en la avenida de circunvalación y acelera un poco.

—Los poetas siempre tienen razón —dice Alfonso.

—Ya indican el aeropuerto.

Rodamos en silencio. Al cabo de dos o tres minutos, Parola mira la hora y murmura, no muy convencido.

—Sí, sí, probablemente vamos a horario.

—¿Quiere que acelere más todavía?

Piense que si nos matamos en un accidente, la vida intelectual de este país se retrasaría durante un siglo por lo menos —dice Alfonso.

Como si no lo hubiese escuchado, Parola se inmoviliza en el asiento y se queda contemplando la lluvia a través del parabrisas. La mano de Vilma, en la penumbra del asiento delantero, me aprieta de nuevo el muslo en signo de complicidad, pero esta vez no se retira. Para ser totalmente franco, debo reconocer que si el primer apretón me sorprendió, sin darme tiempo a ningún otro tipo de reacción, el segundo, por parecerme superfluo, y a causa de la permanencia de la mano, depositada con

blandura sobre el muslo, me puso en alerta, induciéndome a considerar de una manera diferente la proximidad de Vilma, casi pegada a mí en el asiento trasero a pesar del espacio vacío que hay entre ella y la puerta de su lado, de modo tal que yo estoy prácticamente rozando con el hombro la que está del mío, para no dar la impresión de estar aprovechándome de la situación.

Otro hecho digno de ser destacado es que la proximidad constante de Vilma, sus rozamientos probablemente involuntarios, y sus toqueteos familiares —no me olvido que esta mañana en el salón Capri empezó a darme golpecitos en el pecho con los nudillos con la

jovialidad más inesperada— tiene como consecuencia imprevista un levísimo latido en el vértice del pubis, un grumo tibio de sensación, fugaz, y únicamente perceptible a causa de un largo período de marasmo o anestesia en la zona de dicho vértice. Cuando entré en el auto hace un rato, la mano tibia de Vilma, tocándome el pelo y las mejillas para verificar los efectos de la lluvia, había hecho como dicen nacer en mí una confusión rápida, arcaica y agradable, sin que para nada la región de mí cuerpo que goza desde casi dos años de la benevolencia de la Papesa, haya sido notificada de esa confusión. Únicamente la mano que permanece sobre el muslo

parece transmitir, incluso a través de la lana del pantalón, la anulación momentánea de la dispensa. Y que me cuelguen si no entreveo, a causa de eso, y a pesar del paseo cotidiano, de la higiene corporal y de la abstinencia alcohólica, un relumbrón rápido de pesadilla.

—¿Todo bien atrás? —dice Alfonso, después de un rato de silencio.

—Al pelo —dice Vilma.

—No diga Tomatis que no lo tratamos bien en Bizancio —dice Alfonso.

—El problema —dice Parola— es que mañana tengo una conferencia en la Patagonia.

—¿Libros también? —dice Vilma, y la mano me oprime fugazmente el muslo, queriendo significar más o menos: *Tirémosle la lengua a ver con qué nos sale este papanatas.*

—No. Lana. Exportación de lana — dice Parola.

—Qué interesante —dice Vilma, y retira la mano.

Envuelto por el rumor de la lluvia que golpea contra el techo y contra los vidrios, el silencio que se hace en el interior caldeado del auto parece lleno de pensamientos evidentes pero incomunicables, y el único sobre el que puedo pronunciar me con alguna certeza, el mío, puede resumirse de la siguiente

manera: *Aquí estoy viajando en auto en dirección al aeropuerto en medio de la lluvia, con tres desconocidos, dos de los cuales vi por primera vez hace veinticuatro horas, lo que no nos impide tratarnos como si fuésemos de la familia, y el tercero, que ni siquiera me dirigió el saludo cuando entré en el auto, representa un compendio viviente de todo lo que odio. Pero lo más probable es que tener que soportar al tercer individuo durante veinte minutos no es lo más grave que los dos primeros me tienen reservado. De golpe, la lluvia recrudece, lo que acentúa todavía más el silencio en el interior del auto y, aunque nadie lo*

profiera en voz alta, es palpable como se dice que, después de haber registrado con los sentidos esa recrudescencia, los ocupantes le dedicamos, por algunos segundos, nuestros pensamientos. Cruzamos Santo Tomé envuelta en una doble capa de agua y oscuridad, agujereada de tanto en tanto por las luces del alumbrado público, por el umbral de alguna puerta o por el rectángulo amarillo de alguna ventana, y ahora entramos en la autopista o en lo que pensamos que es la autopista, ya que apenas si alcanzamos a ver, a través de las masas blanquecinas de lluvia, el fragmento de espacio que iluminan los faros. De tanto en tanto, los de algún

auto que viene en dirección opuesta, nos proveen una referencia exterior que nos permite representamos, llenando instintivamente con la imaginación los detalles que el agua y la noche han borrado para los sentidos, la autopista entera que, por lo menos para mí que la he recorrido mil veces, no es ahora más que una reminiscencia incierta. Al cabo de un momento, Alfonso dice:

—Aquellas deben ser las luces del aeropuerto. Y Parola:

—Espero que estemos llegando a horario. Oprimiéndome el muslo, y como saliendo de una especie de somnolencia, Vilma dice jovialmente:

—Se ve que extraña Buenos Aires,

Parola ¿eh?

Parola no le contesta, pero se mueve un poco en el asiento delantero, inclinándose para recoger su portafolio que probablemente yace a sus pies, y preparándose a bajar del auto, aunque todavía faltan por lo menos dos kilómetros para llegar. Por las mismas razones impenetrables que lo han hecho venir casi a paso de hombre, Alfonso acelera de un modo brusco, haciendo bramar el motor, pero al cabo de algunos metros parece cambiar de idea y vuelve a disminuir la velocidad.

Por fin entramos en los terrenos del aeropuerto iluminado: el estacionamiento en el que las

carrocerías de una docena de coches brillan bajo la lluvia, reflejando las luces del edificio largo y chato coronado en uno de los extremos por la torrecita de control, que se levanta entre el estacionamiento y las largas hileras de luces de las pistas de aterrizaje.

Dos o tres avioncitos se sacuden un poco bajo la lluvia, a un costado de las pistas, casi pegados por el fuselaje al edificio, al pie de la torre de control. Sin detener el motor, Alfonso para el coche frente a la entrada.

—Bajen así ganamos tiempo y además no se mojan. Yo voy al estacionamiento —dice.

—Usted es un amor, Alfonso —dice

Vilma.

Bajamos, atravesando rápido, bajo la lluvia, la vereda ancha, y entramos en el hall iluminado, detrás de Parola que, sin siquiera detenerse para mantener la puerta abierta, se dirige casi corriendo hacia el mostrador de embarque y se pone a hablar con una empleada. Quince o veinte personas, diseminadas en el hall, en asientos de plástico adosados a la pared, en los taburetes del bar, mirando la pista a través de los ventanales, parecen esperar desde hace rato un acontecimiento ya improbable. Vilma se para riéndose y, agarrándome la mano, la lleva a sus mejillas.

—Tóqueme, tóqueme. Mire qué mojada que estoy —dice, pero con idéntica imprevisibilidad, deja caer mi mano y, dándose vuelta, se dirige con paso rápido hacia Parola que discute en el mostrador con la empicada.

La iluminación exagerada, blanca, del hall, dentro del paralelepípedo chato del aeropuerto depositado en la oscuridad saturada de agua de la llanura, los viajeros impacientes que se pasean o esperan sentados en actitudes convencionales, los mosaicos claros del suelo atravesados de rastros aguachentos y barrozos, las voces que repercuten en el cubículo demasiado grande para lo que contiene en este

momento, contribuyen a densificar de un modo súbito lo exterior aumentando mi sensación de fragilidad, de inexistencia, sin que parezca haber por el momento una sola grieta por la que, subiendo desde la zona negra en la que yacen, algunos de los fragmentos enmohecidos de lo que antes sabía llamar «yo», aflore para ser, aunque más no fuese durante unos segundos, vivaz y olvidado de sí mismo, contemporáneo del acontecer.

Una corriente de aire que sopla a mis espaldas, y un ruido de pasos precipitados me anuncian la llegada de Alfonso que, parándose junto a mí con las llaves del auto todavía en la mano, me da un golpecito en el brazo,

murmurando:

—¿Se le fue el avión? —Mientras sacude la cabeza hacia Parola que, justo en ese momento, deja de hablar con la empleada y se dirige hacia nosotros precedido por Vilma.

—Recién ahora está por aterrizar —dice Vilma—. El mal tiempo.

—Son ellos los que no están a horario —dice Parola, parándose junto a nosotros y dejando vagar su mirada por sucesivos puntos del espacio para no dejarla encontrarse con la nuestra. El clima de francachela un poco mecánica que reina entre el dispositivo Vilma/Alfonso y mi persona parece incomodarlo e incluso irritarlo. Todo lo

que lleva puesto, zapatos, pantalón, saco, impermeable, *pullover*, camisa, corbata, reloj pulsera, anillos, el portafolio que tiene en la mano, es de primera calidad en una combinación perfectamente armónica de tonos que los grandes árbitros internacionales de la moda han declarado vigentes, sin la menor disonancia, todo probablemente comprado en el extranjero, en Europa o en los Estados Unidos, y más que seguro que con lo que le ha costado el conjunto una familia modesta comería un año entero, pero que me cuelguen con un gancho del prepucio o me la corten en rebanadas si, a pesar de la ropa que lleva puesta, de sus relaciones y del alto

concepto en que se tiene a sí mismo, es algo más que el ejemplar indiferenciado de un producto fabricado en serie, sin más espesor que una silueta de madera terciada.

—Todo parece indicar que tengo que pagarles un *whisky* —dice Alfonso.

Vilma extiende la mano hacia él con expresión admirativa, como si nos lo estuviera presentando.

—*The right man in the right place, always* —dice, en un inglés fluido y casi sin acento.

—Aunque a lo mejor me está insultando, se lo pago igual —dice Alfonso. Nos dirigimos hacia el bar, cerca de los ventanales que dan sobre la

pista. Aunque camina al mismo ritmo que nosotros, Parola se mantiene a cierta distancia marcando con la posición y la actitud general de su cuerpo, su no pertenencia a nuestro grupo, con el mismo empeñamiento con que un primate, hallándose por error entre una familia de especie ligeramente diferente de la suya, y a pesar de la hospitalidad un poco convencional que se le brinda, se obstina en delimitar su territorio. Y hete aquí como se dice que un primate de la misma familia que la suya —ropas caras, portafolio, relaciones bien ubicadas, alto concepto de sí mismo—, apoyado contra el mostrador del bar, con un vaso de *whisky* en la mano, abre

los brazos sonriendo al verlo llegar. Parola se adelanta con rapidez y lo saluda. También Alfonso parece conocerlo, porque Parola Bis le dirige un gesto amistoso con el vaso. Pero nos instalamos en la otra punta del mostrador, la más cercana al ventanal.

—¿*Whisky* para todo el mundo, entonces? —dice Alfonso, con aire decidido.

—No yo tomo agua —le digo.

—No coincide con su reputación —dice Alfonso — ¿Está con antibióticos?

—Para nada —le digo—. Estoy tomándome unas vacaciones.

En sus ojitos afligidos brilla de pronto una vacilación húmeda. La ropa

que lleva puesta es probablemente más cara que la de los dos Parolas, menos convencional y más juvenil, a pesar de que es más viejo que ellos, pero hay algo, un contraste entre su ropa y su persona, en el modo de llevarla quizás, o en los estremecimientos de su bigote entrecano o la aflicción constante de su mirada por encima de su campera de cuero y de sus *pulloveres* de cachemira, que delata el espesor hormigueante de su interior, el carnaval sombrío de los fantasmas que trabajan contra sí mismo. Algo que me refleja.

Alfonso se inclina hacia mí, bajando un poco la voz, y mirando a los costados, como si estuviésemos

conspirando:

—Pero cena con nosotros esta noche, ¿de acuerdo? —susurra.

—De acuerdo —le digo.

Alivio y esperanza atraviesan, fugaces, su mirada y, lleno de satisfacción, alzando la voz, le dice al mozo que está esperando del otro lado del mostrador:

—Dos *whiskys*, hielo y un agua mineral para el señor.

El mozo me dirige una mirada interrogativa:

—¿Con gas o sin gas?

—Con gas —le digo.

—Con gas no tengo —dice el mozo, echándose a reír.

—Si será vivo —dice Vilma.

Indolente, el mozo se dirige hacia el otro extremo del bar.

—Me fascina el humor de nuestro pueblo —dice Alfonso, entrecerrando admirativo los ojos, con aire de pensador.

—A mí también —dice Vilma—. Pero siempre me queda la duda: ¿es o no de la policía?

Nos reímos, haciendo movimientos afirmativos y entendidos con la cabeza, y después nos quedamos en silencio, pero cuando el mozo viene a depositar el pedido nos reímos otra vez, lo que parece satisfacer al mozo, que interpreta nuestra risa como un renuevo de

celebración de su ocurrencia de hace un momento. Alfonso me sirve el agua mineral, extiende el vaso a Vilma, y después, recogiendo el suyo de sobre el mostrador, lo agita un poco haciéndolo tintinear, se toma un trago, lo paladea, sacude afirmativamente la cabeza, y con un segundo trago lo vacía del todo, dejando únicamente los pedazos de hielo. Después deposita el vaso sobre el mostrador y, buscando al mozo con la mirada, le hace una señal con el índice, consistente en sacudirlo verticalmente encima del vaso vacío. El mozo trae la botella y se lo vuelve a llenar. Detrás de su cabeza calva, de la cabeza rubia, un poco más alta, de Vilma Lupo que está

parada a su lado, inmóvil, con su vaso de *whisky* en la mano, se levantan los ventanales que dan sobre la pista en la que vienen a estrellarse los torbellinos de lluvia que, adensándose hacia el horizonte invisible, a pesar de las hileras bajas de luces, o quizás a causa de ellas, forman una especie de nube opaca, grisácea, atravesada de tanto en tanto de brillos y de reflejos inestables y diminutos.

En algún punto de la masa grisácea y agitada, flotando a cinco o seis metros del suelo, una luz roja parpadea, y únicamente después de unos segundos de fijar la vista en ella me doy cuenta de que está avanzando hacia nosotros. Unos

segundos más, y el avión entero, gradual, emerge de la lluvia, la trompa alargada, los reactores laterales que cuelgan de las alas invisibles y, en un plano ligeramente superior, la luz roja que parpadea en la punta de la cola. Hostigado por la lluvia cuyas salpicaduras, al chocar contra él, rebotan y se arremolinan a su alrededor, el aparato progresa a duras penas, se arrastra casi, como si estuviese desplazándose por un medio inadecuado, igual que Gulliver en Liliput, para no aplastar por imprevisión a sus huéspedes, o el albatros de Baudelaire entorpecido por el peso de sus propias alas. Su estructura

metalizada, lavada por el agua, relumbra al cruzar las hileras de luces de las pistas laterales y, a medida que se acerca, una vibración casi imperceptible a causa de la agitación constante de la lluvia, va haciéndose cada vez más aparente, igual que un temblor orgánico de valetudinario. Lo fantasmal de su presencia se acentúa a medida que se aproxima, ya que los parabrisas de la cabina de comando, sobre la nariz del fuselaje, recuerdan al emerger desde la noche lluviosa el antifaz truculento de una marioneta gótica. Durante un momento, da la impresión de haberse inmobilizado, lo que después resulta ser cierto, porque, con la precaución de un

ciego, ya demasiado próximo del ventanal del aeropuerto, ha comenzado una maniobra que parece incompatible con su naturaleza, consiste en girar a la izquierda para internarse en una pista lateral, paralela al edificio del aeropuerto. Por fin, después de varios tanteos timoratos, logra entrar en la pista y avanza unos metros por ella, hasta que vuelve a detenerse, para empezar a recular, paralelo a las instalaciones del aeropuerto, habiendo hecho coincidir de un modo aproximativo la puerta por la que deben subir y bajar los pasajeros con la del hall iluminado en el que, viéndolo llegar cuando menos se lo esperaban, los viajeros impacientes

comienzan a agitarse ante la inminencia de la subida a bordo. El avión se ha inmovilizado tan cerca del edificio, que a través de la hilera regular de ventanillas que le perforan el flanco, detrás de lluvia, se divisan confusamente los pasajeros que ya están levantándose de sus asientos. Parola se acerca a nosotros.

—Bueno —dice—. No estamos muy a horario, pero tampoco es catastrófico. Vamos a ir aproximándonos con mi amigo.

Le da la mano a Vilma, a Alfonso y, por distracción, a causa del apuro de la partida, me la tiende también a mí, que ostentosamente simulo no haberla visto,

dejándolo una fracción de segundo con la mano en el aire, lo que lo hace lamentarse interiormente de su error, a juzgar por la expresión de odio que relampaguea en sus ojos y que yo ignoro echando miradas falsamente distraídas a mi alrededor: porque un maniquí relleno de paja quiera implicarme en formalidades estúpidas, que por ocurrir además en público pueden resultar incluso comprometedoras, no voy a andar sacando la mano del bolsillo para ponerme en ridículo estrechándole la suya que vaya a saber dónde anda metiendo cuando nadie lo vigila. Como si hubiese aire donde está parado Parola, succionado de golpe por la más

perfecta inexistencia, me dirijo a Vilma y Alfonso:

—Voy a hablar por teléfono —dijo, dándome vuelta y dirigiéndome hacia los teléfonos anaranjados adosados a la pared, del otro lado del hall, mientras hurgo en el bolsillo del pantalón buscando una ficha.

—No te espero entonces —dice mi hermana—. Qué lástima. Te había preparado una buena sopa.

—Mañana a mediodía —le digo.

—Me olvidaba. Llamó Alicia. Dice que no dejes de ir a buscarla el viernes a la noche para pasar el fin de semana con nosotros —dice mi hermana—. No me olvido —le digo—. Pero recién

somos miércoles.

—Se te oye lejos. ¿Dónde estás?

—En el aeropuerto —le digo.

—¿En el aeropuerto? ¿Con este tiempo? ¿Qué estás haciendo en el aeropuerto?

—Estoy con unos amigos, pero nos volvemos a comer a la ciudad —le digo.

—No empieces otra vez a tomar —dice mi hermana.

Nos despedimos. Cuelga, y cuelgo a mi vez: cuando me doy vuelta, compruebo que Vilma y Alfonso avanzan en mi dirección y al llegar junto a mí, Alfonso se da vuelta discretamente para verificar que Parola no puede escucharlo, y dice en voz baja:

—Los servicios de este hijo de puta me costaron dos mil quinientos dólares.

—No me imaginaba que fuese tan plomo —dice Vilma.

—Y eso no es nada —dice Alfonso—. Está también bastante metido con los militares.

—Un plumazo —dice Vilma—. Pesadísimo.

—Es la última vez que me saca un mango —dice Alfonso.

—Es bastante buen profesional —dice Vilma.

—Nada del otro mundo —dice Alfonso.

—Yo he estudiado marketing también. Estos tipos sirven para darle

lustre a los seminarios. Pero después de esta, *kaput*.

Cerrando los ojos, Alfonso sacude varias veces la cabeza, como se suele hacer cuando se sale del agua o para ahuyentar un pensamiento desagradable, y después mete la mano en el bolsillo del pantalón, sacando las llaves y extendiéndoselas a Vilma.

—A partir de ahora, le confío las llaves hasta el viernes a la mañana, señora —dice.

Bajo la lluvia, corremos los tres hasta el estacionamiento, dando saltitos para evitar los charcos de agua que se forman en los desniveles del asfalto. Alfonso insiste para que me instale en el

asiento delantero, al lado de Vilma que se sienta frente al volante. Al entrar en el auto, mis zapatos chocan contra una pila de carpetas amarillas de la distribuidora arrumbadas en un rincón del piso, y recogiénolas, se las alcanzo a Alfonso, instalado en el asiento de atrás con expresión satisfecha. Pero cuando las está recibiendo para dejarlas caer sin precauciones en el asiento trasero, la luz interior del coche cereza se apaga y arrancamos. Con habilidad, al mismo tiempo que enciende un cigarrillo, Vilma saca despacio el auto del estacionamiento, hasta que entramos en el camino asfaltado del aeropuerto que conduce a la autopista. Nadie dice

una palabra, pero que me cuelguen si no sé de antemano cuál será nuestro próximo tema de conversación. Un fluido de pensamientos similares que emanan desde mi izquierda y desde el asiento trasero sumido en la oscuridad, flota en el interior del coche y converge hacia mi persona, mientras la brasa del cigarrillo que cuelga de los labios entreabiertos de Vilma —puedo ver su perfil gracias al resplandor rojizo que se proyecta desde el tablero de dirección — se intensifica a cada chupada. Recién cuando entramos en la autopista, me doy cuenta de que Alfonso se ha dispuesto a abrir la boca, no sin antes removerse un poco en el asiento, encender también él

un cigarrillo, y carraspear dos o tres veces, tratando de encontrar el tono más indolente y casual para formular su pregunta, ¿he tenido tiempo de hojear el ejemplar anotado de *La brisa del trigo*?

Y, con una risita, para demorar tal vez mi respuesta por temor de que sea negativa, agrega que, bueno, anotado es mucho decir, que sus comentarios no son más que las observaciones deshilvanadas de un buen conocedor de los usos y costumbres de la región, y un poquito también, por qué no, del alma humana. Cuando le contesto que, efectivamente, he estado hojeándolo esta tarde, Alfonso entra en una especie de agitación o de acaloramiento —ya me

tiene acostumbrado— y, aunque no habla, también en Vilma la expectativa parece aumentar, porque la brasa de su cigarrillo, que vigilo de reojo, se intensifica a intervalos cada vez más cortos, de modo tal que el humo de los cigarrillos y el tufo a alcohol —quién hubiese podido imaginarlo— me ahogan un poco. Y como también para mi respuesta he asumido el tono más neutro e indiferente del mundo, puedo permitirme simular que estamos por cambiar de conversación y pregunto, de la manera más amable y convencional del mundo:

—¿Puedo bajar un poquitito la ventanilla?

Casi al unísono, Vilma y Alfonso responden afirmativamente, con la misma solicitud conque le acordarían a una pierna de cordero la autorización de entrar en el horno. La lluvia, el aire en el que nos desplazamos, la noche de invierno, la llanura invisible que estamos atravesando, ululan, silban, braman apagadamente cuando bajo un par de centímetros el vidrio de la ventanilla y unas chispas de agua helada, colándose por la abertura, vienen a estrellarse de tanto en tanto, contra mi perfil, sobresaltándome durante unos segundos hasta que me acostumbro a ellas y termino por encontrarlas agradables, lo mismo que al aire frío

que renueva la atmósfera caldeada y llena de humo en el interior del auto. Yo había observado muchos anacronismos en el libro, digo con suavidad en voz alta, pero el estilo y la concepción general son tan de baja estofa que me pareció superfluo ocuparme de los detalles. Hay tantos errores por página que llevaría una vida repertoriarlos. Usted ha hecho un verdadero trabajo de hormiga. Alfonso no responde de inmediato, aunque por la agitación evidente de su silencio, me doy cuenta de que mi respuesta lo ha satisfecho, pero cuando se decide a hablar, su satisfacción se canaliza en un comentario elogioso que le dirige a

Vilma, felicitándola por la destreza con que maneja el auto. Durante alrededor de un minuto entablan un diálogo convencional, un poco absurdo, sobre el tema, intercalando risitas y sobrentendidos, uno de esos dúos privados a los que ya empiezo a acostumbrarme, y con los que parecen celebrar en código el cumplimiento de algún designio planeado de antemano.

De modo que después de un minuto de oírlos pacientemente delirar, le lanzo a Alfonso como se dice a quemarropa:

—Usted parece haberlo conocido bien a Waltercito.

Alfonso da la impresión de haber hecho una interpretación correcta de lo

que viene implícito en mi pregunta, y que podría resumirse de la siguiente manera: *Ya me las tiene llenas con sus sobreentendidos de tres por cinco de modo que si de veras tiene la intención de valerse de mí para aplastar de un modo definitivo a esa cucaracha de Walter Bueno, o con algún designio inconfesable, es mejor que vaya poniendo las canas sobre la mesa de una buena vez, no vaya a ser que yo termine perdiendo la paciencia.* Bien bien, dice, lo que se dice bien, sería exagerar un poco, pero en efecto el sujeto ese tuvo su primer —y único por otro lado— nombramiento de maestro en el pueblo en el que él, Alfonso, vivía,

antes de mudarse de un modo definitivo a Rosario, cuando instaló su propia distribuidora. Como antes de crear Bizancio andaba en otros negocios, viajaba mucho de modo que sus contactos con el individuo de marras eran esporádicos.

Si él y la pobre Blanca —su mujer — seguían viviendo en el pueblo era porque tenían unos campos que administrar y porque Blanca era también maestra en la escuela del pueblo, y no había podido obtener su traslado a Rosario. Como ella era delicada de salud él, es decir Alfonso, había decidido que debían seguir viviendo en el pueblo para evitarle a Blanca el

traqueteo de los viajes. Alfonso modula su relato, un poco lento, entrecortado por silencios debidos a las vacilaciones a que supuestamente lo obligan los esfuerzos de la reminiscencia, dosificando con habilidad la entonación de cada una de las frases, de modo tal que el inquisidor, sentado bien rígido en el asiento de adelante, con la mirada fija en el segmento de círculo que traza el limpiaparabrisas, retenga el esquema siguiente.

La pobre Blanca, señora seria, maestra de escuela dedicada con abnegación a su trabajo a pesar de su salud delicada, Alfonso, su marido, propietario de campo por fatalidad pero

que ejerce un trabajo cultural por afinidad electiva como se dice, y dispuesto a desgastarse en viajes continuos y engorrosos para preservar la salud de su mujer, y por último Walter Bueno, ganapán arribista, arrumbado en un segundo plano, borroso y casual. Por supuesto que no pienso dejarme embaucar por los eufemismos del propietario-gerente de Bizancio Libros que, percibo sin darme vuelta ni modificar en lo más mínimo mi actitud, se remueve un poco en la penumbra del asiento trasero, probablemente con una inquietud semejante a la del alumno que acaba de pasar un examen oral y no está seguro del efecto que su exposición le

ha causado a los examinadores. Después de una pausa deliberada, que debe estar acrecentando su ansiedad, y con un tono desenvuelto, suave y desinteresado, le pregunto:

—¿Pero llegaron a ser realmente amigos?

De un modo brusco, para tirar el cigarrillo, Vilma abre la ventanilla de su lado, así que el silbido, el bramido de la noche lluviosa, la corriente de aire frío se intensifican al entrar en la atmósfera caldeada del auto, sobresaltándome un poco, y cuando la vuelve a cerrar, casi de inmediato, Alfonso aventura una respuesta llena de circunloquios y de generalidades, en la que las precisiones

que, obligado por las circunstancias, va introduciendo, le exigirían un análisis semántico de una gran sutileza a un oyente desprevenido: ¿acaso es posible ser amigo, si se toma la palabra en su sentido estricto, con un tipo de personalidad como la de Walter Bueno? Por ejemplo él, es decir Alfonso, podría, dice, ser amigo de alguien como usted, es decir «yo», o sea «Carlos Tomatis»; no pretende serlo, puesto que acaba de conocerme, aunque ha oído hablar mucho de mí desde hace tiempo, pero es evidente que se ha establecido desde ayer, desde el contacto *de visu*, una simpatía mutua, en fin, no quiere prejuzgar sobre mis propios

sentimientos, pero lo que él quiere decir, dice, cayendo momentáneamente en un acceso fugaz de agitación, es que nuestras personalidades —la señora es testigo de la impresión favorable que he hecho sobre su persona— podrían concordar, en algún futuro próximo o lejano, en ese beneplácito mutuo que se otorgan las almas y que se llama la amistad. Consciente de que su introito pseudofilosófico y que su descarado lustre de zapatos me importan lo que se dice tres pepinos y que he estado oyéndolos como quien oye llover, Alfonso, después de un carraspeo, no tiene más remedio que conceder algunas precisiones, lo que hace que Vilma,

sentada junto a mí, se enderece en su asiento y, aferrándose al volante, gire levemente la cabeza, de unos milímetros apenas, hacia atrás, para concentrar, alerta, su atención: aparte de eso, dice Alfonso, de la diferencia de temperamento y de sus viajes frecuentes que lo mantenían alejado del pueblo, sí, se habían visto bastante seguido y habían compartido los tres, al principio sobre todo, algunos buenos momentos; y la pobre Blanca, concede Alfonso, a causa quizás de la descendencia que debido a su fragilidad no pudo tener, pudo volcar en esa amistad un poco del instinto materno —elemento básico del alma femenina— que en diez años de

casados no había podido expresar de un modo más natural.

Y, juzgando al parecer haber encontrado el tono justo, ni demasiado vago ni demasiado preciso, presintiendo probablemente que si no da más detalles por iniciativa propia, puedo insistir para que me aclare algunos puntos oscuros, Alfonso, con el fin de ganarme de mano, continúa: podían haberlo recibido como a un hijo, si la completa anestesia moral de Walter Bueno no hubiese sido un obstáculo insalvable para esperar de él cualquier tipo de reciprocidad afectiva.

Por otra parte, su arribismo mediocre le impedía integrarse en la vida social del pueblo, ya que estaba

obsesionado por ir a triunfar a la capital, cosa que terminó logrando, aunque ya se sabe a qué precio.

Y ese arribismo lo condujo a, llegado el momento, esquivar sus responsabilidades, ya que su partida del pueblo, cuando se le presentó la primera oportunidad en Buenos Aires, fue tan rápida que había interrumpido su trabajo en la escuela, importándosele un rábano desequilibrar con su ausencia brusca, sin dar tiempo a que se le encontrara un reemplazante, la armonía del trabajo escolar, lo que por añadidura había sido una mortificación suplementaria para la pobre Blanca, que había debido realizar *ad honorem* las tareas de su colega, lo

que había terminado por quebrantar su salud y ser una causa más de su terrible accidente, en el cual el *surmenage* había jugado un papel importante. El temperamento de Blanca, empalma el discurso de Alfonso desviándose imperceptiblemente en otra dirección al mismo tiempo que el coche cereza, llegando al final de la autopista, toma una curva para internarse en la ruta que atraviesa Santo Tomé, el temperamento de Blanca la indujo siempre al sacrificio, a no esquivar, como muchos otros, sus responsabilidades, y para ella el trabajo en la escuela había sido siempre una motivación importante —la terminología es de Alfonso—, ya que no

se le escapaba lo vital que es la educación para el desarrollo en un medio rural.

Las afueras de Santo Tomé en la que alternan casitas modestas de ladrillo sin revocar y baldíos que conozco de memoria, están sumidas en la más negra oscuridad, pero nuestros faros iluminan de tanto en tanto una fachada, una alcantarilla, un grupo de árboles negruzcos y lustrosos a causa del lavado insistente, semejante al frote compulsivo e innecesario de un obsesivo, de la lluvia helada; y cuando las luces del alumbrado público, más al centro, iluminan un poco cada cruce de transversal, el pueblo no da la impresión

de ser menos triste, desierto y oscuro. Alfonso hace silencio otra vez, no muy convencido, tengo la impresión, de que sus deslizamientos digresivos hayan obtenido el efecto deseado, o sea mantener sus respuestas en una vaguedad brumosa, y es más que seguro que no se equivoca puesto que, cuando deja de hablar, me dispongo a reclamarle cómo deberé orientar la conversación para sonsacarle por fin las precisiones que busco, precisiones que, por otra parte, ni siquiera para mí mismo son totalmente claras. Además está decir que el intercambio de frases que venimos haciendo desde el aeropuerto, tiene el tono más desinteresado, mundano y

casual que pueda concebirse, y que si hubiésemos estado hablando del mal tiempo o de si los escandinavos hacen o no ruido al tomar la sopa, nuestro diálogo le hubiese dado a un observador desinteresado la impresión de estar oyendo una serie de banalidades durante una reunión social como se dice. Convencido de que por el momento me será difícil obtener algo más preciso de Alfonso, me vuelvo ligeramente hacia Vilma Lupo.

—¿Y usted lo conoció? —le digo.

Vilma se remueve un poco en su asiento, y se aferra con más fuerza al volante, vacilando unos segundos antes de responder, como si esperara que

Alfonso lo haga en su lugar, y después dice:

—¿A Walter Bueno? Ni por las tapas.

—¿Es la expresión adecuada para referirse al autor de un *best-seller*? —pregunto, no dirigiéndome a ella, sino en general, como si estuviese interrogándome a mí mismo, lo que provoca la risa desproporcionada en relación con la comicidad real de la frase, no de Vilma y Alfonso separadamente, sino del dispositivo Vilma/Alfonso, la entidad que, por momentos, forman a dúo, y que es algo más complicado, inasible y turbio que la mera suma de sus individualidades.

Cuando el dispositivo hace silencio, Vilma explica: hace apenas un año que ella conoce a Alfonso, porque ha estado viviendo en Europa —Londres, Roma— desde el setenta y tres; el año pasado resolvió volverse a Rosario, con tan mala suerte (risa breve del dispositivo connotando inteligencia mutua) que a los dos o tres días de haber llegado, aterrizó en Bizancio Libros. De modo que a Walter Bueno lo conoce por referencias, y por haber leído *La brisa en el trigo*. A ningún interlocutor atento podría escapársele lo que subyace en las palabras de Vilma, que, por la agitación que lo sacude, Alfonso parece aprobar sin restricciones, y que interpreto de la

siguiente manera: *Estoy perfectamente al tanto de todo lo que quiere saber, pero no estoy dispuesta a soltar una sola palabra, de modo que para cualquier información suplementaria sobre este asunto tan delicado, le ruego dirigirse a la persona que se encuentra sentada en este mismo momento a sus espaldas, en el asiento trasero.* Y para acentuar todavía más su autonomía completa respecto de esa persona, Vilma cambia de una manera brusca de conversación y sin modificar en nada su estilo mundano y jovial, me dice:

—Alfonso pasa el día en Rosario mañana. Es un hombre muy ocupado, pero sus esclavos tenemos la tarde libre

antes del gran final del viernes, y como deja el auto a mi disposición, ¿qué le parece Tomatis si lo paso a buscar después del almuerzo así me muestra la ciudad y en vez de hablar tanto de libros hablamos un poco de literatura?

—¿Por qué no? —le digo.

—Es un tema de conversación como cualquier otro. Llámeme por teléfono antes de salir, y yo la espero en la puerta de mi casa.

—Aún si no hubiese otras razones, la existencia de Bizancio queda justificada por haber suscitado este encuentro histórico —dice Alfonso.

—Va a ser un Yalta del espíritu —dice Vilma.

Lo que los tres parecemos pensar al mismo tiempo, sin que ninguno se decida a desplegarlo en palabras, nos induce a un silencio dubitativo que, después de algunos minutos, Alfonso aprovecha para lanzarse en una interminable disquisición diversiva, sobre un tema que podría resumirse más o menos como la redención universal por el libro, lo que pasado en limpio, y que me cuelguen si él mismo es consciente de lo que significan realmente sus palabras, podría obtenerse gracias a la multiplicación de puntos de venta, en el norte del país e incluso en el Paraguay, de su distribuidora. La punta de lanza como se dice de esa cruzada parecería

ser la revista cultural en sentido amplio, lo que obviamente me coloca a la cabeza del movimiento. Mientras Alfonso perora, yo voy dándole instrucciones a Vilma, cuando entramos en la ciudad, para guiarla al *restaurant* que han elegido, probablemente el más caro de la ciudad, y que como por casualidad se encuentra a cincuenta metros del hotel Iguazú, con el fin de que ninguno de los clientes ricos del hotel, aconsejados por el portero, corra el riesgo de no encontrarlo. De modo que Vilma detiene el coche directamente en el estacionamiento del hotel y, apretujándonos los tres bajo mi paraguas contra el que repiquetea la lluvia,

corremos hacia el *restaurant*. Vilma me toma del brazo y la calva de Alfonso viene casi pegada a mi axila, accesible gracias al brazo levantado que sostiene el paraguas. Al cruzar la calle nos dispersamos un poco pero en la vereda de enfrente nos volvemos a juntar, entre risas, interjecciones y resoplidos, ganados, por la misma disposición a la excitación infantil y a la irresponsabilidad en la que nos sumerge la carrera bajo la lluvia, de modo tal que cuando entramos, ruidosos, en el *restaurant* de lujo, exiguo como un dormitorio, los pocos clientes que hablan en voz baja, instalados desde hace rato, nos miran con cierta

reprobación. Pero el mozo, que nos reconoce —me jugaría la cabeza que Vilma y Alfonso cenan aquí todas las noches desde que llegaron— nos instala con deferencia ultraprofesional.

—No. Agua, agua —le digo a Alfonso cuando me propone un aperitivo. Y, a través del vidrio empañado de mi vaso de agua mineral, lo veo mandarse de un solo trago el tercer *whisky* de la noche.

Sin ignorar las risitas socarronas de Vilma ni mis sacudimientos escépticos de cabeza, Alfonso, de humor festivo, y obstinadamente fiel a sus opiniones, se embarca en una apología detallada del arte como factor principal, son sus

palabras, de la educación del hombre-masa. El fin último de Bizancio Libros es según Alfonso pedagógico y tanto el propietario-gerente como, por lo menos así lo espera, el resto del personal tienen como objetivo educar al pueblo.

—¡Bizancio Libros, dice Alfonso enfatizando su afirmación mediante dos acentos esdrújulos, es mi Yásnaia Póliana! Que su declaración haya parecido aumentar el ambiente de jarana que reina en la mesa no da la impresión de molestarlo demasiado y él mismo se ríe un poco de su afirmación vehemente, de modo que cuando el mozo deposita en la mesa el balde de hielo con la

botella de vino blanco adentro, se frota la manos y le hace al mozo la señal característica, que ya ha hecho en el bar del aeropuerto, consistente en sacudir el pulgar estirado sobre las copas vacías, para incitarlo a servir.

Ante el vino, se apodera de él una especie de entusiasmo, que me resulta fácil observar porque yo mismo lo he experimentado en otras épocas, y si bien esa euforia leve no borra el brillo húmedo y afligido de sus pupilas —me pregunto incluso si el alcohol no será una de las causas— cuando lo veo brindar con Vilma y entrechocar su copa con mi vaso de agua mineral, no puedo evitar en mí cierta envidia admirativa,

en razón de la indolencia que practica respecto del fondo innegable de catástrofe sobre el que se asienta su vida mundana. A medida que va pasando de las botellas a las copas y de las copas a los aparatos digestivos el vino, que como decía euforiza a Alfonso, parece por el contrario sumir a Vilma en un estado de placidez creciente, haciéndola entrecerrar los ojos y esbozar una semisonrisa constante, lo que acentúa la cursilería botticelliana que me llamó la atención anoche en el bar, y me hace suponer que cuando la vi por primera vez ya debía andar por el tercer o cuarto aperitivo.

La manía de encender un nuevo

cigarrillo cuando el anterior humea todavía olvidado en la muesca del cenicero reaparece y sus miradas, que se hacen ostentosamente fijas y admirativas cuando enfocan mi persona, reservan para Alfonso una vigilancia protectora y una tolerancia sin límites, todo eso de la manera más ostentatoria posible no por simulación o interés sino probablemente para expresar de ese modo su aprobación por el funcionamiento armónico de lo que ella considera la nueva alianza Vilma/ Alfonso/Tomatis. Que me cuelguen con un gancho del prepucio y me hagan girar si en veinticuatro horas nomás no me hicieron entrar en su círculo mágico, no me

captaron como se dice, haciéndome deslizar de un modo casi imperceptible hacia el terreno de sus designios turbios y contradictorios, sin duda confusos incluso para ellos mismos, en los que sin embargo me reconozco mejor que en un espejo.

Debo escribir ese artículo, me exhorta bruscamente Alfonso cuando estamos llegando al postre, sacudiendo el índice enérgico casi contra la punta de mi nariz, tanto se ha inclinado sobre la mesa para ponerse a murmurar con furia, no sin antes haber echado algunas miradas prudentes a las mesas vecinas, ladeándose para evitar ser interceptado por la tercera botella de vino —una de

blanco, dos de tinto— que ya está casi vacía: los elementos que él ha reunido en sus comentarios podrían servirme de base y él, desde luego, los pone a mi disposición por el tiempo que sea necesario. Según Alfonso, yo ya he demostrado la insignificancia artística del libro, pero es fundamental señalar también su falta total de representatividad.

La crítica oficial —es así como la terminología alfonsiana designa la caterva insana de vividores y empleados de los servicios de inteligencia que escribe en los diarios y en las revistas o aparece por televisión— pretende que *La brisa en el trigo* es un documento

verídico de la vida cotidiana de los pueblos de la llanura, y que escenas, ambientes y personajes aparecen reflejados en el libro con total fidelidad. Alzando la voz, lo que sobresalta un poco a Vilma y hace desaparecer de sus labios durante unos segundos su sempiterna semisonrisa, Alfonso, esta vez con algún fundamento, vuelve a acalorarse, de modo tal que su bigote entrecano se pone a temblar, a contraerse y a estirarse: no hay una sola línea cierta en todo el libro, nada de lo que aparece escrito proviene de la vida real, todo es una ristra de invenciones calumniosas, que ofenden el decoro proverbial de nuestro pueblo, compuesto

de gente sencilla y laboriosa. Por primera vez Vilma cruza conmigo una mirada de inteligencia sacudiendo con discreción la cabeza para significar que deberíamos irnos, porque las mesas vecinas empiezan a volverse hacia nosotros otra vez las caras reprobatorias, pero Alfonso, que a pesar de lo enfrascado que está en su argumentación enérgica, percibe la mirada, le dirige una sonrisa conciliadora, sin interrumpir para nada su discurso vehemente, hasta que lo remata con una conclusión conminatoria: usted —es decir «yo», o sea «Carlos Tomatis»—, que es un artista verdadero y un intelectual ponderado, tiene la

obligación moral de demoler ese producto comercial pretendidamente representativo.

Los tres *whiskys*, la botella de vino blanco, las dos botellas de vino tinto no parecen haber hecho en Vilma más efecto que aumentar su placidez, o tal vez lo que contribuye a dar esa impresión es el contraste con Alfonso, a quien teniendo en cuenta el bamboleo ligero que hace oscilar a su cuerpo cuando se para junto a la mesa, optamos, Vilma y yo, por escoltar hasta la calle: se ve que desde hace rato ha parado de llover —ya es más de medianoche—, porque hay algunos tramos de las veredas o del asfalto que ya están secos,

pero cuando alzo la vista hacia el cielo, no veo luna ni estrellas, ni siquiera nubes, nada como no sea una negrura espesa, baja, uniforme: más agua, más que seguro, para dentro de un rato, si se tiene en cuenta sobre todo que la temperatura ha subido un poco, a menos que traigamos todavía, circulando por nuestros cuerpos que a su vez atraviesan la ciudad desierta en la noche de invierno, el calor del *restaurant*. Nuestra alianza —al menos desde el punto de vista de ellos— parece haberse estrechado después de la cena, porque las palmaditas en el hombro, en las mejillas, e incluso el índice de Alfonso que se hunde en mi estómago — ¡Tiene

que escribirlo!— expresan una nueva fase de nuestras relaciones, pero cuando empezamos a caminar hacia el hotel, Alfonso va en el medio, arrastrándonos del brazo a Vilma y a mí que, lanzándonos sonrisas de inteligencia por encima de su cabeza, pacientes, en realidad lo sostenemos. Bajo la entrada embanderada del hotel, sin «portero negro» a la vista a causa de la hora, Alfonso se cuelga de mi impermeable, aferrándolo con las dos manos a la altura del pecho, atrayéndome hacia su cara extraordinariamente móvil, la calva reluciente y llena de depresiones y de relieves que reproducen las anfractuosidades craneanas, los ojitos

empañados y afligidos, el bigote entrecano infatigable que cubre el labio superior y que, a causa de los cigarrillos rubios que ha venido fumando uno tras otro, están teñidos por un reborde amarillento: en nuestra época, dice, todos los valores tradicionales, y no se está refiriendo a la mojigatería burguesa, se han perdido, y el arribismo y el egoísmo sensual del hombre-masa ocupan la vida pública y privada. El bestsellerismo prefabricado ha sustituido a la tradición nacional de un Sarmiento, de un Hernández, de un José Ingenieros, de un Calvez. Sus ojitos llorosos buscan los míos y al mismo tiempo los evitan, y las oscilaciones de

su cuerpo se comunican al mío, de modo que oscilamos los dos en la vereda del hotel envueltos en la semisonrisa plácida y abiertamente comprensiva de Vilma que después de unos momentos, arranca, con suavidad pero con firmeza, las manos de Alfonso de mi impermeable. Sin convicción, Alfonso propone una última copa en el bar del hotel.

—No, no —dice Vilma—. Usted tiene que viajar mañana y yo tengo que estar lista a las nueve para el seminario. ¿Entonces Tomatis lo paso a buscar a las dos?

—Ha sido un gran placer, maestro —me dice Alfonso, dándome un abrazo

demasiado largo, del que Vilma debe también arrancarme al cabo de unos segundos—. Le agradezco que me honre con su amistad. Y no falte al *lunch* del viernes: su presencia será un honor suplementario.

Entran en el hotel. El calor acumulado en el *restaurant*, a causa probablemente de la degradación general de la energía como la llaman, empieza a desgastarse al contacto del aire frío, de modo que apuro el paso, mientras en el interior de mi cabeza las experiencias de la velada, sometidas sin ruido a su propia combustión, arden, chisporrotean y se consumen.

Mientras voy subiendo las escaleras,

las voces y la música llena de ecos que propala el televisor, empiezan a atravesar remotas y al mismo tiempo familiares, mi cerebro, susurradas por un volumen discretamente bajo a causa de la hora, pero cuando llego al living compruebo que mi hermana, cubierta hasta los hombros con una manta y apelotonada en el sillón, se ha dormido frente a las imágenes coloreadas que al sucederse unas a otras producen sobresaltos luminosos en el living en penumbra. Sin apagar el televisor, estoy por darle unos golpecitos suaves en el hombro para mandarla a la cama, pero antes de llegar a tocarla mi hermana abre los ojos y me sonrío: me quedé

dormida, dice, y se despereza con bienestar, pero de manera evidente se desinteresa de golpe de mi persona y su mirada se concentra un momento en las imágenes coloreadas tratando de descifrarlas. Sin consultarla cruzo el living y apago el televisor, y después pongo la mano sobre el aparato para percibir su temperatura.

—Está al borde de la implosión — digo.

Mi hermana ni siquiera protesta: se revuelve un poco en el sillón y después, retirando la frazada, se levanta y se dirige a su dormitorio. Yo subo en la oscuridad del patio la escalera de la terraza, en la más densa oscuridad,

sorteando macetas de plantas domésticas ahogadas de lluvia, pero mi cuerpo reconoce los obstáculos gracias a una especie de memoria espacial que, si tiene alguna deuda antigua con los sentidos, da la impresión de haberla olvidado, tanto lo que por costumbre sigo llamando todavía «yo», se desinteresa del recorrido, absorto como está en manipular, examinándolos con perplejidad, los rescoldos del día consumido. Después de encender la estufa a resistencia, sin siquiera desabotonar el impermeable, parado junto al escritorio, recojo el ejemplar ajado de *La brisa en el trigo* y, sosteniéndolo con la mano izquierda,

hago deslizar rápidamente las hojas con el pulgar derecho, produciendo un rumor nítido en el silencio de la pieza, una corriente de aire levísima que me acaricia de un modo fugaz la cara, y un torbellino de signos impresos o manuscritos, que bailotean sustituyéndose unos a otros a causa del deslizamiento rápido de las páginas, semejante a una alucinación visual, cuyo carácter abstracto y fantasmal cobra un poco de vida gracias a las líneas de colores —verde, azul, rojo, violeta— que dan la impresión de ir barriendo los signos a toda velocidad, como si fueran gotas de una lluvia negra. Ahora que, después de haber apagado la luz, me

introduzco estremeciéndome un poco entre las sábanas frías, no únicamente la habitación sino incluso «yo mismo» nos volvemos abstractos y fantasmales al resplandor rojizo de la resistencia eléctrica. Las cenizas del día transcurrido; todavía tibias, empiezan a dispersarse en el recinto impensable, sin lugar propio en ningún punto del tiempo y del espacio, a no ser la lucecita frágil y que sin embargo los abarca, y que en este mismo momento se descompone en un espectro de manchas fugaces, de astillas de imágenes, recurrentes o inéditas, sin ningún vínculo ni con la razón, ni con la voluntad, ni siquiera con la experiencia.

Ahora salgo a la calle en un día gris, desierto, de bordes un poco carcomidos, semejante a una fotografía vieja descubierta por casualidad en el fondo de un cajón, extraña y familiar al mismo tiempo, una fotografía de mí mismo, en movimiento, en la que puedo contemplarme desde afuera, siguiendo con interés y una angustia leve mis propios pasos: venciendo un A; sentimiento de culpa, cruzo la calle vacía blandiendo la barra de hierro, y empiezo a golpear un auto, gris como el aire en el que está incrustado, estacionado junto al cordón: la pintura gris se descascara a causa de los golpes y los vidrios saltan en pedazos,

astillándose, pulverizándose y
diseminándose sobre los adoquines
grises entre los que brota un musgo
aterciopelado, casi dorado de tan verde.
Con la carrocería abollada, sin vidrios,
el motor destripado emergiendo por el
capot entreabierto, las gomas en yanta,
el auto gris se desploma y «yo» con el
bastón de hierro todavía en el aire, me
quedo contemplándolo un momento con
culpa y satisfacción. Me despierto y
verifico, abriendo los ojos, e
incorporándome un poco, el resplandor
rojizo de la resistencia eléctrica, y
apoyando otra vez la cabeza en la
almohada murmuro, interpretando
fugazmente mi sueño, *autodestrucción*,

antes de volverme a dormir. Exactamente en el mismo momento —en todo caso es la impresión que tengo— vuelvo a abrir los ojos, el cuerpo como diluido entre las sábanas tibias, del mismo modo que el resplandor rojizo de la estufa a resistencia se diluye en la claridad grisácea y mate de la habitación, mientras por la rendija de los postigos entrecerrados, por el agujero de la cerradura, por el espacio libre que queda entre la base de la puerta y el piso de mosaicos amarillos, la luz verdosa y exangüe de la mañana, la leche lívida que baña, periódica, las cosas, separándolas después de la reunión de la noche homogénea que las

borra y las aglutina, la droga llamada día que todos querrían, indefinidamente, tomar, fluye, gotea, se derrama, inexorable y desdeñosa, igual que un traficante para con sus adictos, y cuando salgo de la cama, descalzo, y abro la puerta que da a la terraza, a pesar de su palidez verdosa y crepuscular, el aire helado por el que se disemina, me dejo envolver no sin placer por el torrente silencioso que ocupa, simultáneo, todo el recinto, haciendo empalidecer todavía más el resplandor rojizo de la resistencia.

Cuando cierro la canilla de la ducha —deben ser las diez— me doy cuenta de que el agua sigue tamborilleando, pero

ahora es la lluvia que golpea contra el tragaluz del baño. En la cocina, mientras tomo los primeros mates, abro, a pesar del frío, la puerta que da al patiecito desde el que arranca la escalera de la terraza, y contemplo el agua helada golpear las hojas de las plantas enmacetadas, correr por los escalones, precipitarse por el desnivel imperceptible de las baldosas hacia la rejilla del desagüe. Empiezo a pasearme sin finalidad precisa por la casa; aquí, en este dormitorio, en esa cama matrimonial, murió el primero, y en esta otra habitación, que da a la calle, la segunda, veinte años más tarde; en este mismo momento, la lluvia, minuciosa,

debe estar arrastrando lo que queda de ellos cada vez más abajo, por entre los pliegues blandos del cascote que un día, y de un modo transitorio más que seguro, a causa de una explosión casual, frenó en un punto cualquiera del espacio y se puso a girar.

En este cuarto dormí hasta los dieciséis años, antes de mudarme a la terraza. Aparte de los muebles, de la penumbra invernal, la casa entera está vacía de todo rastro de vida, aparte de lo que llamo «yo» y que deambula a través del tiempo petrificado: lo que queda más bien en su lugar como decía, y que sigo llamando «yo» por costumbre, y del que me separa a decir

verdad una distancia infinitesimal pero infranqueable, como sucede más o menos con las distintas partes de mi cuerpo, ya que ahora que lo pienso el dedo gordo del pie, naturaleza indescifrable en estado puro, me parece tan improbable y lejano como el cielo, rosa según dicen, de Marte. La voz de mi hermana, que viene subiendo las escaleras desde la calle, me saca del ensimismamiento en el que he quedado, de regreso en la cocina, con el mate ya frío en la mano.

Que me cuelguen si adivino de qué está compuesto el redondel humeante, color marfil, de la sopa, cuando me llevo a la boca la primera cucharada y

la paladeo, bajo la mirada satisfecha de mi hermana, que controla el efecto que me produce pero que, más que seguro, a causa de la manía pueril de mantener en secreto sus recetas, respondería en forma evasiva si se lo preguntara. De un modo brusco dice en voz alta *el noticiero*, y va casi corriendo a prender la televisión. Yo me quedo sentado lo más tranquilo: porque un ignorante a sueldo del gobierno, que ha presentado todas las noticias a un censor militar antes de hacerlas públicas se ponga a transmitir acontecimientos supuestamente verídicos pero a decir verdad enteramente prefabricados, no voy a levantarme de la mesa y a dejar

como mi hermana que se me enfríe la sopa, pero como el volumen está demasiado alto, me entero de que el general Negri, el intendente, el arzobispo, dos o tres dirigentes sindicales, el ministro de educación, el presidente de la bolsa de comercio y otros asesinos, secuestradores y torturadores sin entrañas, han asistido esta mañana a una misa solemne como le dicen a esa farsa grotesca en la catedral. Del mismo modo que los teólogos inventan la encarnación y después decretan que es un milagro, estos pistoleros a sueldo de sí mismos blanden ese espantapájaros relleno de paja podrida que llaman Dios y lo

sacuden en un intento de maniobra diversiva, ya que es evidente que Dios no existe y que me la corten en rebanadas si no tengo la prueba de lo que afirmo, y es la siguiente: no existe porque lo digo yo, y a quien intente refutarme preguntándome que quién soy yo para afirmarlo, ya mismo nomás le digo que nadie, nada, menos que nada, pero exactamente igual en todo caso que el obispo de Hipona, Santo Tomás o Descartes que, a pesar de ser tres perfectos legos en la cuestión, prefieren afirmar lo contrario. Dios no existe porque lo digo yo y punto. Es inútil que el muecín salmodie su cantilena al atardecer, o que el rabino guarde el arca

en el recinto sacrosanto como le dicen, o que el sacerdote se prosterne por pura costumbre cuando pasa delante de la hostia, o que las viejas ramera europeas o americanas que ya no saben qué hacer con sus relojes Cartier vayan a buscar el punto *nihuan* en Oriente, donde por otra parte saben tanto de la cuestión como «yo» o los tres charlatanes que acabo de nombrar, inútil como venía diciendo hace un momento, porque nadie habita la materia ciega y caprichosa, estúpidamente repetitiva, por el momento desde luego, que se desplaza, no mediante deslizamientos, sino mediante explosiones, sin dirección ni plan.

Ya no sabiendo más que inventar para seguir emborrachándose de sangre humana hete aquí como dicen que se les ocurre la apuesta de Pascal que traducida en términos corrientes vendría a significar más o menos lo siguiente:

Mire Tomatis le damos a elegir a ver qué le parece, por un lado le proponemos una estadía por tiempo indeterminado en un hotel de lujo, con pileta de natación de agua de mar en una estación balnearia de moda y al mismo tiempo le mandamos dos lindas tetonas de veinte años, una negra y otra blanca para que le hagan lo que usted quiera y las puede cambiar por

otras cuando lo desee, el bar y todos los restaurantes están también a su disposición, y todo esto por supuesto a usted no le cuesta un centavo, corre por cuenta la producción; por el otro lado lo dejamos chapaleando con la mierda hasta el cuello lo cual no cambia nada de su situación actual y al primer gesto suyo que no nos guste lo agarramos a sopapos y en una de esas se la cortamos en rebanadas; nos damos cuenta de que la decisión no es nada fácil pero francamente con la mano en el corazón usted qué elegiría.

Un publicitario de Dinners Club se haría echar a patadas si propusiese un argumento de venta tan grosero, y eso

dejando de lado el hecho de que el que lo inventó era tan experto en la materia como lo eran los tres otros vivillos de los que hablaba hace un momento. Justamente el último de estos tres se sentó un día al lado de la estufa pretendiendo que a partir de ese momento iba a empezar a poner todo en duda, menos desde luego lo que es obviamente falso, no fuera a ser que si se atrevía a afirmar en voz alta lo que todo el mundo sabe en su fuero interno, lo agarraran a sopapos e incluso se la cortaran en rebanadas. Y todo eso con el fin de permitirle al general Negri y a sus cómplices tirar viva a la gente de los helicópteros, o fusilarlos sin juicio

previo después de haberlos sometido por puro placer al tormento.

—En la puerta dentro de diez minutos entonces. ¿Anotó bien la dirección? —le digo a Vilma por teléfono, y antes de colgar miro mi reloj pulsera: son las dos en punto.

Parado en la vereda, compruebo que ya no llueve, pero las nubes color pizarra se acumulan en el cielo. Como los negocios están todavía cerrados, hay muy poca gente por la calle, pero sin duda a causa del frío, de la lluvia, y de los tiempos que corren, no habrá mucha más dentro de una hora, cuando los negocios empiecen a abrir. Detrás del vidrio de la ventana en la planta alta, en

la vereda de enfrente, Berta me sonríe y me hace una se a con la mano en la que sostiene un vaso, como si estuviera brindando conmigo. Le contesto alzando la mano. Dejando el vaso en alguna parte detrás suyo, Berta se da vuelta un momento, y después abre la ventana y me dice algo. Como no la entiendo, me cruzo de vereda y le lanzo una sonrisa interrogativa.

—No —dice Berta—. Dónde vas con esta lluvia decía.

—Sal  a ver si pasa alguna rubia en auto y me invita a subir.  C mo est  Mauricio?

—Loco como siempre —dice Berta—. Pero tranquilo.

—¿Está ahí arriba? —le digo.

No —dice Berta—. Hoy fue al hospital. Dice que está preparando un informe secreto para las Naciones Unidas.

—Si por lo menos le hicieran caso —le digo.

—Cállate —dice Berta—. Vos sos más loco que él todavía.

El coche cereza dobla en la esquina, casi sin ningún ruido, y avanza despacio hacia nosotros, probablemente porque Vilma está buscando la dirección, pero ahora debe haberme visto parado en la vereda porque acelera un poco.

—Ese auto me gusta —le digo a Berta—. Le hago dedo.

Vilma, sin parar el motor, frena a mi lado cuando extiende el brazo, y baja la ventanilla.

—¿Viste? —le digo a Berta.

—Más loco que mi marido todavía —dice Berta y cierra la ventana.

—Parecían Romeo y Julieta —dice Vilma—. Me pongo celosa.

—¿De veras? —le digo. Y, bajando a la calle, paso por delante del auto, abro la puerta, y me instalo junto a ella en el asiento delantero. En el de atrás, todavía está la pila desordenada de carpetas amarillas que anoche Alfonso, impaciente por saber si había leído sus anotaciones al *best-seller* de la década, dejó caer con negligencia. Arrancamos.

—Me causa un placer infinito este paseo —dice Vilma, aferrándose al volante y acelerando después de pasar la esquina.

—Infinito no significa nada —le digo—. Es un superlativo vago de mucho, que ya es la vaguedad misma.

Siguiendo mis indicaciones, Vilma toma en dirección al río. Y después de quedarse un momento pensativa, dice que no está de acuerdo, que no es un superlativo de mucho, sino una suposición, y vuelve a quedarse callada. Como si la ausencia de Alfonso disminuyera su aplomo, hoy está seria, un poco tensa quizás, aunque su familiaridad para conmigo da la

impresión de haber aumentado por alguna razón inexplicable, la costumbre quizás, ya que desde hace más o menos cuarenta horas, cuando nos vimos por primera vez en la mesa del bar, hemos venido haciendo progresos espectaculares en lo relativo a nuestra intimidad, aunque, al fin de cuentas, no hayamos intercambiado una sola confidencia. Sin Alfonso parece otra persona, ni mejor ni peor que la primera, únicamente diferente, y no logro saber si esa diferenciación es voluntaria, pero me hace pensar en esos dúos cómicos de los espectáculos de variedades que, cuando actúan por separado, tratan de construirse un

personaje completamente diferente al que interpretan en el binomio. Estoy por retomar la conversación interrumpida de anoche, cuando volvíamos del aeropuerto, pero como me demoro un poco tratando de encontrar un pretexto discreto para reiniciarla, es ella quién, adelantándoseme, vuelve a ponerla en el tapete: probablemente usted —es decir «yo», o sea «Carlos Tomatis»— está intrigado por el empeñamiento de Alfonso en demoler el libro de Walter Bueno que, dicho sea de una buena vez, no merece ni medio minuto de conversación, dice. Y después de una pausa en la que, con gran lentitud, se dedica a encender un cigarrillo, echar la

primera bocanada de humo, y dejar el cigarrillo encendido en el cenicero abierto del tablero de dirección, agrega que también a ella la intriga, pero que, a decir verdad, aunque cree adivinar las razones, no puede admitir sobre la cuestión más que meras conjeturas. Cuando fue a verlo por primera vez a la distribuidora, uno de los primeros temas de conversación había sido *La brisa del trigo*, que Vilma había leído al llegar de vuelta de Europa, porque una amiga lo había recomendado, y, sin conocer la opinión de Alfonso, ella, Vilma, le había dicho lo que pensaba, es decir que se trataba de una ineptia incalificable, y a partir de ese momento, dice Vilma,

Alfonso no volvió a dejarla escapar, y no únicamente la nombró, «asesora literaria de Bizancio Libros», sino que empezó a tratarla de convencer para que escribiera el artículo. Reina, el psiquiatra —*Es amigo suyo, ¿no?*—, le había hecho llegar a ella, a Vilma, mi artículo, y ella se lo había pasado a su vez a Alfonso quien, entusiasmado por la lectura, había sacado un montón de fotocopias que le distribuía a todo el mundo. Cuando empezaron a preparar el seminario en la ciudad, Alfonso le dijo que estaba pensando seriamente en proponerme la dirección «literaria» de la futura sucursal, y que si yo no aceptaba, iba a tratar de convencerme

para por lo menos escribiera el famoso artículo. Vilma deja de hablar durante medio minuto, y después, girando de un modo fugaz la cabeza para tratar infructuosamente de encontrar mi mirada, me lanza la pregunta: *Y usted, ¿lo va a escribir?*

No le respondo. Acabamos de dejar atrás la avenida del puerto, y estamos entrando en el puente sobre la laguna, que desemboca en el camino de la costa y en la ruta a Paraná.

Ahora no hay más que pantanos desolados, ranchos dispersos, semiderruidos y desiertos, y el cielo vasto, increíblemente oscuro y bajo, aunque por ahora no llueve, que cubre la

tierra chata hasta el horizonte lejano, el cielo tormentoso en el apogeo del invierno que, privándonos desde hace por lo menos una semana del espacio abierto en el que titilan los cuerpos luminosos que, insondables y periódicos, nos visitan, nos confina en nuestra bola exigua de fango en la que chapaleamos hasta que un buen día, por obra de la misma sinrazón que nos trajo a la superficie, sin haber entendido nada del tumulto al mismo tiempo interno y exterior, aniquilados, nos hundimos. Recién después del desvío a Paraná, que dejamos a nuestra derecha siguiendo por el camino de la costa, Vilma vuelve a formular su pregunta.

—No —le digo.

Sin dejar de mirar el camino vacío, Vilma asiente, varias veces, y enciende un segundo cigarrillo, aunque el primero, al que no le ha dado más que un par de chupadas, termina de consumirse, humeando todavía, en el cenicero del auto.

—En la próxima calle, doble a la derecha —le digo.

—¿Calle? —dice Vilma—. ¿Hay calles por aquí?

—Es arena —le digo—. Más transitable cuando está mojada.

Aminorando, nos internamos en el callejón arenoso. Desde la puerta de una casa de ladrillos sin revocar una vieja

inmóvil contra el rectángulo negro de la abertura, nos mira pasar, y desde detrás de la casa, dos o tres perros salen corriendo y nos persiguen un trecho, ladrando sin convicción hasta que se cansan, casi de inmediato a decir verdad, y se vuelven trotando al rancho, con un aire de satisfacción pueril, probablemente habiéndonos olvidado en el instante mismo de darse vuelta, sin que les haya quedado más que seguro de su brusca agitación sensorial otra cosa que unos estremecimientos musculares y nerviosos cada vez más leves en las terminaciones remotas de sus cuerpiños tibios y palpitantes. Avanzamos un buen trecho, dando bandazos ligeros, agitando

al pasar el agua de los charcos superficiales formados por la lluvia en los desniveles de la calle tortuosa, en la que no hay lugar más que para un solo vehículo, y dividida en dos a todo lo largo por una franja de yuyos grises que crecen entre las huellas y que, cuando son demasiado altos, chasquean, doblegándose, contra el paragolpes delantero. Al fondo de la calle, primero un espacio pantanoso y después un riacho, nos interceptan. Vilma frena y apaga el motor. Bajamos.

El cielo parece incluso más bajo y el aire está cada vez más oscuro.

No hay ningún otro ruido como no sea el chasquido de nuestros pasos entre

los yuyos mojados y el sonido de nuestras voces, pero al cabo de un momento dejamos de hablar y nos detenemos, de modo que el silencio es total, y que me cuelguen si de golpe el mundo no se vuelve bruscamente real, compacto, denso, gracias tal vez a la escasez de elementos que lo componen, el espacio desnudo y pantanoso, cubierto de vegetación grisácea, el riacho de no más de veinte metros de ancho más luminoso que el cielo y que el aire, el cuerpo de Vilma, que se ha alejado inmovilizándose a cierta distancia y que refulge un poco envuelto en el impermeable blanco —comprado en Londres o en París sin la menor duda

—, más irrefutable y nítido que la totalidad improbable de lo exterior, de la que pareciera ser, en este momento, la síntesis o el emblema. «Yo mismo» cobro a mi vez realidad, como si un cable desconectado, en alguna región ignorada o inaccesible entre los muchos paisajes sombríos de mi interior, hubiese vuelto, por puro azar, a hacer contacto. El auto color cereza abandonado en el extremo del camino arenoso, anacronismo lustroso y un poco chillón, parece incorporarse, por su forma o sus dimensiones, o a causa de su color quizás —mancha geométrica de un rojo vivo— a la monotonía verde y gris del paisaje, adquiriendo una vivacidad

misteriosa, una vida nueva sin nada que ver con su utilidad, con su costo, ni siquiera con la acción de causa a efecto, de la que soy perfectamente consciente, y que ha venido a depositarlo en este punto y en ningún otro del universo ilimitado. Con pasos lentos, Vilma y yo caminamos todavía un poco, alejándonos uno del otro, y los dos del coche abandonado, reconcentrándonos en nuestro silencio, como si estuviéramos buscando el lugar óptimo para observarnos mutuamente incluidos de un modo exacto en lo exterior donde vamos cobrando, segundo tras segundo, cada vez más densidad y nitidez. Ahora trato de imaginarme a mí mismo visto

desde afuera, esforzándome, no sin nostalgia, sentimiento que desde meses no me visitaba, preguntándome cómo mi aspecto externo podría reflejar esta sensación inesperada de armonía que, igual que todo lo que aparece en este mundo, por puro capricho, me visita. Durante un minuto por lo menos, algo dentro de mí se vuelve fluido, fácil, fértil, y, cuando trato de aprehender con la mirada, en el lugar más pobre del universo, mi pertenencia a este presente que me acoge, benévolo, me saltan, inesperadas, pero de ningún modo bruscas, las lágrimas.

Un rumor creciente me saca de mi ensimismamiento, y aunque ha estado

repiqueteando en mi cabeza, en mi cara, en mis hombros desde hace varios segundos, tardo en darme cuenta de que es la lluvia la que lo produce. A cincuenta metros de distancia, Vilma alza los brazos, sacudiéndolos con energía y jovialidad, y se queda inmóvil otra vez, mirando la superficie del río que, de lisa y luminosa que estaba hasta hace unos momentos, se vuelve rugosa y turbia a causa de las gotas que se estrellan contra ella. Ahora la lluvia es tan densa, que Vilma se echa a correr, no en mi dirección, sino directamente hacia el auto, y cuando nos reunimos junto a él, puedo oír resonar el agua gruesa contra la chapa color cereza de la

carrocería.

Antes de poner en marcha el motor, Vilma saca un pañuelo y se seca la cara, las manos, los cabellos rubios que, colgando contra las sienes, están ahora más oscuros y retorcidos. Yo me paso la manga del impermeable por la cara.

Reculando con lentitud hasta que encuentra un espacio lo bastante amplio y firme que le permita dar la vuelta, Vilma jadea un poco a causa de la carrera, pero enciende un cigarrillo, le da dos o tres chupadas, y lo deposita en el cenicero abierto. Cuando estamos cruzando el puente sobre la laguna el cielo y el aire, transformados en una única penumbra líquida, borronean la

ciudad extendida al pie del agua, y como las luces del alumbrado público no se han encendido todavía, tenemos la impresión de estar atravesándola en plena noche, con la luz de los faros que van creando, al desplazarse, brillos y sombras fugaces y espectrales, no únicamente en las fachadas y en la fronda de los árboles, sino también en las masas oblicuas de lluvia que chocan y rebotan contra el asfalto. Vilma deja el coche en el estacionamiento del hotel y atravesamos corriendo la entrada embanderada, mientras el «portero negro» mantiene, con deferencia convencional, abierta la puerta de vidrio que da al hall iluminado. Cuando le

extiende a Vilma la llave, el conserje me lanza una mirada fugaz, en la que chispean astillas de complicidad, pero que rebota contra mis ojos impasibles y serios: porque un ganapán almidonado, que echaría a golpes más que seguro a un pobre tipo nada más que porque su ropa está por debajo de lo que las normas de la gerencia han decretado como admisible, no voy a darle la ilusión de que formamos parte de la misma conspiración solo porque tengo un impermeable nuevo y me he bañado y afeitado esta mañana. En el ascensor, Vilma me pasa el dorso de las manos por las mejillas y me dice otra vez *Mire que frías*, con la misma jovialidad

neutra con que podría mostrarme un paisaje a través de la ventanilla de un tren.

Vilma me invita a sentarme en un sillón, y a esperarla un rato mientras se toma un baño caliente. Yo obedezco, pero apenas se encierra en el cuarto de baño, me levanto y empiezo a pasearme por la pieza iluminada, amplia y bastante lujosa, en la que sus pertenencias, dispersas con cierto desorden, revelan sus entradas y salidas rápidas, entre dos conferencias del seminario o entre dos aperitivos. Una botella de *gin*, llena hasta mitad y dos vasos limpios reposan en una bandeja sobre el escritorio de patas torneadas

adosado a la pared bajo la ventana, oculta detrás de una cortina crema, un poco más oscura que el tono marfilino de las paredes. Como la cama de matrimonio no está deshecha y los ceniceros de vidrio brillan limpios en los lugares convencionales que suelen ocupar en las habitaciones de hotel, deduzco que la mucama ha debido pasar mientras nosotros paseábamos en auto. En una de las mesas de luz hay una carpeta amarilla de Bizancio Libros y, del mismo lado, sobre la alfombra, un montoncito idéntico cerca de la cama, y en la otra mesa de luz, al lado del teléfono, un prospecto ilustrado del hotel que, sin saber al principio por qué,

despierta mi interés, incitándome a agarrarlo y a sentarme otra vez en el sillón, estudiándolo.

La ilustración del prospecto es una fotografía standard de una pieza de hotel, idéntica a esta en la que estoy en este momento, tomada desde una perspectiva muy semejante a la mía, de modo que reproduce, sin los objetos aleatorios de Vilma, lo que estoy viendo ahora, sentado en el sillón: la cama en primer plano, la mesa de luz con su velador, la puerta del baño, la pared con una ampliación fotográfica en colores que representa las cataratas del Iguazú, y una porción de la pared de enfrente, con la mesa de patas torneadas, la silla, y la

cortina crema que oculta la ventana. Por hallarse más cerca del objetivo, la cama matrimonial es lo primero que llama la atención, y me entretengo unos segundos comparándola con la que aparece en la fotografía: es idéntica a ella, pero resulta difícil saber si es la misma o alguna de las camas innumerables, seguramente iguales a la que estoy viendo, instaladas en las otras habitaciones del hotel. Ahora comprendo que lo que ha despertado mi interés es la yuxtaposición del modelo y de su imagen, uno al lado de la otra, la cama inerte y maciza y su reproducción reducida en la fotografía en color, sin poder decidir cuál de las dos contiene a

la otra, a menos que, separadas y de orden diferente para los sentidos, no se engloben mutuamente para el pensamiento en un reflejo sin fin como dos espejos contrapuestos. Paso las yemas de los dedos por la superficie lisa de la imagen impresa en el papel satinado del prospecto, y después, con el sentimiento de estar realizando un acto vagamente clandestino, me inclino un poco hacia adelante y, estirando el brazo, hago deslizar las yemas por la madera barnizada de la cama, y aunque la sensación difiere de la que me ha dejado la fotografía no es, a pesar de su evidente rugosidad, más convincente que la primera, en lo relativo a un supuesto

aumento de realidad que debiera darse por probado. Una tercera cama, modelo inquebrantable de las dos e inaccesible a los sentidos, me viene a la memoria, pero la variedad sin medida de sus múltiples copias, con su procesión efímera de madera, hierro, telas, piedra, plumas, lana, tierra fría, apareciendo en mi mente con simultaneidad vertiginosa, barre en un instante la superstición del modelo único y la arrumba en el desván de lo irrazonable.

Vilma emerge envuelta en una salida de baño blanca y se para en medio de la pieza, mirándome.

—La naturaleza imita al arte —le digo.

Estoy por pensar que ha tomado mi cita por una galantería, pero su sonrisa, que ha comenzado de un modo convencional, cristaliza en una expresión enigmática, de la que no alcanzo a darme cuenta si es sonrisa, reminiscencia, reflexión o plan, o titilación interna sin mediación voluntaria y quizás sin imágenes, somnolencia sombría semejante a la de una casa vacía plantada en lo exterior con las ventanas cerradas.

A causa del cuello largo y blanco, y de los cabellos rubios retorcidos en hebras gruesas, me hace pensar más que nunca en las bellezas de Botticelli, un poco cursis a causa de su irrealidad

justamente, bellezas genéricas como la gracia Voluptas o la Flora de la primavera, o Venus saliendo del mar como ella misma de su bañadera, demasiado consciente de los efectos destinados a procurar la impresión de lo bello, que tal vez corresponden a sus cánones ideales pero no necesariamente a los del observador, en quien la compulsión turbia de su propio deseo lo induce a buscar un objeto menos consciente de sí mismo y más aleatorio. Pero cuando deja caer, despacio, la salida de baño a sus pies y, con una sonrisa un poco más amplia y más enigmática que me llena de perplejidad, la pisotea un poco, con el pretexto

quizás de secarse las plantas y los dedos, viendo enteramente el cuerpo blanco y el triángulo rubio del pubis, me viene a la memoria la ninfa Calatea cuyo nombre significa, literalmente, la muy blanca, y todas esas asociaciones mitológicas me sirven para traducir la impresión que me causa la desnudez de Vilma Lupo: algo al mismo tiempo pasado de moda e inmemorial, descalificándose un poco por haberse ofrecido a mí justamente y al mismo tiempo inaccesible a causa de su misterio y de su autonomía, despertando mi reticencia por el simple hecho de no ser mi propio cuerpo, y atrayéndome con la inexorabilidad de un polo magnético.

Desnudos, nos desplazamos con las rodillas en la cama buscando una posición adecuada. *Espera, no, así,* murmura de tanto en tanto Vilma, mientras tratamos de acomodamos, rozándonos, frotándonos, juntándonos y volviéndonos a separar, hasta que, Vilma en cuatro patas, yo de rodillas detrás de ella, encontramos por fin el lugar óptimo, y me dispongo a pegarme a ella. El deseo, abolido en apariencia desde hace meses, ha vuelto a manifestarse con su obstinación habitual, ingobernable y sin finalidad precisa, convirtiéndome en el instrumento pasivo de la manía repetitiva del todo, mandándome a explorar, con la punta

escarlata, caliente y ciega, que vibra impaciente y me arrastra con la fuerza de mil caballos, la noche orgánica que, con la misma independencia respecto a la voluntad de su portadora, late, se humedece y se abre para recibirme. Por juntarse, los dos fragmentos separados del rompecabezas, desplazándose uno hacia el otro más rápido que dos meteoros en la noche sideral, van dejando una estela de pena, de violencia, de traiciones, sin lograr a pesar de todo que, cuando enganchan, cuando los dos fragmentos se encastran por fin uno en el otro, el diseño sea más claro y la razón de ser de ese viaje vertiginoso adquiriera algún sentido. Que

me cuelguen si por el contrario ahora que estoy adentro, oyendo vagamente los gemidos de Vilma que me llegan remotos, por entre mis propios bramidos, como si vinieran de una estrella muerta, no percibo que, en lugar de alcanzar una supuesta unidad, las dos partes que se frotan no constituyen, a causa de la privacidad absoluta de sus sensaciones, dos universos diferentes, irreducibles uno al otro y mutuamente incomprensibles, englobando cada uno por su lado la totalidad de lo que existe, y que apenas si se tocan por ese punto de carne húmeda y tibia, como por el punto que tienen de común dos circunferencias tangentes. Como a

medida que la grupa de Vilma se yergue su cabeza se hunde contra la sobrecama, de modo que su espalda forma un declive pronunciado hacia la nuca en la que se sacuden las hebras gruesas y retorcidas de sus cabellos mojados puedo ver, sobre la mesa de luz, antes de entrecerrar los ojos a causa de la presión creciente del orgasmo, la carpeta amarilla de Bizancio, yaciendo en un mundo arcaico y olvidado, y la última gota no ha terminado de brotar que, igual que si hubiese sido programado en función de ella, suena, inesperado, el teléfono. Vilma lo deja sonar tres o cuatro veces antes de atender.

—Ah, qué buena sorpresa —dice—. ¿Cómo encontró Rosario? ¿Siempre en el mismo lugar?

—Todo anduvo perfecto esta mañana, y esta tarde nuestro amigo Tomatis me sacó nomás a pasear. Fue espléndido a pesar del mal tiempo. Todo está arreglado para mañana, no se preocupe. Los medios están informados, y es casi seguro que tendremos la televisión. Y usted cuándo llega: ¿mañana a las diez? ¿Quiere que lo vaya a buscar? Ya sabe que soy su esclava. Regio, regio. Lo espero en el hotel entonces, con el desayuno. Le mando un beso. Hasta mañana.

Vilma cuelga y me mira.

—Alfonso —dice—. Llega mañana a las diez, para el *lunch*. Es un ángel.

—Estoy seguro —le digo—. ¿De qué clase son sus relaciones con él?

—¿Recién ahora se le ocurre preguntarlo? —dice Vilma con cierto desdén, mientras se da vuelta hacia la mesa de luz buscando el encendedor y los cigarrillos, como si quisiera dar a entender que el tema no es lo bastante importante para ella y que en cambio el interés que parece despertar en mí me descalificara ligeramente. Como en los cinco minutos que acaban de transcurrir en silencio, ha fumado plácida el mismo cigarrillo, sin olvidárselo en el cenicero para encender otro casi inmediatamente,

deduzco que su respuesta, que ha dejado traslucir cierta reprobación, ha sido más una lección abstracta de moral —y probablemente de una moral a la que ella no adhiere— que la expresión de algún sentimiento o emoción que tenga que ver con nuestras relaciones. Y ahora que han transcurrido más o menos dos minutos más, Vilma, dejando deslizar con indiferencia su mirada por el cielorraso blanco, dice que Alfonso es el hombre más bueno del mundo —*loco como una cabra eso sí*— y que sería un error grosero de mi parte desconfiar de él o no tomar en serio sus proyectos. Alfonso ha puesto muchas esperanzas en mi persona, y cuenta conmigo para el

artículo contra Walter Bueno y, dentro de unos meses, para la dirección de la revista. No debo confundirme, a pesar de su agitación permanente y de su propensión alcohólica, dice Vilma, Alfonso es una luz para los negocios, y ella, Vilma, tiene la impresión de que ha sufrido mucho en la vida y que, por ejemplo, nunca se repuso completamente de la muerte de Blanca —Vilma la llama por su nombre como si la hubiese conocido. Mucha gente en Rosario afirma que se suicidó, pero la versión de Alfonso es que fue víctima de un accidente doméstico, y que tomó veneno creyendo que era bicarbonato. Del período Walter Bueno ella, Vilma, no

sabe nada, pero le parece obvio que, siendo lo que es, *La brisa en el trigo* no puede constituir de ningún modo una referencia. Alguien que no escribe bien, dice Vilma, no puede transmitir nada verdadero. En cuanto a ella, a Vilma, dice, ¿vale realmente la pena contar que se casó a los dieciocho años con el hijo de un industrial rosarino, que al año siguiente ya se había separado y que seis meses más tarde se había ido a vivir a Europa —Londres y Roma principalmente— y que, harta de los europeos, se había vuelto el año pasado para instalarse otra vez en Rosario? No, dice Vilma, no vale la pena. Mejor cuénteme algo usted. A ver, ¿en qué está

trabajando?

—Será en otra ocasión —le digo, saliendo de la cama.

—¿Ya me abandona? —dice Vilma—. Pensé que cenábamos otra vez juntos.

—Hoy sí que no puedo —le digo—. Pero nos vemos mañana a mediodía.

—Lo mato si no viene —dice Vilma, con total indolencia, mirando distraída a su alrededor como si estuviese buscando en qué ocuparse cuando yo haya salido.

Ya es bien de noche. Dejando atrás la entrada embanderada del hotel, me aventuro en la vereda con paso rápido, pegándome a la pared para protegerme de la lluvia, que es menos densa ahora

que hace un rato, cuando llegamos en auto desde la costa. Como pronto va a ser la hora de la cena, o quizás a causa de la lluvia, o de los tiempos que corren probablemente, las calles están desiertas, y apenas si cruzo tres o cuatro coches y unos pocos transeúntes durante las cinco o seis cuadras que me separan de mi casa, y cuando estoy subiendo las escaleras, sacudiéndome el agua de lluvia del pelo y de los hombros del impermeable que me empiezo a desabrochar, puedo oír que en la televisión, en las primeras informaciones de la noche, están comentando la, como la llaman ellos, misa solemne de esta mañana.

De modo que cuando desemboco en el living puedo ver al general Negri que, en la primera fila de bancos, se persigna de cara al altar, en su uniforme de ceremonia, más convencido más que seguro que yo mismo de que ninguna presencia habita el altar, el recinto entero de la iglesia, el universo, que no hay otra cosa que el flujo a la vez continuo y discontinuo, neutro y arcaico, cuajando de tanto en tanto en formas tercamente repetitivas que, a causa de su absurda obcecación por durar se exponen, aguijoneándolo incluso a veces, en conflicto con la pretensión de su propio deseo, contradictorias, al tormento. Pero el living está vacío, y las

imágenes coloreadas que se suceden mediante saltos luminosos que vibran en la semipenumbra entibiada por el calor de la estufa, fluyen a su vez para nadie, del mismo modo que las vibraciones sonoras del televisor, idénticas a las que deben estar resonando en todos los livings de todas las casas de la ciudad y quizás de la región, a su vez flujo electrónico continuo y discontinuo al mismo tiempo, no más habitado que el otro más grande que lo incluye, de sentido o de plan, pero igualmente distante a pesar de su proximidad ilusoria, irreal e inaccesible.

Brusca, mi hermana sale de su dormitorio.

—Justo acaba de llamar Alicia — dice—. Quiere hablarte.

Cuando me lo pasa, el teléfono está tibio, de modo que deduzco que mi hermana ha estado hablando un buen rato, con Haydée quizás, antes de conversar con Alicia.

—A que adivino lo que me vas a decir —le digo a Alicia—. Que no tengo que olvidarme de ir a buscarte mañana.

—Sí —dice Alicia, con tono severo.

—No me había olvidado —le digo—. No valía la pena llamar todos los días.

—Sí valía —dice Alicia.

—Bueno, valía entonces —le digo.

—A las siete en punto —me dice—.

Un beso. Y cuelga. Su severidad ostentosa, bastante cómica en definitiva, me deja sin embargo una impresión de fragilidad a la que ella misma, estoy seguro, es ajena, pero me doy cuenta, cuando entro en la cocina iluminada, de que a pesar de todo ha logrado comunicarle esa ansiedad a mi hermana.

—Por favor no te vayas a olvidar — me dice.

Ahora que hemos terminado de comer y que sabe que me dispongo a subir a mi cuarto me lo repite, riéndose esta vez, como si la ansiedad de que ha sido contagiada, semejante a un alcohol liviano de efectos poco duraderos, ya se estuviese disipando. La oigo canturrear

en voz baja mientras subo, en la oscuridad lluviosa, la escalera de la terraza hasta que por fin, cuando estoy arriba, caminando como de costumbre en la negrura hacia mi cuarto, ningún sonido me llega desde abajo. Me siento, por dentro y por fuera, compacto, apretado, tranquilo, bien exterior, hendiendo con mi cuerpo el aire negro y helado, la luz de adentro brillando fija y firme, un poco más clara que de costumbre, bien presente entre las cosas del mundo que, a pesar de haber sido borradas por la noche, no están menos apostadas a mi alrededor en su lugar de siempre, viajando en mi compañía, por un tiempo todavía, en el interior del

inmenso desplazamiento. Y ahora, sentado ante el escritorio, después de haber empujado hacia el borde la carpeta amarilla de Bizancio, la página del diario con mi artículo, el ejemplar ajado de *La brisa en el trigo* lleno de anotaciones marginales y de rayas rojas, azules, verdes y violetas, abro la carpeta color ladrillo, estudio durante un rato los manuscritos y sacando una hoja blanca, me pongo a copiar.

THE BLACK HOLE

*El astrónomo ausculto el
firmamento*

explorando tenaz un agujero

*por el que, hervor vertiginoso y
lento,
pasa al no ser el universo entero.*

*Olvidado de sí, paciente, atento
a la espiral de ese resumidero,
no oye soplar contra su nuca el
viento
de un maelstrom más hondo que el
primero.*

*Es cierto que el espacio es espesura
y el tiempo esfinge donde el mundo
aflora
para un chisporroteo que no dura.*

El que lo sabe sin embargo ignora

*que, más grande, lo acecha otra
negrura*

*la que en sí mismo se abre y lo
devora.*

Me desvisto despacio y, apagando la luz, en la penumbra rojiza a causa de la resistencia eléctrica, me meto entre las sábanas frías y, cuando apoyo la cabeza en la almohada, me vienen a la memoria, porque sí, inconexos y vacíos de toda presencia humana, los lugares que he recorrido durante el día, desfile autónomo y sin orden lógico, demorándose en mí, de un mundo del que ya estoy ausente. Y, poco a poco, anticipando el sueño que se avecina,

empiezan a intercalarse entre esas imágenes de las que tal vez, empleando una dialéctica sutil, podría probar su origen empírico, otras de las que es imposible determinar la fuente, paisajes desconocidos y grises que no tienen existencia real en ningún punto del tiempo o del espacio y que son tan intensos y nítidos como los lugares más familiares.

Que me cuelguen si ahora Bueno padre no está esculpiendo mi estatua en una posición demasiado teatral, excesivamente erguido y solemne, de la que me avergüenzo un poco, lo que no me impide discurrir con cierta pedantería, mientras estoy posando,

sobre el punto y la línea: según mis ideas rebuscadas a las que Bueno padre, mientras trabaja, no les presta la menor atención, el mundo está compuesto exclusivamente de puntos y de líneas porque es a la vez continuo y discontinuo: el punto representa el espacio y línea el tiempo, y pontifico con delectación sobre la línea de puntos, sobre los átomos como puntos, sobre la frase considerada como una línea y el punto que la termina y la separa de las otras. Pero por más que me esmero en atraer su atención, Bueno padre sigue trabajando en mi estatua demasiado erguida y teatral, y parece ignorar a propósito mi discurso, con una sonrisa

abstraída y ligeramente burlona, como si hubiese reconocido en mi discurso pedante una maniobra de seducción. Tratando de despertar por fin su interés, cambio de tema y empiezo a hablar del número dieciocho, afirmando que nadie en realidad sabe lo que es el número dieciocho, que conoce los signos que lo denotan, pero que de la cantidad en sí no sabemos nada, cuando unos ruidos extraños que parecen provenir de la habitación de al lado, empiezan a inquietarme. Ahora Bueno padre y la estatua han desaparecido y yo estoy inmovilizado en una camilla, en la penumbra, con una luz intermitente, fuerte, que me da en los ojos.

De tanto en tanto, se oye un golpe que es, me doy cuenta sin verlo, el hacha del verdugo, y un ruido múltiple de pasos que son los de una muchedumbre. La luz es un instrumento de tortura, y los golpes del hacha suenan cada vez más fuerte, como si el verdugo estuviera aproximándose, y, a cada golpe, el rumor de pasos se acrecienta también, como si, al oír los golpes del hacha, la muchedumbre tratara, sin conseguirlo, de dispersarse. Adivinando que el verdugo se aproxima, y que debe haber muchas otras camillas como la mía, en las que el verdugo, al pasar, va ejecutando a los prisioneros extendidos, empiezo a forcejear tratando de

liberarme, y como no lo consigo, me pongo a gritar, hasta que abro por fin los ojos: la luz que me tortura, intermitente, es la de la mañana, que penetra por la puerta entreabierta; los golpes del verdugo, los de la puerta que choca, movida por el viento, contra el marco, y los pasos de la muchedumbre espantada, la lluvia que golpea contra los vidrios de la ventana.

Por extraño que parezca después de un sueño semejante, me siento más bien eufórico, liviano, cuando salgo de la cama, por primera vez después de meses y meses, y bajo casi corriendo las escaleras a través de la lluvia, en dirección al cuarto de baño. Mi

hermana, en cambio, se pasea silenciosa, un poco desorientada al parecer, por la casa en penumbras, en la que no brilla más que el fluorescente de la cocina: algún sueño tal vez que ha tenido anoche, olvidado al despertar sin duda porque de otro modo ya hubiese estado contándomelo y que, reactivando asociaciones que ella misma ignora, reminiscencias confusas de una región adversa y crepuscular, tiñendo sus emociones y arañando sus terminaciones nerviosas, la tironean esta mañana de un modo casi imperceptible hacia lo oscuro. Pero cuando vengo a tomar con ella unos mates en la cocina parece estar un poco mejor, y únicamente se

ensombrece un poco cuando le digo que no volveré para el almuerzo. Sabiendo que no va a aceptar, le propongo acompañarme al hotel Iguazú. Hace por lo menos treinta años que no vamos juntos a ningún lado.

—Otro día —me dice. Hoy no puedo.

No hay ninguna reprobación en su negativa, y su convicción íntima de que mi vida entera ha sido un error ya irrecuperable, es más para ella un motivo de preocupación que de resentimiento. De modo que ahora que estoy poniéndome el impermeable y recogiendo el paraguas, preparándome para salir, es pensando más que seguro

en mi propio bien que, con el tono que hubiese podido emplear nuestra madre muchos años atrás, me dice:

—No te olvides de ir a buscar a Alicia esta noche. Sacudo riéndome la cabeza mientras bajo las escaleras.

—No me olvido —le digo.

Ya no llueve, pero la oscuridad reconcentrada del cielo, gris verdosa, en el mediodía de invierno, anuncia agua para dentro de poco.

Como acaban de cerrar los negocios, hay bastante gente en la calle, y como es evidente que esa gente está volviendo a su casa para almorzar y descansar un rato mirando las informaciones de la una en la televisión, tengo la impresión,

durante algunos segundos, de estar haciendo exactamente lo contrario de lo que hacen mis contemporáneos, lo que me produce una euforia sarcástica, pero un par de cuadras más adelante algo vacila en mi interior, como si la unidad recobrada comenzara otra vez a resquebrajarse y, sin siquiera proponérmelo, empiezo a caminar cada vez más despacio, hasta que me quedo parado, inmóvil, en medio de la vereda: qué hacer ahora, dónde ir, qué es todo esto que me rodea, y las preguntas, que se formulan solas, no surgen de ningún vértigo ni están acompañadas por ningún estremecimiento, pero tampoco podría hablar de calma; es una simple

adecuación a la extrañeza neutra del mundo que, en este instante y en ningún otro, acaba de depositar ante mí, por puro azar, la evidencia. En el cuadrilátero líquido que se ha formado en la vereda, donde faltan cuatro baldosas, el cielo gris, el aire gris a mi alrededor, adensándose, se reflejan, a mis pies, de modo que inclinándome ligeramente hacia adelante, puedo contemplar, al mismo tiempo familiar y remota como todo lo existente, mi propia imagen.

El «portero negro» me abre la puerta vidriera, bajo la entrada embanderada del hotel, y cuando doy los primeros pasos por el hall, compruebo que la

proliferación de carpetas amarillas ha ganado la mesita baja de vidrio colocada frente a unos sillones de cuero, y hasta el mostrador del conserje —no es el mismo de anoche— que me indica el salón Capri cuando le pregunto por el cóctel de Bizancio. La ocupación, en el sentido casi militar del término, del hotel por la distribuidora parece completa, porque cuando empiezo a recorrer los pasillos que llevan al salón Capri, cruzo un par de aspirantes a vendedores, cada uno con su respectiva carpeta amarilla bajo el brazo. El pasillo final, que es un poco más ancho que los anteriores, en el entrepiso, es en realidad una especie de antesala del

salón, con su doble puerta tapizada de cuero claro, té con leche quizás, del mismo color que la alfombra, y la mesita de patas torneadas sobre la que pululan las carpetas amarillas. Un hombre y una mujer, cada uno con una copa en la mano, conversan contemplándose al mismo tiempo en el espejo colgado encima de la mesita. Ni siquiera me miran cuando paso junto a ellos —tal vez me han observado con disimulo a través del espejo— y, empujando una de las hojas de la puerta, entro en el salón.

Que me cuelguen si hubiese podido imaginar la capacidad organizativa de Vilma y de Alfonso. Hay por lo menos ochenta personas en el salón Capri, y

todo el mundo parece a sus anchas, conversando en pequeños grupos alrededor de las mesas servidas, mientras los sacos blancos de los mozos se deslizan, ceremoniosos y ágiles, entre ellos. Las mesas están cubiertas de *sandwiches* de miga, de canapés multicolores, y de masas diminutas dispuestas artísticamente sobre las bandejas. En los extremos hay grandes ramos de flores. El rumor de las voces llena todo el salón, amplificándose al chocar contra el cielorraso y regresar a los oídos de los que las profieren. Sobre las sillas, en las esquinas de las mesas, bajo los brazos, sobresaliendo de los bolsillos enrolladas en cilindro, las

carpetas amarillas, manchas vivas y geométricas que resaltan contra las vestimentas oscuras, parecen ser el denominador común o el único sentido legible del desorden indolente que reina en el salón. De tanto en tanto, los *flashes* de algunos fotógrafos relampaguean, y un *cameraman*, asistido por un ayudante que lo sostiene por la cintura, se pasea entre los asistentes con una cámara apoyada en el hombro, el ojo puesto en el visor. Es un equipo móvil de la televisión local. Avanzando unos pasos, empiezo a distinguir muchas caras conocidas entre los asistentes: dos o tres colegas del diario, tres o cuatro representantes de la Sociedad de

Escritores, mi amigo Héctor, pintor suprematista que conversa con el gerente del Banco Provincial, y que es el primero que me reconoce ya que, sin dejar de hablar, me saluda alzando la copa que tiene en la mano. Reconozco a un corredor de autos y a la animadora de un programa infantil en la televisión, tres o cuatro profesores universitarios y algunos miembros del coro de la provincia, incluido el director. Una pareja de psicoanalistas, marido y mujer, amigos de Haydée, comen *sandwiches* de miga junto a una de las mesas y conversan con expresión seria, ignorando a los demás. Deduzco que entre los muchos desconocidos debe

haber cardiólogos, ejecutivos, comentaristas deportivos, soplones del ejército. Estoy por internarme entre los asistentes, cuando una hilera de sillas arrimada a la pared atrae mi atención, de modo que giro hacia la izquierda y me acerco a contemplarlas. Como la gerencia del hotel no debe haberles permitido colgarlos para que no se hagan agujeros en la pared — únicamente la inevitable ampliación en color de las cataratas merece ese privilegio— una serie de retratos fotográficos de gran tamaño, en blanco y negro, está expuesta para decorar la recepción, la base del marco apoyada en el asiento de la silla y la parte superior

contra el respaldo: son las fotografías de los autores faro de Bizancio Libros: Agatha Christie, André Maurois, Manuel Calvez, Morris West, Pearl S. Buck, Vicky Baum, pero sobre todo, en el medio, sobresaliendo gracias a una ampliación un tercio más grande que las demás, Somerset Maugham, la estrella indiscutible de la recepción, ostentando la altanería amarga propia del genio de cuarto orden que se adjudica, con modestia calculada, el segundo, sin abstenerse de cosechar los beneficios que solo deberían corresponder, en un mundo un poco más sensato, únicamente al primero.

Un golpecito en el hombro me

sobresalta y, cuando me doy vuelta me topo, a quince centímetros de mi cara, con la calva reluciente, el bigote movedizo y entrecano, los ojitos afligidos de Alfonso que me auscultan, ansiosos y húmedos, a pesar del tono jovial con que inicia la conversación.

—¿Vio el éxito? —dice.

—Parece un casamiento —le digo.

—Algo de eso hay —dice Alfonso

—. Y según usted, ¿quién sería el novio?

—Todavía no estoy seguro —le digo

—. Pero allá está la novia.

Vilma Lupo conversa con un hombre joven, bien vestido, o mejor dicho lo escucha hablar con satisfacción evidente, con su eterna semisonrisa, los

cabellos rubios recogidos en una cola de caballo y tan absorta y encantada por lo que está oyendo que, sin darse cuenta, y con un placer un poco nervioso, se da a sí misma besitos en el dorso de la mano.

—Qué perspicacia —dice Alfonso. Justamente, tengo algunos proyectos en ese sentido.

—No me cabía la menor duda —le digo.

Me escruta. En sus ojitos que destilan aflicción, y que dejan entrever más que otros, a pesar de su luminosidad superficial, la negrura sin fondo de la que proviene toda mirada, hay algo contradictorio en relación con lo que nos rodea, el gran ruido exterior

que, incesante, o continuamente renovado más bien, resuena sin necesidad aparente, se adelgaza y por fin se esfuma. Girando un poco la cabeza Vilma nos descubre, ensancha de un modo exagerado su sonrisa, mostrando agrado y sorpresa al mismo tiempo y, diciéndole algo a su interlocutor, se acerca rápido hacia nosotros.

—Ahora la fiesta está completa — dice al llegar.

—Acaba de empezar con su llegada —me dice Alfonso.

Se ríen. Les basta una fracción de segundo, un cruce rapidísimo de miradas, para instalar el dispositivo, ese

sistema que sobrepasa la suma de los dos, y que me excluye, arrumbándome en una especie de inexistencia fugaz, remota, mineral, semejante a la de una piedra enterrada desde el comienzo del tiempo, pero inmediatamente después, apenas el pacto ha sido sellado, me encaran de nuevo, con la misma sonrisa jovial, se cuelgan de mí, cada uno de un brazo, y me arrastran hacia los invitados que conversan, reales únicamente para sí mismos y fantasmas para los otros, se ríen, comen y toman, hasta que me depositan, soltándome, junto a una de las mesas.

—¿Qué le pido? —dice Alfonso—.

¿Un agua mineral?

—No —le digo con lentitud,
habiendo pensado bien mi decisión.
Algo un poco más fuerte.

FIN



JUAN JOSÉ SAER (Serodino, Santa Fe, Argentina, 28 de junio de 1937 - París, Francia, 11 de junio de 2005) fue un escritor argentino, considerado uno de los más importantes de la literatura contemporánea de su país y de la literatura en español. Su relevancia quedó reflejada en el hecho de que tres

novelas suyas *El entenado*, *La grande* y *Glosa* figuren en la lista confeccionada en 2007 por 81 escritores y críticos latinoamericanos y españoles con los mejores 100 libros en lengua castellana de los últimos 25 años. Sus obras ha sido traducidas al francés, inglés, alemán, italiano, portugués, holandés, sueco, griego y japonés.

Ignorado durante gran parte de su vida creadora, con un programa narrativo riguroso y solitario que lo hizo escribir de espaldas a fenómenos editoriales como el *boom* latinoamericano (al que desdeñó), la obra de Saer ha obtenido, a partir de los años ochenta sobre todo, el

reconocimiento de la crítica especializada, tanto en Argentina como en Europa.

Junto con Juan Carlos Onetti, Saer es el escritor rioplatense que más evidencia la influencia de William Faulkner, especialmente en la recurrencia de un espacio ficcional (el condado de Yoknapatawpha en el caso de Faulkner; la ciudad de Santa Fe y la región del Litoral en el caso de Saer) y de un grupo de personajes (Carlos Tomatis, Ángel Leto, Washington Noriega, el Matemático, etc.). Asimismo, Saer toma del norteamericano la prosa trabajada, de oraciones largas, y el trabajo con los

puntos de vista, combinándolo con detalladas descripciones de los espacios y la acción narrativa.